

HQN™

# SUSAN WIGGS

*Autora best seller de The New York Times*

## LAZOS DE FAMILIA



SUSAN  
WIGGS  
LAZOS DE FAMILIA

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2016 Susan Wiggs  
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Lazos de familia, n.º 145 - febrero 2018  
Título original: Family Tree  
Publicado originalmente por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con persona, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Diseño de cubierta: Alan Dingman  
Imágen de cubierta: Shutterstock

I.S.B.N.: 978-84-9170-573-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27

Epílogo

Agradecimientos

*En memoria de mi padre, Nick Klist.*

*Con profunda gratitud por todo el amor, el valor, las risas y la sabiduría de toda una vida. Vive en los corazones de los que lo quisimos.*

# Capítulo 1

*Ahora*

–No me puedo creer que estemos discutiendo por una búfala –dijo Annie Rush mientras le colocaba el cuello de la camisa a su marido.

–Pues entonces vamos a dejar de discutir. Ya está cerrado –él se sentó y se puso las botas vaqueras; las mismas botas carísimas que ella le había regalado las pasadas Navidades. Aun así, no se había arrepentido nunca de haberlas comprado porque le sentaban de maravilla.

–No está cerrado. Aún lo podemos cancelar. Ya hemos estirado el presupuesto del programa al límite. Además, ¿una búfala? Van a ser casi setecientos kilos de tozudez.

–Venga, cariño –Martin se levantó; sus ojos azules brillaban como el sol reflejándose en una piscina–. Trabajar con un animal en el programa será toda una aventura. A los espectadores les va a encantar.

Ella resopló exasperada. Los matrimonios discutían por las cosas más estúpidas: quién dejaba la pasta de dientes destapada; qué era más rápido, ir por la carretera Ventura o por el Golden State; cuántas sílabas tenía la palabra «vieira»; qué ajuste del termostato era el óptimo; por qué él no podía limpiar las varillas de batir fuera del fregadero.

Y ahora esto. La búfala.

–¿En qué parte de la descripción de mi trabajo pone que tenga que ser domadora de búfalos?

–La búfala es una parte integral del programa –él agarró las llaves y el maletín y bajó. Sus botas resonaban por el suelo de madera noble.

–Me parece una locura malgastar así el presupuesto de producción –le dijo ella siguiéndolo–. Es un programa de cocina, no *El reino salvaje*.

–Es *El ingrediente clave*, y si el ingrediente de esta semana es la *mozzarella*, necesitamos una búfala de agua.

Annie apretó los dientes para contenerse y no alargar la discusión. Se recordó que bajo esa discusión estaba su matrimonio. Aun con sus casi setecientos kilos de peso, lo de la búfala era una pequeñez, y lo que importaban eran las cosas grandes: esa facilidad con la que Martin picaba ajo y cebollino mientras cocinaba para ella. Su dedicación al programa que habían creado juntos. La apasionada sesión de sexo en la ducha que habían tenido la noche anterior.

–Va a ser genial. Confía en mí –la rodeó por la cintura y le robó un beso.

Annie le acarició la mejilla, estaba recién afeitado. Lo último que quería era discutir con Martin. Él no era consciente de lo extraña que resultaba su idea; siempre había creído que el atractivo del programa residía en lo extravagante que era. Al mismo tiempo, ella estaba convencida de que el éxito del programa se debía a su autenticidad. A eso, y a un chef con gran talento cuyo físico y carisma hechizaban a la audiencia durante una hora cada semana.

–Confío en ti –le susurró poniéndose de puntillas para besarlo.

Era la estrella del programa, al fin y al cabo. Gozaba de la atención del productor ejecutivo y estaba acostumbrado a salirse con la suya. Los detalles se los dejaba a Annie: su esposa, su socia, su productora. Sobre ella recaía la responsabilidad de que todo funcionara.

Aún dándole vueltas a la discusión, apoyó las manos en el alféizar de la ventana con vistas al jardín de su casa. Tenía un millón de cosas por hacer y lo primero sería una entrevista para la revista *People*, un artículo sobre cómo era el programa entre bambalinas.

Un limpiacristales se estaba preparando para subir a un andamio y ponerse a trabajar. Martin pasó delante de él de camino al garaje y se detuvo para decirle algo al hombre, que sonrió y asintió. Martin el Encantador.

Un momento después, su BMW gris descapotable salía a toda velocidad del garaje. No sabía por qué llevaba tanta prisa. Aún faltaban horas para el ensayo del lunes.

Suspiró y se dio la vuelta intentando sacarse de la cabeza el residuo emocional que le había dejado la discusión. Su abuela solía decir que una discusión nunca giraba en torno al asunto sobre el que se discutía. La búfala no era la cuestión. Todas las discusiones giraban en torno al poder. Quién lo tenía. Quién lo quería. Quién se rendiría. Quién saldría ganando.

En su caso, no había ningún misterio. Annie se rendía y Martin salía ganando. Así funcionaban las cosas. ¿Porque ella lo permitía? ¿O porque le gustaba jugar en equipo? Sí, eran un equipo. Un equipo de éxito con su propio programa en una cadena emergente. Ella siempre cedía por el bien de los dos. Por el bien de su matrimonio.

Otra de las cosas que la abuela solía decir era algo que Annie llevaba grabado en el corazón: «Recuerda el amor. Cuando vengan momentos duros y empieces a preguntarte por qué te casaste, recuerda el amor».

Por suerte para Annie, a ella eso no le resultaba difícil. Martin era un partidazo. Tenía la clase de belleza que hacía que las mujeres se pararan a mirarlo y su encanto no quedaba limitado al programa; sabía cómo hacerla reír. Cuando se les ocurría una idea juntos, la levantaba en brazos y la llevaba



bailando por la cocina. Cuando le hablaba de la familia que tendrían algún día, de sus bebés, ella se derretía. Era su marido, su socio, un elemento irremplazable en su vida. «Bueno, ya está. ¡Qué más da!», pensó.

Miró la hora y al comprobar el correo del trabajo... en realidad, todo su correo era sobre trabajo..., se enteró de que la plataforma elevadora de tijera que habían alquilado para instalar nuevos sistemas de iluminación en el plató tenía problemas mecánicos.

«Genial. Una cosa más de la que preocuparme».

El teléfono sonó y la pantalla se iluminó con la imagen de un gato.

–Melissa –dijo activando el altavoz–. ¿Qué pasa?

–Solo te llamaba para ver qué tal –respondió Melissa. Últimamente llamaba mucho para ver qué tal–. ¿Has visto el correo sobre la vaca?

–Búfala –la corrigió–. Y sí. Además, me ha llegado un aviso sobre una plataforma elevadora que no funciona. Y hoy viene CJ de la revista *People*, así que supongo que llegaré tarde. Muy tarde. Diles a todos que no hagan nada hasta después del almuerzo –se detuvo y se mordió el labio–. Lo siento. Esta mañana estoy de mal humor. Se me ha olvidado desayunar.

–Pues ve a comer algo. Bueno, preciosa –dijo Melissa con tono alegre–, tengo que colgar.

Annie volvió al ordenador para comprobar una vez más la hora de la reunión con la periodista. CJ Morris estaba haciendo un artículo a fondo sobre el programa; no solo sobre sus estrellas, Martin Harlow y Melissa Judd, sino sobre toda la producción, desde su debut como un pequeño programa de la televisión por cable hasta el éxito en que se había convertido. CJ ya había entrevistado a Martin y a Melissa y esa mañana iría a visitarla a ella, la creadora del programa. No era un tema habitual para un artículo de revista, ya que los lectores ansiaban ver cotilleos y fotos de las estrellas, así que Annie esperaba aprovechar esa oportunidad al máximo.

Mientras esperaba a la periodista, hizo lo que hacía un productor: emplear cada minuto libre en ocuparse de asuntos. Leyó el contrato de alquiler de la plataforma elevadora para encontrar un número al que llamar. Martin y ella también habían discutido por eso. El coste de la plataforma con la mejor calificación de seguridad había sido mucho más alto que el de la hidráulica. Martin había insistido en alquilar la barata a pesar de las objeciones de su esposa y, como de costumbre, ella se había rendido y él había salido ganando. Ya que se habían gastado el presupuesto en la búfala, había tenido que escatimar con otra cosa. Ahora la plataforma hidráulica no funcionaba bien y era ella la que tenía que solucionarlo.

«Se acabó», se dijo. Volvió a pensar en el desayuno y abrió la nevera. ¿Yogur

búlgaro con granola de sirope de arce? No, a su estómago vacío no le hacía gracia la idea del yogur. Y esos rabanitos que tanto le habían llamado la atención en el mercado de agricultores ya estaban pasados. Ni siquiera le apetecía una tostada. Pues nada, se quedaría sin desayunar. Cada cosa a su tiempo.

Fue al aseo y se cepilló su larga melena oscura, que se había alisado con plancha el día anterior. Después se revisó el pintalabios y la manicura, ambos perfectamente a juego en un tono rojo cereza. La falda lápiz negra, las sandalias de plataforma y el top blanco creaban un atuendo fresco e informal, una buena elección con la ola de calor que estaban teniendo. Aunque ese día no fuera a haber fotógrafo, quería estar perfecta para la entrevista.

El portero automático sonó y corrió hacia el intercomunicador. ¡Vaya! La periodista llegaba pronto.

–Entrega para Annie Rush –dijo una voz desde el otro lado.

–¿Una entrega? Eh... sí, claro, suba –pulsó el botón para abrir la puerta.

Un enorme ramo de exuberantes flores tropicales subía bamboleándose por las escaleras.

–Por favor, tenga cuidado con los escalones –dijo Annie sujetando la puerta–. En la encimera está bien.

Lirios *stargazer* y nardos blancos salpicaron la habitación con su especiado aroma. La paniculata le daba un toque de encaje al arreglo floral. La repartidora soltó el jarrón y se apartó un mechón de pelo de la frente.

–Que las disfrute, señora –dijo. Era joven, con tatuajes y pendientes en lugares poco acertados. Las ojeras que tenía indicaban que no había dormido la noche anterior y un moretón ya amarillento le ensombrecía la mejilla. Annie solía fijarse en ese tipo de cosas.

–¿Todo bien? –le preguntó.

–Sí, claro –la chica señaló el ramo con la cabeza—. Parece que alguien está muy contento con usted.

Annie le dio una botella de agua de la nevera y un billete de veinte dólares.

–Cuídate.

–Lo haré –la chica salió y bajó corriendo las escaleras.

Annie sacó el pequeño sobre que había entre las flores. Flores Exprés Rosita. La tarjeta contenía un mensaje sencillo: *Lo siento. Cariño, vamos a hablar de esto.*

¡Ay, Martin! Era un gesto típico de él: generoso, excesivo... irresistible. Seguramente había hecho el encargo de camino al trabajo. De pronto la invadió el amor y su enfado se disipó. El mensaje era justo lo que necesitaba, pero entonces sintió una inquietante punzada de culpabilidad. A veces le preocupaba no creer en él lo suficiente, no confiar en las decisiones que tomaba. Tal vez,

después de todo, tenía razón con lo de la búfala y acababa resultando uno de sus episodios más populares.

El telefonillo volvió a sonar anunciando la llegada de CJ.

Al abrir la puerta, se topó con un muro de intenso calor.

–Pasa antes de que te derritas.

–Gracias. Este tiempo es una locura. He oído por la radio que hoy vamos a volver a llegar a los cuarenta grados, y tan pronto este año.

Annie se echó a un lado y la invitó a pasar. Había querido que la casa estuviese perfecta y se alegraba de que Martin le hubiera enviado esas flores frescas que le añadían un toque de elegancia.

–Siéntete como en tu casa. ¿Te traigo algo para beber? Tengo una jarra de té helado en la nevera.

–Mmm, qué bien suena eso. ¿Es sin cafeína? He dejado la cafeína. Y los taninos también me sientan mal. ¿Está libre de taninos?

–No, lo siento –por mucho tiempo que llevara viviendo allí, jamás se acostumbraría a la cantidad de rarezas dietéticas de los californianos del sur.

–Entonces agua. Si está embotellada. He llegado pronto –dijo con tono de disculpa–. Ya que el tráfico es impredecible, he preferido venir con tiempo.

–No hay problema –le aseguró Annie–. Mi abuela siempre decía que si no puedes llegar a tiempo, llegues antes de tiempo –fue a la nevera mientras la periodista soltaba sus cosas y se sentaba en el sofá.

Al menos podría impresionarla con el agua. Un patrocinador le había enviado muestras de su agua mineral de catorce dólares la botella, extraída de un acuífero de los Andes situado a cuatrocientos cincuenta metros bajo tierra y embotellada antes de que el aire la rozara.

–Qué cocina tan fantástica –comentó CJ mirando a su alrededor.

–Gracias. De aquí salen todas las delicias –respondió Annie pasándole una botella de agua fría.

–Me lo imagino. Bueno, ¿tu abuela escribió este libro, verdad? –dijo CJ mientras observaba un libro de cocina antiguo situado sobre la mesa de café. A continuación, activó la grabadora del teléfono y lo dejó sobre la mesa–. Vamos a hablar de ella.

A Annie le encantaba hablar de la abuela. La echaba en falta a diario, pero sus recuerdos la mantenían viva en su corazón.

–La abuela lo publicó en los años sesenta. Se llamaba Anastasia Carnaby Rush. Mi abuelo la llamaba «Sugar» en honor a la marca de sirope de arce de la familia, «Sugar Rush».

–Me encanta –dijo CJ ojeando el libro.

–Fue un libro superventas en Vermont y en Nueva Inglaterra durante años.

Ahora está descatalogado, pero te puedo enviar una copia digital.

–Genial. ¿Estudió para ser chef?

–Fue autodidacta –respondió Annie–. Estaba licenciada en Lengua y Literatura Inglesa, pero la cocina era su gran amor –incluso ahora, mucho después de que su abuela hubiera muerto, podía imaginarla en la soleada cocina de la casa, feliz, elaborando comidas para la familia cada día del año–. La abuela tenía un don especial para la comida –continuó–. Solía decir que toda receta tiene un ingrediente clave y que ese es el ingrediente que define el plato.

–Claro, entonces por eso cada capítulo del programa se centra en un ingrediente. ¿Fue difícil venderle la idea a la cadena?

Annie se rio.

–No fue difícil. A ver... Estamos hablando de Martin Harlow –le mostró otro libro de cocina, el último de Martin. En la portada había una foto de él en la que estaba más delicioso que la jugosa tarta de moras con corteza dorada que estaba preparando.

–Exacto. Es la combinación perfecta entre el vaquero del Salvaje Oeste y el chef del Cordon Bleu –CJ sonrió sin disimular la admiración que sentía por él. Examinó detenidamente las revistas que había sobre la mesa. *US Weekly*, *TV Guide*, *Variety*. En todas había aparecido el programa durante los últimos seis meses–. ¿Son los últimos artículos?

–Sí. Puedes ver lo que quieras –el otro libro preciado de Annie estaba al lado; un ejemplar antiguo de *El señor de las moscas*, encuadernado en tela y protegido por un estuche. Era una de las tres copias que poseía. Esperaba que la periodista no le preguntara al respecto.

CJ estaba centrada en otras cosas: un artículo de varias páginas del *Entertainment Weekly* en el que Martin aparecía cocinando con sus característicos vaqueros desteñidos y el delantal encima de una camiseta blanca ajustada que dejaba vislumbrar su cuerpo tonificado y esculpido. Su copresentadora, Melissa, estaba a su lado; su aspecto impoluto era el contrapunto perfecto para el estilo informal de él. El titular preguntaba: *¿Hemos encontrado al próximo Jamie Oliver?*

La comida como entretenimiento. Era un enfoque que Annie no había contemplado para *El ingrediente clave*, pero ¿quién era ella para cuestionar el éxito de audiencia?

–Sin duda se ha ganado su sitio en el programa –señaló CJ–. Pero hoy nos centramos en ti. Hoy tú acapararás la atención.

Annie habló brevemente sobre su formación: había estudiado cine y televisión enfocados en las artes culinarias en un programa especial de la Escuela de Arte Tisch de la Universidad de Nueva York. Lo que no mencionó fue el sacrificio

que había hecho para trasladarse de la Coste Este a Los Ángeles. Eso formaba parte de su historia, no de la historia del programa.

–¿Cuándo te mudaste a la Coste Oeste?

–Me parece que fue hace una eternidad, pero llegué hace diez años.

–¿Recién salida de la universidad?

–Eso es. No me esperaba acabar en Los Ángeles antes de que siquiera se hubiera secado la tinta de mi diploma, pero así fue como pasó. Parece algo repentino, pero para mí no lo fue. Cuando tenía seis años sabía que quería tener un programa sobre las artes culinarias. Los primeros recuerdos que tengo son los de mi abuela en la cocina viendo *Ciao Italia* en la cadena PBS. Solía imaginarme a la abuela como Mary Ann Esposito enseñando al mundo a cocinar. Me encantaba cómo hablaba de la comida, cómo la manipulaba y se expresaba a través de ella, cómo hablaba y escribía sobre ella y cómo la compartía. Después, yo hacía demostraciones de cocina para la abuela y luego para cualquiera que estuviera dispuesto a sentarse a ver mis presentaciones. Incluso me grababa en vídeo haciendo programas de cocina. He pasado las viejas cintas VHS a formato digital para conservar todos esos recuerdos. Martin y yo queremos sentarnos un día de estos a verlas.

–Qué historia tan fabulosa. Encontraste tu pasión muy temprano.

Su pasión había nacido en la cocina de su abuela cuando era demasiado pequeña para leer o escribir pero no para soñar.

–Daba por hecho que a todo el mundo le apasiona la comida y lo sigo pensando, así que siempre me sorprende descubrir lo contrario.

–Entonces ya te gustaba la cocina antes incluso de conocer a Martin.

¡Otra vez Martin! El mundo daba por hecho que lo más interesante que había en ella era Martin. ¿Cómo había dejado que eso sucediera? ¿Y por qué?

–Lo cierto es que todo comenzó con un breve documental que hice sobre Martin cuando él tenía un puesto de comida en Manhattan.

–Aquel primer programa se hizo viral, ¿verdad? Y aun así sigues detrás de las cámaras. ¿Alguna vez has querido estar delante?

Annie mantuvo una expresión neutral. Por supuesto que quería, lo deseaba cada día. Ese había sido su sueño, pero el mundo de la televisión comercial tenía otras ideas.

–Estoy demasiado ocupada con la producción como para pensar en eso – respondió.

–¿Nunca te has planteado ser copresentadora? Justo estaba pensando en lo que acabas de decir sobre esas demostraciones de cocina...

Annie sabía adónde quería llegar CJ. Los periodistas sabían cómo fisgonear en lugares privados y extraer información. Sin embargo, CJ no encontraría ningún

trapo sucio ahí.

–Leon Mackey, el productor ejecutivo y propietario del programa, quería una copresentadora para evitar que Martin se convirtiera en un busto parlante. La verdad es que Martin y yo hicimos algunas pruebas de cámara juntos. Incluso antes de casarnos queríamos formar un equipo tanto delante como detrás de la cámara. Nos parecía romántico y único, un modo de distinguirnos del resto de programas.

–Exactamente –dijo CJ–. ¿Pero entonces no funcionó?

Annie había recuperado la esperanza cuando Martin y ella habían hecho aquellas pruebas; había pensado que tal vez la elegirían. Pero no. El programa necesitaba a alguien con quien el público se pudiera identificar mejor, dijeron. Alguien más refinado. Lo que no dijeron fue que el aspecto de Annie era demasiado exótico. Su piel aceitunada y sus rizos oscuros no cuadraban con el arquetipo de chica rubia y delicada que buscaba el productor.

–No encajas bien en este programa –le había dicho Leon–. Pareces la hermana pequeña de Jasmine Lockwood. Podrías confundir a los telespectadores.

Jasmine Lockwood presentaba un programa de gran popularidad sobre comida casera en la misma cadena. Annie no veía el parecido, pero se rindió y antepuso el programa a su ego.

–Pero bueno –dijo con una sonrisa brillante–, a juzgar por los índices de audiencia, encontramos la combinación apropiada para el programa.

CJ dio un sorbo de agua y alzó la botella de lados rectos para contemplarla.

–¿Cuándo entró en escena Melissa Judd?

Annie se detuvo a pensar. No podía decir que fue cuando Martin la conoció en su clase de yoga, aunque había sido así. En aquel momento, Melissa trabajaba como presentadora de un canal de ventas nocturno. En la entrevista previa a la grabación había dicho con gesto muy serio que su físico siempre la había perjudicado porque la gente solo se fijaba en su belleza y no reconocía su talento.

–Martin y ella tenían esa química que es imposible de encontrar y de fabricar –le dijo Annie a la periodista–, así que supimos que teníamos que contratarla –no mencionó el trabajo que había sido necesario para preparar a la nueva presentadora. El tono de voz de Melissa era agudo y vulgar, una voz de vendedora ambulante nocturna diseñada para mantener a la gente despierta. Annie fue la encargada de sacar sus talentos ocultos. Había trabajado mucho para cultivar al personaje de chica vivaz típicamente norteamericana. A su favor debía reconocer que Melissa aprendió rápido. Martin y ella se convirtieron en un dinámico equipo en directo.

–Bueno, no hay duda de que creaste una combinación ganadora –apuntó CJ.

–Eh... gracias –a veces, cuando observaba las bromas que se hacían los dos presentadores, bromas que normalmente había escrito ella minuciosamente, deseaba poder ser ella la que estuviera delante de la cámara, no detrás. Pero la fórmula funcionaba y, además, Melissa tenía un contrato blindado.

Annie sabía que debía reconducir la conversación hacia su papel en el programa, pero de pronto volvió a pensar en el desayuno. Panecillos ingleses. Con una capa de sal marina y mantequilla de arce.

–Háblame del primer programa –sugirió CJ–. Anoche lo volví a ver. El ingrediente clave era el sirope de arce, que es perfecto teniendo en cuenta tu historia.

–Si con «perfecto» quieres decir «rondando el desastre», entonces sí –respondió Annie con una sonrisa–. Mi familia lleva varias generaciones dedicándose al negocio del sirope de arce –señaló un cuadro en la pared, un paisaje que su madre había pintado de Rush Mountain en Vermont–. Me parecía un modo ideal de lanzar el programa. La producción se llevó a cabo, literalmente, en mi jardín, en el arcedo de la familia Rush en Switchback, Vermont.

Sintió una náusea y respiró hondo. No supo si la molestia se la produjo el recuerdo o el estómago vacío. Podría ser que le preocupara que se sacara a relucir algo de su pasado. Aún recordaba aquella sensación de inquietud al volver al pequeño pueblo donde había crecido, rodeada de toda la gente que la conocía desde hacía años.

Por suerte, el presupuesto solo les había permitido pasar allí setenta y dos horas, y cada hora había estado plagada de actividad. Todo había salido mal. La nieve se había derretido prematuramente convirtiendo los immaculados bosques invernales en una ciénaga marrón de árboles desnudos unidos mediante los tubos de plástico por donde fluía la savia, como si una medicación intravenosa estuviera pasando de uno a otro. En la cabaña de azúcar, donde tendría que haber sucedido la magia, había habido demasiado ruido y vapor como para que las cámaras pudieran grabar. Su hermano, Kyle, se había mostrado tan incómodo delante de la cámara que uno de los redactores había llegado a preguntar si era «tonto». Melissa había acabado resfriada y Martin había pronunciado el temido «Te lo dije».

En aquel momento Annie había estado segura de que su carrera, ese programa con el que tanto había soñado y que tanto había perseguido, terminaría entre lágrimas y convirtiéndose en una simple nota a pie de página de un listado de programas fallidos. Se había sentido hundida.

Y fue entonces cuando Martin la había rescatado. De vuelta en los estudios Century City, el equipo de postproducción había trabajado al máximo, cortando

y empalmando imágenes, usando secuencias de archivo, volviendo a filmar con material generado por ordenador, centrándose en el tremendamente sexy e inteligente presentador, Martin Harlow, y en su bien entrenada e increíblemente jovial compañera, Melissa Judd.

Cuando se emitió el montaje final, Annie se había sentado en la sala de edición en una silla giratoria, sin atreverse a moverse. Al borde de un ataque de pánico, había contenido el aliento hasta que una asistente había mostrado en su móvil un largo listado de opiniones que se estaban publicando en las redes sociales. A los telespectadores les estaba encantando.

Y también había fascinado a los críticos, que habían alabado el amor por la comida que Martin había transmitido mientras, apoyado contra el muro de la cabaña de azúcar, probaba un bollo mojado en sirope recién hecho. Habían aplaudido también el encantador entusiasmo de Melissa al preparar un plato y el seductor modo en que había invitado a los telespectadores a probarlo.

Los índices de audiencia eran decentes y las visualizaciones del tráiler por Internet habían ido aumentando cada hora. La gente lo estaba viendo y, lo más importante, lo estaba compartiendo. El enlace viajaba por el éter digital moviéndose alrededor del mundo. La cadena encargó trece episodios más que se sumarían a los ocho originales.

Annie había mirado a Martin con lágrimas de alivio cayéndole por la cara. «Lo has hecho», le había dicho. «Has salvado mi sueño».

—A juzgar por la expresión de tu cara, fue un momento emotivo —dijo CJ.

Annie parpadeó, sorprendida consigo misma. El trabajo era el trabajo y ella no solía ponerse sentimental con ello.

—Solo estaba recordando lo aliviada que me sentí por que todo hubiera salido bien.

—¿Entonces hubo celebración?

—Claro —Annie sonrió al recordarlo—. Martin lo celebró con una cena con velas... y una proposición de matrimonio.

—¡Vaya! ¡Dios mío! Eres como la Cenicienta.

Se habían casado hacía ocho años. Ocho ajetreados, productivos y exitosos años. A veces, cuando se excedían con ideas caras como bucear en busca de ostras, ir a buscar trufas, u ordeñar cabras nubias, Annie se preguntaba qué había pasado con su ingrediente clave, con el concepto original del programa. La modesta idea inicial había quedado enterrada bajo los lujosos episodios que producía últimamente. Había momentos en los que le preocupaba que el programa se hubiera alejado de su sueño, atestado de teatrillos y segmentos acaparadores de atención que no tenían nada que ver con su visión inicial.

El programa había cobrado su propia vida, se recordó, y eso podía ser bueno.



Con su acertado saber sobre la comida y una gestión de contabilidad hábil, lo hacía funcionar semana a semana.

–Tú eres el ingrediente clave –le solía decir Martín–. Todo nació gracias a ti. La próxima vez que negociemos un contrato, vamos a pedir un puesto delante de la cámara para ti. A lo mejor incluso otro programa.

Ella no quería otro programa. Quería *El ingrediente clave*. Pero llevaba en Los Ángeles el tiempo suficiente como para saber jugar a ese juego, y gran parte de ese juego implicaba paciencia y control de los costes. El reto era seguir resultando atractivos y seguir destacando sin salirse del presupuesto.

CJ hizo unas rápidas anotaciones en su tableta. Annie intentó ser sutil cuando miró el reloj pensando en el día que tenía por delante, con tantos recados acumulándosele como el tráfico aéreo en el LAX.

Tenía que hacer pis. Se disculpó un momento y fue al baño de la planta de arriba.

Y fue entonces cuando se dio cuenta: se había retrasado. No para ir al trabajo, porque ya había avisado de que llegaría tarde. Se había retrasado... en el sentido de que tenía un retraso.

Se quedó sin aliento frente a la encimera con las manos apoyadas en el frío azulejo.

Respiró muy lentamente y se recordó que solo llevaban intentándolo unas semanas. Nadie se quedaba embarazada tan rápido, ¿verdad? Había dado por hecho que tendrían tiempo para hacerse a la idea de formar una familia; tiempo para pensar en buscar una casa más grande, para controlar su agenda. Para dejar de discutir tanto.

Ni siquiera tenía un calendario de ovulación. No había leído los típicos libros para embarazadas. No había ido al médico. Era demasiado pronto para todo eso.

Pero tal vez... Sacó el kit de debajo del lavabo; aún le quedaba uno de aquella vez en la que se había hecho la prueba esperando no estar embarazada. Si no descartaba la posibilidad, estaría pensando en ello todo el día. Las instrucciones eran muy sencillas y las siguió al pie de la letra. Le temblaba la mano mientras miraba la pequeña ventanita del resultado. Una línea rosa significaba que no estaba embarazada. Dos rayas rosas significaban que sí lo estaba.

Parpadeó para asegurarse de que estaba viendo bien. Dos rayas rosas.

Por un instante todo se quedó paralizado, se cristalizó como por arte de magia. El mundo se desvaneció.

Contuvo el aliento. Se inclinó hacia delante, se miró al espejo y vio una expresión que nunca antes había visto en ella. Fue uno de esos momentos que la abuela solía llamar «momento clave». Un momento en el que el tiempo no pasaba sin más, inadvertido, desapercibido; la clase de momento que hacía que

todo se detuviera y que separabas de todos los demás llevándolo apretado fuertemente contra tu corazón, como una flor seca entre las páginas de un libro muy preciado. Un momento hecho de algo frágil y delicado que, aun así, poseía el poder de durar para siempre.

Ese, según solía decir la abuela, era un momento clave. Sintió un nudo en la garganta... y una sensación de entusiasmo tan pura que se le olvidó respirar.

«Así es como empieza», pensó.

Se lavó las manos y fue al dormitorio a por el teléfono. No, no quería llamarlo. Nunca contestaba y no solía comprobar el buzón de voz. Bueno, de todos modos daba igual porque era una noticia demasiado importante como para darla en un mensaje de voz o de texto. Tenía que darle la noticia a su marido en persona; sería un regalo brindado desde el corazón, una sorpresa tan dulce como la que se había llevado ella ahora. Él se merecía vivir su propio momento clave. Quería verlo. Quería verle la cara cuando le dijera las palabras mágicas: «Estoy embarazada».

Bajó las escaleras corriendo y se reunió con la periodista en el salón.

–CJ, lo siento mucho. Ha surgido algo y tengo que ir al estudio ahora mismo. ¿Podemos terminar en otro momento?

A la periodista le cambió la cara.

–Solo me quedaban unas cuantas...

No era lo más correcto despedir así a una periodista de una revista importante, pero ahora mismo no podía preocuparse por eso. Estaba emocionada, incapaz de centrarse en algo que no fuera la gran noticia. No podía soportar la idea de contenerla ni un momento más.

–¿Podrías enviarme por *e-mail* el resto de preguntas? Te juro que no te lo pediría si no fuera urgente.

–¿Estás bien?

Annie se abanicó con la mano, de pronto se sintió acalorada y sin aliento. ¿Acaso parecía distinta? ¿Es que ya tenía ese brillo del embarazo? ¡Qué tontería! Si solo hacía dos minutos que se había enterado.

–Eh... Ha surgido algo inesperado. Tengo que ir al estudio ahora mismo.

–¿Puedo ayudarte en algo? ¿Puedo ir contigo y echarte una mano?

–Eres muy amable –no solía ser tan imprudente con la prensa. Una de las razones por las que el programa tenía tanto éxito era que su equipo de Relaciones Públicas y ella les habían brindado profusas atenciones. Se detuvo un momento para pensar y después dijo–: Tengo una gran idea. Vamos a quedar en Lucque para cenar, Martin, tú y yo. Conoce al chef. Así podremos terminar la entrevista mientras tomamos una cena increíble.

CJ recogió su bolso.

–Con el soborno se llega a todas partes. He oído que hay lista de espera de seis semanas para conseguir mesa.

–A menos que vayas con Martin Harlow. Le diré a mi asistente que haga la reserva y después te llamo.

Después de dedicarle a la periodista una apresurada despedida, agarró sus cosas, llaves, teléfono, portátil, tableta, cartera, botella de agua, notas de producción, y las metió en su ya de por sí sobrecargado bolso. Por un momento se imaginó la bolsa que llevaría cuando fuera una mamá ocupada... Pañales, chupetes, ¿y qué más?

–Ay, Dios mío –susurró–. Ay, Dios mío. No sé nada de bebés.

Corrió hacia la puerta y bajó las escaleras del complejo residencial de Laurel Canyon. Su casa era moderna, en un lugar de moda y que apenas se podían permitir. El programa estaba cobrando impulso y a Martin pronto le ofrecerían un nuevo contrato. Necesitarían una casa más grande. Con una habitación de bebé. Una habitación de bebé.

El calor la sacudió como si acabara de abrir la puerta de un horno. Incluso para ser primavera en el sur de California, el calor era extremo. A la gente se la estaba avisando de que no saliera a la calle, que bebiera mucha agua y se protegiera del sol.

En el camino que conducía al garaje había un tipo subido a un andamio limpiando ventanas. Annie oyó un grito pero no vio la rasqueta hasta que fue demasiado tarde. Cayó en la acera a escasos centímetros de ella.

–¡Ey! –gritó–. Se le ha caído algo.

–¡Lo siento, señora! –respondió el hombre avergonzado–. Lo siento mucho. Se me ha escapado de las manos.

A pesar del bochorno, sintió un escalofrío. Ahora tenía que tener cuidado. Estaba embarazada. La idea la maravillaba y la llenaba de alegría, pero también le producía cierto miedo.

Abrió el coche con el mando a distancia y este la saludó emitiendo un pequeño *bip*. Cinturón de seguridad, comprobado. Espejo ajustado. Se giró hacia atrás unos segundos y miró el asiento. Estaba hasta arriba de bolsas de supermercado recicladas, bandejas y cuencos vacíos de la última grabación, cuando el ingrediente clave había sido el azafrán. Algún día ahí habría una silla para un bebé. A lo mejor podían llamarlo «Saffron, como «azafrán» en inglés.

Se obligó a parar un instante para asimilarlo todo. Apagó la radio. Flexionó y estiró las manos sobre el volante. Después soltó una fuerte carcajada y su voz ascendió hasta un grito de pura felicidad. Se imaginó la cara de Martin cuando se lo dijera y sonrió mientras subía la rampa. Condujo con una atención extrema, sintiéndose ya protectora del diminuto e invisible desconocido que llevaba

dentro. Una lenta hilera de coches atascaba la carretera, distorsionada por las titilantes ondas de calor. A los lados iban quedando las colinas marrones del cañón. El *esmog* pendía en el aire como anunciando la llegada de un invierno nuclear.

Los Ángeles era un lugar carente de encanto y extremadamente edificado. Tal vez esa era la razón por la que allí se producía tanto trabajo imaginativo. Las colinas secas, el desierto de cemento y el cielo apagado eran un telón de fondo neutro para crear ilusiones. A través de los estudios y los platós se podía trasladar a la gente a lugares salidos del corazón: casitas de campo junto a un lago, refugios junto al mar, días pertenecientes a una época pasada, un otoño en Nueva Inglaterra, acogedoras cabañas de invierno...

«Vamos a tener que mudarnos», pensó. «Bajo ningún concepto criaremos a un hijo donde se respira este aire tan asqueroso».

Se preguntó si podrían pasar los veranos en Vermont. De pronto su idílica infancia brilló con destellos de nostalgia. Un atasco en Switchback podía consistir en el tractor del vecino esperando a que pasara una vaca que se había salido de su cercado. Allí no había aire contaminado, solo un aire limpio y fresco que portaba el agradable aroma de las montañas y de los arroyos trucheros. Era un paraíso virgen, un lugar que nunca había llegado a apreciar hasta que lo había dejado atrás.

Solo hacía cinco minutos que sabía que estaba embarazada y ya estaba planificando la vida del bebé. Porque estaba preparada. Por fin iban a tener una familia. Una familia. Para ella era lo más importante del mundo. Siempre lo había sido.

Pensó en la discusión de esa mañana y después recordó el ramo que le había enviado Martin. Ese momento lo cambiaría todo para los dos del mejor modo posible. Sus estúpidas peleas, que estallaban como chorros de vapor de un géiser, de pronto se esfumaron. ¿En serio habían discutido por una búfala? ¿Por una plataforma elevadora? ¿Porque se había perdido el tapón de la pasta de dientes?

Le sonó el teléfono indicándole la llegada de un mensaje de Tiger, su asistente.

*Problema importante con el andamiaje. te necesitamos ya.*

«Lo siento, Tiger», pensó Annie. «Luego».

Después de que le hubiera contado a Martin lo del bebé. Un bebé. Eso eclipsaba cualquier emergencia en el estudio. Todo lo demás, la búfala, la plataforma elevadora, le parecían nimiedades en comparación. Todo lo demás podía esperar.

Giró hacia el aparcamiento del estudio Century City. El guardia, con gesto lacónico, le indicó que pasara. Ella recorrió el laberinto de cemento gris claro moteado por algún que otro oasis verde de jardines de palmeras. Giró por un

callejón de servicio y aparcó en su plaza designada, junto al BMW de Martin. A ella nunca le habían gustado los coches deportivos. No le parecían nada prácticos dada la clase de equipos con los que tenían que cargar para el programa. Ahora que iba a convertirse en padre, tal vez Martin se desharía del biplaza.

De camino a la caravana de Martin, se cruzó con un grupo de turistas que, subidos en Segways, buscaban a sus estrellas favoritas. Una mujer que parecía entusiasmada detuvo su patinete y le sacó una foto.

–Hola –le dijo–, ¿no es usted Jasmine Lockwood?

–No –respondió Annie casi con una sonrisa de disculpa.

–Vaya, lo siento. Se parece a ella. Seguro que se lo dicen mucho.

Annie le dirigió otra breve sonrisa y esquivó al grupo. No era la primera vez que le decían que se parecía a la diva culinaria, y lo cierto era que le resultaba algo desconcertante. Ella solo se parecía a sí misma.

A Martin, el chico de oro, le gustaba decir que era su amada exótica, y eso siempre la hacía reír.

–Soy un chucho norteamericano de Vermont –solía responder Annie–. No todos podemos tener pedigrí.

¿Se parecería a ella el bebé? ¿Ojos marrones y alborotados rizos negros? ¿O sería como Martin, rubio y majestuoso?

«¡Ay, Dios mío!», pensó con pura alegría. «Un bebé».

Unos cables atravesaban el callejón como serpientes dirigiéndose al estudio. Había hileras de caravanas y trabajadores con auriculares y carpetas correteando por todas partes. Vio la elevadora alzándose sobre la zona de trabajo. Estaba totalmente extendida y sus soportes plegables naranjas formaban un zigzag coronado por la plataforma. Obreros con cascos protectores y electricistas con cables enrollados por todas partes se arremolinaban a su alrededor.

Vio a Tiger, que corrió a saludarla.

–Está atascada en la posición alta.

Tiger parecía un personaje de anime, con el pelo de colores y un peto con tonos vivos. Además, tenía un extraño don para hacer varias cosas a la vez y hacerlas bien. Martin decía que era una maniática, pero Annie daba gracias por su fantástica capacidad de concentración.

–Pues diles que la desatasquen –respondió Annie y siguió andando.

Pudo ver el gesto de sorpresa de Tiger; no era propio de ella ignorar un problema sin intentar resolverlo.

La caravana de Martin era la más grande del solar y también la más equipada, con una zona de maquillaje, una zona de vestuario, baño y cocina completos, una zona de trabajo y otra de descanso. Cuando se enamoraron, a menudo se habían

quedado allí trabajando hasta tarde y habían terminado haciendo el amor en la sala de descanso y durmiendo el uno en los brazos del otro. Ahora la caravana estaba cerrada y las persianas bajadas para impedir que entrara el calor abrasador. La máquina de aire acondicionado traqueteaba.

Estaba impaciente por entrar, dentro haría fresco. Se detuvo, se estiró la falda y se colocó el bolso en el hombro. Por un instante pensó en pintarse los labios. Sí, quería estar guapa cuando le dijera que iba a ser la madre de su hijo. «Bueno, qué más da», se dijo. A Martin le daba igual que llevara o no los labios pintados.

Rápidamente, marcó el código de acceso en el teclado numérico y entró.

Lo primero que notó fue el olor. Un aroma jabonoso y floral. Había música puesta, música cursi. *Hanging by a Thread*, una canción que solía cantar a grito pelado cuando estaba sola porque una buena canción de amor cursi hacía que una persona se sintiera más enamorada aún.

Un fino hilo de luz entraba por un hueco bajo las persianas. Se puso las gafas de sol en la cabeza y esperó a que los ojos se le adaptaran a la luz. Empezó a llamar a Martin, pero vio algo que no encajaba allí.

Un teléfono sobre la zona de maquillaje. No era el de Martin; era el de Melissa. Reconoció la carcasa rosa brillante.

Y entonces llegó ese momento. Esa traicionera sensación de saber pero no saber en realidad. De no querer saber.

Se quedó sin respiración. Sintió como si se le hubiera parado el corazón, por imposible que fuera. Por la cabeza se le pasaron distintas opciones, pensamientos corriendo de un lado a otro como un ratón en un laberinto. Podía marcharse ahora mismo, salir, retroceder, y...

¿Y qué? ¿Darles tiempo para que pudieran seguir fingiendo que eso no estaba pasando?

Una gélida puñalada de ira la animó a seguir adelante. Se dirigió a la zona de trabajo, separada de la entrada por una puerta plegable. La apartó de golpe.

Él estaba sentado a horcajadas sobre ella, ataviado únicamente con las botas vaqueras de quinientos dólares.

—¡Ey! —gritó echándose hacia atrás como un vaquero subido a lomos de un potro salvaje—. ¡Mierda, joder! —se puso de pie y se cubrió la entrepierna con una colcha de flecos.

Melissa emitió un grito ahogado y se tapó con un cojín.

—¡Annie! Ay, Dios...

—¿En serio? —Annie apenas reconocía el sonido de su propia voz—. ¿En serio?

—No es...

—¿Lo que parece, Martin? —contestó con brusquedad—. No. Es exactamente lo que parece —retrocedió; tenía el corazón acelerado y estaba deseando alejarse de

él todo lo posible.

–Annie, espera. Cariño, vamos a hablar.

En aquel mismo momento ella se convirtió en un fantasma. Lo podía sentir. Se fue quedando sin una gota de color hasta quedar transparente.

¿Podría verlo él? ¿Podría ver a través de ella, directamente en su corazón? Tal vez llevaba mucho tiempo siendo un fantasma y no se había dado cuenta hasta ese momento.

Una sensación de traición la inundó. Se sintió bombardeada por muchas emociones. Incredulidad. Decepción. Horror. Repugnancia. Era como tener una experiencia extracorporal. Le picaba la piel. Le picaba literalmente, como si la estuviera recorriendo una descarga de electricidad estática.

–Me marchó –dijo. Tenía que irse a vomitar a algún sitio.

–¿Podemos hablar, por favor? –insistió Martin.

–¿De verdad crees que hay algo de lo que hablar?

Los miró a los dos un momento; contra toda lógica, necesitaba grabar esa escena en su memoria.

Y fue entonces cuando el momento cambió.

«Así es como termina», pensó.

Porque era uno de esos momentos. Un momento clave. Uno que te daba la vuelta y te colocaba en una nueva dirección.

«Así es como termina».

Martin y Melissa comenzaron a hablar a la vez, aunque Annie solo oía una especie de balbuceo. Notó una extraña imagen borrosa, de un tono rojizo. El color de la rabia.

Se apartó, necesitaba salir de allí. Metió la mano en el bolso y sacó las llaves. Las llevaba en un llavero de Sugar Rush con la forma de una hoja de arce.

Después se dio la vuelta, fue hacia la puerta y salió al callejón. Caminaba con paso decidido, la mirada al frente y la barbilla alta.

Probablemente por eso se tropezó con un cable. Cayó de rodillas y las llaves cayeron al suelo con un tintineo. La humillación no cesaba. Recogió las llaves y miró a su alrededor rezando por que nadie la hubiera visto.

Tres personas corrieron hacia ella.

–¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

–Estoy bien –respondió sacudiéndose el polvo de las manos y de sus rodillas arañadas–. De verdad, no os preocupéis.

El teléfono, silenciado, zumbaba dentro del bolso. Atravesó la zona de construcción. Los obreros seguían peleándose con la plataforma elevadora, intentando abrir la llave hidráulica. No debería haber dejado que Martin la convenciera para comprar el modelo barato.

–¡Tienen que girarla hacia el otro lado! –les gritó a los obreros.

–Señora, en esta zona se requiere casco –le dijo un tipo indicándole que saliera de allí.

–Ya me voy. Solo digo que están intentando accionar la llave hacia el otro lado.

–¿Qué?

–La llave. La están girando hacia el otro lado –qué conversación tan extraña. Cuando una descubre que su marido se está acostando con otra, ¿no debería llamar llorando a su madre o a su mejor amiga?

–Ya sabe –le dijo al hombre–, a la izquierda afloja, a la derecha aprieta.

–¿Qué dice, señora?

–En el sentido contrario a las agujas del reloj –respondió moviendo el llavero en el aire para demostrarle la dirección.

–¡Annie! –Martin salió disparado de la caravana y corrió hacia ella con unos bóxers, el torso desnudo y las botas de vaquero–. ¡Vuelve!

Ella apretó con fuerza el llavero y los bordes de la hoja de arce se le clavaron en la piel.

El grupo de turistas subidos en los Segways pasaron por el fondo del callejón.

–¡Es Martin Harlow! –gritó alguien.

–¡Nos encanta tu programa, Martin! –gritó otra chica del grupo–. ¡Te queremos!

–Señora, ¿así es como dice? –preguntó el obrero girando la llave con fuerza.

Un fuerte sonido metálico se oyó desde arriba y la estructura al completo se desplomó.



## Capítulo 2

–Entonces, papá –dijo Teddy dando vueltas sobre la barra de cocina–, si un búfalo de agua pesa novecientos kilos, ¿cómo puede ser que no se hunda en el barro?

Fletcher Wyndham miró el programa que estaba viendo su hijo; era una elección insólita para un niño de diez años, pero Teddy se había aficionado a *El ingrediente clave*. La mayoría de la gente de Switchback, Vermont, sintonizaba el programa aunque no por el chef ni por la guapa presentadora rubia. No, la razón se ocultaba detrás de las cámaras; una imagen pasajera en los títulos de créditos que aparecían en la pantalla mientras sonaba la sintonía, que por cierto era algo molesta.

Su nombre era Annie Rush, la productora.

El programa de cocina más popular de la televisión era creación suya y ella había nacido y se había criado en Switchback. La profesora de cuarto de Teddy había ido al colegio con Annie. Un tiempo atrás habían grabado un capítulo allí mismo, en el pueblo, aunque Fletcher se había mantenido alejado de la producción. Desde entonces, Annie era famosa a pesar de no aparecer en cámara.

«Y menos mal», pensó Fletcher. Verla en la televisión cada semana lo volvería loco.

–Buena pregunta, colega –le dijo a su hijo–. Ese de ahí parece que esté caminando sobre el agua.

Teddy puso los ojos en blanco.

–Ese de ahí no es un búfalo. Es una búfala. La *mozzarella* se hace con su leche.

–¿Y entonces por qué no los llaman «búfalos de leche»?

–Pues porque viven en el agua, tonto.

–Es increíble todo lo que puede aprender uno viendo la televisión.

–Sí, ya, pues entonces deberías dejarme verla más.

–Tú sigue soñando –dijo Fletcher.

–Mamá me deja ver toda la que quiera.

Y ahí estaba, la prueba de que Teddy se había unido oficialmente a un club al que ningún niño quería pertenecer: el club de hijos confundidos de padres divorciados.

Al mirar a su alrededor y ver el caos de la casa a la que acababan de mudarse, Fletcher se hizo una típica pregunta: ¿Qué cojones ha pasado con mi vida?

Podía identificar con precisión el punto de inflexión. Una sola noche de demasiada cerveza y demasiada falta de cordura lo habían llevado por un camino que le había cambiado todos sus planes.

Y, sin embargo, cuando miraba a su hijo, no lo lamentaba lo más mínimo. Teddy había llegado al mundo como una cosita colorada, chillona, necesitada y ruidosa, y su reacción al verlo no había sido de amor a primera vista. Había sido pavor a primera vista. No le daba miedo el bebé. Le daba miedo fallarle. Le daba miedo hacer algo que estropeará a ese humano diminuto, perfecto e indefenso.

Pero no le había quedado otra opción que dejar de lado ese miedo y entregarse por completo a Teddy, movido por la poderosa sensación de tener una misión en la vida y por un amor como nunca antes había sentido. Ahora Teddy estaba en quinto curso, era una absoluta ricura, un niño deportista, bromista y dulce. A veces también era un auténtico fastidio, pero durante cada momento del día era el centro del universo de Fletcher.

Teddy había sido un niño feliz, tanto que Fletcher había querido poder envolverlo en una burbuja protectora para que se mantuviera siempre así. Pero ahora se daba cuenta de que, a pesar de sus intenciones, la burbuja se había pinchado. El fin de su matrimonio se había ido viendo venir desde hacía tiempo, y sabía que la transición le estaba resultando dura a Teddy. Ojalá pudiera haberle ahorrado a su hijo el dolor y la confusión, pero había tenido que ponerle fin a esa relación para poder volver a respirar. Ahora solo esperaba que algún día Teddy lo entendiera.

–El búfalo de agua es un logro extraordinario de la ingeniería de la naturaleza –decía la copresentadora de *El ingrediente clave*, secuaz y soporte vital de todo un ególatra también conocido como Martin Harlow.

–¿Por qué dices eso, Melissa? –preguntó el presentador con voz bobalicona.

Ella señaló a la búfala de aspecto triste que se encontraba en un pequeño redil junto a un pantano generado por ordenador y no demasiado bien logrado.

–Bueno, pues porque las grandes pezuñas del animal le permiten caminar sobre superficies extremadamente suaves sin hundirse.

El presentador se tocó la barbilla.

–Cierto. ¿Sabes? Cuando era pequeño creía que tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de ahogarme en arenas movedizas porque en las películas eso pasaba mucho.

La rubia se rio y se echó el pelo atrás.

–¡Tenemos suerte de que no te ahogaras!

Fletcher hizo una mueca de disgusto.

–Oye, colega, ayúdame a desembalar, ¿vale?

Los objetos más grandes ya se los habían enviado, pero tenían varias cajas aún

por abrir.

–El programa casi ha terminado. Quiero ver cómo sale el queso.

–Tanta intriga debe de estar matándote –dijo Fletcher–. Oye, ¿sabes qué hacen con el queso *mozzarella*?

–¡Pizza! ¿Podemos pedir pizza esta noche?

–Claro. O podríamos comernos la que sobró anoche.

–Está mejor recién hecha.

–Es verdad. Llamaré cuando hayamos desembalado dos cajas más. ¿Trato hecho?

–Sí –dijo Teddy chocándole el puño.

La casa nueva tenía todo con lo que Fletcher había soñado en aquellos tiempos en los que había tenido a alguien con quien soñar. Una gran cocina abierta al resto de la casa de la que, si supiera cocinar, saldrían cosas deliciosas. Pero la persona que hacía las cosas deliciosas había salido de su vida hacía mucho tiempo. Aun así, ese antiguo sueño permanecía y era lo que había conducido a Fletcher hasta esa casa en particular, una típica casa de Nueva Inglaterra de un siglo de antigüedad. Tenía una chimenea y una habitación con suficientes librerías como para poder llamarla «biblioteca». Había un porche trasero con un balancín que había estado montando durante toda la tarde y que no era un balancín cualquiera, sino uno grande y cómodo con cojines tan grandes que podías echarte una siesta en ellos; un balancín que llevaba imaginando más de una década.

Desembalaron un par de cajas de libros. Teddy estuvo callado un rato mientras los colocaba en las estanterías y entonces alzó uno de ellos.

–¿Por qué se llama *El señor de las moscas*?

–Porque es alucinante –respondió Fletcher.

–Sí, vale, pero ¿por qué se llama así?

–Lo descubrirás cuando seas mayor.

–¿Es que es alguna guarrada de la que no puedo saber nada?

–Es una guarrada asquerosa.

–A mamá le daría algo si le dijera que tienes un libro guarro.

–Pues entonces no se lo digas.

Teddy puso el libro en la librería y añadió unos cuantos más a la colección.

–¿Entonces, papá...?

–¿Sí, colega?

–¿Aquí es donde vivimos ahora de verdad? –miró a su alrededor con tristeza.

Fletcher asintió.

–Aquí es donde vivimos ahora.

–¿Para siempre?

–Sí.

–Eso es mucho tiempo.

–Lo es.

–Entonces, cuando les diga a mis amigos que vengan a mi casa, ¿vendrán a esta o a nuestra otra casa?

Ya no había una «nuestra». Celia se había apoderado de la casa de diseño ubicada al oeste del pueblo.

Dejó de colocar los libros y se giró hacia Teddy.

–Estés donde estés, estarás en casa.

Trabajaron juntos hasta colocar el último libro. Fletcher dio un paso atrás y admiró las librerías que flanqueaban la chimenea mientras la brisa hacía chirriar las cadenas del balancín en el porche trasero.

Ahora lo único que faltaba era la persona que había compartido ese sueño con él.

## Capítulo 3

–Abre los ojos.

Una voz que no le era familiar parecía flotar sobre su cabeza. No sabía si esas palabras estaban dentro de su mente o en la habitación. El sonido se disipó hasta hacerse un silencio interrumpido por un siseo y un suave zumbido. A pesar de lo que le habían pedido, no podía abrir los ojos. La habitación no existía. Solo había oscuridad. Estaba nadando en aguas oscuras, pero, por alguna razón, podía inhalar y exhalar como si el agua le nutriera los pulmones.

Otros sonidos llenaban el espacio que la rodeaba, aunque no podía identificarlos; el rítmico ruido de una máquina, tal vez un lavavajillas o una especie de bomba mecánica. ¿Una bomba hidráulica?

Olía... algo. Flores frescas. O insecticida tal vez. No, flores. Lirios. Lirios *stargazer*.

Lirios del valle. ¿No eran del Sermón de la Montaña? Y también era el nombre de una función del instituto. Sí, su amigo Gordy había conseguido el papel de Sidney Poitier en la obra.

–... más actividad cada hora. Ha evolucionado hasta una mínima consciencia. La enfermera de la noche lo ha notado y el doctor King ha pedido otro electroencefalograma y más escáneres.

La voz de un extraño. Ese acento. Era lo que en inglés se conoce como pronunciación no rótica. Lo recordaba de la clase de periodismo televisivo. «Pronunciad la “r” rótica. No dejéis nunca que nadie sepa de dónde sois».

El acento del hablante misterioso era del norte de Vermont.

–Ayúdame con este electroencefalograma, por favor –algo le tocó la cabeza.

«Parad».

«Señora, en esta zona se requiere casco». ¿Le iban a poner un casco? No, una redecilla para el pelo. No, un gorro de nadar.

«Nadadoras, a sus puestos».

Se podía ver agachándose, enroscada como un muelle, con los dedos de los pies doblados sobre el borde de la plataforma de salida. Era una de las nadadoras más rápidas del equipo del instituto, las Switchback Wildcats. En el último curso había superado el récord estatal de cien metros braza. En el último curso, había visto su vida extenderse como un río resplandeciente e infinito, con todo ante sí. En el último curso, se había enamorado por primera vez.

–... siempre me he preguntado qué tal me quedaría el pelo así de corto –dijo

otra de las voces. De nuevo, el mismo acento no rótico.

*Bip.* La señal de salida resonó por el centro acuático. Annie se zambulló.

Seca. ¿Por qué tenía la garganta seca si no tenía sed? ¿Por qué no podía tragar? Algo rígido le impedía mover el cuello. «Quítatelo. Necesitas respirar».

Flotó un poco más. El agua estaba a la misma temperatura que su cuerpo. Tenía que hacer pis. Pero después ya no tenía que hacer pis. Al cabo de un rato, ya no hubo más sensaciones físicas, solo sentimientos palpitándole por la cabeza, el cuello y el pecho. Pánico y dolor. Rabia. ¿Por qué?

Era conocida por tener una actitud sosegada. «Annie lo solucionará». Solucionaba los acentos de la gente. Los problemas de iluminación. El diseño del plató. Las llaves atascadas.

«A la izquierda afloja, a la derecha aprieta». Reprodujo el gesto con el llavero de hoja de arce en la mano.

–¿Lo ves? Ese movimiento no es aleatorio.

Una voz otra vez.

–Es zurda.

Otra voz.

–Ya sé que es zurda. Yo también.

«Mamá. ¿Mamá?».

–Yo la veo igual –dijo la voz de mamá. Sí, era inconfundible–. No veo ningún cambio. ¿Cómo puede decir que está despertando?

–No es que esté despertando exactamente. Es una transición a un estado más consciente. El electroencefalograma muestra un aumento de actividad. Es un signo esperanzador.

Una voz distinta.

–La gente no despierta de algo así de pronto; vuelven de forma gradual, llegan y se alejan. Annie. Annie, ¿puedes abrir los ojos?

«No. No puedo».

–Apriétame el dedo.

«No. No puedo».

–¿Puedes mover los dedos de los pies?

«No. ¡Por favor!».

–Puede ser un proceso largo –dijo la voz– e impredecible, pero somos optimistas. Los escáneres no muestran daño permanente. Su respiración ha sido excelente desde que retiramos la cánula de traqueotomía.

Traqueo... ¿qué? ¿No era eso como un agujero en la tráquea? ¡Qué asco! ¿Por eso le dolía tragar y respirar?

–Lo siento –la voz de mamá sonó cargada de lágrimas–. Es que es tan duro ver...

–Lo entiendo, pero tenemos que estar animados. Ha evitado muchas de las complicaciones comunes: infección pulmonar, contracturas, cambios en las articulaciones, trombosis... Muchas cosas que podían haber ido mal no lo han hecho, y eso es positivo.

–¿Cómo puedo ver algo positivo aquí? –susurró mamá.

–Sé que ha sido difícil para usted, pero créame, ella es una de las afortunadas. Con esta nueva actividad, el equipo de cuidados intensivos cree que ha superado lo peor. Vamos a ser positivos.

–De acuerdo. Entonces yo también –la voz de mamá, suave con desesperada esperanza–. Pero si... cuando despierte, ¿qué pasará si es distinta? ¿Recordará lo que ha pasado? ¿Seguirá siendo nuestra Annie?

–Es demasiado pronto para saber si habrá algún déficit.

–¿Qué quiere decir con «déficit»? –la voz sonó débil y agotada. Aterrada.

–Tenemos que llevar este proceso paso a paso. En los próximos días y semanas tendremos que hacer muchas pruebas, cognitivas, físicas, neurológicas, psicológicas. Los resultados nos orientarán sobre cuál es el mejor modo de ayudarla.

–De acuerdo –dijo la voz de mamá–. ¿Y cómo se lo vamos a contar todo? ¿Y si pregunta por él? ¿Qué le digo?

Él. ¿Quién era él? Alguien que le hacía sentir una pesada tristeza, aplastándola.

–Iremos viendo cada cosa a su tiempo. Y, por supuesto, seguiremos monitorizándola constantemente.

–Ay, Dios mío. ¿Y si...?

–Escuche. Y, Annie, si puedes oírnos, escucha tú también. Eres joven y fuerte y has sobrevivido a lo peor. Contamos con que te recuperes bien.

«Soy joven», pensó Annie. «Ya, ¿y qué?».

Después se preguntó cuántos años tendría. Qué extraño que no pudiera recordarlo. Podía recordar sin problema tener cuatro o cinco años y estar en la cabaña de azúcar con la abuela. «¿Ves cómo cubre la espátula de un modo tan perfecto? Eso significa que la savia se ha convertido en sirope. Podemos usar el termómetro, pero también debemos usar los ojos».

Después, tenía diez años y estaba de pie en el porche delantero de la granja, viendo a su padre marcharse bajo una tormenta de pétalos rosas que caían de los arcos. La camioneta estaba cargada de cajas de mudanza y papá caminaba con paso rígido y decidido. Tras ella oía unos sollozos saliendo del salón, donde mamá estaba acurrucada en el sillón mientras la abuela intentaba calmarla.

El mundo de Annie se había partido en dos aquel día y no podía recomponerlo

porque no sabía cómo se había roto. En su corazón también había una grieta.

–Debería irse, Caroline –dijo alguien–. Vaya a descansar un poco. Este proceso puede llevar días e incluso semanas. Estará controlada en todo momento y la llamaremos al primer signo de cambio.

Vacilación. Un suave suspiro.

–De acuerdo. Entonces volveré mañana –dijo mamá–. Mientras tanto, llámeme si hay algún cambio. No importa si es en mitad de la noche.

–Por supuesto. Conduzca con cuidado.

Unas pisadas se alejaron. «Vuelve». La voz que había dentro de su cabeza era la voz de un hombre. No quería oírla. Intentaba escuchar a las otras personas que había en la habitación.

–... la conocí en el instituto. Pertenece a esa familia que tiene esa granja grande en Rush Mountain en Switchback –era una voz chillona, de chismosa.

–¡Hala, es verdad! Competí contra ella en un campeonato de natación estatal un año. El mundo es un pañuelo.

–¡Ey! Y también estuvo saliendo con Fletcher Wyndham. ¿Te acuerdas de él?

–Dios mío, ¿y quién no? Ella no debería haberlo dejado.

Fletcher. Fletcher Wyndham. Annie le dio vueltas al nombre hasta que lo relacionó con una imagen que guardaba en el corazón. Recordaba esa sensación de amor que le invadió cada célula del cuerpo, alimentándolo como si fuera oxígeno y produciéndole una intensa calidez. ¿Aún lo amaba? La voz había dicho que había salido con él, así que tal vez el amor se había acabado. ¿Cómo lo había perdido? ¿Por qué? ¿Qué había pasado? «No hemos terminado». Se acordaba de él diciéndole eso. «No hemos terminado». Pero, por supuesto, sí lo habían hecho.

Recordó el instituto, la natación y los chicos, y a la persona más importante de su vida: Fletcher Wyndham. Después recordó la universidad y a Fletcher otra vez, pero entonces oyó un fuerte crujido y él desapareció.

Sintió como si se estuviera hundiendo y el sueño la venció. Una fantasmal calidez se posó sobre sus piernas y convirtió la oscuridad en un denso color naranja como si una luz brillara desde arriba. Intentando no alejarse de sus pensamientos, se adentró en una ensoñación de imágenes inconexas: risas convirtiéndose en tristeza, un viaje a un destino que no reconocía. Después, percibió una larga página en blanco con destellos irreconocibles por los márgenes.

No, no sabía qué edad tenía.

No sabía nada. Solo sentía confusión, dolor y que respiraba a través del agua.

«Nadadoras, a sus puestos».

Y Annie echó a nadar.



Música. ¿Soundgarden? *The Day I Tried to Live*. Y después Aerosmith. *Dream On*. ¿Por qué? Mamá y papá solían bailar con los éxitos clásicos cuando ponían la radio. En las fiestas del azúcar, durante la temporada de sangrado de los árboles y de hervido, bailoteaban mientras el radiocasete resonaba por la cabaña. La abuela preparaba bollitos fritos espolvoreados con cristales de sirope y la gente acudía desde todas partes a probarlo todo.

Durante la temporada de azúcar, todos los fines de semana se celebraban fiestas en Rush Mountain. Era una época de transición y esperanza, la señal de que por fin el invierno estaba cediéndole paso a la soleada primavera. Las noches gélidas, seguidas por días cálidos, provocaban un deshielo que generaba un flujo de savia durante las horas de sol. El cambio de temporada también traía consigo música, comida y risas mientras la familia celebraba reuniones alrededor del gran y humeante evaporador en la cabaña de azúcar.

Papá solía colocar una señal junto a la carretera: *Sugar Rush, el lugar más cálido de la montaña*.

Más música flotaba por el aire: The Police. Hunters & Collectors. Los B-52's. Annie iba volviendo a su infancia canción tras canción. *Love Shack* era el tema de baile más popular. Solo algunos sabían que el mote de la cabaña de azúcar de los Rush era «el Love Shack», el nidito de amor. Y menos aún conocían el motivo.

En el invierno del último año de instituto, Annie había perdido la virginidad en la cabaña de azúcar, rodeada de vapor con aroma a sirope mientras se rendía con dulzura a los suaves besos de un chico que creía que sería suyo para siempre.

Nunca había entendido por qué la gente decía «perder» la virginidad. Aquella noche ella no había perdido nada. Se había entregado; había entregado su virginidad, su corazón, su ser y su alma. Y se los había entregado al chico malo del pueblo, Fletcher Wyndham. Así que no, no había perdido nada. Había ganado... algo nuevo, inesperado y tremendamente hermoso. El mundo había cambiado de color para ella aquella noche, como las copas de los arces ante el primer toque del frío del invierno.

«No te conviene». Mamá había sido muy firme al respecto. Como si se hubiera convertido en una experta en relaciones después de que papá los hubiera abandonado.

Le dolía detrás de los ojos. Apretó los párpados. Parpadeó. Gran error. Sintió un afilado destello de luz clavándosele directamente en el cerebro. ¡Ay!

Pero el destello le despertó la curiosidad y parpadeó un poco más a pesar del dolor. Intentó frotarse los ojos, pero las manos no le respondían. Y entonces algo

le rozó la cara. Unas lágrimas frías le salpicaron los ojos. Los mantuvo cerrados hasta que el frío desapareció. Sus manos querían funcionar, pero algo las contenía. Tenía las manos atadas. No en sentido figurado, sino literal. Una especie de almohadilla le impedía cerrar el puño.

Más parpadeos, más destellos. ¡Ay! Logró mantener los ojos entreabiertos un instante. Podía mover los ojos pero no la cabeza. La habitación no le resultaba familiar. Paredes de color beis lisas. Una estructura con carriles metálicos en el techo. Serían para montar las cámaras, ¿verdad? Recordó una discusión sobre los caros que eran los carriles para las cámaras. Muchas discusiones. Otra vez dolor. No detrás de los ojos, en alguna otra parte. «Corre. Corre y aléjate del dolor».

Tenía que volver a hacer pis.

Miró otra vez. Una luz borrosa procedente de la abertura rectangular que había en el techo, la misma que la trajo a la vida cuando el cálido resplandor pasó sobre ella. ¿Una claraboya?

Echaba de menos el cielo.

Entreabrió los ojos otra vez. Sí, había una claraboya. Al desviar la mirada vio también una hilera de ventanas. Desde fuera entraba luz, filtrada por unas vaporosas cortinas, y salpicaba el suelo. El calor que salía de un anticuado radiador creaba remolinos invisibles que salían hacia arriba. Después se le bajaron los párpados y no pudo levantarlos.

Pisadas. Alguien entró. Hizo... algo. Movié una almohada. Hizo algo más abajo y de pronto ya no sintió ganas de hacer pis.

Intentó abrir los ojos, pero no le funcionaban. Se había vuelto a convertir en un fantasma.

Las pisadas se desvanecieron.

«Vuelve».

Se concentró en levantar los párpados y en esa ocasión sus ojos se mantuvieron abiertos. Confusión y tristeza. Pena. ¿Así era como se sentía la pena, como un peso en el pecho?

Recordaba la sensación de aquel día en el que un miembro de la cuadrilla encargada de sangrar los árboles llegó a la granja y les dijo lo del abuelo. Se había marchado una tarde a cortar un árbol y había quedado aplastado bajo un tractor que había volcado. Años más tarde, llegó aquella luminosa y soleada mañana en la que la abuela no despertó.

Sí, Annie conocía lo que era la pena. Cerró los ojos, pero el dolor seguía allí.

Volvió a intentar levantar los párpados. Unas imágenes palparon ante sus ojos y después lentamente se definieron. El entorno no tenía nada de especial. Cuadros impersonales en la pared. ¿Un hotel barato, tal vez?

Desplazó la mirada desde la claraboya al alféizar de la ventana. Había algo

nuevo, un surtido de objetos. Y esos no eran impersonales en absoluto. Estaba segura de que los conocía desde hacía tiempo. Desde siempre.

Su trofeo de natación más grande y una escarapela azul del concurso de artes culinarias del estado en la categoría de Chef Júnior 1998. Una copia del libro de cocina de la abuela, con la portada desgastada y evocándole agradables recuerdos. Intentó aferrarse a esos recuerdos, pero cada uno se desvaneció antes de llegar a formarse del todo, se dejó arrastrar por una oleada de líquido dolor.

Un recipiente cuadrado metálico llamó su atención. Era una lata de litro y medio de Sugar Rush, el sirope de arce que la familia llevaba elaborando en Rush Mountain desde 1847. Eso era lo que ponía en la lata, aunque no podía distinguir las letras.

Como todas las latas de sirope tradicionales, Sugar Rush mostraba una escena típica de los bosques en invierno: una cabaña de azúcar roja y un grupo de caballos tirando de los barriles de savia que se herviría. En primer plano había dos niños lozanos con gorros y guantes de lana tirándose en trineo por una pendiente cubierta de nieve.

Lo que la mayoría de la gente no sabía era que la pintoresca cabaña era la auténtica de Rush Mountain y que los niños eran Annie y su hermano Kyle. Su madre, con su talento artístico único, había hecho el dibujo basándose en fotografías viejas.

Kyle había contratado a un consultor para que les propusiera modos de aumentar las ventas y una de las sugerencias había sido rediseñar el anticuado envase. Kyle se había negado a siquiera plantárselo.

—La gente no quiere que las cosas que les gustan cambien—había dicho.

Recordando las palabras de su hermano, Annie sintió algo incluso más poderoso que el dolor de cabeza. Aun así, no pudo darle nombre al sentimiento. Le produjo dolor en la garganta.

Escuchó el suave silbido y el golpeteo un poco más. Una sección de percusión preparándose. De vez en cuando sonaba un tono flojo. No era un pitido sino un tono. ¿Un diapasón?

El cielo que se veía por la claraboya era increíblemente azul, ese clase de azul que hace que a uno le escuezan los ojos. ¿Qué era ese lugar? ¿Dónde estaba?

—Hola—dijo. Su voz fue como un sonido roto, como un viejo disco de vinilo rayado. Papá se había llevado la colección de discos cuando se marchó—. Hola.

Esa cosa que tenía alrededor del cuello la limitaba y no podía ni levantar ni girar la cabeza. Sentía los tobillos y las muñecas como si los tuviera atados con esposas lanudas; como juguetes sexuales no deseados. «No, gracias».

Logró mover un poco la mano izquierda y la ladeó hasta poder verla. La cosa tirante que le enderezaba los dedos ya no estaba allí. ¿Era esa su mano? Era la

mano de un extraño. Tenía las uñas cortas y sin limar, lo cual no tenía ningún sentido porque se había hecho la manicura justo el día antes. Había querido tener un aspecto muy cuidado para la entrevista de la revista *People*.

Se tocó el dedo anular con el pulgar. El anillo no estaba.

Un recuerdo se encendió. Una casa. Un trabajo. Una vida.

La pena volvió. Volvió con fuerza, como el agua de escorrentía en primavera cruzando los bosques de arces. Y tal como habían llegado, los recuerdos se desvanecieron otra vez, no más reales que un sueño.

De nuevo, pisadas. Más movimiento de un lado a otro. Suelas de goma chirriaban sobre el linóleo según la gente entraba y salía. Annie parpadeó y vio a una mujer con un uniforme de algodón con dibujos de gatitos y estrellas. Se inclinó hacia delante; su aliento era cálido y olía a hierbabuena.

–Annie. ¿Annie? ¿Puedes oírme?

–Eh –de nuevo, la voz rota con sonido monótono y raspado–. ¡Eh!

A la mujer se le iluminó la cara y sonrió.

–Bienvenida –dijo.

El sonido de un papel rasgándose, como si lo hubieran arrancado de un rollo de papel de regalo. Más pisadas, corriendo como con una misión y después desvaneciéndose. Alejándose. Alejándose.

«Vuelve».

La mujer habló de nuevo, pero no a Annie, sino a alguien que tenía detrás.

–Avisa a la familia inmediatamente.

## Capítulo 4

Caroline Rush descolgó los dos cuadros de la habitación de Annie del centro de rehabilitación y sustituyó las obras de tienda de descuento por un par de sus trabajos originales. Si su hija... Bueno, mejor dicho, cuando su hija despertara, quería que viera algo familiar en la pared. Aún no había asimilado la sensación de felicidad y gratitud que la había invadido cuando la habían llamado. Annie se había despertado. Había hablado.

Pero para cuando ella había bajado de la montaña a toda velocidad y había recorrido la estatal hasta Burlington, Annie se había vuelto a dormir.

–Has elegido dos de mis favoritos –dijo una voz que Caroline no había oído en años.

Se quedó helada. Dejó de respirar. Cerró los ojos. Y entonces se repuso respirando profundamente. No iba a permitir que ese hombre la dejara sin aliento. No le permitiría que la dejara sin palabras. Muy despacio, se giró.

Su exmarido entraba por la puerta. Ethan estaba tan delgado y esbelto como el día en que lo había conocido, cuando era un joven que conducía un camión de productos agrícolas.

–Hola, Caro. He venido lo más rápido que he podido –pasó por delante de ella y fue directo a la cama de Annie–. ¿Qué está pasando?

–Dicen que está en transición.

Ethan miró a su hija y su rostro se suavizó con un gesto de tristeza. Acarició su huesudo hombro a través de la desgastada sábana del hospital.

–¿Y qué significa eso de «transición»?

–Esa pregunta házsela al médico. Yo lo único que sé es lo que le escribí a Kyle en el mensaje. Supongo que te lo reenvió a ti.

–Sí. ¿Entonces se va a despertar? ¿Va a volver en sí?

A Caroline se le encogió el estómago de miedo por su hija, una sensación que últimamente le resultaba muy familiar.

–Ha habido señales...

Él se pellizó el puente de la nariz, tenía el rostro tenso de emoción.

Años después del divorcio, Caroline aún no sabía cómo actuar cerca de su exmarido. Desde que se había marchado aquel magnífico y luminoso día de primavera, solo lo había visto unas pocas veces. Ethan había asistido a la boda de Kyle con Beth, una celebración pequeña e íntima en el Grange Hall de Switchback. Había sido espantoso porque se había llevado con él a Imelda.

En aquel momento, Caroline lo había odiado con todas sus fuerzas y después se había odiado a sí misma por haber dejado que su ex le estropeará el día de la boda de su hijo. En la boda de Annie, varios años después, ya lo hizo mejor. Por entonces había aprendido a levantar un muro impermeable entre Ethan y ella. Había fingido que su exmarido no era más que un conocido, como el tipo que iba una vez al año a limpiar la fosa séptica.

–No sabía que tuvieras un favorito –dijo ahora, dando un paso atrás para asegurarse de que los cuadros estaban nivelados.

–Hay muchas cosas que no sabes de mí –respondió él.

Ella se giró para mirarlo.

–¿Qué significa eso?

–Tienes que subir un poco la esquina derecha –dijo Ethan señalando uno de los cuadros.

–No, está perfecto –dio otro paso atrás y vio que él tenía razón. Se echó hacia delante y alzó la esquina.

Caroline se preguntó por qué había dicho que ese cuadro en particular era uno de sus favoritos. Era un paisaje de Rush Mountain orientado hacia el oeste durante una puesta de sol a principios de otoño. El cielo tenía un resplandor especial en esa época del año; parecía tocar los prados y las copas de los árboles con fuego y alargar las sombras en el valle que conducía hacia el pueblo de Switchback. Había captado la luz justo así, logrando con ello transmitir la efímera naturaleza.

A Ethan nunca le había gustado aquel lugar, ni siquiera a pesar de haber sido su hogar durante dieciocho años. Después de que se casaran y de que ella se quedara embarazada de Kyle tan rápidamente, Ethan se había quedado allí por obligación. Y después se había marchado en cuanto su hijo había sido lo suficientemente mayor para ocuparse de la granja.

–¿Por qué es uno de tus favoritos? –le preguntó ella sin mirarlo.

–Porque volcaste tu corazón en él –respondió sencilla e inesperadamente–. Y porque a Annie siempre le encantaron las vistas desde tu estudio.

Caroline no se lo podía discutir. Le había hecho un lienzo parecido a Annie como regalo de boda.

Su hija había estado impresionante el día de su boda. Todas las novias lo estaban, pero Annie derrochó esa clase de belleza que te atravesaba produciéndote un dulce dolor y provocó que Caroline juntara las manos y las apretara con fuerza al verla. No se había molestado en contener las lágrimas cuando Annie apareció en la apartada y rocosa playa de California al atardecer. Era tan distinto a Vermont que parecía otro país. Otro planeta. Aun así, la expresión de Annie, tan llena de esperanza, había sido la misma de cada mañana

de Navidad cuando era pequeña.

¿Por qué la felicidad provocaba las mismas lágrimas que la tristeza? ¿Por qué la garganta y el pecho ardían de dolor de cualquier modo? ¿Era porque, en el fondo, todo el mundo sabía que se trataba de un momento frágil y efímero? ¿Las lágrimas eran fruto del hecho de saber que todo podía cambiar en un instante?

Caroline sabía que la felicidad se podía destruir en lo que tarda un tractor en volcar en una zanja. En lo que tarda un marido en decir: «Me marchó».

En lo que tardó la pieza de un equipo en caer sobre la cabeza de una joven.

Miró hacia la cama. Ethan estaba sentado en silencio junto a Annie, mirando su estático rostro como ella había hecho durante tantas horas.

Como si sintiera que Caroline lo estaba mirando, se giró sobre la butaca giratoria.

—¿A qué hora pasará el médico?

—Nunca te dicen una hora en concreto —respondió ella. Ya que el silencio que se hizo entre los dos resultaba tan incómodo, puso música, una lista que había preparado con canciones que creía que le gustarían a Annie. *How do You Talk to an Angel* comenzó a sonar por el altavoz. Sin embargo, fue una elección desafortunada porque le despertó el recuerdo de Ethan haciendo *playback* con gestos exagerados para hacer reír a su niña pequeña.

¿Recordaría Ethan esos momentos? ¿Había canciones que despertaran recuerdos imborrables dentro de él? ¿Pensaría en algún momento sobre lo dulce que fue su vida familiar y cómo la había perdido? ¿O solo recordaba el malestar, el anhelo por algo diferente?

—¿Dónde te alojas? —le preguntó al decidir que era mejor ceñirse a temas neutrales. No quería saber nada personal sobre él. No quería que él supiera nada de su vida. Y, sin embargo, cuando la miraba, incluso ahora, parecía saberlo todo sobre ella.

—En el hotel que hay ahí enfrente... Es un Best Western, creo. La semana que viene me mudaré a la casa de mis padres en Milton.

—Kyle me ha dicho que tu padre por fin ha decidido jubilarse.

—Así es. Está buscando un comprador para el negocio.

El padre de Ethan tenía una distribuidora de comestibles. Así fue como ella lo conoció, cuando conducía un camión para la empresa de su padre y subió a Rush Mountain a por una remesa de sirope de arce. El logotipo que había en un lado del camión, *Productos Selectos Lickenfelt*, la había hecho sonreír porque le había parecido un apellido gracioso.

Ignoró el recuerdo.

—Vaya, espero que encuentre a alguien. Kyle los ha traído a Wilma y a él a ver a Annie un par de veces.

Se habían quedado sin cosas que decir. Qué sensación tan extraña que ese hombre ahora fuera como un desconocido para ella. Había habido una época en la que lo había sabido todo sobre él: el aroma de su piel y el sabor de su aliento. Cómo sonaba su risa, su gesto cuando se enfadaba. La forma de sus manos. Las cosas con las que soñaba. Su pasión y su frustración.

Habían hecho dos hijos preciosos. Tenían nietos. Y, aun así, ya no sabía en qué pensaba. No sabía quién era, cómo se había hecho esa cicatriz en la palma de la mano o si necesitaba gafas para leer ahora que pasaba de los cincuenta.

Las viejas canciones seguían sonando. La mayoría eran de la época de adolescente de Annie. Miró con impotencia la figura tendida en la cama, ese rostro incoloro como el de una figura de mármol, suave e inmóvil.

–La bella durmiente –dijo Ethan.

Caroline asintió.

–He pasado mucho miedo. Espero que los médicos no se equivoquen y que vuelva en sí.

Ethan se frotó los ojos con el índice y el pulgar en un gesto que ella reconoció: era su forma de controlar las lágrimas.

–Yo también lo espero –susurró.

–Ethan, me han advertido que no esperemos que vuelva a ser la misma que era antes del accidente. Podría haber... –no quería decirlo–. Alguna discapacidad. Deficiencias, creo que así las llamó alguien. Y nadie sabrá el alcance de las lesiones hasta que esté completamente despierta. Incluso aunque no tenga un déficit permanente, necesitará rehabilitación intensiva.

–Haremos lo que haga falta.

–Puede que lleve semanas. O meses.

–Lo que haga falta –repitió él.

Bueno, eso era algo. Anteriormente, Ethan había ido a Vermont solo dos veces al año para ver a Annie y a Kyle; dos semanas en Navidad y otras dos en verano durante las que se alojaba en la casa de sus padres en Milton.

¿Al decir «Lo que haga falta» había querido decir que tenía pensado quedarse? Se mordió el labio para evitar preguntarlo.

Ahora sonaba *Brand New Day*. La parte de la canción que hablaba sobre hacer retroceder el tiempo la afectó especialmente.

–Ojalá pudiera –dijo en voz baja mirando a su hija.

–¿Poder qué? ¿Hacer retroceder el tiempo?

Ella asintió.

–¿La empujé yo hacia esa vida o era lo que de verdad quería?

–¿Te refieres a lo de producir un programa de televisión? Parecía que era exactamente lo que siempre había soñado.



Lo único que Caroline podía recordar eran las discusiones.

–Tal vez debería haber apoyado más su relación con Fletcher –dijo–. No llegaste a conocerlo, ¿verdad?

–No. Annie me habló de él. Novios del pueblo –miró a Caroline–. Esas cosas pasan.

–Pero eran muy jóvenes. ¿Cómo iba yo a saberlo?

–Déjalo, Caro –Ethan era la única persona que la llamaba «Caro»–. No puedes responsabilizarte de las decisiones que tomara tu hija adulta.

–Uno de nosotros tenía que responsabilizarse de todo –respondió con brusquedad, volviendo a lo de siempre como si el tiempo no hubiera pasado.

–Es verdad –respondió él con la voz tensa de furia–. ¿Y qué tal llevas eso?

Annie oía voces, alguien discutía en voz baja como la gente cuando se pelea y no quiere que nadie lo sepa. Deberían darse cuenta de que esa técnica jamás funcionaba. Que una discusión se desarrollara en voz baja no enmascaraba el hecho de que era una discusión. Incluso aunque las palabras fueron inaudibles, el enfrentamiento plagó el aire como una niebla.

Los sibilantes susurros cargados de tensión que flotaban sobre sus párpados le resultaron inquietantemente familiares. Tenía diez años, estaba tumbada en la oscuridad a altas horas de la noche intentando oír lo que se estaban diciendo sus padres. No podía captar las palabras, pero una parte de ella ya sabía que estaban a punto de arrancar la crisálida que envolvía y protegía a su familia. Había visto a mamá llorando abrazada a la abuela y había visto al abuelo lanzándole gélidas miradas a papá. Esa mala sensación le daba vueltas por la cabeza.

«Abre los ojos». Recordando la orden, lo intentó con todas sus fuerzas, pero no lo logró. Pensó en decir algo, pero no sabía qué. Nunca había sido capaz de frenar las discusiones.

Cuando era pequeña y la despertaba una pesadilla, la abuela le aconsejaba que cambiara de canal dándole la vuelta a la almohada. Siempre funcionaba.

Pero ahora no se podía mover. No sentía la almohada bajo la cabeza. Se veía obligada a seguir allí quieta mientras la discusión continuaba.

Intentó pensar en algo que hiciera que desaparecieran los susurros, algo que la calmara. Su mente fue hasta un lugar que conocía con extrema claridad. No supo si ese lugar pertenecía al ahora o al pasado remoto. Tal vez simplemente estaba lejos.

## Capítulo 5

*Entonces*

Annie no esperaba enamorarse aquel día de mediados de invierno en plena temporada de azúcar. El terrible frío del norte de Vermont estaba perdiendo fuerza en la montaña. Las noches gélidas daban paso a días de deshielo, perfectos para la producción de sirope. Era última hora de la tarde y un extraño destello de sol caía sobre la montaña tiñendo el paisaje de oro. Aún había mucha nieve en el suelo, aunque se estaba derritiendo tan rápidamente como fluía la savia. La calidad de la luz a través del aire claro y frío creaba una inhóspita belleza en el arcedo. Las ramas desnudas de los arces parecían un intrincado grabado contra el intenso azul del cielo. La nieve azul plateada destellaba bajo la luz del sol y se oscurecía en las ensombrecidas hondonadas que surcaban el paisaje.

Annie estaba en el último curso de instituto, aturdida por las posibilidades que le aguardaba el futuro y con el corazón abierto como una flor en primavera. No buscaba enamorarse de un chico, sino enamorarse de la vida. Preparada para marcharse de casa y buscarse su propio camino en el mundo, quería tener una vida increíble, espectacular, singular, emocionante... Todo lo que no era su vida en Rush Mountain en Switchback, Vermont.

Pero la vida tenía la costumbre de interferir en los planes de cada uno. Surgían cosas inesperadas y de pronto había que recalculiar una ruta que había sido cuidadosamente trazada.

Los productores de sirope que no estaban preparados para la temporada se arriesgaban a perderse el flujo de savia. En el arcedo Rush, con sus doscientos acres de florecientes arces azucareros, era la época cumbre del año. Sucedió lo mismo en las demás plantaciones, un frenesí de productividad, una carrera contra la llegada de las temperaturas más cálidas para capturar la savia antes de que los arces florecieran. Durante la temporada de azúcar, el instituto permitía a los alumnos salir antes de clase para que pudieran ayudar a sus familias o ganarse algo de dinero en una cuadrilla de sangrado.

Annie pensó que esa sería su última temporada de azúcar en casa, tal vez para siempre. En otoño se marcharía a la universidad. Había conseguido una beca para la Universidad de Nueva York y quería aprovecharla al máximo. Tenía planeado estudiar cine y medios de comunicación y la habían aceptado en un

programa especial interdisciplinar enfocado a la teledifusión en el campo de las artes culinarias. Justo al año siguiente, por esas mismas fechas, estaría en la universidad, tal vez en Francia estudiando técnicas de la *mirepoix* o en una sala de conferencias hablando sobre la Primera Enmienda. Lo que importaba era que, al menos, estaría en un lugar nuevo.

Pero en ese momento la facultad le parecía estar a años luz. La recogida de savia era algo épico. Kyle había tenido que contratar ayuda extra, un grupo de chicos del instituto, para transportar la savia, mover leña, manejar las bombas y mantener un flujo constante de savia fresca hacia el evaporador.

Kyle había utilizado el tractor y la rastra para abrir camino a través del arcedo hasta la cabaña de azúcar. Annie, su madre y su abuela estaban colaborando esterilizando el equipo de elaboración. La cuadrilla de sangrado clavaba espitas en los árboles e instalaba kilómetros de tuberías que atravesaban la arboleda hasta bajar a los tanques de recolección. Los árboles que rodeaban la cabaña estaban equipados con antiguos cubos galvanizados, un guiño a la forma tradicional de recolectar la savia, pero era principalmente para los visitantes que se acercaban a ver la zona de producción.

Una vez las espitas estaban en su sitio, comenzaba el flujo de savia y los tranquilos bosques invernales se convertían en un hervidero de actividad mientras las cuadrillas recolectaban la savia en su punto máximo de frescura. El tanque de almacenamiento elevado estaba conectado con la máquina de ósmosis inversa, que extraía la mayor parte del agua antes del hervido.

Los hombres trabajaban hasta que se iba la luz y el frío de la noche convertía su aliento en pequeñas nubes.

Cuando comenzaban las largas jornadas de hervido en la cabaña de azúcar, la madre de Annie se ocupaba del turno de primera hora de la mañana. La abuela llegaba a mediodía. Siempre llevaba algo recién hecho de su cocina: donuts, café caliente y galletas recién hechas. La gente se acercaba a probar un poco y a charlar y se marchaba con sirope de arce recién hecho aún caliente en la lata.

Annie se ocupaba del hervido del último turno y, para ello, cada día, después de clase, se dirigía a la cabaña. Para cuando se ponía al mando de sus tareas en el evaporador, la cuadrilla normalmente había acabado con los dulces de la abuela, aunque ella siempre le apartaba un poco en una tartera de madera que le dejaba junto al bloc de dibujo y los lápices de su madre. Unos años atrás, Kyle había puesto un viejo sofá Naugahyde para que la abuela pudiera alzar los pies y tomar notas en su diario mientras se ocupaba del sirope. A veces la savia fluía con tanta velocidad que hervían durante todo el día y el sofá era un lugar fantástico para echar una cabezadita.

La cabaña de azúcar era un lugar cálido, lleno de vapor y de aroma. Dos de los

perros, Squiggy y Clark, se acurrucaban sobre unas mantas. La radio estaba sintonizada en la emisora favorita de la abuela, la de música clásica de la NPR. Annie cambió de cadena y sintonizó los Top 40. El sonido de Destiny's Child se entremezcló con el crepitar del fuego mientras controlaba el sirope en el evaporador, manteniendo el fuego vivo con leña y comprobando la temperatura y espumando. Le gustaba hervir rápido; el resultado era un sirope de mejor calidad y, además, se le daba muy bien hacerlo. La savia fresca pasaba por la olla del evaporador, la olla de sirope y, finalmente, la olla de acabado. Ahí era donde ocurría la magia.

Era muy elemental; agua, fuego y las nubes de fragante vapor saliendo por los respiraderos. Cuando Annie estaba en la escuela primaria, su exposición del proceso le había granjeado una escarapela en la feria de ciencias. En su clase de fotografía del instituto había hecho un reportaje fotográfico. Una evocadora imagen de la abuela, medio oculta entre el vapor mientras trabajaba en la evaporadora, había sido elegida para entrar a formar parte de la colección permanente del museo estatal de Agricultura e Industria.

Mientras miraba por la ventana, la cuadrilla llegó a la cima de una colina, la misma colina que había subido cientos de veces cada invierno tirando de su trineo. Degan Kerry, un chico de su instituto, conducía el cuatro por cuatro, que estaba enganchado a un tráiler cuadrado rojo cargado con dos tanques de recogida. Reconoció a Degan por su pelo rojizo, iluminado por los últimos rayos de sol. Los otros cuatro chicos parecían tener el sentido común de llevar gorro.

Degan era capitán del equipo de *hockey*. Además, era el matón del instituto, un matón de instituto de libro; un bruto que siempre estaba incomprensiblemente furioso y que iba rodeado de unos secuaces que parecían existir únicamente para provocarlo. Sin embargo, Kyle decía que formaban una buena cuadrilla, que eran fuertes, rápidos y de fiar. Por eso, cuando necesitaba alguien para hacer el trabajo duro, se llevaba a Degan y a sus dos amigos, Ivan Karev y Carl Berg.

Ya que el flujo de savia era grande, ese año había otros dos chicos contratados en la cuadrilla: Gordy Jessop y Fletcher Wyndham. Eran totalmente ajenos a la pandilla de Degan. Gordy era un chico despistado y un incondicional, a mucha honra, de *Doctor Who* y de la música electrónica percusiva. Padecía un terrible caso de acné y tenía sobrepeso, lo cual lo convertía en una diana con patas.

El último miembro de la cuadrilla no parecía ser el objetivo de nadie: Fletcher Wyndham.

Callado, distante y misterioso, era nuevo en el pueblo, lo cual lo convertía automáticamente en una anomalía, además de en objeto de intensa especulación. Nadie se trasladaba a Switchback en mitad del invierno a menos que tuviera que hacerlo. Haber entrado en el instituto tan tarde en el último curso convertía a

Fletcher en un particular enigma. Llevaba el pelo revuelto, era alto y desgarbado y tenía una sonrisa pausada y amable.

Annie llevaba fascinada en secreto con el recién llegado desde que lo había visto en la clase del señor Dow. Por eso, cuando se había presentado en el despacho de Kyle buscando trabajo, la temporada de azúcar de pronto se había vuelto más interesante.

Nadie sabía mucho sobre él. Había llegado al pueblo con su padre. Los dos vivían en una casa vieja de estilo *shotgun* junto al puente del ferrocarril. En un lugar del tamaño de Switchback, la ausencia de una mujer en la familia provocaba muchas conjeturas. Por su apariencia, parecía ser la clase de chico del que las madres, incluida la de Annie, te decían que te mantuvieras alejada. «Es problemático. Algún día acabará en la cárcel. Te va a arrastrar con él».

Sin embargo, nadie era capaz de explicar cómo un chico tan problemático no se metía en problemas. Desde su llegada unas semanas antes, era puntual en las clases, no se metía con nadie, era el amo de la cancha cuando en clase de gimnasia les tocaba baloncesto y se rumoreaba que tocaba la guitarra. Su madre solía decir que eso era porque acababa de llegar y era nuevo en el pueblo, pero que pronto se metería en líos.

A Annie le parecía el chico más guay del colegio, aunque mantenía las distancias porque estaba segura de que él no tendría ningún interés en una chica cuya vida consistía en acudir a reuniones del club juvenil 4-H, participar en los concursos de cocina estatales dos veces al año, sacar buenas notas y trabajar en la granja familiar.

Después de comprobar la temperatura del evaporador, Annie volvió a la ventana. Había días durante la temporada de azúcar en los que el tiempo era horrible, con la nieve tan alta que hacían falta raquetas, o días tan lluviosos y embarrados que hacía que a la gente cuerda le entraran ganas de estrangular a alguien. Ese no era uno de esos días; era un día que hacía que la montaña pareciera la fantasía de un soñador sobre el perfecto día en Vermont: aire fresco, cielo azul, nieve crujiente, sol brillante. Su última temporada allí.

Mientras observaba cómo los chicos se esforzaban en sus quehaceres, Annie pensó en la cantidad de deseos secretos que la desbordaban. Quería practicar sexo. Nunca había llegado hasta el final con un chico. Había planeado hacerlo con Manny, su novio, pero habían roto y había perdido la oportunidad. Aunque tampoco lo lamentaba demasiado porque Manny no besaba muy bien y parecía mucho más pendiente de sí mismo que de ella.

Se había librado del novio pero no de ese interno y salvaje deseo. ¿Qué se sentiría al notar una piel desnuda contra la suya, la mano de alguien acariciándola, unos besos infinitos, unos cuerpos unidos y acercándose a un

placer con el que llevaba mucho tiempo soñando? Las preguntas plagaban su imaginación.

Una de sus amigas decía que el sexo estaba sobrevalorado y que no debía esperar demasiado. Celia Swank, con mucho su amiga más guapa y con más conocimientos sobre el tema, decía que una chica tenía que aprender a disfrutarlo porque el sexo era el único idioma que los chicos entendían de verdad. Sin embargo, su mejor amiga, Pam Mitchell, que siempre volcaba el corazón en todo lo que hacía, decía que si eran el chico y el momento correctos, la experiencia resultaba mágica.

Y Annie siempre había creído en la magia.

La cuadrilla llevó el tráiler cargado hasta los grandes tanques de almacenamiento y filtración y enganchó las mangas para transferir la savia fresca. Fletcher se encargó de recoger la savia de los cubos viejos que colgaban de las espitas clavadas en los troncos de los árboles.

En ese momento, Degan, Ivan y Carl empezaron a meterse con Gordy. Annie no podía oír lo que le estaban diciendo, pero estaba segura de que se estaban burlando de él. Rodearon al pobre chico como una manada de coyotes y sus rostros se tensaron con viles sonrisas. Gordy desviaba la mirada y tenía los hombros agachados, como si así esperara pasar desapercibido. ¿Es que no sabía que eso nunca funcionaba?

Y como para demostrar esa teoría, Degan le dio una colleja a Gordy y del golpe le quitó el gorro con orejeras. Después hizo un gesto obsceno mientras Ivan y Carl se reían a carcajadas.

Vaya panda de gilipollas.

Gordy se apartó e intentó disimular esbozando una incómoda sonrisa. Annie ya sabía que eso tampoco funcionaría.

Resopló y se puso la parka.

–Vamos –les dijo a los perros, Clark y Squiggy–. Vamos a ver si podemos solucionar algo.

Una vez fuera, en la fría tarde, preguntó:

–¿Ey, me puede ayudar alguien?

Los perros salieron corriendo y comenzaron a olfatearlo todo, alzando las patas y sacudiéndose.

–Claro –respondió Degan–. Yo te ayudo –con un exagerado gesto, dio una palmada con sus manos enguantadas–. ¿Qué te parece?

–Me parece de risa –respondió–. En serio, necesito ayuda con las ollas evaporadoras. Gordy, ¿puedes venir?

–No, claro que no puede –contestó Degan agarrando a Gordy por la parte trasera del cuello del abrigo–. Voy a remojar a este idiota en el tanque de savia.

–Hazlo y mi hermano te echará a patadas –prometió aunque no sabía si eso sucedería o no.

–Solo lo hará si se lo dices –dijo Degan empujando a Gordy hacia un tanque de recolección lleno de savia fría. El pobre Gordy tenía aspecto de ir a vomitar.

–Y es lo que estoy a punto de hacer –contestó ella con brusquedad.

–Sí, claro –Degan soltó a Gordy y lo empujó tan fuerte que lo hizo caer de rodillas.

Antes de que Annie pudiera respirar aliviada, Degan la agarró del brazo y la metió en la cabaña de azúcar. Le clavó los dedos incluso a través de la densa tela de la parka. Ella giró el brazo e intentó soltarse, pero lo único que logró con eso fue quitarse medio abrigo.

–Para ya, Degan.

–He venido a ayudar, ¿lo recuerdas? –dijo él tirando el abrigo al suelo–. Me querías tener aquí solo y aquí estoy.

Annie ignoró la insinuación.

–Vale, entonces puedes sacar estos barriles fuera y cargarlos en el tráiler verde.

–¿Y qué consigo yo a cambio? –antes de que ella pudiera responder, la llevó contra la áspera pared de madera de la cabaña–. Manny me dijo que nunca lo hiciste con él, pero hay una primera vez para todo.

¿En serio? ¿En serio? Levantó la rodilla con fuerza. Era demasiado esperar alcanzarlo en la entrepierna, pero lo hizo y él retrocedió sin aliento. Degan se agachó y cuando se puso derecho levantó un cubo de savia fría y fresca.

–Estás jodida –le dijo y le echó el contenido encima–. A lo mejor así estarás un poco más dulce.

Ella intentó apartarse. La savia le empapaba los vaqueros y le goteaba por las botas.

–Oye, ya basta, Degan Kerry.

–Pero si no he hecho más que empezar –respondió él dando un paso hacia ella.

Y al ver ese feroz brillo en su mirada, Annie sintió miedo por primera vez. Pero entonces la puerta se abrió de golpe dejando entrar una ráfaga de aire frío.

–¿Hay algún problema? –la voz de Fletcher Wyndham no sonó fuerte, pero pareció sesgar el aire. Y aunque formuló una pregunta, no esperó a obtener respuesta. Fletcher no era más grande que Degan, pero lo parecía por su porte. Había algo penetrante e intimidante en su mirada–. Hay trabajo que hacer.

–¿Sí? ¿Es que ahora de pronto eres el jefe? –preguntó Degan sacudiendo la cabeza y rozando a Fletcher al salir. Aunque en lugar de ponerse a trabajar, llevó a Gordy hasta un tanque abierto que había junto a un árbol–. ¿No te había prometido un viajecito?

Moviéndose con una asombrosa velocidad, Fletcher corrió hasta Degan y lo

agarró por la parte trasera de los pantalones y el cuello del abrigo. Lo levantó y lo estampó contra el tronco de un árbol para luego engancharle el cinturón al gancho de donde colgaba un cubo.

–No se te da muy bien escuchar.

–¿Pero qué cojones has hecho? –a Degan le colgaban los pies sobre el embarrado suelo–. Hijo de puta...

Sus dos secuaces se reían mientras él se retorció intentando bajar.

«Leales hasta el final», pensó Annie, que ya empezaba a temblar de frío.

Con gran esfuerzo, Degan logró soltarse del árbol. Se oyó el sonido de un rasgón y a continuación cayó de cara sobre el barro. Los perros saltaban a su alrededor pensando que se trataba de un juego. Cuando Degan se levantó, se le bajaron los pantalones dejando expuestos sus calzoncillos y unas piernas gruesas y peludas. Se subió los pantalones y fulminó a Fletcher con la mirada. Sin embargo, el hecho de que se estuviera sujetando los pantalones hizo que el gesto no tuviera el efecto deseado.

–Estás muerto –gruñó.

Fletcher se cubrió los ojos con la mano y miró al cielo.

–Chicos, habéis terminado por hoy –dijo y, dirigiéndose a Annie, añadió–: Gordy y yo terminaremos con el filtrado.

Le dio la espalda a Degan y se alejó. Degan gruñó y se echó hacia delante, pero se le volvieron a bajar los pantalones y se cayó en el barro una segunda vez. Fletcher ni siquiera lo miró.

Degan se levantó con expresión de pura rabia, pero Annie vio algo más en ese rostro de matón: incertidumbre. Se le plantó enfrente y se dirigió a sus amigos y a él.

–Ya es hora de que os vayáis a casa y no os molestéis en volver. Mañana os daré vuestros cheques –después contuvo el aliento rezando por que cooperaran.

La incertidumbre de Degan se endureció y se transformó en beligerancia. Annie se mantuvo firme, aunque se le encogió el estómago. «Vete», pensó. «Vete y ya está».

–Ya la habéis oído –dijo Fletcher tras ella–. Largaos.

Degan soltó una sarta de improperios mientras se agarraba los pantalones y se alejaba bajando por la montaña en dirección a la zona de aparcamiento junto al despacho de Kyle. Ivan y Carl se miraron y después miraron a Annie. Ella se cruzó de brazos y se les quedó mirando hasta que comenzaron a seguir a Degan.

–Que os den –murmuró mientras desaparecían en el bosque. El corazón comenzó a latirle con fuerza. Nunca se había sentido cómoda con los conflictos.

Gordy y ella siguieron a Fletcher hasta la cabaña de azúcar. Dentro, se situó junto al fuego que ardía bajo el evaporador para intentar entrar en calor.



–Ey, gracias, tío –dijo Gordy mirando a Fletcher con veneración–. Lo que has hecho ha estado genial.

Fletcher se encogió de hombros.

–No me des las gracias. Hazte un favor y piensa en cómo dejar de ser un objetivo para ellos.

–No sabía que estaba siendo un objetivo –murmuró Gordy mirando al suelo–. ¿Cómo voy a saber yo si Degan se va a poner en plan *El señor de las moscas* conmigo?

–No hay que ser un genio para entenderlo –dijo Fletcher con un matiz de enfado en la voz–. Mira a la gente a los ojos y diles que ya basta.

Los perros se acurrucaron en sus mantas.

Fletcher miró a Annie de arriba abajo.

–Estás empapada.

–A mí no me ha funcionado mirarlo a los ojos.

–¿Necesitas ropa seca?

–Aquí junto al fuego estoy entrando en calor –sintió un rubor encendiéndosele en las mejillas. A pesar de lo incómoda que se sentía, le gustaba cómo la estaba mirando. Parecía interesado pero sin resultar grosero. Al menos, esperaba que le estuviera interesando. La mayoría de los chicos le daban un simple aprobado porque no tenía una melena larga y brillante ni las tetas grandes. Era de estatura baja, tenía el pelo rizado tirando a encrespado y un tono de piel aceitunado que no encajaba bien en el invierno de Vermont.

–¡Vaya, esto es increíble! –dijo Gordy–. Nunca había estado dentro de una cabaña de azúcar.

Annie enarcó las cejas.

–Creía que todo el mundo había estado en una –se giró a Fletcher–. ¿Y tú? ¿También eres nuevo en el mundo del sirope?

Él esbozó una breve sonrisa.

–La idea que tengo del sirope es la de un bote de plástico con forma de señora mayor.

Annie esbozó una mueca de disgusto.

–Esos productos de imitación acabarán matándote. Creo que ni siquiera son legales en el estado de Vermont. El auténtico sirope de arce es puro. Ni se le añade ni se le quita nada, excepto agua –sentía las piernas pegajosas por la savia, pero ignoró la sensación de incomodidad. Había trabajo que hacer y le encantaba tener público. Además, era un modo de cambiar de tema después del altercado con Degan–. Aquí es donde se hace el auténtico –les dijo–. Hervimos cuarenta litros de savia para obtener un litro de sirope de arce –les mostró cómo el líquido fluía por las ollas–. Así es como se va endulzando.

–Qué pena que no se pueda usar esta técnica con las hermanas –dijo Gordy–. Tengo unas hermanas muy retorcidas.

Annie miró el reloj de la pared. Ya era casi la hora de la cena y probablemente se la perdería porque el trabajo no estaba terminado.

–La savia tiene que hervirse mientras está fresca. Por eso hervimos lo más rápido que podemos durante la temporada. Y por eso mi hermano se va a enfadar cuando le diga que he despedido a tres de sus chicos.

–No se enfadará cuando le cuentes el porqué –señaló Gordy.

Ella ignoró el comentario. Kyle ahora tenía una familia; se había casado con una mujer que tenía dos hijos. Sin duda le preocupaba más el balance final que unos matones de instituto.

–Ya veremos.

Les mostró cómo comprobar el estado del sirope y cómo se sabía que, cuando cubría la espátula de un modo concreto, la temperatura había alcanzado los ciento cuatro grados centígrados y estaba listo para pasar de la olla de acabado a los barriles. Alzó la rejilla de graduación con sus cuatro botellas transparentes y les mostró los cuatro grados de sirope: dorado, ámbar, oscuro y muy oscuro.

–A mí me parece que todos están bien –dijo Fletcher, aunque no tenía la atención puesta precisamente en la rejilla.

–¿Qué tal? –preguntó Kyle al presentarse allí de pronto dando fuertes pisotones para sacudirse la nieve y el barro de las botas en el escalón de la cabaña. Saludó a Gordy y a Fletcher asintiendo con la cabeza.

Kyle era ocho años mayor que Annie, un tipo muy varonil, fuerte, con los hombros anchos y con el pelo y los ojos oscuros como ella. Se reía con facilidad, aunque a veces también se enfadaba con facilidad. Su trabajo a tiempo completo lo desarrollaba en el Servicio Forestal, aunque además de eso todas las operaciones llevadas a cabo en Rush Mountain, la producción de sirope, los huertos y la explotación maderera, habían sido responsabilidad suya desde que había cumplido los dieciocho y su padre se había marchado.

–Bien –respondió Annie–. Habremos terminado en una hora o así.

Él giró el cuello para mirar por la ventana.

–¿Dónde está el resto de la cuadrilla?

Annie miró a Fletcher y miró a su hermano de nuevo.

–Los he despedido. Eran unos vagos.

–Joder, Annie –dijo Kyle viendo las herramientas sin usar fuera–. Solo llevamos la mitad de la temporada. Necesito a todos.

–No necesitas a unos vagos –le contestó resoplando–. Contrata a otra cuadrilla.

–Este año todos los arceros de la zona están faltos de mano de obra. ¿Dónde voy a encontrar más ayuda? –se quitó el gorro y lo tiró al suelo–. Ya sabes

cuánto cuesta perder un solo día de producción.

–Eh... ¿Puedo hacer una sugerencia? –preguntó Gordy.

–¿Qué? –Kyle sonó exasperado.

–Mis hermanas podrían ayudar.

–Tus hermanas. Estás presentando voluntarias a tus hermanas.

–Bueno, tendríais que pagarles.

–Ya sabes cómo es este trabajo –dijo Kyle–. Frío, sucio y te destroza la espalda. No es exactamente un trabajo para mujeres.

Gordy se balanceaba sobre sus talones.

–No conoces a mis hermanas.

Kyle parecía escéptico, pero señaló hacia la puerta.

–Pues vamos a llamarlas.

Mientras subían por la colina para encontrar cobertura, Annie volvió al trabajo.

–Lo siento –le dijo a Fletcher–. Se estresa mucho durante la temporada.

–¿Por qué no le has dicho lo que te ha hecho Degan?

–No he querido... –se detuvo–. Buena pregunta. No sé por qué. Y hablando de esos idiotas, ¿no te preocupa que tomen represalias?

Él soltó una breve carcajada.

–No me va a quitar el sueño.

–Bueno, pues gracias por haber intervenido –le gustaba hablar con él. Era... distinto. No era como los chicos con los que había ido a clase.

–¿Quieres que te ayude con alguna otra cosa?

«Sí». Intentó actuar con naturalidad.

–Claro, genial –comprobó la densidad del sirope con un hidrómetro. Después le mostró cómo se eliminaba la arena de azúcar al pasarlo por un filtro. El sirope transparente y dorado estaba listo y cayendo en los barriles. Sacó una muestra en una taza de café y se la pasó a Fletcher–. Deja que se enfríe un poco y Pruébalo. Después ya no volverás a mirar esas botellas de plástico.

Él sopló la taza y sus labios se fruncieron como si se estuvieran preparando para un beso. Annie se sintió hipnotizada al verlo. Fletcher saboreó un poco de sirope y después esbozó una lenta sonrisa.

–El sabor es increíble.

Juntos terminaron las tareas y trabajaron codo con codo mientras charlaban.

–Acabas de mudarte a Switchback, ¿verdad? –le preguntó. ¡Como si no lo supiera! Cuando él se había apuntado a clase dos semanas antes, un maremoto se había extendido entre las chicas de último curso. Los chicos nuevos eran una rareza en ese pequeño pueblo, y los chicos nuevos que eran guays, guapos e interesantes creaban un revuelo aún mayor.

–Sí.

–¿Y?

Él le dirigió una media sonrisa llena de encanto.

–¿Y qué? ¿Que de dónde vengo, cómo es mi familia y por qué he terminado en Switchback?

–Aun a riesgo de resultar fisgona, sí.

–Puedo soportar a una fisgona –la ayudó a limpiar el equipo–. Mi padre es mecánico especializado en importaciones, aunque puede reparar cualquier cosa.

–He visto que ha comprado el taller de Crestfield en el pueblo.

Fletcher asintió.

–También importa motos de Italia. Las arregla y las vende, sobre todo por Internet.

–¿Y tu madre?

–Solo estamos mi padre y yo.

–Ah. ¿Y dónde está tu madre?

Él la miró fijamente.

–Has dicho que podías soportar a una fisgona.

–Te hablaré de ella, pero hoy no.

–De acuerdo –se sentía mal por fisgonear y cambió de tema–. Mi madre es artista, dibuja y pinta. Nunca ha estudiado formalmente, pero es muy buena. ¿Ves esta ilustración en la lata del sirope de arce? ¿Y en nuestra etiqueta? –dijo señalando un estante abarrotado de recipientes–. Es de un cuadro de mi madre y los niños del dibujo somos Kyle y yo.

–Hala, qué chulo. ¿Y tu padre?

–Hmm. Tengo que pensar si te lo quiero contar o no –dijo medio en broma.

–No pasa nada. Así tendremos algo de que hablar la próxima vez.

«La próxima vez».

–No es ningún secreto. Mi padre se marchó cuando yo tenía diez años –dijo Annie. Se preguntó si el miedo, la confusión y el dolor aún resonaban en su voz–. No lo vi venir, lo cual es raro porque discutían mucho.

–Solo eras una niña.

–Mi madre dice que él siempre estaba soñando con vivir aventuras en otra parte. Y entonces, cuando Kyle cumplió los dieciocho, mi padre dijo que se había comprado un acre en una playa de Costa Rica y que iba a construir un campamento de surf.

–Costa Rica tiene que ser alucinante.

–Yo pensé lo mismo. Mi madre y mis abuelos, no tanto. Mi madre se enfadó tanto que se divorció de él, recuperó su apellido de soltera y cambió también el mío y el de Kyle por «Rush». Quería que pareciera que mi padre no había existido nunca –se detuvo, sorprendida por la facilidad con la que estaba

hablando con él, un extraño prácticamente—. Supongo que para mí y para Kyle es bueno que existiera. Lo del cambio de apellido también estuvo bien. El apellido de mi padre es ridículo: Lickenfelt.

Él se dio una palmada en la rodilla.

—¿Así que eras Annie Lickenfelt? Seguro que eso no lo echas de menos.

—No, claro que no.

—¿Y lo ves a menudo? ¿Sueles ir a Costa Rica?

—Solo he estado allí una vez. Las playas son como se ven en las postales, y aprendí a hacer surf.

—Qué pasada.

Ella asintió.

—Es más difícil de lo que parece, pero una vez te mantienes en pie sobre una ola, ya no quieres parar. Había frutas tropicales creciendo por todas partes y el marisco me sabía a caramelo. Los pescadores locales lo traían directamente del mar y había pájaros y monos increíbles. Y un día fuimos a hacer tirolina en un bosque de chocolate. Bueno, de cacao, para ser estrictos.

—¿Y por qué solo has ido una vez?

—Mi padre viene a Vermont dos veces al año para ver a sus padres en Milton, así que lo visito ahí. Los billetes y las horas de vuelo desde aquí hasta Dominical son una locura. Cuatro vuelos desde Burlington. Además, no me cae muy bien Imelda, la novia de mi padre. Es más mala que una víbora.

—Ya, pero yo soportaría a una víbora si eso significara surfear en Costa Rica.

—También hay caimanes. Y grandes. Se colocan en los estuarios del río, así que los surfistas tienen que tener cuidado con ellos.

—Me gustaría surfear de todos modos.

—No hablas como si fueras de por aquí.

—He vivido en muchos lugares.

Ella esperaba que se los especificara, pero no lo hizo. «La próxima vez», pensó de nuevo, esperando que esa temporada de azúcar fuera larga.

—Tú tampoco pareces de por aquí —le dijo él.

—Oh, claro que lo parezco si me lo propongo —le respondió con el acento de Vermont bien marcado.

Él se rio.

—¿Y por qué no quieres?

—Porque voy a trabajar en la tele y una de las primeras reglas es que tienes que aparentar que no eres de ningún sitio en particular. Los acentos regionales te limitan.

—¿Y qué quieres hacer en la tele exactamente?

Annie solía ocultarle su sueño a la gente porque no quería oír que iba a ser

duro o imposible, o que para ello había que conocer a la gente adecuada porque, de lo contrario, nunca llegas a televisión. Aun así, instintivamente confiaba en que Fletcher no le diría nada de eso.

–Un programa de cocina.

–¿De cocina? ¿En serio? –no parecía que le resultara ni gracioso ni raro.

–En serio.

–Qué guay.

Ella se dirigió a la alacena y le ofreció una galleta de sirope de arce y nueces.

–Estas las hicimos anoche.

Él dio un mordisco y se llevó la mano al pecho.

–¡Joder, qué rica! Te va a ir genial con tu programa. Si todo el mundo supiera hacer algo así, probablemente se conseguiría la paz mundial.

Ella se rio.

–¿Lo ves? Eso es lo que me encanta. Hacer comida que haga que alguien se sienta feliz.

–Um... –se metió el resto de galleta en la boca–. Este soy yo mucho más que feliz. Este soy yo... Joder, qué rica.

Ella volvió a reírse.

–El sirope de arce le gusta a todo el mundo. Es una de esas cosas de las que la gente nunca se cansa. ¿Alguna vez has probado el sirope sobre nieve?

–No.

Ella llenó un cucharón con sirope caliente de la olla de acabado, salió afuera y vertió unas hileras finas sobre un montículo de nieve limpia.

–¿Lo ves? Se endurece y se convierte en el caramelo más puro del mundo.

Él cortó un trozo y lo probó.

–Está buenísimo.

–Cuando estoy de ganas, hago copos de nieve y telarañas con ellos.

–Eres una artista como tu madre.

Ella no podía dejar de sonreír. ¿Cómo era posible que todo el mundo pensara que era un mal chico solo por llevar el pelo largo y haber salido de la nada? Era simpatiquísimo.

–¿Cómo es posible que no tengas la talla de un defensa de fútbol americano si comes sirope de arce todos los días durante todo el día?

Ella se preguntó si eso era un cumplido o una mera observación.

–Llevo en el equipo de natación desde tercero. Además, por aquí trabajo como una mula. Esto no consiste simplemente en elaborar sirope durante unas semanas al año. Tenemos que ocuparnos de los árboles para que sean buenos productores y también de la leña. No se me da muy bien cortarla, pero lo he hecho bastante. Suelo conducir el tractor con la rastra enganchada. En verano hay que ocuparse

del jardín y de los animales y en otoño el huerto nos mantiene ocupados. Sidra de manzana.

–Y quieres dejar todo esto por la gran ciudad y una carrera en la televisión.

–Sí, por favor, sí. ¿Por qué te sorprende?

Él la observó de un modo al que ella no estaba acostumbrada, como si la estuviera viendo de verdad. No estaba mirando su melena larga y oscura ni sus tetas, sino que estaba mirando quién era.

–Porque justo ahora cuando estabas hablando de este sitio parecías la persona más feliz del mundo.

–¿Sí?

–Sí.

–Bueno, supongo que eso es porque soy feliz. Pero quiero ser feliz intentando otra cosa, algo que siempre he soñado hacer.

–Me parece bien.

–¿Y tú? ¿Qué planes tienes después de la graduación?

–Probablemente trabajaré con mi padre. Necesita ayuda para hacer despegar el negocio.

De pronto ella se desanimó un poco. Su madre la estaba advirtiendo constantemente sobre los chicos de pueblo sin ambición.

«Te atarán. Nunca aspiran a nada. Quieren formar una familia, como lo hicieron sus padres y sus abuelos».

Y no es que a Annie eso le pareciera malo, pero hacerlo no les había funcionado a sus padres. No le extrañaba que su madre fuera tan escéptica.

–Entonces te interesa convertirte en mecánico.

Él sonrió.

–Me interesan las chicas y la cerveza. Y el sirope de arce. Eso acabo de añadirlo a la lista.

## Capítulo 6

Fletcher Wyndham estuvo allí el resto de la temporada, cada día al salir de clase y el día entero durante los sábados y los domingos. Fiel a su palabra, Gordy se llevó a sus dos hermanas mayores. Paula y Roberta eran grandes, como Gordy, pero mucho más sociables y parecía encantarles el trabajo al aire libre. Se movían y trabajaban con tanta fuerza como cualquier hombre.

Cada día, mientras Annie terminaba con el hervido, Fletcher iba a la cabaña y hablaban del colegio, de la vida, de la familia, del futuro, de todo. Podía estar escuchándolo todo el día. Le gustaba la cadencia de su voz y la luz de sus ojos cuando la miraba. Le gustaban sus manos grandes y el garbo atlético y despreocupado con el que se movía. Le gustaba como nunca antes le había gustado un chico.

Se preguntó cómo sería llegar hasta el final con él. El sexo seguía siendo ese gran desconocido a pesar de que pensaba en ello todo el tiempo. Era como Europa, un lugar que había estudiado y que estaba deseando visitar, pero que aún no había tenido la oportunidad de conocer. Estaba esperando que llegara su momento.

Sus instintos y deseos le decían que Fletcher Wyndham era su momento. Sin embargo, aunque era muy fácil hablar con él, no sabía cómo sacarle el tema. Basándose en sus novios anteriores, suponía que lo único que tenía que hacer era ofrecerse y él aprovecharía la oportunidad. Pero no quería hacer eso. Fletcher le importaba. Su opinión le importaba. No quería que pensara que era una chica fácil o, peor aún, que lo estaba utilizando.

De todos modos, tal vez a él no le gustaba en ese sentido. ¿Cómo podía saber eso una chica? Tenían que conocerse mejor y entonces tal vez sucedería de forma natural.

—Hay un concurso de cocina en el Instituto Culinario de Montpellier el sábado —le dijo un día mientras terminaba el hervido—. ¿Quieres venir?

—¿A hacer qué? —le preguntó él mirándola a través del vapor que salía del evaporador—. Sé hacer algunas cosas, ¿pero tanto como para competir? Probablemente no.

—No, me verías cocinar —dijo y entonces se sonrojó—. Soy consciente de que no parece muy divertido, pero...

—Claro. Suena genial.



El sábado por la mañana la abuela la ayudó a cargar sus ingredientes en una nevera portátil y le deseó suerte.

–¿Te llevas la camioneta? –le preguntó.

–Me lleva un amigo.

–Ah –eso era un mensaje cifrado que significaba «Será mejor que te expliques».

–Fletcher, uno de los chicos que ha estado trabajando para Kyle –se fijó en que su abuela tenía el ceño fruncido–. Es majó. Está en mi curso y somos amigos.

–Ya –otro mensaje cifrado que, en esta ocasión, significaba «No te metas en líos». La abuela miró a Annie con ese gesto tan típico suyo, con una mirada serena y llena de sabiduría–. ¿Así que a tu amigo le interesa la cocina?

–Creo que le intereso yo –admitió Annie–. Al menos, eso espero –salió por la puerta trasera antes de que los demás se levantaran, lo cual fue bueno porque su madre probablemente le habría echado una bronca.

Cuando Fletcher paró en el camino de entrada, se sintió llena de energía y con ganas de aprovechar el día.

–Me encantan estas competiciones –le dijo de camino a Montpelier–. ¿Eso me convierte en una fanfarrona?

–Tal vez

–A nadie le gustan las fanfarronas.

–A alguien sí le gustan –dijo él con la mirada puesta en la carretera.

Ella pudo ver una pequeña sonrisa jugueteando alrededor de sus labios y una cálida sensación la invadió. Al cabo de unos minutos, Fletcher encendió la radio y hablaron sobre la música que les gustaba. Ella era fan de la nueva música alternativa como Nelly Furtado y Cake. A él le gustaban los estilos más antiguos, los de su padre: los Smiths, Led Zeppelin, David Bowie. Annie le prometió que incluiría algunos de sus favoritos en su iPod.

Cuando entró en la cocina del Instituto Culinario de Nueva Inglaterra, iba muy confiada con el plato que había elegido. La temática del concurso era el queso cheddar local y ella había perfeccionado su receta de sopa de cheddar, manzana y cerveza en la que usaba las manzanas y la sidra de Rush Mountain.

–Lo siento si esto se te hace raro –le dijo a Fletcher mientras él se sentaba en la grada detrás de los jueces–. Normalmente son mi abuela o mi amiga Pam las que me acompañan, pero no podían dejar de trabajar en la cosecha.

–No se me hace raro –respondió él. Después miró el ecléctico grupo de aficionados a la cocina que lo rodeaban y añadió–: Bueno, sí, pero en el buen sentido. Vamos, machácalos a todos.

Tal vez estar tan confiada la gafaría, pensó mientras sacaba los ingredientes y

se ponía a trabajar. Los estudiantes de cocina no habían estado ganduleando. Había platos de hojaldre, creaciones con aceite de trufa y espumas, elaboraciones con ingredientes rebuscados, cortes de carne increíbles, pasta casera. En comparación, su sopa rústica parecía modesta. Mantuvo una expresión neutral mientras con pericia mezclaba manzanas, zanahorias, apio y patatas con cerveza hecha por el padre de Pam y el caldo que había cocinado a la perfección la noche anterior. Cada ingrediente, hasta la ramita de tomillo, provenía de lugares cercanos a casa. Mezclada en una batidora con queso cheddar local y nata, la sopa resultó suave y reconfortante. El único toque original fue una pizca de *crème fraîche* encima.

Los jueces, un chef famoso de Boston y dos profesores, probaron cada plato y a continuación invitaron a los espectadores a hacer lo mismo. Las esperanzas de Annie fueron en aumento a medida que la succulenta sopa con un toque de cheddar desaparecía y destacaba claramente como una de las favoritas del público. Fletcher le dio su aprobación levantando el pulgar. Y el chef famoso Tyrone Tippet of Soul, toda una institución en Boston, la llevó a un apartado y le dijo:

–Tienes algo, chica. Me encanta verte cocinar.

–¿En serio? –Annie estuvo a punto de estallar de orgullo.

–Sí. Esa destreza con el cuchillo, esa conexión con la comida. Y estabas mirando al público como si quisieras darles un abrazo a todos. Aunque mejor aún ha sido el modo en que ellos te estaban mirando a ti.

Ella se sonrojó porque sabía que el motivo de eso era Fletcher.

–¿Y qué tal estaba la sopa?

–Sabrosa y perfectamente sazonada –le aseguró–. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad? –le dio su tarjeta–. No soy el único juez, pero si alguna vez vas a Boston, llámame.

En ese momento supo que no había ganado, y quedó confirmado cuando se anunciaron las clasificaciones. Después de guardarse en la mochila la escarapela de mención de honor dorada y blanca, se reunió con Fletcher en el vestíbulo del auditorio.

–Bueno, ha sido pésimo. Siento que hayas tenido que venir hasta aquí para verme perder.

–No eres una perdedora –le dijo mientras salían juntos a la calle–. Tu plato ha sido el mejor con diferencia.

Cuanto más tiempo pasaba con él, más le gustaba ese chico. Y más pensaba en sexo.

–No me puedo creer que hayan ganado los macarrones con queso –refunfuñó ella–. ¿Cómo han podido elegir los macarrones con queso entre todo lo que

había?

–Pues por el beicon, tonta.

–¡Eh! –le dio un puñetazo en el hombro de broma–. También había aceite de trufa blanca. Maldito seas, aceite de trufa blanca. De todos modos, ¿cómo puede ser eso un producto local?

De camino a casa, le contó lo que le había dicho el chef famoso sobre su cocina y sobre cómo la había mirado la gente, la conexión que había mantenido con la comida y con el público.

–¿Te parece raro que la cocina me guste tanto como a otros les gustan los deportes o la música?

–No es raro. Es genial que te guste tanto algo.

–Me encanta –respondió ella haciendo dibujos en la ventana con el dedo. Un corazón. Una flor. Un capullo a punto de florecer. A veces se sentía tan llena de sueños que creía que iba a explotar, como una pepita de palomita en aceite caliente. ¡Pop!–. Pero no es solo por la comida. Me siento muy avariciosa admitiendo esto, pero lo quiero todo –le confesó.

–¿Todo? Creo que vas a tener que ser más específica.

–Quiero que me pase de todo en el mundo.

–¿Tsunamis? ¿Avalanchas?

–¡Anda ya! Me refiero a océanos, trenes de alta velocidad, a salir a buscar trufas y perderme en una ciudad extranjera. Quiero verlo todo y probarlo todo.

Él la miró y volvió a poner su atención en la carretera.

–No tengo ninguna duda de que lo harás.

Fletcher encendió la radio y sintonizó una emisora con música de los noventa. Para cuando llegaron a Switchback, ya estaba oscureciendo. En la temporada intermedia entre el invierno profundo y la primavera, el pueblo parecía un lugar desolado e inhóspito. Fletcher tocó el claxon cuando pasaron por delante del local de su padre, ahora llamado «Taller GreenTree». Ella pudo ver al hombre dentro, trabajando bajo un coche alzado sobre un elevador. El taller en sí resultaba lúgubre, con carteles descoloridos y cinturones de goma colgando de las paredes, pilas de neumáticos y herramientas grasientas por todas partes.

Se preguntó si Fletcher tendría otros sueños además de trabajar con su padre, pero no encontró el modo de preguntárselo sin resultar ofensiva.

Él condujo por la montaña hasta su casa y la acompañó a la puerta. Los sonidos que salían de la cocina indicaban que la cena estaba en marcha.

–¿Quieres pasar? Podrías quedarte a cenar.

Fletcher sonrió y se tocó la tripa.

–Me he llenado probando la comida en el concurso.

–Yo también –Annie sintió una mezcla de decepción y alivio. Quería pasar

más tiempo con él, pero sabía que presentárselo a su familia resultaría incómodo. Sí, por supuesto serían muy agradables, siempre lo eran. Sin embargo, habría preguntas entrometidas, silencios incómodos y conversaciones forzadas, y no quería someterlo a eso.

Él se quedó allí de pie un momento, mirándola. Después, deliberadamente despacio, le rodeó la cabeza con una mano y la cintura con la otra. Con un delicado tirón, la llevó contra sí, bajó la cabeza y la besó.

En ese instante Annie supo que era esa clase de beso; la clase de beso que tenía el poder de detener el tiempo. Se pasaría la mitad de la noche pensando en ello y por la mañana se despertaría aún soñando con ese momento. Era la mejor sensación del mundo. Nunca había sentido eso por nadie. Nunca. Era intenso, euforizante y completamente excitante. Ahora le resultaba imposible imaginar cómo había vivido dieciocho años sin esa maravillosa sensación.

–Nos vemos –le susurró.

–Adiós, Fletcher.

Cuando él se alejó con el coche, ella entró en la casa sin poder sentir el suelo bajo los pies. La familia estaba sentada alrededor de la mesa: su madre, la abuela, Kyle y su esposa Beth, y los niños.

–Esa parece la sonrisa de una ganadora –dijo Beth poniendo un plato de judías verdes en la trona de Lucas–. ¿Te has traído a casa el primer premio?

–Ni siquiera me he acercado –respondió Annie aún flotando en una nube de felicidad. Besar a Fletcher Wyndham era mucho más importante que una tontería de premio. Ni siquiera podía recordar lo que era la decepción. Se acercó a la pila y se lavó las manos.

–Entonces el concurso estaba amañado –dijo su madre, siempre tan leal–. Es imposible que algo pudiera saber mejor que tu sopa de cerveza y cheddar. Lo siento, cariño.

–No pasa nada.

–¿Le ha gustado a tu amigo el concurso? –le preguntó la abuela con una mirada de complicidad.

Annie no podía dejar de sonreír.

–A Fletcher le ha gustado –respondió con tono suave–. Le gusto.

–¿Fletcher Wyndham? ¿Ese chico nuevo? –preguntó su madre.

–Ya no es nuevo. Ha estado trabajando toda la temporada, ¿verdad, Kyle?

Kyle se limitó a asentir con la cabeza antes de inclinarse para cortar el pollo del plato de Dana.

–Creo que no debería venir tanto por aquí –dijo su madre pasando el cesto de pan–. Parece que te distrae.

Annie sonrió.

–Ajá.

–Tienes que centrarte en tu futuro.

–Solo he pasado el día en un concurso.

–Cierto, pero has dicho que no lo has hecho tan bien como lo sueles hacer. ¿Podría ser porque estabas distraída?

–Sí, exacto –dijo Annie–. Le estaba poniendo ojitos a Fletcher y no he cocinado bien.

–Oh, cielo, ya sabes que no me refiero a eso. Lo único que quiero es que persigas tus sueños.

–Eso es lo que hizo papá y aún sigues enfadada con él.

Beth y la abuela observaban a Annie y a su madre como espectadores en un partido de tenis. Kyle y los niños siguieron cenando ajenos a todo.

–Tu padre abandonó a su familia. Es completamente distinto. Annie, este es el momento de crear la vida que quieres, de hacerlo sola. Estás empezando y ahí todo es posible. No dejes que ese chico influya en tus decisiones.

–Mamá –respondió Annie furiosa–, ni siquiera lo conoces.

Su madre apretó los labios.

–Sé más cosas de las que crees. Escucha lo que te digo: Fletcher Wyndham no te traerá más que problemas.

## Capítulo 7

*Ahora*

–Todos en pie. Comienza la sesión –anunció el alguacil–. Preside el Honorable Fletcher Wyndham.

–Por favor, siéntense –le dijo Fletcher a la sala mientras ocupaba su sitio. El juzgado era un edificio antiguo y venerable por cuyas salas resonaban ecos que dotaban al lugar de un aire de imponente seriedad. No mucho tiempo atrás Fletcher había pasado por delante de camino a clase o al taller de su padre sin llegar a imaginar nunca que algún día sería dominio suyo.

Se oyeron movimientos de pies y chirridos de sillas, el golpeteo de maletines y el murmullo de conversaciones mientras la gente se acomodaba. A la vez que preparaba sus papeles y el mazo, Fletcher observó la sala del tribunal: pasantes y abogados, unos cuantos clientes nerviosos, Natty Gilmore de la *Gazette*, el taquígrafo, el agente de policía del tribunal, y algún que otro observador. Todos los ojos estaban puestos en él.

Cuando comenzó a ejercer, Fletcher solía sentirse tremendamente cohibido al entrar en la sala con su toga sabiendo que era el centro de atención, sabiendo que a veces tenía la responsabilidad de cambiar la dirección de la vida de alguien. ¿A quién ayudaría ese día? ¿Quién estaba sufriendo, quién estaba furioso o frustrado? ¿Quién había cometido una estupidez y necesitaba una salida? ¿Qué finos matices de la ley interpretaría?

Sintió el móvil vibrar en el pantalón, pero lo ignoró. Sus normas para el uso de dispositivos móviles en la sala eran estrictas y también se ceñía a ellas. Los viernes por la mañana eran un cajón de sastre. Su secretaria y él ya habían revisado las cuestiones administrativas del día y los procedimientos rutinarios. La agenda del día ofrecía la típica variedad de asuntos, una vista preliminar, audiencias y solicitudes, con un giro posiblemente interesante. Earl Mahoney estaba demandando a un tipo de Texas por haberle vendido un toro semental que había resultado ser estéril. El vendedor presuntamente conocía la incapacidad del toro, pero lo había vendido de todos modos. El problema era que Vermont no tenía jurisdicción sobre Jimbo Childress, el texano, porque Jimbo nunca había estado en Vermont ni había hecho negocios allí. Earl, que nunca se rendía, lo había preparado todo de modo que Childress «ganara» un viaje gratis a Vermont el otoño anterior para contemplar los gloriosos colores del otoño. Mientras el

texano, que no sospechaba nada, se acomodaba en su acogedor hostel en el encantador pueblo de Putnam, un agente judicial le había entregado la citación del juzgado.

«La llevas, Jimbo», pensó Fletcher. Dejó que la demanda prosiguiera y después pensó: «Joder, adoro mi trabajo».

Aunque trabajaba de forma metódica por las mañanas en el juzgado, Fletcher nunca se permitía aburrirse ni impacientarse, a pesar de que un gran número de casos eran tediosos. Nunca se permitía mirar el teléfono, que había estado vibrando con mensajes de texto cada pocos minutos. Centró su atención en los casos que se le presentaban. Algunos resultaban frustrantes o increíblemente triviales, como el de la mujer que alegaba daños emocionales por haber visitado una casa encantada en Halloween o el del hombre que demandaba al distrito escolar después de que hubieran echado a su hijo del equipo de *hockey* por saltarse las clases. Otros implicaban absurdas cantidades de papeleo. Una moción de setenta y cinco páginas no era algo poco común, y Fletcher era uno de esos jueces que se lo leían todo.

Era su trabajo. Y por propia y dolorosa experiencia, sabía que un día en el juzgado podía ser el peor día de la vida de alguien, así que lo mínimo que podía hacer un juez era prestar atención.

Ese día Earl Mahoney se marchó de allí satisfecho de que se hubiera resuelto su problema con el toro estéril. Se concedieron también un par de mociones y se revocó una orden de citación. Después del receso para el almuerzo, Fletcher soportó un debate de dos horas entre abogados enfrentados por una disputa de derechos de propiedad. Más audiencias petitorias. Una vista preliminar. Una audiencia de méritos. En un pueblo pequeño, un juez tenía que desempeñar muchas funciones y ocuparse de todo lo que entrara por la puerta.

El alguacil le pasó una nota. Fletcher la miró un instante y al momento sintió un nudo en el estómago.

—Vamos a tomarnos un receso de quince minutos —dijo resaltando sus palabras con el mazo. Salió por la puerta lateral y recorrió un pequeño pasillo hasta su despacho.

La puerta estaba entreabierta. Dentro, un niño con su toga de repuesto estaba subido sobre una papelera puesta boca abajo. La toga le llegaba al suelo y lo hacía parecer extrañamente alto. Blandía un abridor de cartas como si fuera un arma. No, como si fuera la varita de un mago. Estaba jugando a Harry Potter y soñaba con ir a la escuela de magia.

—Hola, Teddy —dijo Fletcher.

El niño se giró sobresaltado y la papelera se volcó.

—¡Ey! —añadió Fletcher lanzándose a por él. Demasiado tarde. Teddy cayó al

suelo y el abrecartas se le escapó de la mano y se deslizó por el suelo de madera. Fletcher se agachó junto a su hijo—. ¿Estás bien?

–Depende –respondió Teddy con voz débil– del lío en que me haya metido.

–Te podrías haber partido el cuello.

Teddy se giró y se incorporó.

–Lo siento, papá.

–Cuelga esa toga –dijo Fletcher recogiendo el abrecartas y colocando la papelera–. ¿Y si te hubieras caído sobre el abrecartas, eh? ¿Y si te lo hubieras clavado en el hígado y te hubieras desangrado antes de que hubiera podido llegar la ambulancia?

–Pues entonces habrías tenido mucho que limpiar –respondió Teddy fingiendo seriedad.

Fletcher observó cómo el niño colgaba con cuidado la toga en una percha.

–¿Qué haces aquí? Creía que ibas a ir a casa de tu madre después de clase.

–Sí –dijo Teddy–, pero me ha dicho que nos vemos aquí porque tiene que venir a hablar contigo.

«Vaya, qué alegría».

–Tengo que estar en el juzgado –dijo Fletcher. Como si ella no lo supiera.

–Seré breve –dijo una voz desde la puerta.

–Hola, mamá –dijo Teddy acercándose para darle un abrazo.

Ella le apartó su pelo rubio de los ojos.

–Hola, peque –después se giró hacia Fletcher–. Quiero mudarme.

–¡Yo no! –protestó Teddy–. ¡Papá!

Fletcher apretó la mandíbula para contener las palabras que de verdad quería dirigirle a Celia.

–Teddy, ve a comer algo a la sala de descanso.

–Pero...

–Terminaremos en unos minutos –dijo Fletcher–. Luego nos vemos, ¿vale?

Resoplando, Teddy recogió su mochila y salió del despacho.

Fletcher se giró hacia Celia. Estaba muy guapa y perfectamente arreglada, como siempre. Melena rubia resplandeciente y uñas rojas resplandecientes. Dientes perfectos. Su exmujer trofeo.

–¿Tenías que decir eso delante de él?

–Teddy sabe que me quiero mudar.

–Y por mí puedes hacerlo cuando quieras, pero Teddy se queda conmigo.

–Sabes muy bien que jamás abandonaré a mi hijo.

–Entonces múdate cuando sea mayor –«eso, múdate», pensó. «Múdate a Tombuctú».

–Solo tiene diez años. No quiero esperar hasta que sea mayor. En este pueblo



no hay nada para mí. Todo aquí es una porquería.

–¡Por Dios! ¿Pero te estás oyendo? ¿A qué viene esto? –mierda, ¿tendría otro novio? ¿Uno al que no le gustaría desplazarse hasta un pequeño pueblo de Vermont cada día?

–No puedo seguir viviendo así –dijo Celia.

–¿Así cómo? ¿Como alguien que no quiere encontrar trabajo porque eso interfiere con ir de compras y viajar?

Ella hizo un gesto de desdén.

–Fletch, ¿no podemos mudarnos todos a Boston? Fuimos felices allí cuando nos casamos, ¿verdad? Podrías asociarte a un bufete o...

–No me voy a mudar a Boston –dijo en voz baja aunque lo que le apetecía era gritar–. La vida de Teddy está aquí.

–¿Y qué pasa con mi vida?

A Fletcher se le agotó la paciencia.

–¿Qué cojones quieres? ¿Conseguiste todo lo que querías en el divorcio, lo recuerdas? La casa, el piso de Florida, los dos coches, la custodia compartida, el plan de jubilación, la mitad de los bienes...

–No me conviertas en un cliché. Quería una vida contigo, una vida que de verdad tuviera sentido, Fletcher.

–Le encontraste sentido a la vida yendo de compras.

–Muy gracioso. ¿Alguna vez te importó mi felicidad?

Él no respondió. Sinceramente, no sabía la respuesta. Lo que había llegado a comprender de Celia era que, probablemente, nunca sería feliz. Siempre ansiaba algo más: una casa mejor, ser miembro de un club de campo, una casa de vacaciones en South Beach, joyas caras, una vida social más prestigiosa. Pero conseguirlo nunca le daba la felicidad. Su rabia se arremolinaba en la atmósfera como una toxina.

Quería a Teddy. Eso era algo que jamás le discutiría. Todo el mundo quería a Teddy, al igual que a todo el mundo le gustaban los cachorritos en un día soleado. Su hijo era cariñoso, divertido e inteligente; la clase de niño que caía bien al resto de los padres y al que felicitaban los profesores.

Para Fletcher eso era especialmente gratificante porque él nunca había sido esa clase de niño. Había sido el forastero, el recién llegado, el niño sin madre, un objeto de sospecha. No quería que Teddy llegara a sentir nunca esa clase de dolor, y por eso se había comprometido a criar a su hijo en el lugar más estable y seguro que conocía: justo allí, en Switchback. Al principio Celia había estado de acuerdo, pero la satisfacción no le había durado mucho. Siempre parecía necesitar algo que estaba fuera de su alcance.

Con gran esfuerzo, se armó de paciencia.

–Tengo que volver a la sala. ¿Podemos terminar esta discusión en otro momento?

Ella lo miró; sus preciosos ojos azules se volvieron fríos.

–No hay nada de qué hablar. No sé por qué pensé que me abrirías tu corazón y tu mente.

–Estoy pensando en Teddy. Nos necesita a los dos –suavizó el tono–. Si de verdad necesitas vivir en otro lugar, eres libre de hacerlo. Pero, por favor, encuentra el modo de seguir en la vida de nuestro hijo.

La mirada de Celia se tornó en tristeza.

–Sabes que no puedo vivir sin Teddy.

–Y él no puede vivir sin su mamá.

Ella se lo quedó mirando un largo momento y cuando se giró hacia la puerta, él vio que se había dado por vencida.

–Dile a Teddy que luego lo veo, ¿vale?

Fletcher se tomó un instante para volver a centrarse en su trabajo. El irregular suelo de madera y las ventanas con paneles de vidrio ondulado de su despacho daban testimonio de la antigüedad del edificio, que se remontaba a la década de 1880. Sus títulos enmarcados colgaban de la pared, donde también había una placa con los nombres grabados de todos sus predecesores, hombres y mujeres que habían caminado por esos suelos y habían deliberado sobre la ley durante décadas. Ese había sido el despacho de Emerson Gaines, que había pasado a ejercer en el Tribunal Supremo.

Fletcher destacaba por ser el juez más joven del estado. Algunos días, sin embargo, el juez más joven del estado no se sentía tan joven. Ya había pasado por muchas cosas en la vida mientras que otras personas de su edad aún estaban arrancando motores. No lo había planeado así, pero tampoco había tenido elección.

La mayoría de la gente deseaba que llegaran los viernes por la noche. Los viernes eran para desestresarse, para relajarse, para ponerse en modo «fin de semana». Pizza y películas. Partidos en el instituto, fútbol americano, *hockey* o baloncesto, dependiendo de la temporada. Copas o cena con los amigos. Pero Fletcher no era como la mayoría de la gente. No le gustaban los viernes cuando tenía que entregarle su hijo a su ex.

Después del trabajo en el juzgado, un grupo iba a echar unas canastas y a tomarse unas cervezas en la Cervecería Switchback. Cuando Teddy estaba con su madre, Fletcher los acompañaba y después volvía y se encontraba con una casa solitaria y un fin de semana solitario ante sí.

Ese era el acuerdo al que había accedido en el divorcio y estaba obligado a ceñirse a él. La vida era mejor desde que Celia y él habían roto. Tenía una casa

en el pueblo, cerca del colegio de Teddy y del juzgado. Había salido con alguna mujer, pero no había surgido nada serio. En el fondo, probablemente no quería nada serio. Se le daban bien muchas cosas, pero hacer que durara una relación no parecía ser una de ellas.

El trabajo en el juzgado estaba terminando al final de la jornada cuando Gordy Jessop entró corriendo en la sala con la respiración agitada y la chaqueta del traje, que por cierto no le sentaba nada bien, ondeando. A pesar de su desaliñado aspecto, Gordy era un buen abogado que desde hacía unos años dirigía un próspero bufete. Durante la época en la que había trabajado para un bufete rival, Fletcher se había enfrentado a él en numerosas ocasiones. Y, además, Gordy se había ocupado de su divorcio.

–Es tarde, lo sé –dijo Gordy–. Lo siento, Su Señoría.

Fletcher miró el reloj colgado sobre la puerta del juzgado. Mierda. No quería tener a sus empleados trabajando hasta tarde un viernes.

–¿Qué sucede, abogado? –le preguntó a Gordy.

–Aquí traigo una petición para revocar un poder notarial –dijo Gordy. Le entregó los documentos, que estaban sellados por el secretario. La tinta apenas se había secado.

A Fletcher no le hacía ninguna gracia tener que leer el gran fajo de documentos, pero no podía dictar una sentencia sin hacerlo.

–¿Es una emergencia?

–Eh, no. La verdad es que no, pero es urgente.

–Dígale a Mildred que lo incluya en la agenda del lunes.

–Su Señoría –Gordy movía las piernas como si se estuviera haciendo pis–. Si pudiera echarle un vistazo...

Normalmente, Gordy no era así de insistente. Fletcher apretó la mandíbula. Miró la moción y parpadeó; no estaba seguro de creer lo que estaba viendo.

La demanda era en nombre de Annie Rush, formalmente conocida como Annie Rush Harlow.

Annie Rush.

A pesar del paso del tiempo, los recuerdos y los sentimientos no habían llegado a desvanecerse del todo. Ahora, viendo el nombre en las páginas de un documento del juzgado, Fletcher sintió una extraña sensación de timidez en presencia de la gente que aún permanecía en la sala. Solo pensar en ella trajo consigo un torrente de recuerdos: pestañas oscuras, ojos alegres. Un rostro que podía iluminar el mundo. Un corazón lleno de sueños. Felicidad, rabia y desesperanza. Y, finalmente, resignación.

Aunque el corazón le latía deprisa, mantuvo su habitual actitud de imparcialidad profesional.

–¿Qué ha pasado, abogado?

–Su familia, en concreto su madre, necesita que quede anulado el poder notarial. Estaba asignado a su esposo, un tipo llamado... –consultó uno de los formularios.

–Martin Harlow –murmuró Fletcher.

–Sí. La situación de la mujer ha cambiado radicalmente –Gordy miró atrás, hacia la sala casi vacía. Al otro lado de la ventana la luz de la tarde se estaba disipando. Volvió a mirar a Fletcher, se inclinó hacia él y bajó la voz–. Fletcher, Annie te necesita.

–Gracias por agilizarlo –le dijo Caroline Rush a Fletcher–. Annie ya no necesita un poder notarial. Y menos... –se contuvo para no pronunciar el nombre de Martin–. Y gracias por pasar por casa. No tenías por qué hacerlo.

–Quería hacerlo. Siento lo que le ha pasado a Annie.

A Caroline le tembló la mano al guardar el documento legal en la carpeta. Sintió una abrumadora sensación de alivio junto con tristeza y aprensión. En una ocasión había entregado felizmente a su hija a Martin Harlow creyendo que Annie tendría un futuro estable y seguro con un marido que la querría para siempre. Ahora estaba recuperando a su hija y ya no sabía qué creer.

–Siéntate –dijo señalando a la mesa de la cocina–. Acabo de hacer café.

–Gracias.

Colocó la cafetera de émbolo junto a un plato de galletas de sirope de arce saladas.

–No tengo las habilidades reposteras de mi madre o mi hija, pero creo que si usas suficiente mantequilla y sirope de arce en una receta, no necesitas mucha habilidad.

Él probó una y la expresión de su rostro fue gratificante.

–Me alegra saberlo.

Fletcher Wyndham no había sido muy del agrado de Caroline mientras fue novio de Annie. No había visto potencial en él. Lo único que había visto era un obstáculo para el futuro de su hija. A ojos de una madre deseando un futuro glorioso para su hija, él no era más que el hijo de un vagabundo, un chico que probablemente se estancaría en su trabajo en el taller, bebería cerveza y jugaría a la lotería y que con el paso del tiempo llegaría a la mediana edad como un hombre fofo y sin rumbo ni dirección.

Ahora, mirándolo, sentía vergüenza y pesar. Ojalá hubiera mirado más allá y

hubiera visto a un joven extraordinario, pero lo cierto era que no había mirado en absoluto. Su problema con Fletcher Wyndham no tenía nada que ver con Fletcher Wyndham. Ni con Annie. El problema era ella misma.

«Se acabó Fletcher», le había dicho a Annie cuando su hija estaba a punto de decidir no ir a la universidad. Ahora Caroline tenía que admitir que lo que de verdad había querido decir era «Se acabó Ethan Lickenfelt».

Oh, cuánto había amado a aquel chico del camión de ultramarinos blanco. Había sido una ingenua al pensar que quererlo bastaría para crear una vida de dichosa perfección, pasara lo que pasara. A los dieciocho años no había entendido que la frustración y las dificultades tenían el poder de corroer incluso el amor más profundo y desbaratar incluso los sueños más anhelados.

La diferencia entre la vida que Ethan quería y la que había encontrado en Rush Mountain había arruinado su matrimonio. Ambos estaban comprometidos con sus hijos y su familia, pero al final tanta tensión les pasó factura. Llegaba un momento en el que una persona no podía seguir mintiéndose y tenía que aceptar la verdad.

–¿Señora Rush? –la voz de Fletcher se coló en sus pensamientos.

No era la señora Rush. No era la señora nada.

–Por favor, llámame Caroline.

–Caroline. Solo me estaba preguntando en qué estaba pensando.

–Lo siento, no te he escuchado –le confesó.

–Esto debe de ser muy angustioso para usted.

–Sí..., pero no es solo eso. Quería decirte que lo siento.

Él frunció el ceño.

–¿Por qué?

Ella suspiró y le acercó el plato de galletas.

–Es una disculpa que debería haberte ofrecido hace mucho tiempo. Hace muchísimo tiempo, Fletcher, y es terrible que no te haya dicho nada hasta ahora. Pero quiero que sepas que me equivoqué contigo cuando te mudaste a Switchback. Muchas personas nos equivocamos contigo.

Él esbozó una ligera sonrisa torcida. En lo que Caroline no se había equivocado era en que ese chico era tremendamente guapo. Pero, claro, ese había sido parte de su problema con Fletcher. ¿Cómo se podía confiar en un chico tan guapo?

–No te sientas mal. Ahora que tengo un hijo, entiendo lo protector que puede ser un padre.

–Gracias, pero no es excusa. Nunca me molesté en conocerte y no fue justo.

–Imagino que le preocupaba más Annie. Además, de todos modos es probable que yo fuera un poco imbécil. Cuanto más trabajo en el juzgado, más me

convenzo de que la mayoría de chicos lo son a esa edad.

–Cuando pienso en el papel que desempeñé en vuestra ruptura, me siento avergonzada. Nada de esto habría pasado si os hubiera dejado a los dos en paz.

–Créame, no fue la causa de nuestra ruptura, ni la primera vez ni la segunda. Annie y yo nos las apañamos para estropear las cosas solitos.

–Me alegra que lo digas, pero ese Martin Harlow... Tendría que estar colgado por las pelotas.

–En eso no puedo ayudarla.

–La traje hasta aquí desde Los Ángeles por transporte médico como si fuera una mercancía defectuosa, ¿te lo puedes creer?

–Eh... no. No puedo.

–Aunque me alegro de que esté aquí. Necesita a su familia. Ahora más que nunca. El equipo que se ocupa de ella dice que podrían pasar semanas o meses hasta que pueda venir a casa, pero ya conoces a Annie. Cuando se propone algo, nada puede detenerla.

Él asintió.

–Esa es la Annie que conocí.

Se quedaron en silencio y se terminaron el café. Caroline le ofreció otra taza, pero él no aceptó.

–Me he enterado de lo de tu divorcio. Lo siento.

–Puede que lo que voy a decir sea obvio, pero lo diré de todos modos. Le puede pasar a cualquiera.

–Después de mi divorcio, la gente me decía que debería verlo como una oportunidad para aprender y crecer –«¿y lo he hecho?», se preguntó. Había días en los que no estaba tan segura–. Es un gran cambio, lo sé. ¿Cómo está tu niño?

–Teddy está genial. Algo confuso por las circunstancias, pero estoy intentando que la situación sea lo más estable posible para él. He comprado una casa en Henley Street, la vieja casa Webster. La remodelación ha sido un gran proyecto. A Teddy le gusta estar cerca del colegio.

A Caroline volvió a invadirla el remordimiento. Fletcher parecía un buen hombre. ¿Por qué nunca se había molestado en conocerlo?

–¿Y a ti? ¿Te gusta?

Él sonrió.

–Después de tanta reforma, no me pienso mudar jamás.

## Capítulo 8

*Entonces*

–Nos mudamos –dijo el padre de Fletcher soltando así una bomba en mitad de su último curso de instituto.

–¿Otra vez? –Fletcher apartó el libro de educación cívica y miró a su padre. Por la televisión resonaban las noticias que nunca parecían cesar: el país entero estaba intentando averiguar cómo luchar contra un grupo terrorista llamado «los talibanes». El 11 de septiembre el mundo se había revolucionado tras los ataques al Pentágono y al World Trade Center. Un par de amigos de Fletcher incluso se habían comprometido a alistarse al ejército en cuanto terminaran el instituto. Ahora, con el repentino anuncio de su padre, Fletcher contempló también esa idea.

–No me voy a ir contigo –dijo con firmeza.

–No tienes elección. Te necesito, hijo. Y te va a encantar –dijo su padre con los ojos iluminados, como se le iluminaban cuando estaba convencido de que quería algo.

Fletcher no estaba convencido de nada. Miró la televisión, que emitía imágenes de soldados moviéndose por el desierto en pesados vehículos.

–¿Cuándo?

–Después de las vacaciones de Navidad.

–Mierda, papá –miró a su alrededor y ojeó el pequeño bungalow. El mismo mobiliario desvencijado que habían arrastrado de un lado a otro, una casa distinta. No le había importado vivir en Dover, donde habían estado desde el verano anterior. El instituto era soportable, estaba centrado en la recta final hacia la graduación y pensando en qué hacer después.

–Mierda –repitió.

–Anda, calla. Es un buen plan. He comprado un negocio en Vermont...

–¿Vermont? –a Fletcher se le vinieron a la cabeza imágenes de arcos y nieve. Interminables acres de nieve. Y... ¿qué más? Ben & Jerry's. Queso cheddar y queso Cabot. Hojas de otoño. Mierda.

Las mudanzas constituían la historia de su vida con su padre. Intentó contar con los dedos de la mano la cantidad de veces que se habían mudado. Oklahoma, Texas, Virginia, una de las Carolinas, no recordaba cuál, Indiana, Delaware... Se quedaba sin dedos. Y ahora esto. El puñetero Vermont.

Su padre no dejaba de perseguir la próxima oportunidad que los haría ricos. El problema era que nunca les salía nada bien porque sus ideas eran disparatadas. Una vez había creado un negocio para convertir urnas de cenizas en arrecifes submarinos. Había comprado acciones de un parque temático para adultos con maquinaria pesada. Después habían venido la horda de cabras de alquiler para escarbar la maleza, la entrega de pizzas en una motocicleta italiana con altavoces por los que sonaba a todo volumen Andrea Bocelli... Si una idea era rara y estaba condenada al fracaso, su padre se lanzaba a por ella.

–Esta vez –dijo su padre, como siempre hacía– las cosas serán diferentes. Ya lo verás.

–Y tanto que lo veré –respondió Fletcher. La idea de soportar otra mudanza en busca de otra idea descabellada le provocó dolor de cabeza.

–Un tipo que se va a jubilar va a vender un taller de reparación de coches. El trato incluye una clientela fija, todo el equipo y el material que necesitamos, listos para nosotros. Es el único taller en kilómetros. Hay que ser un descerebrado para rechazarlo.

Fletcher más bien pensaba que había que ser un descerebrado para aceptarlo.

–Y tiene un extra –prosiguió su padre–. Escúteres.

–Escúteres. ¿Te refieres a motocicletas? –eso sí que le despertó el interés. Solo un poco.

–Eso es. Gracias a una extraña ley de importación y exportación, Vermont es el mejor lugar para importar una escúter *vintage*. Yo me ocupo de la tramitación y nos llevamos un buen pellizco de los honorarios. Es un acuerdo estupendo. Y además me dan una máquina de expresos alucinante, una cafetera industrial italiana. Podemos poner una cafetería en el taller.

–Guay –dijo Fletcher–. Pues vamos a poner también una mesa de masajes. «Taller, Escúteres, Expresos y Masajes Sanford».

–Y un salón de manicura –añadió su padre–. A las chicas les encantan los salones de manicura, ¿no?

–Tú sabrás.

–Deja de hacerte el listillo.

Fletcher sabía que podía seguir discutiendo hasta que se quedara sin palabras, pero también sabía que no serviría de nada mencionar los innumerables inconvenientes y problemas. Su padre siempre tenía preparada una respuesta para todo, incluso aunque se equivocara.

–Si me cambio de instituto ahora, es posible que no pueda graduarme a tiempo.

Joder. Eso sí que sería una mierda.

Su padre se rascó la cabeza.



–¿Y para qué necesitas graduarte? Ya eres lo bastante listo.

Fletcher cerró de golpe el libro de educación cívica.

–Ay, pues no lo sé. ¿A lo mejor para tener la oportunidad de ir a la universidad? Y sí, ya me sé la historia de cómo te fuiste de casa a los dieciséis años y te hiciste a ti mismo sin tener que perder tiempo metido en una clase. Pero yo no soy tú, papá.

–Eso es verdad. Eres diez veces más inteligente que yo. Y por eso te necesito, Fletcher. Ayúdame a hacer despegar esto y no tendrás que preocuparte más por mí –miró pensativo los dos monos de trabajo que colgaban junto a la puerta. Eran del establecimiento de cambio de aceite exprés en el que habían estado trabajando desde que se habían mudado a Dover, un sitio llamado Here We Go Lube-B-Lube. El lugar era una mierda, pero les permitía pagar el alquiler... a duras penas–. Eso es un callejón sin salida –dijo su padre señalando los monos–. En el taller de Vermont nosotros dirigiremos el cotarro.

Fletcher sabía reconocer cuándo había perdido una discusión. Así que desanimado y resignado, se encogió de hombros y dijo:

–Vale.

A la semana siguiente metieron todas sus pertenencias en un remolque alquilado, lo engancharon a su camioneta y condujeron desde Delaware hasta Vermont.

Fletcher intentó no pensar en lo que dejaba atrás: unos cuantos amigos con los que le gustaba hacer *mountain bike* o ir a la playa, una novia llamada Kayla que había llorado en sus brazos cuando se había despedido de ella y un puesto estable en el establecimiento de cambio de aceite. Ya había renunciado a que su vida se asentara en la normalidad. Se limitaba a seguir los planes que se le ocurrían a su padre sin esperar nada. Excepto, tal vez, alguna pega. Siempre había alguna pega, alguna razón por la que el plan fracasaba y se volvían a ver en la ruina y en la carretera otra vez.

El pueblo se llamaba Switchback; solo eso ya le sonaba raro. Para llegar allí recorrieron carreteras heladas y nevadas por onduladas colinas, montañas de granito y serpenteantes curvas muy cerradas que probablemente eran el origen del nombre del pueblo, «montaña rusa». Cuanto más subían, más frío y nevado se volvía el paisaje. El cielo era gris, del color del frío. Nunca había vivido el invierno así: ondulados acres cubiertos de blanco, carreteras flanqueadas por altos bancos de nieve embarrada y un cielo que parecía una extensa nada lúgubre e incolora.

Finalmente, pasaron por delante de un letrero de madera tallado a mano que decía: *Switchback, Vermont. Altitud: 670. Habitantes: 7647*. El siguiente letrero, de la Cámara de Comercio, decía: *Bienvenidos a Switchback. Una vez que subas,*

*ya no querrás bajar.*

«Qué simpáticos».

En el centro del pueblo, el límite de velocidad se reducía a treinta kilómetros por hora. Fletcher había visto imágenes de los típicos pueblos de Nueva Inglaterra y ese lugar era todavía más... pueblecito. Tenía una iglesia blanca con chapitel y un parque con un cenador cercado, una biblioteca con columnas que era un centro cultural, tiendas y pequeños negocios excesivamente pintorescos, y un instituto imponente con una marquesina que decía: *Casa de los Fighting Wildcats*. Las calles estaban flanqueadas por árboles esbeltos y casas de madera pintadas; las vallas blancas estaban prácticamente enterradas bajo espesas capas de nieve.

El rasgo principal del pueblo era el juzgado, un edificio clásico de Nueva Inglaterra perfectamente simétrico con el año 1878 tallado en la piedra en números romanos. El soberbio y majestuoso edificio se encontraba ubicado en la entrada de un parque. Con las luces brillando en las ventanas y en el campanario que tenía en lo alto del tejado, resultaba un lugar hermoso y apacible. Un grupo de secretarios y abogados con maletines salían de trabajar y descendieron por la ancha escalinata bajo las columnas frontales.

En las tiendas y cafeterías no parecía haber mucho trabajo. Obviamente, enero no era el mes predilecto para ir a hacer turismo a Vermont.

Su padre se detuvo en la cafetería Sweet Maria, que olía de maravilla: café, bollos recién horneados y cebolla asada. Comieron algo y su padre le preguntó a un tipo que estaba sentado en la barra cómo llegar al Rookery, que era donde se alojarían hasta que encontrara una casa de alquiler. Apenas pudieron entender lo que dijo el hombre con ese acento tan cerrado.

El Rookery resultó ser un hostel lleno de antigüedades recargadas y paños de blanda por todas partes. Cuando soltaron sus andrajosas bolsas de lona en el vestíbulo, la dueña, Mildred Deacon, no arrugó la nariz con desagrado, aunque Fletcher sospechó que sí lo hizo por dentro.

El día que se matriculó como nuevo alumno en el Instituto de Switchback, tenía un objetivo: volverse invisible. Quería pasar desapercibido hasta final de curso y después poder seguir con su vida.

Ya sabía lo que tenía que hacer: entregar su historial académico en administración, reunirse con un orientador y conseguir una programación de clases. Esperaba terminar con suficientes créditos para graduarse.

La orientadora escolar era una mujer llamada «señorita Elkins». Estaba sentada en una de esas pelotas de gimnasia gigantes detrás de un escritorio abarrotado mientras repasaba su historial. Tenía un hueco entre los dos dientes delanteros, mechones morados y gafas de carey con los extremos puntiagudos.

–Cinco escuelas en cuatro años –dijo–. Y esta es la número seis. ¡Vaya!

Fletcher no dijo nada y ella tampoco parecía esperar una respuesta. A través de la ventana del despacho vio a los alumnos ir llegando a clase. Eran como los chicos de cualquier otra parte, moviéndose en grupos, hablando en alto y dándose empujones para abrirse paso a sus taquillas y aulas. La mayoría iban bien abrigados con cazadoras acolchadas, botas altas y gorros con orejeras.

–Tus notas son excelentes –dijo la señorita Elkins con cierta sorpresa.

Él asintió de nuevo, deseando que terminara la reunión.

–Para cumplir con los requisitos para graduarte, vas a necesitar terminar Lengua y Literatura Avanzada, hacer un taller de Ciencias, una lengua extranjera y conseguir un crédito en Educación Física –tamborileó con el lápiz sobre la mesa y después encendió el ordenador y miró la pantalla con gran concentración–. Creo que podemos solucionarlo. Este es el trato. Te puedo dar la programación que necesitas si renuncias a la hora de estudio y te apuntas a Lengua y Literatura Avanzada. ¿Te parece factible?

–Claro –dijo él. Lo que sea.

–Tu aula es la del taller de Arte Industrial con el señor Dow.

–De acuerdo.

–¿Y qué me dices de clases extraescolares? ¿Deporte, algún club? ¿Teatro? ¿La banda de música?

«Por favor, no».

–Eh, no, señora.

Ella rellenó un formulario y lo selló.

–¿Qué te trae por Switchback?

–Mi padre ha comprado un taller y un negocio de importación en el pueblo.

–Ah... el taller Crestfield –añadió ella con tono animado–. Claro. Todo el mundo lleva allí el coche. He oído que el señor Crestfield se va a jubilar. Entonces tu padre es mecánico.

–Sí.

Aunque no tenía buen ojo para los negocios, Sanford Wyndham tenía un don divino: podía arreglarlo todo. A lo largo de los años había reparado motores de coche y de barcos, motores pequeños, generadores enormes, carritos de golf, máquinas de aire acondicionado, excavadoras, tractores... Si algo tenía motor, entonces podía arreglarlo. Siempre había querido tener su propio taller, pero hasta ahora nunca se había podido permitir abrir un negocio. Al parecer, un taller de reparación en mitad de una nada helada era algo asequible.

–¿Tú también reparas coches?

–Sí. Voy a ayudar a mi padre después de clase y los fines de semana –a él también se le daba bien arreglar cosas, aunque tampoco tenía elección ya que su

padre y él no solían tener pasta para pagar a otro que hiciera el trabajo.

–¿Y cuando te gradúes? ¿Qué planes tienes?

–Em... –largarse. ¿Eso era un plan?–. Supongo que seguiré ayudando a mi padre. O a lo mejor hago alguna otra cosa.

–¿Has presentado la solicitud para alguna universidad?

«Sí, claro, la universidad. ¿Qué es eso?».

–No, señora.

–Bueno –dijo la señorita Elkins–, podemos hablar de eso más adelante. Con tus notas, tienes buenas posibilidades para entrar en la universidad. No dudes en acudir a mí si tienes alguna duda. Lo que sea.

–De acuerdo. Gracias.

La hoja con la programación salió de la impresora. Ella se la entregó.

–Es un poco complicado ser el nuevo, pero seguro que te irá bien aquí. Tenemos unos alumnos muy majos y los profesores son de lo mejor. Encajarás bien.

–Claro, gracias.

En cuanto salió del despacho, sonó un timbre. Un chico se chocó contra su hombro.

–Eh, mira por dónde vas –le dijo el chico.

«Es verdad, muy majos».

En el pasillo hacía demasiado calor y olía a perro mojado. Por las paredes había folletos anunciando una competición de natación, una venta de bollos, un desfile y un baile.

Fletcher respiró hondo y se fundió entre los empujones y el río de alumnos que iban de camino a sus clases. Encontró la taquilla que le habían asignado y fue a su aula: el taller de Arte Industrial. Entró y observó la sala. Había jóvenes por todas partes con sus mochilas colgadas y hablando a gritos de todo y de nada. Era como cualquier clase de cualquier instituto. Vio un sitio vacío en una mesa frente a una chica con el pelo rubio y largo y unas tetas increíbles. Intentando mirarla a la cara, la saludó.

–Soy Fletcher. Es mi primer día.

Ella le echó un lento vistazo.

–Qué suerte tienes. Soy Celia. Celia Swank –tenía una sonrisa bonita. Lo tenía todo bonito.

El profesor era un tipo con cara de agobio llamado «señor Dow». Fletcher fue a presentarse. Se quedó de pie junto a la puerta esperando su turno ya que el hombre estaba hablando con una chica bajita y morena que decía necesitar un soplete urgentemente.

–No te puedo dejar sacarlo de aquí, Annie. Además, ¿para qué lo necesitas?

Ella señaló una bandeja con copas.

–Para mi *crème brûlée* de sirope de arce. La voy a preparar en la cocina de la clase de Economía Doméstica. Por favor. Se lo devolveré.

El hombre la miró con gesto serio y miró el reloj.

–De acuerdo. Pero lo quiero aquí en cuanto termines.

–Gracias, señor Dow –respondió ella encantada mientras se guardaba el soplete en una mochila abarrotada de cosas–. Le guardaré una para que la pruebe.

–Trato hecho.

La chica se marchó con la mochila, la bandeja y una expresión radiante. Vio a Fletcher y se lo quedó mirando un segundo. Ojos marrones y grandes, mirada curiosa pero no hostil. Él le sujetó la puerta.

–¡Ay, gracias! –le dijo la chica antes de salir al pasillo.

Qué chica tan rara, aunque era mona. A lo mejor... No. No tenía ninguna intención de hacer amigos en ese pequeño pueblo de montaña. Ni siquiera le parecía posible. Empezar en un instituto nuevo a mitad de curso ya era garantía de que nadie se molestaría en querer conocerlo. Aun así, se quedó con su nombre: Annie.

La mañana pasó muy despacio. Conoció a sus profesores, se hizo con copias de resúmenes del curso y retiró unos cuantos libros de texto de la biblioteca; la deprimente rutina de siempre.

Entonces sonó el timbre para el almuerzo y se produjo una estampida en dirección a la cafetería. Por experiencia sabía que siempre era posible encontrar un sitio en el comedor de un instituto. Solo tenía que buscar a algún chico callado, raro y marginado con el que nadie quisiera estar y, ¡bum!, estaría encantado de compartir mesa contigo, sin problema.

Eso sí, tú tampoco te podías permitir ser quisquilloso.

Fletcher se abrió paso por la ruidosa cafetería con su bandeja de tacos, que apestaban a cebolla y a maíz enlatado, y un plato de pudín de color barro que le hizo ansiar la *crème brûlée* pasada por soplete de esa chica. Vio a un chico solo en una mesa. Tenía sobrepeso, movimientos lentos, gesto triste y las manos pálidas. Podría haber pasado más desapercibido de no ser por su pésimo gusto para la ropa: una gorra de cuadros escoceses al estilo de Sherlock Holmes, una chaqueta militar falsa y botas de combate por encima de los pantalones. Semejante atuendo probablemente lo convertía en un blanco fácil, aunque sin duda también le impedía hacer amigos. A lo mejor le gustaba llamar la atención.

–¿Te importa si me siento aquí? –le preguntó Fletcher.

–Claro que no.

El gesto triste desapareció y Fletcher se presentó.

–Yo soy Gordy Jessop. Promoción del 2002.

Como era de esperar, había más cosas por descubrir sobre Gordy si pasabas por alto lo hortera que era. Durante los siguientes días, Fletcher se enteró de que tenía tres hermanas mayores que se hacían llamar «las leñadoras». Su madre era una poetisa que publicaba su obra en folletines y los regalaba en los mercados de agricultores en verano, y su padre era abogado de patentes. Gordy hablaba francés porque su madre era de Quebec, y le gustaba salpicar su conversación con expresiones francesas, un rasgo más que le impedía ganarse la simpatía de los demás chicos. Aunque tampoco parecía importarle, y eso a Fletcher le parecía guay. Además, Gordy sabía una cantidad alucinante de latín, lo cual resultaba gracioso ya que era una lengua muerta, y tenía una buena cantidad de información de todo tipo almacenada en su cabeza.

–¿Sabías que «*dreamt*» es la única palabra en inglés que termina con las letras «MT»? –le preguntó un día tras la primera semana de Fletcher en Switchback.

–No lo es si la deletreas mal –le respondió.

–Ya, claro. ¿Y sabías que hay una cancha de baloncesto en el último piso del Tribunal Supremo?

–Nadie sabe eso –dijo Fletcher.

–Yo sí. Es la cancha más legal del país.

–Ja, ja.

–No es broma. Y ahí va otra: Montpelier es la única capital estatal de los Estados Unidos que no tiene McDonald's.

–Pues es un alivio. Bueno, ¿y qué se hace por aquí los fines de semana?

–*Hockey* y competiciones de natación. ¿Te interesan?

Fletcher se encogió de hombros.

–Sé nadar. Lo del *hockey* no lo he probado nunca.

–Me refiero como espectador.

–Entonces la natación, con tal de que sean chicas nadando.

–Tengo que encontrar un trabajo para los fines de semana –le dijo Gordy–. ¿Tú tienes trabajo?

–Más o menos. En el taller de mi padre. Acaba de abrirlo, así que no hay mucho que hacer aún.

–Deberíamos encontrar trabajo para la temporada de azúcar –dijo Gordy.

A Fletcher no le vendría mal otro trabajo más.

–¿Qué es la temporada de azúcar?

Gordy empezó a reírse a carcajadas con gesto de incredulidad.

–¡Tío! La temporada de azúcar es la *raison d'être* de toda esta región –le explicó que en cuanto cambiaba el tiempo, la temporada comenzaba. Todo el mundo con unos cuantos arces sangraba sus árboles y recolectaba la savia. Las

plantaciones comerciales más grandes empleaban una red de tuberías para recolectar la savia y o la vendían o la hervían en grandes cabañas de azúcar. Todas ellas necesitaban personal temporal para ayudarlos a sangrar los árboles, llevar la savia a los evaporadores, ocuparse del hervido, mantener el fuego vivo y transportar los barriles de sirope.

El viernes después de clase, se subieron al viejo Bronco de Gordy y fueron hasta Rush Mountain.

–Esta plantación es la que lleva más tiempo aquí. Seguro que necesitan mucha ayuda –dijo Gordy machacando las marchas mientras subía a sacudidas por la serpenteante carretera. Era un conductor malísimo. Y, al parecer, lo sabía porque miró a Fletcher con gesto de vergüenza–. No se me da muy bien la palanca de cambios.

–Hace falta práctica –Fletcher intentó no vomitar mientras la camioneta tomaba una curva muy cerrada.

–Sí. Se me da mejor ir cuesta abajo.

«Genial».

–Rush Mountain tiene mil ciento veintisiete metros de altura–dijo Gordy soltando otro dato anecdótico–. Debe su nombre a Elijah Rush, un famoso abolicionista durante la Guerra Civil. No me preguntes cómo lo sé.

–No lo haré –murmuró Fletcher intentando calmarse las náuseas.

–El Ferrocarril Subterráneo tuvo mucha importancia en esta zona, por estar tan cerca de Canadá y todo eso.

–Es bueno saberlo.

Pasaron por delante de un letrero rústico pintado a mano que decía: *Bienvenidos a la Granja de Arces de la Familia Rush. Hogar del sirope de arce artesanal Sugar Rush.*

A lo lejos se veía una granja grande y vieja pintada de blanco con un porche delantero rodeado por una baranda y una valla aún medio hundida en la nieve. Unas chimeneas sobresalían de cada extremo de la casa y ambas despedían un remolino de humo hacia el cielo. Era muy bonita, la clase de casa que Fletcher se imaginaba cuando era pequeño mientras vivía en algún apartamento alquilado y se preguntaba cómo sería tener una familia normal.

El desvío a la casa tenía un pequeño letrero que decía: *Privado.*

Gordy condujo en la dirección opuesta hasta una pequeña zona de aparcamiento cubierta por una desagradable mezcla de grava, barro y nieve. Otro letrero señalaba una vieja granja designada como la *Oficina* y otro conducía a un camino lleno de baches y decía: *Hacia la cabaña de azúcar.*

Junto a la oficina había aparcada una brillante camioneta negra con dos tubos de escape y una pegatina de un club de caza en el parachoques.

–Genial –dijo Gordy aparcando al lado–. Es la camioneta de Degan Kerry.

–¿Quién es Degan...?

Tres chicos salieron de la oficina. Dos de ellos llevaban las cazadoras del equipo del instituto y el otro, un viejo abrigo del ejército soviético.

–Imagino que no has tenido el placer de conocerlo –dijo Gordy–. Es el tío grande pelirrojo del medio. Jugador de *hockey* y gilipollas a partes iguales.

–Vaya, vaya... Hola, señoritas –exclamó con una sonrisa amplia y falsa el tipo llamado Degan.

–Hola, Degan –Gordy pareció menguar unos centímetros–. Este es Fletcher Wyndham. Es nuevo –le presentó a los otros dos, Ivan y Carl.

Fletcher hizo un rápido gesto con la cabeza a modo de saludo. Los otros tres se metieron las manos en los bolsillos y lo miraron de arriba abajo.

–Me alegro de conocerlos –dijo Fletcher con un tono de voz neutral. Solo con verlos ya supo que más que chicos duros eran unos meros aficionados. Había sobrevivido a cuatro institutos antes que a ese, así que esos tres no le preocupaban.

–¿Vais a trabajar la temporada de azúcar? –preguntó Degan.

–Es el plan –respondió Gordy dirigiéndose furtivamente hacia la oficina–. Hasta luego.

Fletcher asintió de nuevo con la cabeza. Degan se plantó delante de ellos y sacó la mandíbula con claro gesto desafiante. Fletcher se negó a morder el anzuelo.

–Tú primero –dijo echándose a un lado y haciendo una reverencia con el brazo.

Degan se lo quedó mirando durante un instante demasiado largo. Fletcher lo observó y al ver un ligero destello de duda en sus ojos, supo que ese chico era un pringado. El típico cobarde. Y entonces Degan pasó y le rozó el hombro con más fuerza de la necesaria.

«Menudo gilipollas».

Al entrar en la oficina, Gordy le lanzó a Fletcher una mirada de preocupación.

–Oye, si quieres, podemos bajar a la plantación de Peychaud. He oído que allí también están contratando a gente.

–Dijiste que Kyle Rush es el que paga más.

–Sí, bueno –Gordy suspiró–. Pero parece que Degan y su panda también van a trabajar aquí.

–¿Y?

–¿Quieres hacerlo de todos modos?

–Claro que quiero –no se dejaría amedrentar por un par de malotes de instituto. Justo iba a decírselo a Gordy cuando algo llamó su atención.



Por la pendiente que había detrás de la oficina apareció una chica cruzando el campo de nieve virgen con un par de raquetas. Unos mechones rizados oscuros le asomaban bajo el gorro de lana rojo y la reconoció. La chica del soplete: Annie. La acompañaban tres perros a los que estaba lanzando un palo para jugar.

Se movía como una niña pequeña y sus risas se oían por la montaña. Entonces uno de los perros vio a Gordy y a Fletcher y soltó un ladrido. Al instante, echó a correr colina abajo para enfrentarse a los intrusos. Los otros dos perros lo siguieron ignorando las órdenes que la chica les gritaba.

Un momento después se vieron rodeados por perros ladrando y sacudiendo la cola. Fletcher alargó la mano para acariciar a uno de los greñudos chuchos.

–Ey, colega. Tranquilo.

El perro se agachó con aire juguetón y se apartó. La chica los alcanzó. Sus grandes ojos marrones reflejaban el sol y tenía un rostro que Fletcher podría estar mirando todo el día.

–Ah, hola, Gordy –dijo, y entonces miró a Fletcher con curiosidad. Probablemente estaba intentando identificarlo.

–¿Qué tal, Annie? Este es Fletcher. Estamos buscando a tu hermano.

–Kyle está en la oficina –los perros revoloteaban a su alrededor disputándose su atención. Uno de ellos le acercó el palo. Ella miró a Fletcher con una sonrisa. Era incluso más bonita cuando sonreía. Tenía las mejillas coloradas de frío y las pestañas más largas que había visto en su vida.

–¿Vais a uniros a la cuadrilla?

–Si necesita ayuda, sí.

–Sí, necesita toda la ayuda que sea posible. Bueno, entonces supongo que os veré por aquí –miró a Fletcher un instante. Después silbó, se dio una palmadita en la pierna para llamar a los perros y se alejó por la nieve.

Fletcher hizo visera con la mano y observó a la chica por la colina, moviéndose con paso ligero sobre sus raquetas mientras jugaba con los perros.

El lunes, al matricularse en el Instituto Switchback, había pensado que era lo peor que le había pasado en la vida.

Ahora que había conocido a Annie Rush, tenía la sensación de que eso iba a cambiar.

## Capítulo 9

*Ahora*

–¿Annie? Soy el doctor King. He estado cuidando de ti junto con mi equipo.

Ella intentó tragar. Hicieron falta tres intentos. Tenía una sensación terrible en la garganta, obstruida de dolor. Parpadeó hasta que enfocó el rostro del hombre. El doctor King. Ella nunca iba al médico. ¿Lo conocía? Tenía un buen rostro. Curtido, como si pasara mucho tiempo al aire libre. Pelo rubio y unos ojos azules claros que la miraban con una intensidad peculiar. No era una de esas miradas que la hacían sentirse incómoda, sino una que quería establecer una conexión.

–Oh –una única sílaba que sonó como una bisagra oxidada. No le funcionaba bien la boca. No reconocía su propia voz. Sonaba rara y débil, como si hubiera estado toda la noche de fiesta. Eso ya no lo hacía. ¿O sí? ¿Lo había hecho alguna vez?–. Eh... ¿Gracias? –no sabía qué decirle a un desconocido que decía haber estado cuidando de ella.

Se oyó un crujido cuando unas manos con olor a jabón despegaron el velcro que tenía en la nuca. El collarín cervical se soltó y un aire fresco le salpicó el cuello. Intentó girar la cabeza, pero tenía el cuello tan rígido que apenas podía moverlo.

Preguntas y confusión le llenaban la cabeza. También había sentimientos atravesándola, pero el único que reconocía era el de frustración por no poder expresar otros sentimientos.

Alguien había pulsado el botón para incorporar el respaldo de la camilla. La mujer vestida con gatitos y estrellas también la había liberado de las correas. Annie intentó flexionar los dedos de las manos y de los pies. Tenía algo apretándole el dedo. Entonces giró los tobillos. Todas sus articulaciones estaban rígidas y entumecidas. Intentó girar las muñecas, pero tampoco le funcionaban bien.

El doctor King se inclinó hacia delante y la miró a los ojos, profundamente, como siempre.

–Tuviste un accidente. ¿Lo recuerdas?

Ella levantó la mano. ¿Era esa su mano? Tenía una especie de pinza blanca en el dedo índice. Estaba conectada a una pesada caja que llevaba en el bolsillo del camisón a través de cables que salían de los extremos de unas ventosas. Llevaba un camisón de hospital.

Por el accidente. ¿Qué accidente? Se le vino una imagen a la cabeza: ¿una rasqueta cayendo del andamio de un limpiaventanas? Otra imagen: conducía por una carretera concurrida, tenía prisa por llegar a alguna parte. Tenía prisa porque... El pensamiento se esfumó.

–Neeeee... necesito un cepillo de dientes –sí, por favor. Tenía la boca más seca que una lija.

Alguien le puso delante una bandeja ovalada con un cepillo de dientes envuelto en plástico y un tubo de pasta de dientes de tamaño muestra. Alargó la mano hacia el cepillo. Sus dedos se negaban a agarrarlo. Estaba demasiado débil para levantarlo. Se miró los dedos como si fueran de otra persona.

–¿Qué le ha pa... pa... pasado a mi manicura? –preguntó con una voz áspera y bronca y sin dejar de mirarse la mano.

El médico le levantó la mano, la que tenía la pinza blanca.

–He pagado ochenta pavos por esa manicura. Era con cobertura de gel.

Él la miró como miran los hombres cuando no saben de qué les hablas.

–Estoy intentando averiguar si eres consciente de lo que pasó. ¿Qué te ha traído aquí?

–He venido conduciendo –respondió ella. Un nefasto presentimiento la recorrió como un río muy oscuro. Sentía cómo su mente se esforzaba por comprender lo que estaba pasando. Tal vez fuera solo un sueño, uno de esos en los que aparecen lugares extraños y gente extraña entrando y saliendo.

El médico asintió como si estuviera conforme con la respuesta. La mujer del uniforme de gatitos acercó a la cama un ordenador con ruedas y una pantalla. Alguien más, una mujer que se presentó como «la doctora Riley», se acercó con un estetoscopio. Le auscultó el pecho por ambos lados, por delante y por detrás. Le hizo inspirar hondo y exhalar. Después, le puso el suave disco de metal contra el cuello y le explicó que le estaba tomando el pulso en la arteria carótida.

–¿Sabes qué día es? –le preguntó el doctor King.

–A menos que me haya perdido algo, es lunes.

Sí. La entrevista para la revista estaba programada para el lunes. Solía haber uno o dos días de preproducción y después la grabación empezaría el miércoles. El calendario de grabación del programa solía funcionar como un reloj de precisión. Era uno de los muchos trucos que empleaba para no salirse del presupuesto. El pensamiento se esfumó de pronto y el terror del recuerdo se desató.

El médico esbozó una leve sonrisa al mirar a la otra doctora y después se dirigió a Annie.

–Hubo un accidente. Sufriste un traumatismo craneal.

Se había tropezado con algo. «Estoy bien, en serio...». Ese pensamiento

también se esfumó, salió volando.

Volvió a alzar la mano, se miró las uñas sin pintar y cortas. Se tocó la cabeza. No le parecía que tuviera un traumatismo. Pero...

–Mi pelo –dijo con un aflautado susurro–. ¿Qué le ha pasado a mi pelo?

Todo era muy confuso. Esa mañana al salir de casa había llevado su melena larga y frondosa recogida con una bonita horquilla de celuloide. Ahora parecía como si en lugar de pelo tuviera... cerdas. Era...

–No está.

Y por primera vez desde que se había despertado, Annie tuvo miedo.

–Hola, pequeña.

Esa voz. Esa voz que la llamaba «pequeña». La voz y la palabra la reconfortaron y la mantuvieron despierta. «Abre los ojos».

Un rostro flotaba sobre ella como una luna llena. Una sonrisa dulce y triste. Y después alegría. Alegría llena de lágrimas.

El nombre de ese rostro aparecía y desaparecía. Annie se esforzaba por recuperarlo.

–Mamá. No llores, mamá –su voz aún le sonaba extraña. Era la voz de una mujer que tomaba whisky y puros para desayunar.

–Oh, Annie. No lo puedo evitar. Estoy tan feliz. Pensé... Todos pensamos... –su madre miró a alguien situado a los pies de la cama. De nuevo, la mujer de los gatitos y las estrellas–. ¿La puedo tocar?

La mujer asintió. Su madre la abrazó. Sintió el olor a brisa en su cabello. Sintió la dulce sensación de protección. Mamá.

Y entonces llegó Kyle. Su hermano mayor, con su cuerpo fuerte de leñador y sonriendo con los ojos llenos de lágrimas.

–Mira quién ha vuelto –dijo él inclinándose. Sintió el suave roce de unos labios en la frente.

–Pequeña, qué asustados hemos estado –dijo su madre.

–Te vas a poner bien –dijo su padre agarrándole la mano y dándole un beso en la palma, tal como hacía cuando ella era pequeña. «Este para luego, para cuando no esté aquí», le solía decir.

Un momento. ¿Papá?

Tenía que estar soñando. Papá había abandonado a la familia hacía mucho tiempo. Y ahí estaba, con su pelo canoso, sus dientes blancos, su mandíbula cuadrada y sus ojos del color de la albahaca dulce.

Una pizza con albahaca dulce, tomate y *mozzarella* recibió su nombre en honor a la reina Margarita de Saboya y lucía los colores de la bandera italiana. El

característico queso blanco hecho de leche de búfala de agua italiana. Annie no tenía la más mínima idea de por qué se le había ocurrido eso ahora.

–Hola –dijo. Tenía los labios secos. La boca seca.

–Toma –alguien le humedeció los labios con una diminuta esponja.

Los médicos seguían allí, sonriendo y dando órdenes sencillas. «Sigue mi mano con los ojos. Tócate la nariz con el dedo. Ahora cierra los ojos y tócate la nariz. Cierra los ojos y extiende los brazos. Da palmas».

Sabía lo que querían, pero solo levantar una mano la dejaba agotada. ¿Levantar los brazos? De eso nada. Le pesaban como si tuviera sacos de arena enganchados a ellos.

El cerebro se le había convertido en huevos revueltos. Era increíble la poca gente que de verdad sabía preparar unos huevos revueltos. Unos huevos frescos, preferiblemente del gallinero de casa, eran la clave del plato. Era importante evitar batirlos hasta convertirlos en un líquido uniforme y homogéneo; por el contrario, había que removerlos delicadamente con un tenedor para que los huevos mantuvieran su carácter. Después, había que añadir una buena pizca de sal y una pequeña de pimienta y calentar la mantequilla en la sartén sin dejar que se oscureciera. En cuanto la mantequilla empezara a hacer espuma, había que verter los huevos, contar hasta diez despacio y después removerlos con cuidado con una espátula de madera. Mientras los huevos aún estaban húmedos, pero no mojados, había que apartar la sartén del fuego. Finalmente, se servían en un plato atemperado junto con una tostada con mantequilla. Alimento para el cerebro.

Alimento para el cerebro; no alimento sacado del cerebro. A ella nunca le había hecho gracia la casquería... por cierto, qué nombre tan curioso para referirse a las vísceras... así que no podía decir exactamente cómo era un cerebro. Bueno, sí. Sí podía. Había dado una clase de neurociencia en la universidad y las imágenes del libro de texto le habían hecho darse cuenta enseguida de que ese no era su camino.

Sus pensamientos vagaban en todas las direcciones. Tal vez su cerebro no se había convertido en huevos revueltos, sino en palomitas. Con la sartén destapada. Un pensamiento se formaba y salía disparado antes de que pudiera agarrarlo.

«Céntrate. Presta atención», se advirtió con dureza.

Y eso hizo. Tragó una gota de la esponja humedecida. Qué sabor tan asqueroso a celulosa. Miró a los ojos de su madre y vio el cielo.

–¿Qué ha pasado? –preguntó. Su voz sonó crepitante, como la estática de la radio.

Otro médico la apuntaba con una cámara. ¿Era una grabación? No. La cámara

no era un modelo profesional. Además, las grabaciones eran los miércoles y hoy era lunes...

–¿Qué dddd...? –las palabras no le salían bien. Volvió a intentarlo–. ¿Qué... qué día eees? –seguían saliendo mal. Tenía la boca muy seca. La esponja volvió a rozarla.

Papá le tocó el brazo, un fugaz gesto de afecto.

–Me alegra oír tu voz.

A Annie siempre le había encantado la voz de su padre. Cuando era muy pequeña, él solía leerle cuentos de aventuras que se suponía que aún no podía entender como *Kon-Tiki*, *La Odisea* y *La isla del tesoro*. Sin embargo, podía entenderlos perfectamente. Comprendía las ansias de aventurarse a lugares lejanos, de descubrir cosas nuevas, de ver las maravillas del mundo, incluso aunque eso supusiera enfrentarse a un terrible peligro. Se acurrucaba en la ancha y protectora curva del hombro de su padre y dejaba que las historias la arrastraran hasta tierras remotas. Pero entonces papá también se dejó arrastrar por ellas. Quiso su propia aventura.

«Tu madre y yo nos vamos a divorciar. Nada de esto es culpa tuya. Seguimos queriéndote exactamente igual».

Si no era culpa suya, ¿por qué era la única que estaba sufriendo?

–Tu equipo médico dice que eres un milagro –dijo su madre–. Para mí siempre lo has sido, pero se refieren a tu recuperación.

–Equipo médico –si se concentraba en las palabras, salían mejor. Roncas y a trompicones, pero comprensibles–. ¿Tengo un equipo médico? ¿Y eso qué sig... significa?

–Te han estado cuidando desde que te trajeron aquí –dijo su madre.

«Aquí. ¿Dónde es aquí?». Annie levantó la mirada hacia la luz del cielo. De ahí venía la calidez, de las franjas de sol que había sentido despertándole las piernas, el cuerpo.

Accidente. El médico con los ojos azules claros había mencionado un accidente, pero no sabía a qué se refería.

–Me he tropezado con un cable –sí. Un recuerdo surgió. Lo agarró con fuerza, pero se le escapó. Había ido con mucha prisa. Huyendo de... ¿qué?

–Ese no fue el accidente –dijo Kyle–. Había un andamio...

Otra imagen: flores frescas, calor y *esmog*.

–Ah, sí, el limpiacristales. Ahora lo recuerdo. No me ha golpeado, aunque ha estado cerca.

–Escucha –dijo Kyle–. En el informe no ponía nada de un limpiacristales. Fue una lesión en el trabajo. El andamio, una especie de plataforma elevadora, funcionó mal y se desplomó.

«Annie». Una voz llamándola. «Vuelve».

–¿En serio? –ahora estaba furiosa. Se había negado a adquirir esa elevadora desde el principio. Sí, ya, era menos cara, pero escatimar en seguridad no era forma de economizar–. ¿Dónde está mi teléfono? Le diré a mi ayudante que ponga una queja –las palabras salieron de un lugar que no reconoció.

–Cielo, no te preocupes por eso. Ya está solucionado –dijo su madre.

–¿Qué quieres decir con «solucionado»? –frunció el ceño y echó una melancólica mirada hacia la ventana. Los manzanos estaban en flor, color rosa y marfil, un elegante arco de ramas contra un cielo soleado.

En Rush Mountain le dejaban subirse a los manzanos del huerto, pero no a los arces. Cuando se subía a los arces, se pringaba la ropa de savia pegajosa y la abuela la regañaba. Las regañinas de la abuela siempre tenían un toque especial. Aunque nunca alzaba la voz, su tono y la expresión de su cara transmitían una sensación de decepción que hacían que la vergüenza te calara más hondo que con cualquier reprimenda a gritos.

«Oh, Annie».

Miró a su familia. Papá. Kyle. Mamá. Su familia. No eran en absoluto perfectos, pero ahora mismo solo sentía amor de ellos. Y por ellos.

–¿Qué es este lugar? –preguntó. Había batas de laboratorio y médicos, sí, y señales de advertencia y desinfectantes de manos en la pared, pero carecía de las marañas de equipos y de la alta tecnología de un hospital.

–Es el centro de cuidados especializados del Burlington General –dijo la mujer del uniforme de gatitos.

Un momento. ¿Qué?

–¿El Burlington de Vermont? –preguntó Annie incrédula–. ¿Cómo narices he acabado en Vermont? –en casa. Por fin estaba en casa. Pero Vermont ya no era su casa. ¿O sí?

–Ay, Annie –su madre respiró hondo y los ojos se le llenaron de lágrimas–. Estamos intentando explicártelo, pero es demasiado. No queremos agobiarte.

La preocupación le aplastaba el pecho. Ansiaba volver a dormir, sumirse profundamente en ese estanque de nada. Necesitaba dormir, pero al parecer ellos querían que siguiera allí. «Quédate conmigo, Annie. Quédate». La voz fantasma que oía en su cabeza pertenecía a alguien que creía conocer.

–Perdiste el conocimiento –dijo su padre–. Pequeña, fue un traumatismo craneal. Un traumatismo de los malos.

Pequeña. ¿Por qué aún la llamaba así? Hacía años que no era su pequeña. Traumatismo craneal... Levantó un brazo pesadamente, tomó aire para reunir valor y se tocó el pelo. Estaba muy, muy corto. No parecía que tuviera una lesión.

–¿Por eso tengo el pelo corto? –esbozó una pequeña sonrisa–. Bueno, supongo que puedo soportar llevarlo corto un tiempo –se giró a su hermano, que la estaba mirando como si acabara de tirar de la anilla de una granada de mano. Kyle nunca había sido capaz de disimular–. ¿Qué?

–Nada.

–Me estás mirando raro.

Kyle miró a la enfermera y después al cámara.

–A ver, mocosa... –así la llamaba. Mocosa. Cuando él era adolescente, lo sacaba de quicio cada vez que lo espiaba mientras estaba con sus novias.

Inquieto, movió los pies, miró al suelo y volvió a mirarla.

–Has estado inconsciente mucho tiempo. Muchísimo tiempo. La cosa estuvo muy mal. Existía la posibilidad de que entraras en muerte cerebral. El equipo de donación de órganos quería...

–Kyle –su madre se mordió el labio.

–¿Querían mis órganos? –Annie no lo entendía. Vísceras. Casquería. Eso no le gustaba nada.

–Nadie sabía si despertarías o no –dijo Kyle.

Annie bostezó. Quería volver a dormir. Dormir y no despertar jamás. «Céntrate», se dijo. «Quédate aquí. Mantenlos alejados de tus órganos».

–Ahora estoy despierta, así que supongo que debo daros las gracias por no haber cedido mis órganos.

Kyle se rio y su madre le dio un golpecito en el brazo.

–Has dicho «mucho tiempo» –susurró Annie–. No. Has dicho «muchísimo tiempo». ¿Cuánto es «muchísimo tiempo»?

Kyle se quedó completamente serio. Todo el mundo se quedó en silencio un momento. Annie se contó los latidos del corazón. Después dijo:

–¿Mamá?

Su madre estaba llorando otra vez, con la cabeza agachada.

–¿Papá?

–Has estado dormida un año –respondió su padre–. Eso es lo que estamos intentando explicarte. Has perdido un año entero.

–Un año –las palabras salieron con aspereza de su garganta.

«Has estado dormida un año». Esas fueron las palabras exactas de su padre.

–No tiene gracia –dijo. Intentó pensar en lo que suponía un año, pero su mente funcionaba con un extraño letargo. Un año entero. ¿Cómo era un año? ¿Cómo sentía una persona el paso del tiempo? Sus pensamientos tomaban forma lentamente, como el sirope de azúcar alcanzando el punto «bolita blanda». Aunque el agua hierve a cien grados, la savia tiene que calentarse hasta los ciento cuatro. A esa temperatura, se transforma en sirope.



Su padre seguía hablando, pero su mente se había vuelto a ir otra cosa.

–Lo siento, ¿qué?

–Nadie está bromeando –dijo papá–. Has tenido que hacer un parón terrible, pero ya has dejado atrás lo peor. Ahora tenemos que seguir adelante.

Apenas se podía mover. Sentía los músculos terriblemente débiles. Sus extremidades eran como gusanos de goma. Se miró las manos. Miró a su madre.

–¿Eso es lo que le ha pasado a mi manicura? ¿Ya no la tengo porque he estado dormida un año? ¿Un puñetero año? Es imposible –era la típica cosa que se veía por Internet: «Mujer duerme durante un año y despierta furiosa por el estado de su manicura».

–Te pondrás fuerte. Aunque no te lo parezca, has estado haciendo ejercicio con regularidad –dijo mamá–. Algunas personas del equipo ejercitaban tus brazos y tus piernas para mantener el tono muscular. Yo he estado viniendo al menos tres veces por semana, Annie. A veces más. Te agarraba la mano, te masajeara los dedos uno a uno... –se le llenaron los ojos de lágrimas y miró a la enfermera con desesperación–. Creo que Darby te lo puede explicar mejor.

La enfermera que había llevado el ordenador con ruedas repasó una lista con la rutina de cuidados a los que habían sometido a Annie cada día. Le habían hecho aspiración traqueobronquial, masaje de piel y gimnasia pasiva de rango de movimiento. A pesar de todo, sus extremidades eran como fideos. Y su cerebro, como palomitas de maíz. Ni siquiera podía echar los brazos atrás para alzarse en la cama. Darby le colocó una almohada detrás.

Mientras lo hacía, la enfermera explicó que, en un principio, había tenido un tubo de respiración pero que después lo habían sustituido por una traqueotomía, un tubo más pequeño en el cuello que le causaría menos lesiones permanentes, por lo que su uso era mejor a largo plazo. Ahora Annie estaba respirando aire humidificado.

«Me han hecho un agujero en el cuello», pensó Annie. Inmediatamente se llevó la mano al cuello y se encontró con una venda. «Tengo un agujero en el cuello». Estaba a punto de pedir un espejo para poder verlo, pero se lo pensó mejor. Si viera algo así, probablemente se caería muerta.

–Tendrás dolor de garganta durante un tiempo. Habla bajo y no te fuerces –dijo Darby, la enfermera–. Recuperarás la voz con el tiempo.

Mamá le secó las mejillas con un pañuelo de papel.

–Te he leído libros igual que cuando eras pequeña, pero nadie podía saber si me oías o no.

El padre de Annie le leía cuentos de aventuras. Su madre le leía poesía y libros de fantasía. «Tigre, tigre, fuego deslumbrante...».

–A lo mejor sí oía –al recordar la especial y acogedora sensación de estar

leyendo en la cama con sus padres, Annie volvió a sentir ese picor en la garganta. ¿Las lágrimas le saldrían por el agujero del cuello?—. No sé si oía. No puedo... No recuerdo nada.

Su padre le dio una palmadita en la pierna; el gesto le produjo una sensación extraña.

—Tienes mucho trabajo por hacer. Y mucha gente que quiere ayudar. Sé que vas a superar esto.

¿A superarlo? ¿Y dónde acababa uno cuando superaba algo? ¿Qué pasaba al final de ese recorrido? ¿Era un destino? ¿U otra puerta abierta? ¿Una escotilla de escape?

Observó el rostro de su padre. Era un rostro bonito, pero pertenecía a un extraño. Después de que abandonara a la familia, no había estado muy presente en la vida de Annie.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No tienes que regentar un campamento de surf en Costa Rica?

—Estoy aquí por ti. Me quedaré todo el tiempo que me necesites.

—Te necesitaba cuando tenía diez años. Pero te marchaste.

—Y aquí está —dijo Kyle—. Ya ha salido el tema. El asistente social dijo que recibiríamos terapia familiar. Al menos tendremos algo de lo que hablar.

—Enséñame los dientes.

—¿Eh? —Annie miró la tarjeta de identificación de la mujer. *Patsy Schein, Terapia Ocupacional*. No sabía cuánto tiempo había pasado desde la visita de su familia. ¿Había sido ayer? ¿La semana anterior? A lo mejor había soñado con ellos. No sabía qué era real y qué imaginario. No sabía cómo se medía el tiempo.

—Vamos a hacer unas cuantas pruebas sencillas —dijo Patsy con tono animado—. Vamos, sonrío con los dientes.

¿Era real todo eso? Annie apretó los dientes. No le apetecía sonreír. A continuación, la mujer le hizo cerrar los ojos y levantar los brazos al mismo nivel, como el movimiento del monstruo de Frankenstein. Tenía los brazos tan tremendamente débiles que apenas podía sostenerlos en alto. Necesitaba ir al gimnasio más a menudo. Supuestamente la iban a llevar a un gimnasio. Alguien lo había escrito en la pizarra que había frente a su cama.

Patsy le indicó que repitiera una frase: «Siempre sale el sol en Cincinnati». Le dijo tres palabras y le pidió que las repitiera unos minutos más tarde: libro, velero, idea. Al parecer, querían ver si le funcionaba la cabeza.

Annie sabía que le funcionaba... y no le funcionaba. No podía mantenerse despierta. Se sentía grogui todo el tiempo. Le asaltaban pensamientos, se hacían

añicos y desaparecían como fuegos artificiales. Tenía sensaciones, pero no siempre podía vincular palabras a esas emociones. Había cosas que recordaba con extrema claridad, como el sonido de la voz de su abuela cantando sintonías de programas de la tele, el húmedo aroma de la lluvia de verano sobre el pavimento, o el roce de los labios de un chico la primera vez que la besó. Conocía el sabor del aire de la montaña en un día primaveral de cielo azul y la sedosa sensación del agua en el lago Rainbow en un caluroso día de verano.

Y había otras cosas que apenas recordaba, como el misterioso «accidente» al que se había referido el doctor King. Decían que había estado despierta a intervalos durante tres días, pero no sabía cómo era un día. Ni siquiera sabía qué se sentía al estar «despierta». ¿Ahora estaba despierta o soñando?

Una adolescente entró empujando un carrito con libros y revistas. Era esbelta y pálida, con unos pendientes con pinta de doler en el labio y la ceja y una diminuta mancha de mermelada de arándanos en la barbilla. Le faltaban un par de dientes, pero su sonrisa tenía una cierta dulzura que atrajo a Annie. La tarjeta la identificaba como una voluntaria llamada Raven.

–¿Te apetece leer algo? –le preguntó.

Annie se detuvo a pensar. «Libro, velero, idea». Le gustaba leer, ¿verdad?

–¿Me recomiendas algo? –le preguntó a la chica.

Raven se encogió de hombros.

–Acabo de terminar este –le pasó un libro con una portada inquietante. *El buen vecino*.

Annie lo ojeó y lo abrió. Las palabras nadaban y danzaban ante sus ojos y le temblaban las manos por el esfuerzo de sujetarlo.

–Tal vez luego. Gracias –agotada, lo dejó sobre la mesilla de ruedas–. ¿Te gusta trabajar aquí?

La chica se encogió de hombros otra vez.

–Soy voluntaria. Está bien. Es mejor que la alternativa.

–¿Cuál es la alternativa?

Raven vaciló.

–El juez Wyndham me ordenó hacer servicio comunitario.

–Ah –ese nombre le pellizcó el cerebro. Wyndham.

–Fue solo por faltar a clase. No soy peligrosa ni nada –dijo Raven, al parecer, malinterpretando la expresión de Annie.

–Claro que no. No he pensado... Bueno, da igual. Gracias por el libro. Pasa por aquí cuando quieras.

–Claro –Raven llevó el carrito hacia la puerta y se detuvo–. Em, ¿puedo traerte algo más?

Annie respiró hondo.

–¿Quizá... un espejo?

Raven frunció el ceño.

–¿Quieres decir un espejo como los de maquillaje?

–Sí, de acuerdo. Me servirá –¿con qué pelos se despertaba una persona al cabo de todo un año? Estaba segurísima de que no le iba a gustar lo que iba a ver, pero tal vez podía echar un vistazo–. Bueno, si no es problema, claro.

–No, claro que no. Se supone que estoy aquí para ayudar a la gente. No dudes en pedirme lo que sea.

«¿Qué tal un año? ¿Me puedes devolver un año de mi vida?».

–No me gusta preocupar a los demás –dijo Annie.

Raven asintió.

–Ya, lo entiendo. Iré a ver si te puedo conseguir ese espejo.

La joven estuvo fuera durante unos minutos que perfectamente podían haber sido horas. A Annie le costaba descifrar el paso del tiempo. Había perdido todo un año en un abrir y cerrar de ojos. Tal vez Raven tardaría un año en volver.

O no. Volvió, aún con la mermelada de arándanos en la barbilla. Miró furtivamente hacia la puerta mientras colocaba un pequeño espejo de mano redondo sobre la mesita de ruedas.

–Tenlo escondido.

–¿Qué? ¿El espejo?

Raven asintió.

–No deberías tener objetos afilados.

–¿En serio?

La chica se encogió de hombros.

–Les preocupa que los pacientes se autolesionen.

Annie suspiró y el gesto hizo que le doliera el pecho.

Agarró el pequeño espejo. Le pareció que pesaba más que una sartén de hierro cuando lo alzó y se miró. Conocía esa cara, aunque le costaba descifrar las emociones que veía en ella. La piel tenía una enfermiza palidez amarillenta. Tenía los ojos de su padre, grandes y marrones. El pelo, corto y despeinado. Parecía una mujer descarriada de una novela inglesa, esquilada por la deshonra.

–Puede que quiera autolesionarme ahora que veo lo que le han hecho a mi pelo –dijo Annie. Pero al ver el gesto de Raven, añadió–: Es broma. Confía en mí, no me voy a apuñalar con un trozo de cristal.

Otra mujer apareció. Nancy, una fisioterapeuta. «Empuja mi mano con la tuya. Empuja mi mano con tu pie. Bien. Gira las piernas hacia un lado de la cama».

Le puso un grueso cinturón de lana alrededor de la cintura y la ayudó a

levantarse. A Annie le fallaron las rodillas y cayó sobre la cama. Repitieron el ejercicio un par de veces y después se quedó dormida rápidamente y sin esfuerzo, como si alguien la hubiera apagado pulsando un interruptor de la luz.

Un interruptor. «Interruptor» era «*switch*» en inglés. «*Switch*» como en Switchback. Eso era un lugar, ¿verdad? Sí. Su lugar. Ella era un pájaro sobrevolando el paisaje y podía ver el chapitel pintado de la iglesia Congregacional, los brillantes arroyos trucheros surcando las montañas, las granjas y los bosques más remotos, la cantera en la que saltaba a un agua clara y azul en los calurosos días de verano. Podía enfocar la imagen como una cámara en una grúa o un dron y descender sobre la laberíntica granja familiar, bulliciosa con el ajetreo del día a día. Cuando se acercaba a la escena, sentía entusiasmo y felicidad, pero después decepción y desesperación. Sus sueños estaban hechos de confusión y añoranza.

Los días iban pasando, los momentos se ensartaban uno tras otro como cuentas de madera. Annie quería dormir todo el tiempo, pero no dejaban de insistir en que comiera. Solo le permitían líquidos insípidos y viscosos. Intentaba explicarles que eso no era comer ni mucho menos. Comer era un acto multifacético y sensorial que no solo implicaba el sentido del gusto sino también el aroma y la textura, la temperatura y el sabor. Comer era un acto social, un modo de establecer lazos con los demás.

La dieta que le daban allí consistía en una sosa ingesta consumida en soledad o con un ayudante sentado cerca. A Annie le preocupaba que el líquido se le saliera por el agujero del cuello.

Querían que se moviera, pero solo con el cinturón de marcha puesto y con un ayudante. Nunca sola. El personal sanitario le decía que su cuerpo se estaba adaptando, recalibrando y que debía hacerlo gradualmente y con prudencia. Uno de los terapeutas le dijo que se imaginara que estaba pulsando el botón de reinicio de un ordenador. Un re arranque. Pero no le funcionó. Sistema operativo no encontrado.

La mayoría del tiempo ni pensaba ni recordaba. Los sentimientos eran colores. El frío azul de la soledad era una sombra sobre la nieve. El ardiente filamento rojo de la rabia. La cambiante bruma naranja de la confusión. La esperanza amarilla; el sol, una pelota que rebotaba en el horizonte. La felicidad, una quimera que ella nunca podría llegar a alcanzar porque no era real.

Los recuerdos aparecían y desaparecían; era imposible agarrarlos o aferrarse a ellos. Le decían que tenía que practicar la respiración. Respirar más y más hondo, llenar los pulmones hasta el fondo, la protegería de la neumonía. Y por eso inhalaba. Exhalaba. Tomaba el aire por la nariz y lo soltaba por la boca. «Huele las rosas, sopla la vela. Haz que la pequeña bolita azul del espirómetro

llegue danzando hasta el 750».

Todo era una revelación. El gorjeo de un pájaro en el jardín. El aroma de la crema Jergens. El ligero peso de un boli en la mano. ¿Era zurda? ¿Diestra? No lo podía recordar. Cuando escribía en papel, usaba la mano izquierda, pero no reconocía la letra.

Se sentía bombardeada por información y consejos. Mientras estuvo en coma, había tenido un escanógrafo SPECT que no mostraba anomalías en su flujo sanguíneo cerebral. Eso era bueno, según la enfermera que estaba de guardia. Le hacían otros escáneres diarios y esos resultados también eran alentadores. La amnesia postraumática remitiría gradualmente. Mientras continuara mejorando, la confusión desaparecería. Con el tiempo, sus tremendas lagunas mentales se irían rellenando.

A veces la llevaban en silla de ruedas a dar una vuelta por el centro de rehabilitación. Ese lugar olía a pies. A anciano. A desinfectante con aroma a pino. Asistía a reuniones de grupo con otros pacientes en sus sillas de ruedas. Algunos, con andadores. Un fisioterapeuta les iba guiando para hacer los ejercicios. «Pasa el balón a tu derecha. Mira arriba, mira abajo». Durante la mayor parte del tiempo, los pacientes guardaban un extraño silencio.

Annie se aprendió sus nombres con facilidad y le dijeron que eso era una señal de progreso. Estaban: Ida, recuperándose de un infarto. Hank, que llevaba en la cabeza una especie de casco de waterpolo modificado. Georgia, que tenía temblores todo el tiempo. Y el pobre Lloyd, tan afectado que su madre le enseñaba a todo el mundo una foto «del antes» para que pudieran ver lo fuerte y guapo que fue una vez, alguien completamente distinto a la figura retorcida que ahora ocupaba la silla de ruedas.

Una trabajadora social le dijo a Annie que debía sentirse agradecida porque la mayoría de la gente nunca salía de un coma prolongado.

Agradecida. Sí, estaba agradecida. Aunque no estaba segura de qué exactamente.

–Quiero salir –dijo.

–Buena idea –le dijo su cuidadora. La de hoy era Phyllis. Callada y robusta, ayudó a Annie a pasar de la cama a la silla con eficaz destreza. El largo pasillo estaba limpio e iluminado, flanqueado a ambos lados por carritos de ruedas y auxiliares equipados con buscas y carpetas. Había unos cuantos ancianos recostados en sus sillas de ruedas; sus expresiones ausentes, con la boca abierta, despertaron compasión en Annie. Y comprensión. Ella era uno de ellos.

Las puertas automáticas se separaron con un silbido y al instante ya estaba

fuera. El sol de la mañana en el jardín la cubrió como un bálsamo curativo. Echó la cabeza atrás y dejó que su calidez y su luz jugaran sobre su rostro. Inhaló el aire profundamente, endulzado con la brisa del lago Champlain. El aire tenía sabor. Era verde y tierno; alegría en su lengua.

–Recuerdo esto. La sensación del sol. El olor y el sabor. Pero ahora es distinto.

–¿En qué sentido? –le preguntó Phyllis.

Annie intentó responder, pero no le salían las palabras.

–Tengo hambre.

–Pues entonces estás de suerte. Según lo que tienes pautado hoy, deberías empezar con comida sólida. Podemos volver dentro y llamar para pedir la comida desde tu habitación.

–Preferiría comer aquí fuera.

Phyllis vaciló y al momento asintió.

–Tienes razón, hace una mañana demasiado agradable como para estar dentro. Le diré a alguien que te saque el desayuno.

Annie alzó la mirada hacia los árboles en flor y las nubes moviéndose. «Siéntete agradecida. Respira».

–Siempre me ha encantado la primavera.

–A mí también –dijo Phyllis empujando la silla hasta una mesa de hierro forjado–. A mis hijos les entra claustrofobia al final del invierno. Es un alivio mandarlos a la calle a jugar.

Annie había querido tener hijos. La idea la atravesó como un puñal y el dolor fantasma la hizo suspirar. Después, se alejó de ese pensamiento y se despejó la mente hasta dejarla reducida a una amplia nada azul como el cielo.

Un celador llegó con el desayuno en una bandeja. Lo dejó sobre la mesa y levantó la tapa con un ademán, como un camarero en un restaurante elegante.

–*Bon appétit* –le dijo con una sonrisa–. Pikey, el chef, ha preparado esto especialmente para ti.

Su primera comida fue una tortita dorada cubierta de mantequilla y sirope caliente. Olía tan bien que casi lloró de alegría. Utilizó los cubiertos con el mango blando, que eran más fáciles de sujetar, para cortar un jugoso triángulo del borde de la tortita. La mantequilla fundida y el sirope gotearon sobre el grueso plato de porcelana blanca.

Dio el primer bocado y todos sus sentidos se llenaron hasta hacerle pensar que iba a explotar. Era el bocado dulce más reconfortante que podía existir. El tiempo se detuvo y todo desapareció excepto ese momento. Cerró los ojos y desplegó una sonrisa.

–Sabe a gloria.

–Es el mejor de Vermont. Tu madre nos hizo prometer que usaríamos el sirope

de tu familia.

–Sugar Rush –Annie abrió los ojos y siguió comiendo. Sabía con certeza que a la hora de despertar recuerdos, no había nada más evocador que una deliciosa comida. La sensual estimulación, el aroma y la calidez, y el sabor y la textura despertaron su adormecido pasado. Con cada bocado, la invadieron los recuerdos, poderosos y vívidos. El vapor del sirope saliendo del evaporador hacia el respiradero.

«Hueles a sirope de arce». Esa voz. La recordó y la asoció a un rostro. Y a un nombre: Fletcher Wyndham. Le había dirigido esas palabras justo antes de que hicieran el amor por primera vez. Oyó la voz, susurrándole al oído, como si estuviera sucediendo en ese momento. Su mente se desplegó y retrocedió en el tiempo buscando algo que resultara más real y sólido que el mundo en el que había despertado.



## Capítulo 10

*Entonces*

Los últimos días de la temporada de azúcar de 2002 trajeron consigo un periodo de calma a Rush Mountain. El flujo de savia se detuvo de forma natural a medida que los árboles florecían con los días cada vez más largos y las temperaturas cada vez más altas. La nieve derretida llenaba los barrancos de agua y embarraba el bosque.

Kyle parecía contento con el rendimiento de la temporada. Habían alcanzado una cifra récord de litros de sirope y les quedaba suficiente savia pura para vender a un gran productor del sur del estado. Las cuadrillas habían terminado el trabajo en su mayoría; solo faltaba retirar las espitas de los árboles para que los agujeros sanaran.

El equipo del instituto de Annie había celebrado una competición de natación aquella mañana. Ella había competido en dos pruebas individuales y un relevo; se había clasificado en las tres y había quedado primera en los cien metros braza. Después de ducharse en el vestuario se había ido directa a tomar un generoso almuerzo que la abuela le había dejado preparado en la nevera de casa: queso Cabot gratinado con cebollino y rábano cubierto de mayonesa sobre gruesas rebanadas de pan y un tarro de compota de manzana especiada elaborada el otoño anterior. El almuerzo perfecto después de una exigente competición.

Soltó a los perros para que corrieran un poco y comenzó sus tareas. Aunque la primavera estaba llegando, el día era frío y el pelo, aún húmedo tras la ducha, se le encrespó mientras subía hasta la cabaña de azúcar. El de hoy sería el último hervido de la temporada. Dejaban de elaborar sirope cuando las hojas empezaban a brotar porque el azúcar de final de cosecha tenía un sabor desagradable.

Fletcher estaba trabajando solo en la cabaña. Lo vio en lo alto de la colina extrayendo las espitas con un martillo y guardando cada pitorro de metal en una bolsa de lona para después limpiarlos y guardarlos hasta el próximo año.

Trabajaba del mismo modo que hacía todo lo demás, con una elegancia y una eficiencia peculiares, seguro de sus actos. Aunque su madre lo había catalogado como un chico problemático, era el trabajador más rápido que habían tenido en la montaña. Su madre era amiga de la madre de Degan Kerry y la señora Kerry decía que Fletcher era un delincuente y que lo habían expulsado de sus tres

institutos anteriores.

Y con esa declaración, de la nada y los chismorreos, surgió el chico malo del pueblo. Y precisamente por eso Annie lo veneraba más. Él le había prometido ir a la cabaña al terminar con las últimas espitas y ella estaba emocionadísima porque tendrían la cabaña para los dos solos. El resto de la familia se había ido al pueblo para asistir a un homenaje en la escuela que Beth dirigía. El Refugio se había trasladado a un edificio histórico recién reformado para ofrecer más aulas y alojamiento a sus alumnos internos.

Beth era una cuñada increíble. Se había mudado a Switchback para trabajar como directora de un internado para adolescentes. Tenía dos niños pequeños, Dana y Lucas, un corazón de oro y una cuenta corriente vacía. Cuando Kyle y ella se casaron, la granja Rush volvió a ser una granja familiar. A Beth se le daba genial captar a la gente. Decía que para ella un adolescente era como un libro abierto, así que Annie esperaba que eso no le funcionara con ella porque estaba totalmente decidida a enrollarse con Fletcher Wyndham.

Tras dejar las botas llenas de barro fuera, avivó el evaporador y dio comienzo el hervido. La estancia resultaba cálida con el intenso brillo del fuego, y el vapor del sirope de arce se colaba por los respiraderos de las vigas.

Fletcher llegó a última hora de la tarde. El barro se había helado y sus pisadas crujían sobre el camino que conducía a la cabaña. Annie abrió la puerta y lo abrazó; le encantó cómo la hizo sentir ese fuerte abrazo. Reconfortada. Cuidada.

–Me alegro de que estés aquí –dijo llevándolo adentro y cerrando la puerta–. ¿Te puedes quedar?

–Debería ir a ayudar en el taller. No dejan de llegar clientes, lo cual está bien, supongo, ya que mi padre necesita que haya tanto negocio. Pero... –su voz se fue apagando hasta que la besó. Después la abrazó con fuerza y la levantó del suelo–. No he dejado de pensar en ti en todo el día.

–Yo también he pensado en ti.

–He visto tus dos primeras carreras. Me encanta verte nadar.

–¿En serio?

–Eres buena, Annie. Y, además, estás buenísima en bañador. Me habría quedado a los relevos, pero Kyle me necesitaba –se sirvió uno de los bollitos que preparaba la abuela y lo hundió en la sartén de sirope–. No se lo digas a tu hermano, pero trabajaría únicamente a cambio de sirope si tuviera que hacerlo.

–Estás completamente loco –respondió ella sintiéndose atraída hacia él como el hierro a un imán.

–Ese soy yo... Un loco –le susurró agarrándole las manos y entrelazando los dedos con los de ella.

Annie lo miró a los ojos; eran de color verde avellana y reflejaban las llamas

del fuego. La excitación la hizo sentirse incómoda y tímida y la dejó sin respiración. El carbón bajo el evaporador creaba un delicado brillo en la cabaña, y al ver la luz jugar sobre el rostro de Fletcher, sintió una oleada de emoción tan intensa que se le encogió el pecho.

Él se inclinó hacia delante y la besó con delicadeza. Sus labios conservaban el sabor del sirope y eran suaves y tiernos, estaban cargados de promesas.

–Estoy nerviosa –dijo Annie.

Esa media sonrisa...

–Yo también.

Ella le acarició la mejilla.

–¿De verdad? Pensé que no habría nada que pudiera ponerte nervioso.

–Tú –respondió tomándole la mano y llevándola contra su corazón–. Tú me pones nervioso.

–No es mi intención. No lo entiendo. ¿Por qué?

–Porque eres preciosa y me gustas mucho y quiero hacerlo bien.

A ella se le derritió el corazón. Nunca nadie le había hablado ni la había mirado como lo hacía él.

–Noticia de última hora –dijo Annie–: No voy a saber si lo estamos haciendo bien o no porque nunca he hecho esto.

–Noticia de última hora –respondió él–: Yo tampoco.

–Entonces –prosiguió Annie quitándose el jersey–, supongo que no debería preocuparnos hacerlo bien.

Lo que les faltaba de experiencia lo compensaron con entusiasmo. Y ternura. Y sinceridad. Y frecuencia. A medida que se sumía más en la relación con Fletcher, las excitantes sensaciones la elevaban y había momentos en los que incluso creía que estaba volando. Él despertaba en ella tanta pasión que la desestabilizaba. Los sentimientos la consumían.

Un cambio elemental se produjo muy en su interior. El mundo parecía distinto en todos los aspectos. Hasta el mismo aire que le rozaba la piel le parecía distinto. El sabor de las cosas había cambiado, los colores parecían más intensos. Experimentaba el mundo en un nuevo nivel, y todo por el modo en que se sentía.

Ese torrente de pura emoción era adictivo y algo tan racional como un pensamiento no podía diluirlo. Su corazón se transformó. Sabía que era imposible físicamente, pero era exactamente lo que sentía. Cada mañana se despertaba pensando en él y cada noche se dormía soñando con él.

Entre medias, pasaban juntos cada momento que podían. Se dedicó a amarlo con un temerario desenfreno que no era nada propio de ella. Lo planificaba todo y trazaba con cautela su día a día, pero no sucedía lo mismo en lo que respectaba a Fletcher.

Cuando la primavera cayó sobre el paisaje, salieron juntos de excursión e hicieron un picnic en la pradera que había junto al riachuelo que fluía entre los manzanos. Se besaron y, cuando el viento los cubrió con una tormenta de pétalos rosas y blancos, ella casi estalló ante tanta belleza. Fletcher la llevó en una de las motos importadas de su padre. Y aunque sabía que su madre no estaría de acuerdo, Annie le pidió que le enseñara a conducir la escúter. Juntos, exploraron las estrechas y serpenteantes carreteras. Annie, que llevaba su cámara, hizo fotos y vídeos que luego estuvo editando hasta bien entrada la noche.

Encontraron un lugar tranquilo en la biblioteca, en un rincón iluminado en medio de la sección 910. Había un sillón confidente con el brazo enroscado junto a una lámpara de queroseno.

–Esta siempre ha sido mi sección favorita –susurró ella–. Viajes y Geografía. Cuando era pequeña solía cerrar los ojos, elegir un libro al azar y planificar un viaje a ese destino.

–¿Adónde irías si pudieras elegir entre cualquier parte del mundo? –le preguntó él hojeando un libro de fotos con imágenes del Salar de Uyuni en Bolivia.

–Ay, no puedo responder a eso. Quiero viajar por todas partes. Quiero ver todo el mundo.

–Tienes que empezar por algún sitio.

–Ya he elegido donde voy a pasar mi primer año de universidad. Aix-en-Provence. Está en el sur de Francia –sacó un libro de la estantería, uno que había visto en numerosas ocasiones–. Tienen estas granjas familiares llamadas *mas*. En su época eran granjas totalmente autosostenibles. Todos los edificios están orientados al sur para protegerlos de un viento llamado «mistral». Cultivaron y criaron todo lo que necesitaban allí: aceite de oliva, verduras, ganado, lácteos e incluso seda.

–¿Y sirope de arce?

–Bueno, eso no.

–Yo no podría vivir en ningún sitio que no tuviera sirope de arce.

–Vaya, pues eso te limita bastante. Mira esto. Es una maravilla –embelesada, miraba una imagen de una *mas* del siglo XVIII rodeada de viñedos y olivares, todos ellos bañados por el brillo dorado del sol. Lo miró–. ¿Y tú? ¿Adónde irías si pudieras ir a cualquier parte?

–Me gusta estar justo aquí –respondió Fletcher sin apartar la mirada de su rostro ni un instante.

«Madre mía».

–¿Qué universidad has solicitado?

–Ninguna. Me es imposible reunir la pasta suficiente.

–Ah –ella miró al suelo lamentando haberle preguntado. Por otro lado, no podía cerrar el tema–. Pero... entonces... ¿querrías ir a la universidad?

–Claro. Y sí, he mirado subvenciones, préstamos y becas y seguiría estando fuera de mi alcance a menos que me toque la lotería o haga algo radical como alistarme en la Guardia Nacional.

–¿No te pondría nervioso alistarte al ejército después de lo del 11-S?

–Lo que pasó aquel día nos pone nerviosos a todos. La señorita Elkins dice que debería echar un vistazo a las clases nocturnas o clases *online*.

–Bueno, sí –dijo ella sonando demasiado contenta y alegre–. Es un comienzo.

Alguien al otro lado de la estantería les mandó callar.

Él sonrió y le puso un dedo sobre los labios a Annie.

–Sí. Aunque si les preguntas a mi padre o a tu madre te dirán que jamás llegaré a nada.

–Pues entonces es que preguntas a las personas equivocadas –susurró ella para que solo él la pudiera oír–. Deberías preguntarme a mí.

–Vale. ¿Qué piensa usted, señorita Annie Rush?

–Pienso –dijo rodeándolo por el cuello e inclinándose para besarlo– que vas a conquistar el mundo.

En la clase de Lengua y Literatura Avanzada, Annie escribió un poema al estilo de Elizabeth Barrett Browning enumerando las virtudes de un objeto de deseo anónimo y mencionando cuánto amaba cada parte de él.

–Jo, estás coladita por él –le dijo Pam, su mejor amiga, al ver el trabajo de Literatura.

–Ni te imaginas –respondió sin ninguna vergüenza. Miró a su amiga con euforia. Pam y ella habían crecido juntas, eran de esas amigas que declaraban que serían inseparables el resto de su vida por mucho tiempo que pasara o mucha distancia que las separara–. No me lo esperaba para nada. Jamás pensé que el amor pudiera ser así.

–¿Así cómo?

–Como se va a sentir la gente cuando se coma estos *cupcakes* –Pam y ella estaban haciendo y decorando unos *cupcakes* Lady Baltimore, su contribución a una fiesta para la tercera edad. Trabajando codo con codo, rellenaron cada uno con frutas y frutos secos al brandi y después les añadieron una esponjosa nube de cobertura de merengue.

Pam se echó atrás para mirar la bandeja de preciosos *cupcakes*.

–Nos han quedado geniales, ¿verdad?

–Y tanto. Dale las gracias a tu padre por el brandi de contrabando. Está

delicioso –el padre de Pam era maestro destilador, especializado en whiskys y brandis artesanales envejecidos en barrica, y suministraba a bares elegantes de Nueva York y Boston.

–Me pregunto si será distinto cada vez –especuló Pam–. Me refiero al amor, no a los *cupcakes*.

–Esto solo puede pasar una vez en la vida –dijo Annie con absoluta confianza–. Jamás podría sentir esto por otra persona.

–¿Y cómo lo sabes?

–Lo sé.

–Mi madre dice que no debería encontrar al amor de mi vida al menos hasta que tenga veintiocho años.

–¿Por qué veintiocho?

–Dice que antes de esa edad la gente no se conoce de verdad a sí misma.

Como psicóloga del instituto, la doctora Mitchell tenía cierta autoridad, pero Annie sabía que tenía que haber excepciones. Y Fletcher y ella eran excepcionales. Lo sentía en lo más profundo de su ser. Él era el chico al que había elegido su corazón y no era culpa de nadie que lo hubiera encontrado diez años antes de lo debido, según el calendario de la doctora Mitchell.

Estaba deseando enseñarle el verano de Vermont a Fletcher. Y cuando llegó, fueron de excursión y a pescar truchas acompañados por los perros, que correteaban a su alrededor. En el pueblo se celebraban conciertos en el parque y había mercados de agricultores todos los fines de semana y mercadillos los domingos, que atraían a clientes de todas partes.

En un puesto de libros antiguos ojearon tomos polvorientos. Annie soltó un grito de alegría al encontrar una copia de *El señor de las moscas* en un elegante estuche.

–Es mi libro favorito. Oye, me estás mirando raro. ¿Por qué me estás mirando raro?

–Porque también es mi libro favorito. En serio.

–Pues entonces los dos tenemos muy buen gusto para los libros.

–Son veinticinco dólares –dijo el librero–. Es una pieza de colección.

Annie miró el libro con pesar mientras lo dejaba en su sitio.

–Es un tesoro –le respondió al hombre antes de pasar a otro puesto. Pero cuando se giró para decirle algo a Fletcher, vio que lo estaba comprando–. ¡Madre mía! –le dijo cuando se lo entregó–. No me puedo creer que hayas hecho esto.

–Es nuestro libro favorito. Quiero que lo guardes tú.

Casi se desmayó de amor, literalmente. Después aceptó el libro y lo abrazó contra el pecho antes de guardarlo en la mochila.

–Gracias. Lo protegeré con mi vida.

–Lo he leído dos veces.

–Yo lo he leído tres. Y esta noche me voy a leer este ejemplar. Tengo debilidad por los libros antiguos.

–Y yo tengo debilidad por el helado –dijo Fletcher dirigiéndose a un puesto donde estaban rellenando cucuruchos de helado caseros.

A Annie le encantó pasear por el pueblo con él, de la mano, mientras saboreaban su helado y caminaban por las calles sombreadas.

–Me gustan estas casas viejas grandes –dijo Fletcher admirando las majestuosas casas de Henley Street.

–A mí también. Si pudieras vivir en alguna, ¿cuál elegirías?

Él miró la calle de arriba abajo y señaló.

–Esa, la de los postigos y el porche que rodea toda la casa hasta la parte trasera.

–Es la casa Webster –dijo Annie–. Y es la que yo elegiría también. Pero no por el porche trasero. Entré una vez para una reunión del 4-H, así que sé que tiene una biblioteca alucinante con una chimenea.

–Si tuviera piscina, sería perfecta –dijo él terminándose el helado–. ¡Jo, qué calor hace hoy!

–Conozco algo mejor que una piscina. Switchback tiene un secreto. Vamos a por los bañadores y las toallas y te lo enseño.

Poco tiempo después condujeron por una carretera rural rodeada por un frondoso bosque hasta un lugar donde había unos cuantos coches aparcados contra el herboso arcén. Varios niños con bañadores chorreando salieron de un sendero casi escondido.

El sendero serpenteaba por un bosque enmoquetado con helechos que desprendía un rico aroma a tierra mojada y cuyos árboles se alimentaban de pequeños y burbujeantes manantiales. El bosque se abría alrededor de una cantera formada por terrazas de roca suave y acantilados que rodeaban una charca con el agua más clara y más azul del mundo, iluminada por el sol del verano. En un extremo, una serie de cascadas alimentaban con gran estruendo la charca y unos toboganes naturales se formaban allí donde se estrechaban las paredes del cañón. Había riscos y salientes desde donde se podía saltar y remolinos de agua ocultos en las sombras. El estrépito de la cascada estaba salpicado por los gritos de alegría de los saltadores que se zambullían en las profundidades.

Fletcher dejó de andar y se protegió los ojos del sol con la mano.

–Alucinante –murmuró contemplando el paisaje–. ¿Qué es este lugar?

–Es la Cantero Moonlight. Dicen que las columnas de la Biblioteca Pública de Nueva York y los escalones del Tribunal Supremo están hechos de mármol extraído de aquí. ¿Te dan miedo las alturas?

Él sonrió.

–Depende de dónde vaya a aterrizar.

Dejaron las toallas sobre la suave superficie del saliente de una roca bañada por el sol y subieron hasta un punto, justo debajo de las cascadas. Una cortina de agua fría y resonante cayó sobre ellos cuando alcanzaron un saliente tres metros por encima de la zona más profunda de la charca.

–¡Solo hay una bajada! –gritó Annie; apenas se le oía la voz bajo el estruendo del agua.

Él le dio la mano.

–Listo. Cuando quieras.

Se acercaron al borde y saltaron. Se soltaron las manos al caer al agua. La zambullida fue larga y profunda. Nadie había tocado fondo allí; se rumoreaba que tenía ciento cincuenta metros de profundidad. Annie vio la sombra de Fletcher cerca, destellando en un remolino de burbujas. Con una patada de tijera, se impulsó hacia la superficie y él lo hizo un segundo después. Fletcher parecía encantado.

–¡Guau! –dijo sonriéndole–. Ha sido... ¡guau!

De todos los momentos clave que Annie había experimentado, ese podía ser el más claro de todos. En ese instante conoció una sensación de felicidad tan poderosa que casi le dio miedo. Quería aferrarse a ese sentimiento para siempre.

La temperatura del agua era tan variable como la luz: fría como el hielo en los lugares profundos y sombríos, y caliente por el sol en otros. Encontraron lentos arroyos fluyendo sobre rocas medio sumergidas y rampas de rápidas corrientes, resbaladizas por el musgo verde intenso, que formaban un tobogán de agua natural. Las gradas de roca calentadas por el sol por las que fluía el agua, escalón a escalón, creaban pequeñas cascadas que te caían encima dándote un intenso masaje en la espalda.

–Vamos a venir aquí cada día –dijo Fletcher.

–Durante el resto de nuestra vida –añadió Annie.

Una ventosa noche, mientras ayudaba a su madre a recoger después de la cena, decidió abordar el tema al que había estado dando vueltas todo el verano. Kyle estaba abajo, trabajando en la oficina, y Beth estaba bañando a Lucas. Sus risas se oían desde el baño de arriba. En el salón, la abuela estaba leyéndole *Winnie-*



*the-Pooh* a Dana. Annie y la abuela habían hecho trucha frita y una ensalada con guisantes, brotes de guisantes, menta y rabanitos del huerto. De postre, *crumble* de ruibarbo. No sobró nada. Con dos niños y cinco adultos en casa, nunca sobraba nada.

–Me voy a tomar un año sabático –dijo Annie y vio palidecer a su madre.

Recogió los últimos platos de la mesa y los dejó sobre la encimera.

Su madre la miró mientras cargaba el lavavajillas.

–Voy a hacer como si no lo hubiera oído.

Annie entonces entendió que tal vez debería haber planeado mejor la conversación. Por otro lado, nunca habría encontrado un buen momento para sacarla y al menos ahora estaban solas en la cocina. La cocina siempre había sido su estancia favorita de la casa. Los armarios y el suelo estaban hechos de madera de arce con sus distintivas marcas. Cuando los arces ya no eran útiles para la producción de sirope, se usaban para hacer madera. Las marcas eran el resultado del perforado de los troncos y del cerrado de esos agujeros durante cada temporada. Cada tablón tenía una historia y era un recordatorio de la empresa que llevaba generaciones siendo el sustento de la familia.

El abuelo había hecho las encimeras con las viejas ollas de evaporación, puliendo el acero inoxidable hasta que había resplandecido como las superficies de un restaurante de lujo. De pequeña, cuando no había llegado a la encimera, Annie se subía a un taburete al lado de la abuela y la ayudaba a cocinar, atraída por el arte y la energía de una maestra en la cocina. La alcoba contigua albergaba una mesa redonda en la que la abuela servía los platos más increíbles: maíz dulce recién recolectado, pollo asado con limón y romero, grandes cantidades de judías verdes, tartas cubiertas con bayas de Saskatoon. La gran mesa era el escenario de celebraciones de cumpleaños, comidas diarias, conversaciones importantes, complicadas tareas del colegio, buenas noticias y los altibajos de la vida de su familia.

–Necesito que me escuches, mamá –Annie lo volvió a intentar–. Ya lo he consultado con la oficina de admisión. Me guardarán mi plaza y mi beca si decido tomarme un año sabático.

–¿Y por qué narices ibas a querer hacer eso? Estás deseando marcharte de Switchback.

Annie sabía que no serviría de nada ocultarle la verdad a su madre.

–No soporto la idea de dejar a Fletcher.

Su madre apretó los labios, pero su mirada se enterneció.

–Oh, cielo. Todo el mundo se siente así con su primer amor.

Annie creía con todo su corazón que Fletcher y ella no eran como todo el mundo. Su conexión era única, pero no tenía palabras para explicarle eso a su

madre.

–No podré concentrarme en los estudios si lo único que hago es echar de menos a Fletcher durante todo el tiempo que esté fuera.

–Si de verdad te quiere, entonces querrá que persigas tus sueños.

–Mamá, él es mi sueño.

–No voy a discutir contigo porque, lo creas o no, entiendo lo que estás diciendo. Incluso puede que recuerde lo que se siente al enamorarse y no querer separarse nunca de esa persona. Solo quiero saber una cosa. ¿Cómo será tu vida si te quedas aquí? ¿Cómo serán tus días? Te levantarás por la mañana y harás... ¿qué?

–Trabajaré en mis proyectos: leer, estudiar, cocinar y desarrollar recetas. Fotografía y videografía. Eso es lo que me animó a ir a la universidad en un primer momento.

–¿Y qué pasará el año que viene por esta época? ¿Vas a estar más dispuesta a alejarte de él el año que viene?

Annie se mordió el labio y desvió la mirada de los ojos astutos de su madre.

–No intento ser cruel. Quiero asegurarme de que lo has pensado bien.

–Pienso en ello todo el tiempo. Fletcher y la universidad no son incompatibles.

–Pues entonces ve a la universidad. No permitas que nadie, ni siquiera alguien a quien amas, te aparte de eso.

Annie miró a su madre, que parecía haber entrado en pánico.

–Es mi vida. Es mi decisión.

–Dejar pasar la universidad es una decisión que puede no tener solución.

–Tengo dieciocho años –protestó Annie.

–Exacto. Demuéstrame que eres una chica de dieciocho años que toma las decisiones correctas –su madre suspiró–. Escucha. Cuando yo tenía tu edad, me vi en la misma situación.

–Con papá.

Su madre asintió.

–¿Es que crees que yo no tenía sueños?

–Supongo que sí, claro. ¿Cuáles? –la hizo sentirse un poco culpable no saber cuáles habían sido los sueños de su madre. Había dado por hecho que habrían sido casarse con su padre y formar una familia en la granja.

–Me aceptaron en la Escuela de Arte de Nueva York. En el Instituto Pratt.

Era una de las mejores escuelas de arte del país. Tal vez del mundo.

–¿En serio? No me lo habías contado.

–Porque nunca fui a por ello.

–¿Por qué no?

–Porque estaba enamorada. Pensé que encontraría algo que me gustara más

que la escuela de arte. No podía soportar la idea de que estuviéramos separados.

–Te quedaste en Switchback por papá –Annie sintió una presión en el pecho.

Su madre alineó los platos del lavavajillas.

–Mis padres querían que viviéramos aquí para echarles una mano y ahorrar algo de dinero. Tenían espacio de sobra y nosotros estábamos arruinados, así que en aquel momento el plan parecía tener todo el sentido del mundo. Pospuse mi futuro, pero los planes temporales tienden a echar raíces cuando llega un bebé. Tuve a Kyle, y no quiero que me malinterpretes, no cambiaría ser madre por nada..., pero lo vi así, el sueño de la universidad y la gran ciudad no hicieron más que alejarse cada vez más. Con un bebé y un marido, no podía hacer un paréntesis para ir a la universidad.

–¿Entonces estás diciendo que papá te contuvo?

–Sí. No. Todo me contuvo. Y no quiero ver que a ti te sucede lo mismo.

–No tiene por qué ser así. No voy a casarme ni a tener un hijo como... –Annie se detuvo.

–¿Como hice yo?

Se sintió mal por su madre.

–Pero pudiste desarrollar tu arte –dijo señalando a su alrededor–. Papá y el abuelo convirtieron en *loft* del garaje en un estudio para ti y tus cuadros están por todas partes.

Su madre cerró el lavavajillas de un portazo y lo puso en marcha.

–Sí, lo están. ¿Pero dónde está mi marido?

–No sobreviviré sin ti –le dijo a Fletcher desesperada cuando el verano daba paso al otoño y acechaba el inicio del curso.

Él la abrazó con ternura; su silenciosa muestra de afecto fue tan dulce que la destrozó.

–No quiero ir –susurró.

–Y yo no quiero que vayas.

–No puedo soportar la idea de perderme un solo día de estar contigo. Me voy a quedar aquí. ¿Qué más da lo que diga mi madre? Conseguiré un trabajo, igual que tú, y los dos asistiremos a clases nocturnas y *online*.

–Suena genial. Creo que deberías pasar de tu beca para una de las mejores universidades del país y buscarte un trabajo de mierda por horas en el pueblo.

–Sabes que no sería así.

–Shh –le puso un dedo sobre los labios–. No vas a hacer eso.

–Fletcher...

–Calla. No seas estúpida.

Para alivio de su madre, Annie comenzó su primer curso de universidad según lo planeado. Era la oportunidad de su vida y Fletcher no permitiría que la dejase escapar. Pero era el amor de su vida y ella no quería estropearlo.

El propietario de un taller de Piaggios de Brooklyn le había ofrecido a Fletcher una habitación encima del taller y un trabajo. Estaría en Brooklyn, a solo un puente de distancia de la Universidad de Nueva York.

Annie contaba los días para la llegada de Fletcher. Fantaseaba sobre cómo pasarían por la ciudad de la mano, comerían en las terrazas de las cafeterías, pedirían comida para llevar y la tomarían en el banco de un parque soleado y charlarían de todo. La ciudad era animada y vibrante, con una energía irresistible. Se vio arrastrada por una tormenta de ilusiones en la que lo único que faltaba era Fletcher.

Las clases comenzaron y Fletcher seguía en Vermont. Tenían mucho trabajo en el taller y no podía dejar plantado a su padre. Annie intentó ser paciente. Intentó centrarse en los estudios.

Ya sabía que su clase favorita de ese otoño sería la de Fotografía e Imagen. Uno de los primeros trabajos consistía en capturar luces y sombras en blanco y negro. Una tarde fue al Washington Square Park, justo al lado del campus, y fotografió la barandilla de hierro forjado con una maraña de bicis encadenadas, a un paseador de perros rodeado por sus peludos clientes y a unos niños jugando en un columpio. Pero la mejor imagen fue la de un carrito de comida en la que aparecía un tipo con vaqueros desteñidos y un delantal de chef preparando sándwiches cubanos. Una nube de vapor llenaba la zona de trabajo y la rama de un árbol se arqueaba por encima del chico de un modo muy natural, como imitando la forma de sus largos y musculosos brazos. Perfecto.

A pesar de no poder permitirse comer fuera del comedor, le compró un sándwich. El chico se lo entregó envuelto en papel de pergamino y le lanzó una sonrisa tan atrayente que ella le dejó todas las vueltas en el tarro de las propinas. Después volvió corriendo a su residencia, a una habitación que compartía con otras tres chicas que eran increíblemente desordenadas y artísticas, y llamó a Fletcher para contarle cómo le había ido el día.

–Estoy deseando que vengas. ¿Cuándo vas a poder venir?

–Estoy en ello.

–¿En el «cuándo» o en el «cómo»?

Él se rio.

–En los dos. Lo solucionaremos.

–Y cuando lo hagamos –dijo Annie llena de esperanza–, podremos estar juntos

para siempre.

Pero ese «para siempre» duró menos de dos semanas.

Un día, tras terminar una jornada de clases y una evaluación de fotografías, le sonó el móvil mientras se dirigía a un restaurante donde esperaba conseguir un empleo a media jornada.

–Todo esto es increíble –dijo–. Ni siquiera sé por dónde empezar a explorar. Supongo que lo más lógico sería empezar por Little Italy. Ya he encontrado un mercado familiar donde reciben mercancía diaria desde Nápoles. Y después...

–Annie, espera un momento.

La voz de Fletcher tenía un cierto matiz. Serio. Extraño. Dejó de hablar y se detuvo frente a un puesto de fruta. Unas abejas zumbaban sobre unas manzanas de cosecha temprana.

–Ha pasado algo –dijo Annie preocupada.

–Mi padre ha tenido un accidente. Está en el hospital. Estoy con él ahora.

–¿Dónde? ¿Qué ha pasado? ¿Se pondrá bien?

–Eh... Lo han traído en helicóptero hasta el hospital de Burlington. Se le ha aplastado la pierna porque ha fallado un elevador del taller.

–Dios mío –susurró. El zumbido de las abejas y la abarrotada calle se esfumaron. Recordó a su abuelo, que había muerto aplastado cuando su tractor volcó. La expresión de la abuela aquel día aún la atormentaba. ¿Tendría Fletcher ese gesto ahora?–. Tienes que haberte asustado mucho.

–Sí –respondió él con la voz apagada; parecía agotado–. Me alegro de que lo hayan traído aquí. Va a necesitar... Mierda, Annie, ni siquiera puedo pensar con claridad.

–¿Qué puedo hacer? ¿Cómo te puedo ayudar? ¿Debería volver a casa?

–¡No! –respondió él apresuradamente–. Quiero decir, no podemos hacer otra cosa que esperar. Este hospital... Está en el campus de la Universidad de Vermont. Me han dado un sitio donde alojarme. Mientras mi padre esté aquí, ya sabes.

–Fletcher, lo siento mucho. ¿Cómo está tu padre? ¿Puedes hablar con él?

–Está prácticamente dormido por los calmantes. Tienen que... No es que se le haya partido la pierna. Al fallar el elevador, un Jeep Wagoneer se le ha caído encima. Le ha aplastado la pierna de rodilla para abajo y ha quedado atrapado. Atascado... No alcanzaba el teléfono y perdía el conocimiento por momentos. Yo estaba en el desguace buscando una puerta trasera. Cuando he vuelto, le he oído gritar.

–Fletcher, quiero ayudar.

–No hay nada... Joder. Solo los médicos lo pueden ayudar –se detuvo y ella le oyó respirar hondo–. Le tienen que cortar la pierna.

Annie sintió una náusea. Se apoyó contra el edificio. Miró las perfectas pirámides de manzanas expuestas.

–¡Ay, no!

–Ha estado atrapado en el taller seis horas. Lo llaman «isquemia prolongada». Dicen que para intentar salvarle la pierna harían falta muchas más operaciones y estancias en el hospital sin garantías de poder reparársela. Podrían surgir complicaciones graves y no volvería a usarla nunca. No sentiría nada y no podría sostenerse sobre ella.

–Entonces... ¿se la van a cortar? –se pasó la mano por la pierna.

–Sí. Le van a hacer algo llamado «amputación con guillotina por la rodilla».

–No puedes dejarlo solo.

–No puedo dejarlo.

Se sentía mareada por la mezcla de miedo y tristeza. Había muchas cosas que no entendía, pero en ese momento supo sin ninguna duda que nada de lo que Fletcher y ella habían planeado llegaría a suceder.

## Capítulo 11

*Ahora*

–El árbol es para la bellota lo que la oveja es ¿para...?

–El queso.

La terapeuta marcó algo en su bloc.

–La respuesta correcta sería «lana», pero eso es porque el queso de leche de oveja está infravalorado –dijo Annie–. Además, sabe mejor. Pienso en comida todo el tiempo.

–El agua es para el hielo lo que la manzana es ¿para...? –la terapeuta estaba muy seria.

–La tarta de manzana –las preguntas de ese día le hacían ponerse a la defensiva. Le hacían sentirse preocupada. A veces tenía la sensación de que su cerebro se cernía sobre el borde de algo grande, como si fuera a explotar en cualquier momento.

–¿Me puedes decir por qué se te ha ocurrido esa respuesta? –le preguntó la terapeuta. Era una mujer negra con gafas de media luna apoyadas en la nariz y el pelo brillante y rizado. A diferencia de muchos de los otros sanitarios, no llevaba uniforme ni bata, sino una falda de color guinda y un suéter y una tarjeta con su identificación: *Binnie Johnson, doctora en Trabajo Social*.

–¿Porque es la respuesta correcta? Y si no lo es, entonces está claro que el que haya elaborado este test nunca ha hecho tarta de manzana.

–¿Así que te gusta hacer tartas? ¿Se te da bien?

–He ganado premios por mis tartas. En serio. Premios.

–Una vela es para un barco lo que un objetivo ¿para...?

–Una cámara.

La doctora Johnson arrugó la boca un poco.

–¿Qué? –preguntó Annie.

–Deberías haber dicho «para una persona».

–Es lo primero que se me ha ocurrido, pero no me parecía que estuviera bien.

–Prueba a escucharte.

–¿Y eso qué significa?

–Significa que sabes más de lo que crees que sabes. Escucha tu voz interior en lugar de la voz de otros.

–Mi voz interior suena como la del presentador de *Sábado Gigante*.

–Disculpa, ¿cómo dices?

–Un programa de música latino. Delirante e incomprensible.

La doctora Johnson escribió algo en una nota adhesiva y la pegó en la pizarra que había en la pared frente a la cama. La nota decía: *Mente calmada*.

Después de la sesión, Annie se tumbó en la cama e intentó calmar su mente, pero la bombardeó un aluvión de voces fuertes junto con imágenes y recuerdos esparcidos como piezas de un puzle que no comprendía. El mundo había quedado limitado a esa habitación. Había un dispensador de desinfectante de manos en la pared como si ella fuera contagiosa. Sobres de crema imposibles de abrir que no le hacían ningún bien. Agua en jarras de plástico baratas que sabían a... bueno, a plástico. Una bandeja para vómitos curvada sobre la mesilla de ruedas porque a veces los tragos que daba se iban por la dirección equivocada.

Miró al techo. ¿Cómo podía estar agotada cuando lo único que había logrado hacer era una serie de juegos de asociación de palabras?

La habían sometido a multitud de pruebas físicas, psicológicas, cognitivas, neurológicas, y a muchas que parecían no medir más que su sentido de lo absurdo. La consideraban una paciente extraordinaria dada la duración de su coma y su nivel de funcionamiento. Pero ella no se sentía extraordinaria. Se sentía débil y confundida.

Pensar le provocaba dolor de cabeza y todo la dejaba agotada. Se quedó dormida unos minutos, o tal vez una eternidad. De pronto aparecieron una terapeuta ocupacional y una auxiliar.

–¿Te gustaría darte una ducha? –le preguntó la terapeuta.

Annie suspiró. Hasta ahora solo le habían permitido asearse con esponjas.

–¿Te gustaría casarte conmigo?

La terapeuta sonrió.

–Ya me imaginaba que estarías preparada.

La ducha del tamaño de una habitación estaba equipada con un banco de plástico y barras de sujeción, montañas de toallas con pinta de raspar y dispensadores de jabón y champú. Se quitó el camisón del hospital sin protestar; hacía tiempo que su dignidad había salido volando por la ventana. Tenía la piel de un extraño color grisáceo y con pegotes pegajosos por los restos de adhesivo de las vías y los monitores.

Se imaginó dormida y sujeta por pegamento y esparadrapo. ¿Adónde había ido durante todo ese año? ¿Qué había perdido? ¿Qué se estaba ocultando a sí misma?

Con ayuda cerca por si la necesitaba, dejó que el agua la regara. Sentir los cálidos chorros que la recorrían la hizo llorar.

Pero llorar también la dejaba agotada, así que intentó parar.



Alzó la cabeza hacia la ducha y deseó que ese momento de limpieza durara para siempre. Después, la terapeuta la ayudó a secarse y a ponerse un camisón limpio. Se murió de vergüenza al ver que, aunque le habían cortado todo el pelo de la cabeza y las uñas, por lo demás no la habían mantenido muy acicalada. Tenía las axilas como si hubiera estado viviendo en una cueva. Y las piernas... aún peor. Era una masa blanquecina y flácida cubierta por vello oscuro.

–Debería haber seguido dormida –dijo y la ayudaron a meterse en la cama.

Se tumbó, exhausta, y contó las placas del techo. Veintiocho por un lado. Cuarenta por el otro. Mil ciento veinte en total. Sabía echar cuentas. Su profesora de tercero fue la señorita Marge Green. Había enseñado a la clase a calcular el área de un rectángulo llevando a clase una gran plancha de tarta de chocolate y cortándola en seis cuadrados por un lado y cinco por el otro. El truco para hacer una plancha de tarta de chocolate era usar suero de mantequilla fresco tanto en la tarta como en la cobertura. Su sabor agrio y su suave textura creaban un equilibrio perfecto con el sabor agridulce del chocolate y la cremosa capa de glaseado.

«¿Lo veis? Me acuerdo de cosas», pensó. Aunque no de todo. Quería tener una mente calmada. Quería averiguar quién era; no quién era diez años atrás sino ahora. O un año atrás, antes del sueño largo. Podía preguntar a su familia, pero un impulso se lo impidió. Era ella la que tenía que recuperar sus recuerdos perdidos. No los quería filtrados a través de su madre, que solía darle su propio toque a las cosas. El psicólogo estaba de acuerdo. Decía que los recuerdos volverían a su debido tiempo, cuando ella estuviera preparada.

La doctora Johnson volvió con más preguntas y ejercicios mentales.

–Quiero que cuentes hacia tras desde cien y de siete en siete.

–Claro –dijo Annie–. Me pondré con ello.

–No, quiero que lo hagas todo lo deprisa que puedas. Empieza por cien y resta siete...

–¿Esto es algo que puede hacer la gente que no tiene lesiones cerebrales? –preguntó Annie–. Oye, Raven –gritó a la chica del carrito de libros, que pasaba por el pasillo–, cuenta hacia atrás desde cien y de siete en siete.

La chica se detuvo en la puerta.

–¿Qué?

–¿Lo ve? –le dijo Annie a la doctora Johnson–. Nadie puede hacerlo. Vamos a seguir.

–Cien –dijo una voz masculina–. Noventa y tres, ochenta y seis, setenta y nueve...

–Parece que tienes visita –dijo la doctora Johnson–. Y encima es un sabelotodo.

Annie encontró el botón para incorporarse y lo pulsó con el pulgar, lo cual no había podido hacer el día anterior. «Progreso, no perfección». Uno de los terapeutas le había propuesto que ese fuera su mantra. Annie había dicho que no era un mantra, sino un eslogan. La precisión en el lenguaje era la clave para la claridad. La especificación se traducía en desambiguación.

–Qué maravilla. Me encantan las visitas –emplear el sarcasmo le resultaba fácil y no tan agotador como sentir de verdad. Se incorporó sobre sus brazos finos como fideos. Ni siquiera parecían brazos sino apéndices de trapo que pertenecían a otra persona. A otra Annie, tal vez. A la Annie de otra época. A la Annie que no podía recordar.

Su verdadero nombre era Anastasia, como su abuela. Le encantaba llevar el nombre de la abuela. Echaba de menos a la abuela y no tenía ningún problema para acordarse de ella. ¿Por qué eran más fuertes los recuerdos de la gente a la que más echaba de menos, como la abuela y...?

–Setenta y dos, sesenta y cinco –dijo la voz desde la puerta.

Annie miró al visitante.

Se le olvidó respirar. Se quedó tan impactada que se quedó sin aliento. Fletcher Wyndham siempre había provocado ese efecto en ella.

–¿Te importa si paso?

–Luego te veo –dijo la doctora Johnson mirando de arriba abajo a Fletcher con expresión amable. Al parecer, provocaba ese efecto en muchas féminas.

«Respira», se indicó Annie. «Huele las rosas. Sopla la vela. Encuentra tu voz».

Era Fletcher, pero en una versión de él que no recordaba. O tal vez ese era un Fletcher al que nunca había conocido. El chico al que había conocido en el instituto era desgarbado, tosco, algo salvaje. Ese chico se había convertido en un hombre joven intenso, fascinante, centrado e increíblemente sexy. Era un hombre con traje y corbata aunque conservaba algo de su encanto desaliñado, el pelo un poco largo y una barba incipiente. Se había rellenado. El cuerpo desgarbado ahora era un cuerpo fuerte. La actitud peleona ahora era seguridad en sí mismo. Era distinto. Más duro y firme que el chico de sus sueños del pasado.

Algo parecido a la tristeza destelló en sus ojos, pero cuando sonrió, esa sonrisa le iluminó la mirada y entonces Annie vio a la persona que una vez había sido todo su mundo.

–No, no me importa –respondió con una voz que aún le sonaba extraña–. ¡Por supuesto que no! –miró a su alrededor y se preguntó si debía invitarlo a sentarse. El mobiliario era corriente y cada pieza estaba cubierta con plástico. Al parecer, los pacientes de las residencias de larga estancia goteaban–. ¿Cómo me has encontrado? –se miró las piernas. Estaban pálidas y sin ninguna forma; dos largas barras de pan sin cocer. Después se tocó el pelo. Tan corto, de punta. Él

solía pasarle los dedos por su larga melena. Decía que le encantaban sus rizos rebeldes.

–Tu... Me lo ha dicho tu madre.

–¿Has hablado con mi madre? –qué raro imaginarlos a los dos hablando.

Fletcher se acercó a la cama y se sentó en la silla de acompañante cubierta de plástico.

–Siento lo del accidente. Tu madre dice que eres un milagro.

–Yo no me siento como un milagro –no podía dejar de mirarlo. Esos ojos penetrantes. Esa mandíbula cuadrada. Era un hombre nacido para que lo miraran–. Pero lo entiendo. Todo el mundo daba por hecho que no despertaría nunca.

–¿Cómo te encuentras, Annie?

No fue el «¿cómo te encuentras?» de sus médicos. Esa mañana una trabajadora social le había dado una página llena de emoticonos redondos con expresiones: feliz, triste, preocupado, enfadado, asustado, animado.

«¿Cómo te encuentras?», se preguntó a sí misma.

–La gente me ha estado haciendo esa pregunta mucho. A veces preguntan qué siento. Me siento apartada del mundo. Apartada en el tiempo.

–No sé cómo es sentirse así.

–Es como... –se mordió el labio.

La emoción que sentía era una mezcla entre la cara de preocupación y la cara de tristeza de la tabla. «Mente calmada». Según el personal del centro, estaba haciendo unos progresos excelentes. Hasta hacía muy poco su actividad diaria había consistido en un terapeuta alzándole una extremidad y pidiéndole que aguantara así.

Tenía que fortalecer cada músculo porque cada músculo había estado dormido mucho tiempo junto con su cerebro dañado. Estrujaba las pelotas de goma. Abría y cerraba la boca. Se encogía de hombros. Alzaba los brazos. Las rodillas. Las cejas. Todo.

También tenía que ejercitar la mente. El tonto juego de analogía ahora era parte de su rutina. Además, tenía que mirar tarjetas con colores, formas y palabras. Practicó para preparar un sándwich de mantequilla de cacahuete. Para lavarse los dientes. Para escribir su nombre con la mano izquierda y después con la derecha. La izquierda le funcionaba mejor, así que estaba bastante segura de que seguía siendo zurda. Jugaba a juegos de memoria. Era un hacha usando el cuarto de baño porque la alternativa a eso era impensable. A lo mejor eso era lo que significaba «motivación».

Mientras le explicaba todo eso a Fletcher, miraba al suelo porque no quería que él viera su rostro de preocupación y de tristeza.

–Es... Lo siento mucho –acercó más la silla a la cama–. Annie, lo siento. Siento mucho todo lo que te ha pasado.

–No ha sido culpa tuya –sonrió–. O a lo mejor sí y no me acuerdo.

–Pues tendrás que fiarte de mí.

–Me fio de ti –se atrevió a mirarlo y a observar su cara. Esa cara. Solía ver todo su mundo en esos ojos. Había confiado en él mucho tiempo atrás, pero no había sido suficiente.

–¿En qué te puedo ayudar?

Él siempre ayudaba. Esa era una de las razones por las que se habían separado años atrás, ¿no? Él ayudaba. Se ocupaba de las cosas. De otras cosas. No de ella.

–Supuestamente aquí me están dando toda la ayuda que necesito –señaló a la pizarra con la planificación diaria: fisioterapia, terapia ocupacional y terapia cognitiva–. El cerebro se resetea después de una lesión. Por eso tengo que volver a aprender viejos hábitos y por eso no recuerdo algunas cosas.

–¿Qué cosas? –Fletcher soltó una carcajada–. Lo siento, qué tontería preguntarte si puedes recordar las cosas que has olvidado.

–Y, aun así, para mí tiene todo el sentido del mundo –una cosa que recordaba sin ninguna duda era que le encantaba hablar con él–. Es desconcertante. Me dicen que tengo que tener paciencia y centrarme. Aquí la gente no deja de decirme que la motivación es la clave y estoy intentando averiguar qué es la motivación.

–No debería resultarte complicado, Annie. Siempre has sido una persona muy motivada.

¿Ah, sí? Ahora mismo esa palabra no tenía ningún sentido para ella. Se fijó en la exquisita confección de su traje. Cada línea encajaba a la perfección con las esbeltas líneas de su cuerpo.

Él frunció el ceño.

–¿Pasa algo?

–El traje. Parece hecho a medida. Nunca te había visto con traje.

Fletcher sonrió. ¡Ay, esa sonrisa! El tiempo no había mitigado sus efectos.

–Tengo que llevar traje al trabajo la mayoría de los días.

–Ah. ¿Y dónde trabajas? –¿lo sabía? ¿Era algo que había olvidado o habían perdido tanto el contacto que ya no sabía nada de él?

–En el juzgado. Soy juez. Era abogado y el año pasado me nombraron juez.

Abogado, juez.

–¡Hala! ¡Hala! Es impresionante.

–¿Sí?

–¿Estás de coña? Sí, claro que es impresionante. ¿Lo sabía? ¿Es uno de esos datos que han caído en el gran agujero negro de las cosas que he olvidado?

–No manteníamos mucho el contacto, Annie –se miró las manos; las doblaba y las estiraba–. No tenía sentido.

Ah. No habían mantenido el contacto después de separarse. Annie se preguntó qué sabía de Fletcher y qué había olvidado. No sabía exactamente de dónde era, aunque tenía la sensación de que eso no lo había sabido nunca. Él no había mencionado mucho sobre el tema, ni siquiera cuando eran jóvenes y habían hablado de todo. Antes de llegar a Switchback, había vivido en muchos lugares por todo el país.

–La gente decía que jamás llegarías a nada –rápidamente, se llevó la mano a la boca–. Creo que no debería haber dicho eso. Según los médicos, no me muerdo la lengua. La gente con LCT no siempre capta los límites sociales. LCT es la abreviatura de «lesión cerebral traumática».

–Mucha gente sin LCT tampoco capta siempre los límites sociales. Lo veo a diario en mi tribunal.

–Tienes un tribunal. Qué guay. Siempre supe que harías algo importante. Ojalá hubiera estado por aquí para verlo.

A juzgar por la expresión de Fletcher, Annie sospechaba que otra vez estaba hablando de más. Pero también estaba diciendo la verdad. No tenía ninguna duda de que él era especial.

–Vas a mejorar. Te conozco, Annie. Lo...

–Superarás –terminó por él–. Todo el mundo lo dice, pero nadie dice que pasa después de superarlo. Mira, ya me he puesto quejica. Me dicen que recuperaré los recuerdos, aunque tal vez no todos. Puede que algunos se pierdan para siempre y a lo mejor eso es bueno. Pero luego a veces me entra el pánico y me preocupo por todas las otras cosas que he olvidado –volvió a mirarlo y sintió una fuente de emoción brotándole por el pecho–. Hay muchas cosas que recuerdo de ti –añadió–, pero no estoy segura de si son recuerdos o sueños.

Se miró las manos y vio que tenía los dedos entrelazados. Tenía que hacer ejercicios con las pelotas de goma cada hora para fortalecer las manos. Agarró dos y empezó a apretarlas.

–Fletcher, ¿por qué has venido?

–Quería verte. Pero no debería estar aquí si eso te disgusta.

–No creo que esté disgustada –se preguntó si sabía lo que significaba «disgustada». ¿Había una cara en la tabla para «disgustado»? Cuando Fletcher había entrado en la habitación, ella había sentido una gran emoción, y eso no era una sensación desagradable. Así que no. No estaba disgustada.

–Eres muy amable al haber venido. Siempre has sido amable, ¿verdad?

–Depende de a quién le preguntes.

Ella apretó las pelotas de goma mientras lo observaba; al verle las manos

recordó la sensación de tocarle los hombros cuando lo abrazaba. Deslizaba los dedos sobre sus fibrosos brazos hasta llegar a sus manos, donde los entrelazaba con los de él. Solía oler a una mezcla entre aire fresco y el taller de su padre. Y cuando conducía alguna de las motos, luego su pelo mantenía el aroma del viento durante horas.

–Te estoy mirando mucho, ¿verdad?

–No me importa.

Annie sintió una profunda emoción.

–Recuerdo lo que sentía por ti. Nos recuerdo. Qué jóvenes éramos, ¿verdad? Jóvenes y románticos. Madre mía, estaba obsesionada contigo. Mi madre se ponía de los nervios. Le aterrorizaba que fuera a empezar a tener hijos tuyos, a convertirme en una gorda feliz y a no llegar a tener una vida propia –observó su rostro. Observó cómo se le movió la nuez al tragar saliva. La idea de haber tenido hijos de Fletcher no le parecía tan terrible. Siempre había querido tener hijos. Tal vez aún quisiera.

Él apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia delante.

–¿Obsesionada conmigo? No me lo dijiste nunca.

–Supongo que antes tenía más filtros. De todos modos, ¿no te dabas cuenta? Fuiste lo más grande que me había pasado en la vida. No me podía imaginar la vida sin ti. Pero al final terminó todo, ¿no?

–Se... interrumpió.

Ella suspiró.

–Los recuerdos son cosas raras, ¿verdad? No los puedes tocar ni abrazar, pero tienen un poder increíble. Como he perdido muchos recuerdos, me siento como si hubiera perdido ese poder –alzó la mirada hacia él. Le dolían las manos de apretar las bolas de goma–. Ya me estoy quejando otra vez.

–No es verdad –él le cubrió sus doloridas manos con las suyas–. No tienes que hacer todo esto sola, Annie –dijo con la voz baja y una peculiar intensidad–. Yo sí recuerdo cada momento.

## Capítulo 12

*Entonces*

El accidente del taller terminó con la adolescencia de Fletcher de un modo tan absoluto y abrupto como la amputación con guillotina que le cortó la pierna a su padre. Aprendió un nuevo idioma; ahora sabía lo que significaba tener una fractura abierta de alto grado con daño vascular severo y daño en el nervio tibial posterior. Aprendió el complicado vocabulario del ala de cirugía y el ritmo imparables de la vida en el hospital.

También pasó algo más. Pasó a ser consciente de que ahora no solo era responsable de sí mismo, sino también de su padre, del taller y de sobrellevar el día a día y todo lo que conllevaba. Aunque un tipo perdiera una pierna, el mundo no se detenía para esperar a que se recuperara. Había decisiones que tomar y Fletcher tenía que ser el que las tomara.

Había preguntas que responder, preguntas interminables por parte del equipo médico. La gente del hospital decía que el accidente tenía que quedar completamente documentado para que su padre pudiera hacer la reclamación al seguro y solicitar el pago de la compensación económica. El papeleo, con todo lo que conllevaba, resultaba abrumador por momentos y lo tenía ocupado a todas horas, al teléfono, a la espera, hablando con gente que se encontraba a miles de kilómetros, extraños a los que les importaba una mierda la pierna de su padre y que no vacilaban en decir cosas como «Eso no lo cubre el seguro». Pero Fletcher no tenía elección. Su padre necesitaba a alguien que luchara por él.

Por otro lado, no tendría por qué ser una lucha. Cuando a un tipo se le aplastaba una pierna en un accidente, el seguro tenía que cubrir sus gastos médicos. Así de simple. Contando con que la compañía de seguros no lo hiciera imposible.

El día después de la operación, su padre se encontraba bien según indicaban sus signos vitales, pero parecía aturdido. Estaba en la cama, medio incorporado, mirándose la pierna o, mejor dicho, el espacio vacío donde debería haber estado su pierna. La enfermera le había explicado que estaba tomando mucha medicación distinta y que algunas de ellas le provocaban ese estado de somnolencia y aturdimiento.

La gente del hospital decía que la rehabilitación comenzaría casi de inmediato. Su padre tenía que aprender a moverse con una pierna y una prótesis.

Aún había más papeleo que hacer. Alguien de la oficina de administración del hospital le había dicho a Fletcher que rellenara interminables impresos y le había marcado todos los lugares donde tenía que firmar. Instrucciones médicas, poderes notariales, impresos financieros, impresos de consentimientos.

–Me estás dando todo el poder a mí –le dijo a su padre con una sonrisa–. Ten cuidado.

–Más te vale hacerlo bien por mí –respondió su padre– o te daré una paliza.

–¿Y cómo vas a hacerlo con una sola pierna?

–Listillo.

–Aunque la verdad es que en ese folleto que han dejado explican que te van a poner la pierna de titanio de más alta tecnología y más molona que se ha hecho nunca –intentó sonar positivo, aunque la compañía de seguros había dicho que la pierna más cara no era «médicamente necesaria». Pensó que estaban de broma, pero pronto aprendió que las compañías de seguros no tenían sentido del humor.

–Una pierna nueva. Lo estoy deseando –el rostro de su padre tenía un color grisáceo y parecía cansado, pero los ojos le brillaban con fuerza y de rabia.

La noche anterior Fletcher había leído que las principales emociones a las que se enfrentaba un amputado eran la rabia y el dolor; no solo por ellos mismos sino también por la familia. «Vaya, no me digas», pensó.

–Papá, esto es una mierda. Me pone enfermo todo esto y ojalá pudiéramos hacer algo para cambiar las cosas. Esta mierda ha pasado y hemos tenido la peor suerte del mundo, pero vamos a ir superando cada cosa a su tiempo.

Su padre asintió con gesto adusto y firmó todos los formularios necesarios. Le temblaba la mano y la letra le salió extraña y deformada. Eso impactó a Fletcher. Por primera vez en su vida, miraba a su padre y veía a un hombre mayor.

–¡Qué más da! –farfulló–. Supongo que no seré de mucha utilidad en el taller durante un tiempo –se quedó en silencio y chasqueó los dedos–. Whisky.

–No puedes tomar...

–No, quiero decir que podríamos hacernos productores de whisky.

–Claro –dijo Fletcher. No quería discutir–. Suena muy bien –lo cierto era que la idea de destilar whisky no le parecía tan absurda. Había tenido un empleo en una destilería en Kentucky y la alquimia del whisky le había resultado interesante. Que una combinación de agua y grano pudiera producir algo tan singular resultaba intrigante.

Pam Mitchell, la amiga de Annie, trabajaba en la destilería de su padre y decía que necesitaban expandir el negocio. Pero no era momento para hablar de eso.

Su padre miraba un formulario de consentimiento para autorizar la investigación del incidente.

–Fue ese puñetero elevador. Lo compré a estrenar. El representante de ventas



me dijo que era de lo mejor, pero mintió. Es una basura, además de un peligro. Hijo, no quiero que te acerques a esa cosa más que para llevarlo a una chatarrería.

A Fletcher se le quedó ese comentario grabado. Un peligro.

–Descansa un poco, papá. Tengo que volver al taller a reunirme con el perito del seguro.

–Sí, y dile que tenga cuidado cuando se acerque a esa basura.

–Se lo diré.

Mientras conducía por la montaña, vio que tenía una llamada perdida de Annie. No le apetecía llamarla. Le dijera lo que le dijera, le haría daño. Los planes que habían hecho ahora parecían una fantasía. Aun así, eso no le impidió recordar el aroma de su pelo, el sabor de sus labios cuando lo besaba y los encuentros sexuales tan increíblemente fantásticos que tenían. Nunca había conocido a una persona que escuchara como ella. Creía en él. Lo había atrapado. Annie vivía dentro de él y no dejaba espacio para nadie más. Costaba imaginarse la vida sin ella, pero ahora todo su futuro era distinto. En un aplastante instante, todo había cambiado.

Entró en el taller y se lo encontró todo exactamente igual que cuando los servicios de emergencia se habían llevado a su padre. Sintió un golpe de pánico en el pecho mientras analizaba los daños. Le atormentaba el recuerdo de la voz de su padre, afónico por haber estado horas pidiendo ayuda. ¿Por qué no había estado él ahí?

Porque había estado curioseando por el desguace al otro lado del pueblo buscando una pieza que necesitaban y había perdido la noción del tiempo. Después, se había encontrado con Celia Swank y había estado perdiendo el tiempo otra hora más aproximadamente hablando de lo raro que se les hacía haber terminado el instituto. Su clase se había desperdigado y solo quedaban unos pocos por allí. Celia había intentado flirtear con él, pero Fletcher había hecho como si no se hubiera dado cuenta. Sus épicas tetas y sus labios brillantes no lo habían tentado, pero aun así había estado de cháchara con ella, aunque sin prestar mucha atención a sus cotilleos. Y durante todo ese tiempo había estado ignorando que su padre estaba aplastado bajo una tonelada de metal y prácticamente muerto. Solo pensarlo hacía que se le revolviere el estómago de culpabilidad.

El taller en ruinas parecía la escena de un crimen violento. Había herramientas y trapos por todas partes; su padre los había tirado en un intento de llamar la atención de alguien mientras estaba atrapado y sangrando, probablemente loco de dolor. En el lugar donde había quedado tendido, la mancha de sangre parecía una oscura mancha de aceite; su peculiar olor salpicaba el habitual y familiar

aroma del taller, que ahora olía más a matadero.

Fletcher miró el acero roto. Puto cacho de mierda. Con que eso era una herramienta de alta gama, como había dicho el representante. Un solo fallo, y la vida de un hombre destrozada. Un único suceso que afectaba no solo al futuro y al sustento de su padre, sino también al suyo. Todos los planes que habían hecho se habían venido abajo.

Gordy Jessop, que había llegado de la universidad para pasar el fin de semana en el pueblo, se pasó por allí por si necesitaba ayuda. Escuchó con sombría expresión mientras Fletcher le contaba todos los sangrientos, muy sangrientos, detalles.

–¡Tío, qué fuerte! ¡La pierna! –dijo Gordy estremeciéndose–. ¡Qué movida!

A Fletcher le entraron ganas de golpear con un mazo esa monstruosidad.

–Mi padre quiere que lo lleve al vertedero para que no aplaste a nadie más.

–El vertedero. He oído que Degan Kerry ahora trabaja allí. Parece que su reinado del terror en el instituto no ha tenido un final muy glorioso.

–Lo haré en cuanto el tipo del seguro termine –despacio, bordeó el elevador desplomado. Aún tenía las resplandecientes pegatinas nuevas que enumeraban sus características: capacidad para elevar seis mil ochocientos kilos. Pintura con revestimiento pulverizado. Construcción de acero macizo.

Se agachó y estudió la pegatina, que se había despegado un poco del metal retorcido.

–Acero macizo, y una mierda –murmuró.

–¿Qué pasa? –preguntó Gordy.

–Mira esta basura. La pegatina dice que es de acero macizo, pero la han pegado aquí para tapar una soldadura, así que es mentira –siguió investigando y encontró unas cuantas soldaduras más que indicaban que no se trataba de acero macizo. Lentamente, se empezó a formar en su interior una ardiente bola de rabia. La vida de su padre había quedado destrozada porque esa turbia empresa no le había vendido el producto que prometía.

–¿Podemos sacar esta cosa de aquí los dos solos? –preguntó Gordy agachándose para agarrar un fragmento roto.

–Espera –dijo Fletcher con perspicacia.

–¿A qué? ¿Al tío del seguro?

–Claro. No deberíamos tocar nada. No hasta que esté todo documentado.

–¿Qué quieres decir?

–Necesitamos fotografías y un informe del accidente. No solo el del tipo del seguro. Necesitamos algo que sea totalmente oficial.

–Joder, tienes razón –Gordy lo captó al momento–. Seguro que tu padre podría meterles una buena demanda a los de Elevadores Automotores Acme.

Fletcher se guardó todas las notas y las fotografías del informe del seguro, tomó las suyas propias e incluso grabó un vídeo con una cámara prestada mientras el perito redactaba el informe. Además, encontró en el pueblo a un tipo que era inspector de seguridad laboral. Estaba especializado en ingeniería forestal, pero era ingeniero mecánico y estaba completamente de acuerdo con Fletcher en lo que respectaba al equipo defectuoso. No solo había soldaduras donde debería haber habido acero macizo sino que al elevador le faltaba otra característica de seguridad clave, algo que llamó «mecanismo de bloqueo». El inspector de seguridad laboral preparó y firmó un informe oficial comparando el elevador que se le vendió al padre de Fletcher con la descripción y la garantía del producto del fabricante.

En Burlington, Fletcher fue a la biblioteca de la universidad con un pase especial del hospital y utilizó Internet durante unas horas, hasta que se le nubló la vista y le dolió la cabeza. Se empapó de información y absorbió datos y cifras como si fuera una esponja, además de tomar notas por si acaso.

Al día siguiente, fue a Courthouse Plaza y comenzó a llamar a puertas de bufetes de abogados. Nadie le dejó pasar más allá del mostrador de recepción ya que antes de poder hablar con alguien le querían algo llamado «anticipo». El problema era que su padre y él no tenían dinero. Con el retraso que llevaba el pago del seguro y su padre en rehabilitación desde hacía semanas, apenas podía reunir dinero para comer, y mucho menos para un abogado.

Volvió a la biblioteca y a navegar por Internet, leyó artículos, sumarios y libros de Derecho. En realidad, no necesitaba un abogado. Todo ciudadano particular tenía el derecho de presentar una demanda si resultaba damnificado. Pues bien, su padre era un ciudadano particular y había resultado damnificado. Encontraría el modo de presentar la demanda. Estuvo trabajando durante días, estudiando los pasos implicados en el procedimiento, tomando montones de notas y elaborando una estrategia.

Annie lo llamaba mucho, pero él no respondía. Debía mantenerse centrado y ella era una distracción. Le envió un correo electrónico diciéndole que estaba ocupado con su padre y con el taller. Desde el accidente, ella parecía estar a millones de kilómetros de distancia. Pero entonces se sintió culpable y la llamó.

–Lo siento. Tengo un montón de cosas que hacer.

–Lo sé, Fletcher –respondió Annie con la voz temblorosa–. Ojalá pudiera ayudar.

–No necesito tu ayuda –dijo él con tono lacónico–. Quiero decir, es que... Mierda. Todo esto acapara todo mi tiempo.

–No te sientas mal. Solo quiero que sepas que estoy pensando en ti. Te echo de menos. Te veré en las vacaciones de Acción de Gracias, ¿vale?

–Sí, vale –estaba enfadado cuando colgó. No con ella, sino consigo mismo. Con la situación. Pero enfadarse no iba a solucionar nada.

Le contó el plan a su padre, que le dijo que estaba mal de la cabeza.

–¿Sabes ese dicho que dice que no se puede luchar contra la burocracia? –le preguntó su padre–. Pues es cierto. No deberías estar perdiendo el tiempo con ideas locas. Necesito que tengas el taller funcionando para que no nos arruinemos.

–Haré las dos cosas. Puedo ocuparme del taller y trabajar en el caso por la noche. Tú solo preocúpate de volver a plantar los pies en...

–¿Querrás decir «el pie», no?

–Da igual. Deja que yo me preocupe de todo lo demás.

En muchos sentidos, lo había estado haciendo toda su vida. Su padre siempre había sido como un niño grande: impulsivo, intrépido e irresponsable. Fletcher solía ser el que recordaba qué tenían que comprar en el supermercado o cuándo debían ir al dentista. A una edad excesivamente temprana había aprendido a falsificar la firma de su padre en las autorizaciones del colegio y en los cheques porque su padre solía olvidarse de pagar las facturas. Empezar una demanda judicial era solo una cosa más de las que tenía que hacer solo.

De pronto pensó que tal vez tendría que ocuparse de su padre para siempre. Joder.

Aunque a regañadientes, su padre firmó más papeles. Todos los documentos estaban disponibles en Internet para que cualquiera los imprimiera y usara. Eran formularios oficiales para mostrarle al tribunal que Sanford Wyndham tenía capacidad legal para presentar una demanda.

Ese era el primer paso. Después, Fletcher tenía que redactar una demanda y aportar las pruebas necesarias para demostrar que su padre tenía derecho a una compensación por daños.

Fletcher sudó la gota gorda. Estudió el proceso hasta que casi le sangraron los ojos. Meticulosamente creó y rellenó todos los documentos necesarios para el tribunal. Por todo lo que había leído durante horas y horas, sabía que cada palabra, cada marca de puntuación, eran cruciales.

Sus primeros siete intentos fueron rechazados rápidamente por el secretario del tribunal por detalles técnicos. Algo faltaba, algo estaba mal rellenado o no era relevante para el caso. Cada vez que hacía las correcciones y volvía, le rechazaban los formularios por alguna razón distinta. Empezó a sentirse como un concursante de un programa de televisión, eliminado del juego y teniendo que empezar desde el principio de nuevo.

Al final logró que cada línea de cada documento estuviera bien y que programaran su vista.

La hermana de Gordy le cortó el pelo. No fue un corte de pelo muy bueno, pero se lo hizo gratis. El día asignado por el tribunal, Fletcher se puso el único traje que tenía con una camisa blanca de cuello rígido y una corbata de seda azul. Se puso los zapatos buenos de su padre, los que se había comprado, casualmente, la última vez que se había presentado ante un juez. La diferencia era que aquella vez su padre no había sido el demandante.

Fletcher se miró los pies, se agachó y se ató los cordones con fuerza. Frente al edificio del juzgado, caminó de un lado para otro mientras repasaba una y otra vez todos los datos almacenados en su cabeza. «Demuestra que tienes derecho a presentar una demanda. Demuestra que tienes una causa. Preséntalo ante el tribunal apropiado».

Había hombres y mujeres trajeados bajando y subiendo corriendo las escaleras de la entrada de columnas y todos parecían saber exactamente adónde iban. Una mujer con un vestido de encaje y unas flores en la mano salía del juzgado con un tipo ataviado con un esmoquin azul claro: recién casados. Sospechó que otra pareja con gesto serio que subía lentamente las escaleras se encontraba al otro extremo del espectro matrimonial: iban a divorciarse.

De pronto pensó en Annie. Hacía semanas que no dedicaba ni cinco minutos a hablar con ella. No era justo para ella. Lo más decente sería dejarla marchar. De todos modos, seguro que ya estaba preparada para eso; habría conocido a gente nueva en la facultad y estaría empezando una nueva vida.

Refrenó esos pensamientos y comprobó los documentos por décima vez. No debería ser tan complicado. A su padre le habían vendido un equipo defectuoso y por ello había perdido la pierna. El caso parecía simple, pero después de preparar y cumplimentar todos los documentos, sabía que no lo sería.

Se secó el sudor de las manos en los pantalones y se dirigió a la Sala 4. Los asientos le recordaban a los bancos de las iglesias y se quedó de pie dudoso, preguntándose dónde debía sentarse. Eligió un sitio al final de un banco vacío y se sentó a esperar.

La jueza era una mujer con aspecto de comer niños para desayunar. Ruth Abernathy llevaba el pelo recogido hacia atrás y tenía sus finos labios fruncidos con gesto de desaprobación. Unas gruesas y rectas cejas se juntaban en el centro de su rostro creando un ceño que parecía estar grabado permanentemente en su frente. Tenía unas gafas de leer con la moldura oscura apoyadas en la nariz.

Fletcher se aseguró de tener el móvil silenciado y la mirada bien al frente. Uno de los artículos que había leído decía que los jueces valoraban mucho las muestras de respeto y solemnidad.

No pudo evitar recordarlo cuando se presentó el primer caso. Un tipo quería demandar a su vecino porque su labrador negro no paraba de ladrar. El vecino pretendía presentar una contrademanda contra el primero por haber pintado con espray una obscenidad sobre su labrador negro. Incluso llevó al perro atado con la frase escrita en rosa brillante en su lomo, arrancando así carcajadas entre los presentes. Al cabo de unos minutos, los vecinos se estaban gritando. La jueza golpeó la mesa con el mazo y le dijo a todo el mundo que se calmara. Cuando resultó que el perro solo ladraba cuando sonaba el cambio de turno en la cantera, ordenó que el que había pintado con espray pagara el baño del perro y los mandó a todos por donde habían venido.

Fletcher intentó que las rodillas no le temblaran de impaciencia mientras se desarrollaron los siguientes casos. Y entonces un policía uniformado pronunció el número de su caso. Él respiró hondo y se levantó.

Según se acercaba a la larga mesa de biblioteca situada frente a la jueza, se sintió como un hombre caminando hacia su ejecución.

La jueza Abernathy consultó los documentos que tenía delante.

–Señor... Wyndham.

–Sí, señora –le sudaban las manos–. Su Señoría.

–¿Y usted es el demandante?

–No, señora, digo, Su Señoría. Es mi padre, Sanford Wyndham. Está en el hospital. Sigue en cuidados intensivos.

A la mujer se le hincharon las aletas de la nariz.

–Estoy al corriente. Lo leo todo.

«¿Pues entonces por qué me pregunta si soy el demandante?».

–¿Y su padre no está representado por ningún abogado?

–Así es, Su Señoría. Tengo su poder notarial.

–Sí, también estoy al corriente de eso. ¿Quién ha preparado esta petición? –se refería al documento legal que tenía delante.

–Yo, Su Señoría.

–¿Es usted... estudiante?

–No, Su Señoría. Ya no. Me gradué en junio.

–¿En? –elevó ligeramente su uniceja.

–En el Instituto Switchback.

La ceja se elevó aún más.

–Y está presentando una demanda contra... –consultó las notas– Elevadores Automotores Acme.

–Así es.

Lo interrogó rápida y exhaustivamente; le lanzaba las preguntas como un aluvión de fuego de ametralladora. Pero a Fletcher no le importó porque estaba

preparado. Había pasado semanas leyendo, documentándose y estudiando mientras esperaba la siguiente tanda de malas noticias sobre su padre.

–Esta es una demanda muy seria –dijo la jueza Abernathy–. Si de verdad quiere seguir adelante con ella, va a necesitar representación.

–Es un buen consejo, pero mi padre y yo no nos podemos permitir pagar un abogado.

La mujer se le quedó mirando tanto tiempo que le pareció que intentaba perforarlo con la mirada. Después le dijo:

–Señor Wyndham, tengo buenas y malas noticias para usted. La buena noticia es que la jurisdicción está clara y usted tiene una causa legal.

«¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!». En su mente, alzó el puño con gesto triunfal.

–Gracias, Su Señoría...

–No he terminado –espetó–. ¿No quiere oír las malas noticias?

«La verdad es que no».

–Sí, Su Señoría.

–Es posible que tengamos algo aquí, pero usted no está en absoluto preparado para desarrollar el trabajo que requiere una situación como esta. ¿Es un caso de responsabilidad del fabricante? ¿De fabricación defectuosa? ¿De negligencia? ¿De secuelas físicas? ¿Es el acusado el culpable en realidad o lo es un fabricante de piezas?

«Mierda».

–Este no es terreno para un profano en la materia. Por lo tanto, aunque voy a permitir que la demanda siga adelante, tengo una condición: tiene que conseguir un abogado.

–Pero...

–Es cierto que no puedo obligarle a hacerlo, pero si no lo hace, esto no le va a salir bien. Señor Wyndham, no puede hacer esto solo. ¿Ha acudido a la Sociedad de Asistencia Judicial?

–Sí, y tienen acumulación de casos atrasados. Nadie podía decirme cuándo podrían atenderme –la Sociedad de Asistencia Judicial le había parecido como un país en vías de desarrollo, abarrotado y caótico. Después de esperar cuatro horas para hablar con alguien, un becario le había dicho que podían pasar meses o incluso más tiempo hasta que recibiera ayuda. Se daba prioridad a la gente que estaba en la cárcel, no a las demandas contra una empresa grande.

La jueza frunció los labios.

–Pues entonces siga buscando. Y no vaya por ahí llamando a un número 800 para contactar con uno de esos abogados que se anuncian por televisión de madrugada. Está claro que se le da bien documentarse, así que documéntese y encuentre un abogado que trabaje con pactos de «cuota litis».

Mierda. Mierda. Mierda. Había pasado prácticamente cada hora que estaba despierto intentando presentar esa petición.

–Pero...

El mazo golpeó la mesa y se pasó al siguiente caso.

Encontrar un abogado fue muy fácil de decir para la jueza, pero muy difícil de lograr para Fletcher. Al parecer, a la mayoría de los abogados no les interesaba lo más mínimo un chaval sin blanca cuyo padre había perdido una pierna. Le apetecía desafiar a la jueza y llevar su propio caso, pero no dejaba de pensar en el tono de voz de la mujer cuando le dijo: «No puede hacer esto solo».

Cuanto más leía sobre el caso, más confuso resultaba todo. Sabía que necesitaba ayuda y estaba harto de que le dieran con la puerta en las narices. Siguiendo el consejo de Abernathy, hizo una lista de abogados especializados en indemnizaciones por secuelas físicas y concertó citas con los tres mejores. El resultado fueron tres rechazos. O no le creían o no les parecía que mereciera la pena malgastar el tiempo con él.

Fletcher cambió de estrategia. Seleccionó cuatro imágenes gráficas del accidente: una del elevador desplomado, un primer plano de la pegatina que decía «construcción de acero macizo» despegada y cubriendo una soldadura fallida, una de la pierna aplastada de su padre y otra del muñón el día siguiente a la operación. Imprimió imágenes de 28x35 cm, en brillo y a vivo color. Después concertó otra cita, en esta ocasión con un tipo llamado Lance Haney, que había ganado una indemnización para un empleado de una empresa maderera. En lugar de darle una explicación vacilante a la recepcionista del bufete o al asistente legal, entró directamente en el despacho del señor Haney y dejó las fotos sobre su mesa.

–Soy Fletcher Wyndham. Esto es lo que le pasó a mi padre hace siete semanas. Y le pasó porque hay soldaduras donde el fabricante decía que había acero macizo –le dejó una carpeta con el resto de las fotos, el informe del seguro, la declaración judicial de la Administración de Seguridad y Salud Laboral y el informe del inspector de Seguridad Laboral–. Necesito contratar a un abogado que trabaje con pactos de «cuota litis» .

Lance Haney era calvo por la parte de arriba de la cabeza y con un ribete de pelo oscuro por los lados, como un monje. Su aspecto bonachón y su anodino atuendo, jersey sobre una camisa de cuadros, no le hacían parecerse en absoluto al aguerrido defensor del consumidor que estaba buscando.

Haney miró las fotografías. A diferencia de la mujer de la tienda que se las había impreso, no pareció que a él le entraran ganas de vomitar. Su rostro afable



con forma de media luna no se inmutó. Después miró a Fletcher y dijo:

–Vamos a machacar a alguien.

Eso sonó tan raro viniendo del señor Bonachón que Fletcher casi se echó a reír. Casi. Vio un brillo en los ojos del abogado. Un brillo frío, como el de un tiburón.

–Ese es el plan –dijo Fletcher–. He presentado una demanda, pero la jueza Abernathy me ha dicho que tengo que contratar a un abogado.

–¿Has visto a Abernathy? –estudió un documento mientras se relamía los labios como si estuviera saboreando algo amargo.

–En la carpeta hay una copia de la demanda. ¿Trabajaré con un pacto de «cuota litis»?

El hombre se recostó en la silla.

–Sí. Yo no me llevo nada a menos que tú te lleves algo.

–¿Cuánto?

–Un caso como este requiere de mucha documentación, investigación e inspección. Cientos de horas. Acme tendrá un ejército de abogados a su disposición.

–Pero usted puede ganar este caso.

–Puedo conseguirte una indemnización justa.

–Con un pacto de «cuota litis».

–Eso es lo que he dicho.

–¿Cuánto? –volvió a preguntar Fletcher.

–Necesitaré el cincuenta por ciento.

–¿La mitad? –Fletcher alargó la mano para recoger las fotos–. Lo siento, pero no.

Haney se inclinó hacia delante y puso una mano sobre las copias.

–Soy el mejor que encontrarás por la zona.

–¿Y eso quién lo dice?

Le entregó un folleto.

–Testimonios de clientes. Puedes llamar a cualquiera para pedirles referencias.

–Lo haré. ¿Todos le dieron la mitad?

–Cada caso es distinto.

–Entonces eso es un «no». Le voy a decir en qué es distinto el mío. Usted se lleva el veinte por ciento y mi padre el ochenta.

Haney empujó las fotos y la carpeta hacia el otro lado de la mesa.

–Hasta luego, chaval.

Por extraño que pareciera, Fletcher se estaba divirtiendo con la conversación. Haney estaba siendo un capullo, pero estaba claro que no era estúpido. Recogió la carpeta y la guardó en su bolsa.

–Que pase un buen día.

–Sesenta-cuarenta –dijo Haney.

–Tío, es mi padre. Solo tiene cuarenta y siete años. Ha invertido todos los ahorros de su vida en el taller y además tiene un préstamo para pequeñas empresas. Tiene que vivir el resto de su vida con una sola pierna. Veintidós.

–Treinta y cinco.

Según lo que había investigado, lo normal era un rango de entre el veinte y el treinta y cinco por ciento, así que al menos el tipo ahora estaba dentro del límite.

–¿Qué plan tiene?

–No tendré ninguno hasta que no investigue más. Pero mi estrategia en un caso como este suele ser demandar a todo el mundo. Y por todo.

«Demandar a todo el mundo». A Fletcher le gustó cómo sonó eso.

–Veinticinco –hizo como si mirara su reloj falso–. Tengo que ir a mi próxima cita.

–Veintiocho y tenemos un trato –cedió Haney–. Deja los documentos y vuelve mañana a las nueve.

Fletcher salió a la calle y se topó con una ráfaga de nieve. ¿Cómo podía ser noviembre ya? ¿Adónde había ido el tiempo? Debería estar sintiéndose aliviado ahora que el caso estaba en manos de un abogado, y, sin embargo, estaba consumido. Se despertaba cada mañana pensando en el caso y se iba a la cama cada noche aún pensando en ello. Entre medias, se ocupaba del taller... y pensaba en el juicio.

«En un caso así, demanda a todo el mundo. Y por todo».

Haney le había explicado que con «todo el mundo» no solo se refería a la empresa, sino al representante de ventas y a todos los fabricantes de piezas implicados. Todos podían ser responsables. Ninguno podía devolverle a su padre la vida que tenía antes. Pero, tal como Haney había señalado, una indemnización justa podría hacer que su vida siguiera adelante.

El caso se volvió una obsesión para Fletcher, tal como lo había sido Annie una vez.

Aquel año, Annie volvió a casa por Acción de Gracias. Los nervios le estrujaban el estómago cada vez más según el tren avanzaba desde Penn Station. Desde el accidente de Sanford Wyndham, las llamadas, los correos electrónicos y las cartas entre Fletcher y ella habían ido disminuyendo. Intentaba no tomárselo como algo personal. No se lo tomaba como algo personal. Él estaba pasando por una circunstancia insólita y ella no podía ser su prioridad.

Sus amigas de la residencia le decían que eso era una señal de advertencia grave. La prioridad de un chico debía ser su novia pasara lo que pasara, por

mucho que a su abuela se le hubiera quemado la casa, que su perro se hubiera perdido o que a su padre se le hubiera aplastado una pierna.

Ignoró a sus compañeras. No eran más listas que ella y no conocían a Fletcher. Aun así, cuando el zumbido del tren anunció la parada en la estación, prácticamente dio un salto del asiento. Bajó la maleta del portaequipajes agachándose para esquivarla cuando cayó de golpe al pasillo. Lo último que necesitaba Fletcher era otro accidente del que ocuparse.

Arrastró la maleta hasta la salida del vagón y salió al andén de la anticuada estación de ladrillo rojo. Data de 1875; con la nevada estaba sumida en la niebla y parecía atemporal.

Un golpe de aire frío la sacudió. Los inviernos de Vermont ya solían estar bien avanzados para Acción de Gracias. Un goteo de pasajeros se movía por el andén. Vio a Fletcher junto a la salida; reconoció su silueta desgarrada dibujada bajo el brillo de una luz de gas de hierro forjado. Lo llamó, le saludó con la mano y corrió hacia él.

Soltó la maleta, dio un salto, lo abrazó y se aferró a él con los brazos y las piernas.

–¡Ay, Dios! –dijo con la voz amortiguada por el cuello de la cazadora de Fletcher–. Cuánto te he echado de menos.

Él la dejó en el suelo con delicadeza y la abrazó unos segundos. Y, de algún modo, en esos pocos segundos, Annie lo supo. Lo supo. Eso no tenía nada que ver con el maravilloso encuentro que se había imaginado durante el viaje de vuelta a casa. No se fundieron en uno a la perfección mientras sus corazones latían al unísono y charlaban relajadamente, tal como había sucedido el verano anterior.

Respiró hondo, se echó atrás y lo agarró de los brazos mientras lo observaba. Había cambiado en modos que no se había esperado. Estaba más delgado y los bonitos ángulos de su rostro estaban afilados por la preocupación y el trabajo. Incluso olía diferente; llevaba el aroma a aceite del taller en la piel y en el pelo. Parecía distraído mientras que ella solo quería que la levantara en brazos y le diera vueltas. Pero Fletcher no lo hizo.

–Gracias por venir a recogerme.

–¡Cómo no iba a hacerlo! –él agarró la maleta y la llevó hasta el aparcamiento.

Su madre había querido ir a recogerla, pero Annie se había plantado con firmeza y se había negado. Quería pasar con Fletcher todo el tiempo a solas posible, y un trayecto de cuarenta y cinco minutos hasta Switchback contaba como tiempo a solas.

Cuando él metió la maleta en el maletero y salió de la estación, ella se preguntó si serían cuarenta y cinco minutos de silencios incómodos. Intentó que

eso no sucediera. Lo primero era lo primero.

–Ponme al día sobre lo de tu padre. ¿Qué tal está ahora que ha vuelto a casa?

–Mejor, ahora que ha salido del centro de rehabilitación. Ese lugar era espantoso. Ahora se mueve un poco con muletas y tenemos una silla de ruedas para los trayectos más largos.

–¿Va a...? ¿Le van a poner una pierna artificial?

–Sí, una prótesis. Pero llevará tiempo. Tiene que hacer mucha rehabilitación más; fisioterapia y terapia ocupacional. Después le pondrán una pierna temporal mientras le hacen una a medida.

–¡Cuánto lo siento por él! –se giró en el asiento y observó el perfil de Fletcher. Él tenía los ojos clavados en la carretera y los limpiaparabrisas sacudían la nieve que caía con fuerza–. ¿Y tú cómo estás, Fletcher?

–Bien. Ocupado. Sé más sobre el cuidado de un muñón de lo que te gustaría oír.

–Lo quiero oír. Cuéntame cómo es tu día a día –le dijo esperando que su voz no tuviera un matiz de desesperación.

–¿En serio?

–Quiero saber cómo está siendo todo esto para ti.

–No, te aseguro que no lo quieres saber –subió el volumen de la radio. Usher cantaba *U Don't Have to Call*.

Ella apagó la radio.

–Te he dicho que lo quiero saber.

Él la miró.

–Todas las mañana lo ayudo a levantarse y a hacer pis. A veces se mancha mucho, así que lo meto en la ducha y lo siento en un taburete. A veces se cae y me insulta. Después lo llevo a la cama para que se pueda vestir. Mientras, le preparo el desayuno con la esperanza de poder convencerlo para que coma.

Annie se estremeció al imaginárselos a los dos en su duro día a día.

–¿Le ha afectado al apetito? –se quedó pasmada. La gente a la que no le encantaba comer eran como un misterio para ella.

–Le ha afectado al carácter –dijo Fletcher–. Y no lo culpo –se apresuró a añadir–. Cualquiera que pase por algo así está condenado a tener esta clase de problemas –flexionó las manos sobre el volante. Los faros de un coche que venía en sentido opuesto le iluminaron la cara, que parecía tallada en mármol–. No quiere comer, no quiere ducharse, no quiere hacer ejercicio, no quiere hacer otra cosa que no sea beber cerveza y ver la tele.

Esa descripción no encajaba con el señor Wyndham que había conocido durante el verano. El hombre al que había conocido era positivo y tolerante, parecía más un colega que un padre.

–Pobrecillo –dijo en voz baja–. Tiene que ser muy duro para él. Y para ti.

–No me importa que sea duro. Haría lo que fuera por mi padre. Pero es una mierda que nada cambie. Tengo que estar regañándolo todo el día, constantemente, y a veces funciona, pero otras tiro la toalla y me voy al trabajo. Y después del trabajo, vuelvo a regañarlo para que coma y al rato lo ayudo a meterse en la cama. Y después me pongo con la demanda.

–No lo entiendo. ¿Es que no se está ocupando de la demanda el abogado que encontraste?

–Sí, claro, pero hay mucho más por hacer. Mi padre y yo tenemos que recabar documentación, asistir a declaraciones, escribir declaraciones, entregar montones de papeleo. Es un follón increíble que no acaba nunca.

Ella intentó asimilarlo todo. Conocía a Fletcher. Era la clase de persona que no hacía las cosas a medias sino que se volcaba al completo. Seguro que repasaba cada paso y cada documento con el abogado.

–¿Vais a venir mañana a la cena de Acción de Gracias, verdad?

–Annie –él detuvo el coche al inicio del camino de entrada a la casa–. Tu familia y tú sois muy amables por la invitación, pero no vamos a ir.

Se le cayó el alma a los pies. En el tren se había imaginado a todo el mundo sentado alrededor de la mesa de la abuela, extendida con los tableros adicionales, y dispuesto a degustar la mejor cena del año. No había nada como compartir un festín para reunir a la gente.

Tragó saliva y logró reunir voz para decir:

–¿Es que tenéis algo mejor que hacer?

–Pues claro que no. No hay nada mejor que comer en tu casa. ¿Estás de coña o qué? Pero es que mi padre está de muy mal humor todo el tiempo y solo sacarlo de casa es un triunfo. Sería un aguafiestas en tu banquete de Acción de Gracias.

–Sería bienvenido y tú también –sí, su madre se había resistido cuando ella le había planteado la cuestión, pero al final les había abierto su corazón a Fletcher y a Sanford. Ningún miembro de la familia Rush podía tolerar que alguien se quedara sin cena de Acción de Gracias–. Es lo que hacen las familias, ¿no? Que alguien esté de mal humor no significa que haya que excluirlo.

–No somos familia –dijo él con voz tirante.

Annie captó lo incómodo que se encontraba, y aunque estaba deseando agarrarle la mano, sentía que el gesto no sería bien recibido.

–Sí que lo sois. O lo seréis, en cuanto estéis sentados a la mesa con todos. Fletcher...

–Escucha, sé que los dos teníamos planes.

Annie sabía que no se refería a la cena de Acción de Gracias.

–Sí, los teníamos. Esto es un revés temporal, nada más. Un bache en la

carretera.

–No me puedo ir a Nueva York. Ahora no. Ni tampoco el mes que viene ni el año que viene. Es una locura pensar que tenemos un futuro juntos. Nuestras vidas son demasiado diferentes ahora. Sé que lo sabes, Annie. No finjas que no es así.

El gélido tono de su voz la dejó helada. Le heló hasta el corazón.

–No renuncies a lo nuestro. Puedo pedir una excedencia en la universidad. Volveré y te ayudaré con tu padre.

–Te aseguro que no querrías hacer eso.

–Sí quiero.

–Pues entonces soy yo el que no quiere que lo hagas. Joder, ¿es que no lo entiendes? No quiero tu ayuda, no quiero que dejes la universidad y no quiero que vuelvas a Switchback.

El Día de Acción de Gracias, Fletcher pasó la mayor parte de la mañana releendo una extensa moción de sobreseimiento presentada por el equipo de abogados opuesto. Ahora sabía que era una táctica dilatoria. Pretendían jugar con el demandante describiendo la demanda como una estratagema para sacarle dinero a una compañía grande. Además, estaba diseñada para que Lance Haney tuviera que trabajar más horas y que tal vez así cometiera un error, como pasar por alto algún pequeño detalle técnico que haría que se desestimara el caso.

Le envió a Haney un correo electrónico detallado recordándole la fecha límite para responder y le pidió que le mostrara la respuesta antes de que la presentara. Fletcher sabía que a Haney le molestaba mucho que estuviera microgestionando el proceso porque se lo había dicho, a menudo y a voces. Pero a él no le importaba. No quería hacerse amigo de ese tipo. Quería justicia para su padre.

Haney, y también su padre, le decían que se estaba implicando demasiado en el caso, que debería dejárselo a los abogados y al sistema judicial. Fletcher los ignoró a los dos. Los abogados y los jueces no se preocupaban por la demanda como se preocupaba él. Para ellos, era un día más de trabajo. Para él, era el futuro de su padre.

Se sentía un mierda por cómo había dejado las cosas con Annie la noche anterior. Ella no había hecho nada malo. Él tampoco había hecho nada malo. Pero desde el accidente las cosas habían cambiado y no podía hacer que volvieran a estar como antes. Por un momento, lo mejor de su vida se había presentado ante él como un extenso país por descubrir. Al instante, sus opciones se habían reducido a una: quedarse junto a su padre.

Por mucho que quisiera estar con Annie, sabía que lo mejor para los dos era

que cada uno siguiera su camino. Bueno, lo mejor para ella. Él tenía que fingir que no le importaba a pesar de que, en realidad, le dolía el corazón como si le hubieran disparado. El día antes, al verla bajar del tren, el corazón le había estado a punto de estallar y había necesitado todas sus fuerzas para no abrazarla y no soltarla. Sin embargo, eso no se lo había contado. No servía de nada y solo habría hecho que los dos se sintieran peor de lo que ya se sentían.

Por esa razón, cuando oyó la puerta de un coche cerrarse y vio a Annie subiendo por el camino con una cesta de mimbre en los brazos y una bolsa de la compra colgándole del hombro, se sintió confuso. ¿Qué parte de «adiós» no había entendido?

–No me mires así –dijo ella al abrir la puerta–. No he venido para suplicarte y arrastrarme –pasó por delante de él y entró en el salón. El cesto desprendía un sabroso aroma, tan delicioso que Fletcher casi se desmayó–. He venido a ver a tu padre.

–No está... –mierda. Fletcher miró a su alrededor y se sintió avergonzado por el aspecto de la casa. Lo tenía todo recogido, pero no de un modo demasiado pulcro. No tenían alfombras ni moqueta y la mayoría de los muebles estaban arrimados a las paredes para que su padre tuviera suficiente espacio para moverse.

Su padre estaba vestido... más o menos. Llevaba sus típicos pantalones de chándal con cremallera a los lados, una vieja sudadera gris, una zapatilla deportiva y barba de dos días. Al menos aún no había empezado a beber.

Estaba tumbado en el sofá viendo la tele con la mirada perdida. La tertulia previa de la jornada de fútbol acababa de empezar y un locutor predecía una gran derrota en uno de los partidos.

–Hola, señor Wyndham –dijo Annie con voz agradable. Dejó las cosas sobre la encimera de la cocina. Unos deliciosos aromas inundaron la habitación. Fletcher sintió ganas de meterse de cabeza dentro de la cesta.

–Hola, Annie. Me alegro de verte –el padre de Fletcher esbozó un intento de sonrisa–. Me levantaría para saludarte en condiciones, pero, como puedes ver, estoy indispuesto.

Ella se acercó al sofá y se sentó a su lado, como un vacilante pajarillo. Qué guapa era, con su pelo brillante, esos ojos tan luminosos y un rostro lleno de entusiasmo. Fletcher había oído que todo el mundo tenía un lado oscuro, pero él nunca lo había visto en Annie. Era tan radiante como el sol, todo el tiempo.

–Siento mucho lo de su accidente –le dijo a su padre– y todo lo mal que lo ha estado pasando.

El padre de Fletcher quitó el volumen de la tele y se colocó las manos detrás de la cabeza.

–Sí, ha sido un no parar de reír.

Ella se agachó y recogió las botellas de cerveza de la noche anterior. Cuatro.

–Parece que ha celebrado una fiesta y no me ha invitado.

–Eso es lo que hago ahora. Y puede que vuelva a fumar, como cuando estaba en el instituto.

–Sí, genial –dijo ella con un rostro totalmente inexpresivo–. Así sería un cojo alcohólico víctima de cáncer. Un trío de desgracias.

Fletcher apretó los labios para contener las ganas de reírse al ver la expresión de su padre.

–Eres una insolente –dijo el padre de Fletcher con el ceño fruncido–. Siempre lo has sido.

–Casi nadie utiliza esa palabra. Ni siquiera sé bien lo que significa. Pero si significa que os he traído un festín de Acción de Gracias y el placer de mi compañía, entonces sí. Soy una insolente.

–Has traído la cena.

–He traído la cena. Fletcher me dijo que no iríais a la granja, así que he decidido traerla aquí.

Su padre miraba la tele; en las imágenes, unos jugadores de fútbol americano con anchos cuellos estaban entrenando y sus robustas piernas se movían como pistones mientras completaban un circuito de neumáticos.

–Eres muy amable, pero no tengo hambre.

–Sí que tiene hambre –llevó las botellas a la cocina y las metió en el cubo de reciclaje. Después, miró las montañas de papeles y archivadores que había sobre la mesa del comedor. Todo tenía que ver con la demanda. Declaraciones, mociones y documentación. El señor Haney lo llamaba «material de trabajo».

–Hay que quitar esto de aquí –dijo Annie–. ¿Me echas una mano?

Fletcher lo tenía todo organizado.

–Pero...

–Vale, ya lo quito yo sola.

Él decidió no resistirse. Era imposible resistirse a ella y sabía que la cena que había llevado sería increíble. Su abuela y ella cocinaban como profesionales. En cambio, su padre y él no habían hecho una comida normal desde antes del accidente.

–Ya me ocupo yo –le dijo a Annie. Lo llevó todo al cuarto trastero mientras ella limpiaba la mesa.

–La mesa del comedor no es lugar para los papeles. La abuela siempre dice que no se debe trabajar donde se come.

–¿Y quién dice que nosotros comamos en la mesa?

–Hoy lo digo yo. Necesitamos platos, vasos y cubiertos. He traído todo lo



demás –parecía un torbellino, sacando manteles individuales de colores, servilletas de tela, portavelas y platos de comida. Terminó de poner la mesa, encendió las velas y después se acercó al padre de Fletcher. Agarró las muletas, que estaban apoyadas contra el reposabrazos–. La cena está servida. Y si se atreve a decir que no tiene hambre, me lo llevaré todo.

Fletcher estaba hipnotizado por los increíbles aromas que emanaban de la mesa.

–Tiene hambre –le dijo a Annie–. Los dos estamos muertos de hambre.

–Habla por ti –dijo su padre–. A mí no me apetece comer.

–Al menos sea sociable –dijo Annie–. Eso lo puede hacer, ¿no?

–La pierna me duele de cojones –explotó el padre de Fletcher–. No me apetece levantarme.

Fletcher cruzó la habitación en dos zancadas.

–Ya sé que te duele la puñetera pierna, pero no le hables así. Una vez tuve un padre que me dijo que hablar mal a una mujer no estaba bien. ¿Qué ha sido de ese hombre, eh? Y ahora levanta el culo de ahí y vamos a comer.

Su padre enarcó las cejas como en señal de respeto por Fletcher. Después, se apoyó en las muletas, se sentó en la silla de ruedas y se acercó a la mesa.

Annie no parecía nada afectada por la discusión. Puso una cafetera y empezó a destapar los platos.

–Hoy les vamos a deleitar con un pavo que ha estado macerando toda la noche en agua con sal y sirope de arce –como una diestra camarera, hizo un ademán sobre la fuente, que incluía dos relucientes muslos–. El pavo es de la granja de Earl Mahoney. Su carne es de corral y orgánica. Lo hemos asado con mantequilla de salvia. Además, tenemos delicias de boniato rebozadas con salsa *sriracha*; el aliño lleva setas y nueces... –vio que el padre de Fletcher la estaba mirando–. No lo juzgue hasta que lo haya probado. Sé que todo el mundo tiene gustos muy concretos en lo que respecta a los aliños, pero este le va a encantar. ¿Por dónde iba? Puré de patatas al ajo y salsa de carne, compota de arándanos al brandy y pastel de calabaza cubierto de sirope de arce y nueces.

–Me rindo –dijo el padre de Fletcher llevándose la mano a la tripa mientras se colocaba en la mesa–. Esto es como maná caído del cielo. Y para que lo sepas, no pienso dejar que te marches. Nunca –dijo sonriendo.

Hacía semanas que Fletcher no lo veía sonreír con tanta felicidad

Ella se sentó y le indicó a Fletcher que hiciera lo mismo. Y con un gesto tan natural como encantador, les agarró las manos.

–En mi familia no damos las gracias en silencio.

–Claro que no –murmuró Fletcher. La quería tanto que no podía pensar con claridad.

—No seas insolente —dijo guiñándole el ojo al padre de Fletcher antes de bajar la mirada y añadir—: Damos gracias por esta deliciosa cena, por el partido de fútbol y por tenernos los unos a los otros —les dio un apretón de manos y los soltó—. ¿Qué tal?

—Perfecto —dijo Fletcher—. Oye, escucha...

—Pues entonces, a comer —les sirvió un plato enorme de comida a cada uno. No había duda de que era la mejor comida que Fletcher había probado nunca. Deseó tener otro estómago más para poder pasarse el día comiendo todo eso. Su padre dio una pinchada y emitió un suave gemido de placer. No dejó de comer hasta que se acabó todo.

Annie probó un poco de cada plato.

—¿No tienes hambre? —le preguntó Fletcher.

—No quiero quedarme sin apetito —explicó limpiándose los labios con una servilleta—. Tengo otro banquete al que asistir —y con eso, se levantó y agarró su abrigo—. Señor Wyndham, me alegro mucho de haberle visto.

—Seguro que sí, cielo. Gracias. De verdad —le dirigió una sonrisa de satisfacción y se dio una palmadita en la tripa—. Y siento haberme comportado como un viejo cabronazo y gruñón.

—Le perdono si se come todo lo que ha quedado.

Fletcher la acompañó al coche.

—Ha sido increíble. Totalmente inesperado. No sé qué decir.

—Un «gracias» servirá —sonrió aunque él captó un brillo de tristeza en su mirada.

—Has sido muy amable. Ojalá... —el frío viento se le colaba por la camisa—. Me siento mal por estar aquí atrapado —dijo señalando a la casa—. Ya has visto cómo está la cosa con mi padre.

Ella asintió, ya no sonreía.

—Sí.

—Y después está todo lo del asunto legal...

—¿No es eso lo que debería hacer el abogado? ¿Ocuparse del asunto legal?

—Sí, claro, pero hay que documentarse mucho. Me he pasado la mitad de la noche despierto buscando un caso que poder citar para apoyar nuestra moción y obligar a los ejecutivos de la empresa a responder a las preguntas incluso aunque sus abogados les hayan dado órdenes de no hacerlo... —veía que Annie tenía los ojos brillantes—. Bueno, es todo muy complicado.

Ella se cruzó de brazos y lo miró pensativa.

—Esto te gusta. No lo niegues. Hay una parte de ti que está encantado con esto.

Así que lo sabía. Conocía su más profundo secreto, el mismo que lo había tomado por sorpresa, ese tan poderoso que no podía ignorar. Le gustaba mucho

ese proceso. Le gustaba la investigación, la lógica, sumergirse en el estudio de otros casos y precedentes. Le gustaba cómo se daba forma a un proceso judicial, paso a paso. Y aunque Haney se quejaba y le decía que dejara de microgestionar todo, él se negaba a dar un paso atrás.

–Tengo que hacer todo lo que pueda para ayudar –el viento le sacudía la fina camisa–. Bueno, gracias. Eres impresionante –dejó las manos a ambos lados de su cuerpo para contenerse y no abrazarla eternamente.

La sonrisa de Annie aumentó. Aunque también aumentaron su tristeza y la de él.

–Así soy yo, impresionante. Ya nos veremos, Fletcher. Buena suerte con tu padre –se metió en el coche y cerró de un portazo.

Temblando bajo el desagradable frío de noviembre, la vio alejarse con el coche; los faros brillaban bajo la nieve de la sombría tarde. Se dio la vuelta y volvió a entrar. Su padre estaba saboreando otra porción de pastel de calabaza con un pegote de nata endulzada con sirope de arce. Dio un sorbo a una humeante taza de café.

–Hijo, ¿es esa la chica a la que dejaste anoche?

–Sí, la misma.

–Pues eres idiota. Lo sabes, ¿verdad?

–Sí, papá. Lo sé.

Annie condujo hasta Rush Mountain entre lágrimas. No podía decir que fuera una ruptura, pero se sentía rota porque Fletcher y ella se estaban perdiendo el uno al otro. Él ya se lo había dicho la noche anterior, aunque ella no se había hecho una verdadera idea de la situación hasta que había entrado en la casa. Ahí, la realidad la había golpeado con fuerza. La vida de Fletcher giraba en torno a su padre, al taller y a la demanda judicial. No había sitio en su mundo para ella.

Cuando entró en la cocina de la granja, lloró más en los brazos de su madre.

–Sé que duele –le dijo mamá–. Lo siento, pequeña.

–No, no lo sientes. Querías que rompiéramos.

–Nunca he querido que sufras. Dios mío, ninguna madre le desearía eso a su hija. Lo único que quiero es que te plantees tu vida antes de intentar formar una vida con otra persona.

–Ahora ya no importa. Todo ha salido exactamente como querías. Él tiene que quedarse en Switchback y yo tengo que irme.

–Estarás bien. Te llevará algo de tiempo, pero te prometo que saldrás adelante y estarás bien.

Annie y Fletcher no volvieron a hablar nunca sobre unir sus vidas. Era sencillamente imposible. Por supuesto, él se quedó con su padre. No había otra opción. Y Annie se quedó en la universidad.

En un principio, echarle de menos le producía un dolor que no parecía ir a sanarse nunca. Pero el tiempo puso de su parte. El triste paso de las semanas y de los meses fue aplacando el dolor. La distancia física parecía un abismo enorme y el vínculo que en su momento había parecido invencible se fue afinando hasta convertirse en un frágil hilo.

Sus caminos se bifurcaron como una vía de tren. Annie se dejó arrastrar por el mundo que había querido habitar mucho antes de que Fletcher llegara a su vida. Se perdió en las clases sobre estrategias narrativas y el lenguaje del cine. Aprendió a manejar toda clase de cámaras, luces y lentes, y perfeccionó su conocimiento de marcos y secuencias digitales al aventurarse en rodajes y captar la energía de la ciudad. Apuntaba con su cámara objetivos que la entusiasmaban, como los puestos de comida y los parques cerca de Washington Square o el mercado de pescado de Hunts Point.

Encontró un empleo a media jornada en un restaurante de moda llamado Glow. Fue a conciertos por toda la ciudad y se consiguió un carné de identidad falso para poder ir a bares con compañeros de universidad que estaban en cursos superiores.

Con el tiempo, logró pensar en Fletcher sin que se le llenaran los ojos de lágrimas. Y, al final, logró evitar pensar en él.

## Capítulo 13

*Ahora*

Kyle y su esposa, Beth, estuvieron allí cuando Annie logró mantenerse en pie sola. Solía necesitar dos ayudantes y el cinturón de marcha alrededor de la cintura. Cada movimiento requería una intensa concentración y al cabo de solo unos minutos se sentía como si hubiera corrido una maratón: sin aliento, con los músculos temblorosos y sudor por las sienes. El equipo médico no dejaba de insistir. Tenía que practicar y practicar, y ahora había llegado el momento de levantarse y mantenerse en pie sola.

Su hermano y su cuñada intentaron actuar con indiferencia mientras la observaban desde el sofá agarrados de la mano. La fisioterapeuta esperaba junto a la cama, preparada para agarrar el cinturón si le fallaban las piernas, lo cual sucedía a veces.

–Esto puede llevar algo de tiempo –les advirtió mientras se colocaba las pulseras. Una, la de identificación, tenía un código de barras que se escaneaba cada vez que tomaba una pastilla. La otra, unas palabras en negrita que decían: *Riesgo de caída*.

–Tómate todo el tiempo que necesites –dijo Beth.

–Nunca he entendido esa frase. «Tómate todo el tiempo que necesites». ¿Y si me tomo menos del que necesito? ¿O más? ¿Me metería en líos?

–Es solo una expresión –dijo Beth–. Supongo que significa que no te precipites, pero que tampoco te entretengas.

Annie sabía que los estaba poniendo nerviosos. «No eres tú», le había dicho su madre el día anterior. ¿No estaba actuando como era ella? ¿Y como quién estaba actuando?

Miró a Nancy, la fisioterapeuta de día. Nancy asintió con la cabeza con firmeza, como diciéndole «puedes hacerlo».

«Puedo hacerlo», pensó Annie. «Puedo hacerlo». Había recorrido un largo camino desde que un equipo de donación de órganos había empezado a rondar por allí esperando a oír si la declaraban en muerte cerebral. La gente no dejaba de decir lo afortunada que era; la mayoría de las personas no se recuperaban de un coma. Era joven, estaba sana y la lesión no era tan mala como podía haberlo sido; un lóbulo frontal dañado sin rotura de hueso. Sin embargo, ella no se sentía afortunada. Se sentía... perdida.

Mientras miraba a su hermano y a Beth, se conmovió.

Kyle había sido una gran parte de su mundo cuando era pequeña. Con ocho años más que ella, había sido una mezcla de compañero de juegos y entrenador, siempre buscando un equilibrio entre meterse con ella y enseñarle. Con Kyle animándola, había aprendido a ser valiente en la montaña, ya fuera en un trineo, en una tabla de *snowboard* o sobre unos esquís. Le había mostrado el mejor lugar para pescar renacuajos en primavera y le había enseñado a jugar a las chapas, a hacer una entrada a canasta en baloncesto y a lanzarse desde la plataforma de salida de la piscina.

Le había demostrado que no todos los hombres eran como su padre, que no todos abandonaban a su familia.

Y luego estaba Beth. Ella y sus dos hijos, Lucas y Dana, se habían unido a la familia trayendo consigo un torbellino de alegría y algarabía. Kyle y ella tenían dos hijos más, Hazel y Knox. A mamá le gustaba llamarlos «Tarta» y «Glaseado». El glaseado de la tarta. Era importante que los dos se equilibraran y se complementaran. Nadie quería que la tarta estuviera dominada por un glaseado con sabores o texturas fuertes. Por eso la mantequilla clarificada era un ingrediente clave en los glaseados. Era suave y rica sin añadir dulzor.

–Aún no estoy preparada –le dijo Annie a Nancy.

–En tu evaluación de ayer pone que sí lo estás –respondió Nancy.

–Necesito una siesta –dijo Annie.

Cuando dormía, soñaba con tiempos pasados, aunque en sus sueños no parecía que hubiera pasado mucho tiempo. Las imágenes que veía parecían haber tenido lugar solo un momento atrás. Cuando dormía, su mente se llenaba de coloridos días otoñales; rastrillando hojas en el jardín, patinando en el estanque de Eden Mill, montando en bici, trabajando en el jardín con su abuela, yendo a la feria de la cosecha, friendo hojas de salvia para el aliño de Acción de Gracias. Todo parecía muy real hasta que se despertaba en la realidad alumbrada por fluorescentes del centro de rehabilitación.

–A Caroline le preocupa que tengas problemas para despertarte otra vez –dijo Beth.

–¿Y perderme esta juerga alucinante? –miró a su alrededor.

En la pared frente a la cama había un tablón de corcho decorado con tarjetas hechas a mano por sus sobrinos y los dibujos que había hecho su madre. Su hermano y su cuñada habían llevado otra obra original de Caroline Rush ese mismo día. Era un paisaje conmovedor de las vistas desde el porche delantero de la granja. El huerto de manzanos estaba en flor y la ladera de la montaña resplandecía con el verde primaveral de los arces florecientes. Su madre tenía un don especial para captar la luz y la sombra. Annie se preguntó cómo habría sido

su vida si hubiera ido a la escuela de arte. ¿Habría seguido casada con papá? ¿O se habría instalado en un *loft* en el SoHo y se habría unido a la escena artística neoyorquina?

–¿Por qué no lo intentas? –sugirió Nancy–. Estaré a tu lado. Demuéstranos que te puedes levantar de la cama.

Dicho así, no parecía que levantarse fuera a ser para tanto. Repasó las instrucciones que le habían dado: «Primero impúlsate para incorporarte. Baja las piernas de la cama». Se miró las piernas, escuálidas y enfundadas en unos pantalones de yoga. Las bajó. Ya estaba. «Deslízate hasta el borde de la cama. Separa los pies a la altura de los hombros». Llevaba unos calcetines amarillos chillones con círculos antideslizantes de goma en la planta. «Échate hacia delante. La nariz a la altura de los dedos de los pies. Haz fuerza con el abdomen y levántate».

Al cabo de unos cuantos intentos, se levantó dejando la cama atrás y solo ligeramente jadeante.

Nancy le puso delante el andador de señora mayor.

–¡Así se hace! Agárrate y enderézate. ¿Cómo te sientes? ¿Mareada?

–Totalmente mareada –dijo Annie colocando las manos sobre los agarraderos del andador–. Pero no pasa nada, estoy bien.

–¡Buen trabajo! –dijo Beth. Se levantó y le dio un abrazo esquivando el andador–. Eres increíble. Estamos muy orgullosos de ti.

–¿Por haberme levantado de la cama? ¡Pues qué bajo está el listón!

Practicó a caminar de un lado a otro del pasillo, flanqueada por Kyle y por Beth, mientras pasaban por delante de las amplias puertas de las demás habitaciones, con sus letreros y avisos colgados: *Oxígeno en uso. Dieta cardiovascular. Riesgo de caída.*

Raven, la chica de los libros, pasó con su carrito.

«Pie izquierdo, pie derecho, mantente dentro del área del andador. No lo empujes como si fuera un cortacésped o un carro de la compra». Resultaba extraño tener que decirse cómo caminar. Aun así, prefería moverse a estar tirada en la cama.

Kyle y Beth escuchaban atentamente a Nancy mientras les reiteraba la importancia del ejercicio diario regular.

–Somos parte de tu plan de alta médica –dijo Kyle–. Quieren asegurarse de que podremos ayudarte cuando estés en casa.

Casa. La imagen que se coló en su cabeza al pensar en esa palabra fue una imagen antigua, como una tarjeta de época sobre la mesa de la oficina, un recordatorio de las razones por las que una persona se esforzaba tanto en el trabajo. Veía ese lugar como una imagen de uno de sus sueños del pasado. Uno

de sus sueños que parecían de un pasado reciente. Podía visualizar perfectamente la carretera serpenteando por la colina. La granja centenaria donde había pasado su infancia, en una montaña que llevaba el nombre del bisabuelo de su madre, estaba pintada de blanco y tenía un porche que la recorría y un jardín rodeado por una valla blanca. Huertos, flores, un arroyo truchero, un estanque, colinas sobre las que lanzarse en trineo... un paraíso. El extenso arcedo de los Rush cubría las colinas que rodeaban la granja, y resguardada en el bosque estaba la cabaña de azúcar, donde sucedía la magia cada invierno.

–Sigue –la alentó Nancy y Annie se dio cuenta de que se había quedado parada en mitad del pasillo, incapaz de pensar y moverse a la vez–. Cuando llegues a la sala de estar, puedes sentarte y quedarte ahí un rato.

Cuando llegaron a la zona de asientos de la sala de estar, le faltaba el aliento y estaba temblorosa. La decoración era tan anodina como la del resto del centro, pero tenía una bonita chimenea de piedra y una pared llena de estanterías con todo tipo de libros.

–Fletcher Wyndham ha venido a verme –les dijo a Kyle y a Beth.

Kyle se giró bruscamente hacia ella.

–¿Y qué te ha dicho?

–Eh... Bueno, que se ha enterado de que estaba aquí y supongo que por eso ha venido a visitarme. Es lo que suele hacer la gente, ir a visitar a los amigos o parientes enfermos. Una vez me dijo que cuando su padre tuvo el accidente, nadie fue a verlo, así que imagino que piensa que la gente que está en el hospital necesita recibir visitas, por mucho que digan que no.

–Ah –dijo Kyle–. Supongo que está bien.

No quiso hablarle a su hermano de la salvaje maraña de emociones que Fletcher había despertado en ella. No estaba preparada para hablar de los recuerdos, ya fueran buenos o malos.

–Pareces muy tenso, Kyle. ¿Es que no debía haber venido a visitarme? –se detuvo y pensó en ello–. No soy ni su amiga ni su pariente, ¿verdad?

–No pasa nada –dijo Beth en voz baja tocando el brazo de Kyle–. Annie, ¿te gustaría recibir más visitas? A tu amiga Pam Mitchell le encantaría venir. Y también al profesor Rosen, tu mentor en la Universidad de Nueva York, y a la entrenadora Malco. Sigue a cargo del equipo de natación y tú eras una de sus estrellas, ¿lo recuerdas?

«Nadadoras, a sus puestos».

–Tú decides –añadió Beth–. No queremos sobrecargarte.

–La gente no deja de decirme eso. ¿Es que parezco sobrecargada? ¿O simplemente parezco «cargada»? ¿Se puede utilizar esa expresión?

–El objetivo es que te recuperes lo suficiente como para volver a casa –dijo



Beth.

–¿Cuándo? –de pronto Annie lo deseaba con todo su corazón. Lo deseaba tanto que sintió la necesidad de golpear algo.

Después de que su hermano y su cuñada se marcharan, durmió un buen rato. Cuando despertó, fue al comedor a almorzar en lugar de comer en la cama. Comer sola sobre una mesita con ruedas la hacía sentirse patética, así que se decidió a moverse y a sentarse en una mesa. Los demás pacientes estaban en silencio, poco comunicativos, ensimismados en sus lesiones y enfermedades.

A Annie no le gustó el comedor. Todo el mundo estaba sentado en mesas separadas, comiendo solo, exceptuando los que no podían comer solos y tenían a alguien metiéndoles la comida en la boca con una cuchara. Era un lugar increíblemente silencioso y deprimente. No le extrañaba que la mayoría de la gente comiera en sus habitaciones.

Se suponía que comer era una actividad comunitaria. Cuando se llevaba a cabo en soledad, no era más que una función corporal.

–¿Puedo sentarme con usted? –le preguntó a una mujer.

–Eh... –dijo la mujer.

Annie se lo tomó como un «sí» y se pasó a la gran mesa cuadrada.

–Soy Annie.

–Mavis –la mujer se puso un poco más derecha en la silla. Era una anciana con el pelo fino y blanco y unas gafas sujetas a una cadena de cuentas.

Annie vio a un hombre mirándolas y le indicó que ocupara la silla vacía que tenía a su lado. Se llamaba Jax y lo recordaba del grupo.

–¿Te quieres sentar aquí?

Al momento, unos cuantos pacientes más los estaban mirando.

–Necesitamos más sitio en la mesa –dijo Mavis.

–Pues buena suerte –murmuró Jax–. Hoy está Iggy.

Iggy era la celadora que menos les gustaba a todos; una auténtica sargenta, maniática de las normas, siempre con su carpeta y su mal carácter. Alguien dijo que antes había sido oficial de prisiones.

Annie la avisó.

–¿Nos puedes ayudar a juntar algunas mesas?

–Tendré que consultarlo.

–¿Consultar qué?

–Consultarlo con mi supervisor.

Annie le dirigió una dulce sonrisa.

–Buena idea. Esperaremos mientras tanto.

Iggy se colocó la carpeta contra el pecho, dio media vuelta y salió de la sala probablemente deseando encontrar a un supervisor que mencionara una norma que impidiera que se pudieran juntar mesas.

–¡Venga, vamos! –susurró Annie.

Los que podían, se levantaron y juntaron las mesas. Aquello parecía la mesa de un gran banquete.

Cuando la sargenta volvió, se le encendió la mirada de furia al ver el comedor descolocado.

–El mobiliario no se puede mover sin permiso.

–De acuerdo –dijo Annie–. Lo dejaremos todo aquí mismo, justo así.

A la mujer se le hincharon las aletas de la nariz. Agarró con más fuerza la carpeta. Dio otra media vuelta y caminó hasta su puesto junto al carro de la comida.

Annie y los demás pacientes formaban una tribu de gente rota. Sí, estaban rotos, pero seguían siendo humanos, y sentarse como si fueran una familia reforzaba eso. Junto a ella estaban: Wendell, la víctima del accidente forestal; Jax, el temerario miembro de una banda de moteros que ahora era un hombre cibernético de gesto impávido con el pecho rodeado por una jaula de metal y la cabeza coronada por un aparato puntiagudo que le hacía parecer un personaje de *Juego de Tronos*; y también Ida, preciosa por el perfil derecho, pero con un lado izquierdo que parecía estar derritiéndosele. Víctima de un infarto.

Había más gente en el otro extremo de la mesa y Annie decidió que los conocería más a fondo la próxima vez.

Recordaba el poder que tenía la comida para reunir a la gente. Para sanar.

–Esta comida es una mierda –dijo alguien.

–Llevamos una dieta especial –respondió Luanna, enferma del corazón.

–¿Cómo se llama? ¿«Programa para pérdida de peso a base de comida asquerosa»?

–No es asquerosa. Aunque sí es insípida.

–Yo antes comía jalapeños asados sobre galletas saladas –dijo Jax.

–Yo me preparaba mi propia mermelada de arándanos –apuntó Ida.

–Podemos mejorar esto –dijo Annie en voz baja.

–¿Qué?

–Que podemos mejorarlo. Vamos a mejorarlo –Annie sabía que era extremadamente exigente y, solo por el sabor y la textura, sabía que la cocina del centro empleaba métodos e ingredientes propios de la típica «comida de hospital». Miró el plato de verdura pasada y patatas cargadas de almidón–. ¿Sabéis que la fruta o la verdura habitual recorre unos dos mil cuatrocientos kilómetros antes de que se la venden al consumidor?

–No –respondió Mavis clavando un tenedor en un trozo de jamón–. Nunca lo había oído.

–Un cuarenta por ciento de la fruta y un doce por ciento de las verduras vienen de otros países –continuó Annie, recabando datos de algún rincón de su cerebro, que parecía estar despertando–. Así que para evitar que la comida se estropee durante los trayectos, el producto se tiene que recoger antes de que pueda madurar del todo. La mayoría de la gente no entiende lo importante que es eso. Cuando el producto puede madurar de forma natural, absorbe nutrientes del sol, de la lluvia y del suelo. Por eso, las frutas y las verduras que maduran durante los trayectos carecen de esos nutrientes esenciales.

–Es bueno saberlo –dijo Ida dando un sorbo de agua–. En casa intento comprar toda la fruta y la verdura en el mercado de agricultores.

–Eso es genial. Si todo el mundo lo hiciera, todos tendríamos una dieta más sana.

–Pero todo eso es muy caro.

–Pero es mucho más saludable. Miradlo como un modo de ahorraros dinero al manteneros en un mejor estado de salud –Annie se apartó de la mesa y se acercó con su silla de ruedas hasta donde estaba Iggy, de pie, enfurruñada–. Me gustaría conocer al chef.

–El chef –dijo la mujer frunciendo el ceño–. Querrás decir el encargado de cocina.

–¿Podría conocerlo?

La mujer apretó los labios y después relajó el gesto. Tal vez ya se le había pasado el enfado por lo de las mesas.

–El servicio de almuerzo ha terminado, así que supongo que a Pikey no le importará. ¿Quieres que te empuje la silla?

Unos minutos más tarde, Annie estaba en la gran cocina industrial rodeada por estantes y encimeras de acero inoxidable y zonas de preparación y limpieza de alimentos. Pikey era un hombre negro y alto, con una chaquetilla de chef blanca, pantalones de cuadros y zuecos negros. Annie se sintió mejor de pronto. Había algo irresistible en un hombre vestido de chef.

–Hola, Bella Durmiente –él se limpió las manos en un paño y le estrechó la mano–. Ese es el mote que te hemos puesto los empleados.

–Me han llamado cosas peores –dijo Annie.

–Supongo que eso nos ha pasado a todos. ¿Qué puedo hacer por ti? La encargada de la planta me ha estado diciendo que no has estado comiendo mucho. ¿No tienes apetito?

–Sí que tengo apetito, pero por desgracia resulta que soy muy quisquillosa.

Él asintió y se tocó la barbilla.

–Eso suena como algo que diría mi primera mujer.

–La comida es mi vida –soltó de pronto Annie. No sabía de dónde habían salido esas palabras, pero sentía que eran verdad.

–Cielo, la comida es la vida de todo el mundo. Algunos lo entendemos mejor que otros.

Ella miró la nevera con puerta de cristal llena de productos frescos metidos en cubos de un almacén de Chicago. Las baldas estaban abarrotadas de latas de ingredientes y botes gigantes de aceite y otros condimentos.

–¿Te gusta trabajar aquí?

–Oh, sí. Es una especie de compensación. Antes trabajaba para un complejo de vacaciones de lujo en el lago Saranac. Brotes de helecho con mantequilla y tomillo, trucha de arroyo *meunière* y cosas elegantes.

–¿Lo echas de menos?

–La cocina, sí.

–¿Entonces por qué lo dejaste?

–En el complejo, mi horario me hacía trabajar cuando todos los demás tenían tiempo libre. Ahora he recuperado mis noches y mis fines de semana. Trabajar aquí me da tiempo para estar con mi familia.

De nuevo, la familia. Era importante para todo el mundo. Como la comida. Como respirar.

–¿Disfrutas del trabajo? ¿Cocinando?

–Está bien. Los menús los diseña un dietista y nos abastece un gran distribuidor, así que es un trabajo muy básico –le mostró las instalaciones y Annie se sintió emocionada por estar hablando de comida con alguien que sabía moverse por una cocina. Estaba deseando preparar algo.

–¿Y qué tal si usarais ingredientes locales en lugar de procedentes de un gran distribuidor?

–No estoy al cargo de las compras. Lo podría proponer en la reunión mensual.

–Este lugar está rodeado de acres de jardines. Está en el calendario de actividades diario. Tenemos que salir y ayudar con la jardinería. Es terapéutico. Imagina que los jardines estuvieran llenos de verduras y frutas y plantas aromáticas en lugar de flores.

–Al equipo de cocina les parecería genial. Chica, me gusta cómo piensas.

–¿En serio? No tengo ni idea de cómo pienso. Desde que desperté, tengo que pensar en todo hasta que le encuentro sentido.

–Pues a mí me parece que ahora estás hablando con mucho sentido. Eres una pensadora creativa. Me gusta. ¿Eres chef?

–No. Soy... –se quedó en silencio. Sintió cómo se le tensaron los hombros y cómo su mente huía de un agujero oscuro lleno de imágenes borrosas.

Pikey debió de darse cuenta.

–Se lo diré al Director de Actividades.

–Director de Actividades. Esto es como estar en un crucero –dijo Annie. No sabía si había ido de crucero alguna vez.

Inspirada por el proyecto del huerto, no se molestó en echarse a dormir después de almorzar. Lo de dormir era para la gente que no tenía nada mejor que hacer. Fue a su habitación y sacó su libro de prácticas de escritura, un lápiz blando y un borrador. Se pasó un buen rato perdida en sus pensamientos, esbozando diligentemente un plan para el huerto. El papel cuadriculado le facilitó dibujar las eras y disponerlo todo en función de la altura de las plantas y las necesidades de riego. Era un buen plan. Había crecido en una granja y planificar un huerto era un ritual anual en su familia. Cada año, después de la temporada de azúcar, se sentaban con catálogos de semillas y decidían qué querían cultivar durante el verano. Recordando aquellos tiempos, se remangó y se puso manos a la obra. Cuando terminó, miró los bosquejos con satisfacción. Era un comienzo excelente.

Ya que aún no tenía sueño, decidió organizarse un poco. Los terapeutas ocupacionales querían que creara su propio sistema de organización de pertenencias: ropa, libros y material de escritura. No tenía muchas cosas, unas cuantas mudas, artículos de aseo del hospital, cosas para leer, puzzles y juegos, la tabla de emociones y el material que usaban en la terapia. Al fondo del cajón de la mesilla encontró un montón de formularios y papeles en carpetas. Formularios médicos y del seguro. Muchos de los documentos estaban taquigrafiados y tenían códigos numéricos, pero fue capaz de descifrar algún que otro dato sobre un hematoma subdural y la hemorragia cerebral dentro de su cerebro. Ya que era una lesión cerebral cerrada, le habían puesto un drenaje en el cráneo para liberar la presión hasta que la inflamación y la hemorragia cesaron. Se tocó la cabeza intentando imaginar el drenaje. ¿Sería como una diminuta espita de las que se utilizaban para sacar muestras de un barril de whisky o vino? Los diagnósticos secundarios fueron más difíciles de traducir; perdió la paciencia y guardó la información médica.

En una bolsa etiquetada como «Pertenencias del Paciente» encontró un sobre fino y alargado. Lo volcó sobre la cama y de él salió una carpeta gruesa seguida de un anillo de oro. Una alianza de boda.

Se apartó bruscamente, como si el anillo fuera una araña. Comenzaron a dolerle las sienes. Con cuidado, lo agarró y se lo puso en el dedo anular de la mano izquierda. Como le quedaba demasiado grande y se veía la mano rara con él puesto, se lo quitó. A lo mejor era de otra persona. A lo mejor se lo había dejado olvidado otro paciente.

Guardó el anillo en el sobre y abrió la carpeta. Había documentación legal con sellos oficiales, todo ello unido con un clip grande. *Sentencia de divorcio. Con referencia a: Matrimonio de Martin Harlow (demandante).*

La atravesó una punzada de miedo. Martin Harlow. ¿Quién era?

El demandante.

Su nombre también estaba en el documento. Ella era la demandada. Anastasia Rush.

Se quedó mirando la página un buen rato, intentando averiguar qué cara de su tabla de emociones era la que representaba cómo la hacía sentirse ese documento.

Demanda de divorcio. Estoy divorciada.

Sabía lo que era un divorcio. Le había pasado a sus padres. Le había pasado a su familia. A su infancia. A su concepto de familia.

Y ahora ella también estaba divorciada.

Había estado casada con una persona, pero no lo recordaba. Estaba divorciada de él y eso tampoco lo recordaba.

Su primer impulso fue agarrar el teléfono y llamar a su madre. Había memorizado el número y sabía cómo hacer una llamada externa. Agarró el auricular y vaciló. La psiquiatra le había dicho que debía dejar que el pasado volviera por sí solo. Tenía que pensárselo antes de interrogar a su madre por todo. Los recuerdos tenían que ser suyos.

Se tumbó en la cama y cerró los ojos. Lo hizo durante el resto del día y también durante el día siguiente, parando solo cuando tenía otra sesión de terapia.

Buscó entre sus pensamientos, pero los recuerdos no estaban allí. De vez en cuando algo palpitaba como una sombra al borde de su visión. Un destello. Una sensación, una imagen fugaz. Pero en cuanto intentaba concentrarse en ello, la sombra se disolvía como los restos desmenuzados de un sueño tras despertar.

Estaba haciendo prácticas de paseo independiente en el gimnasio cuando las cosas empezaron a cambiar.

Con las instrucciones de Nancy, se situó entre dos barras paralelas y puso un pie delante de otro mientras se concentraba en su equilibrio. Una melodía sonaba desde la pantalla grande de televisión en la esquina de la gran sala de espejos. Vio un destello en la oscuridad, una breve visión de un hombre medio desnudo con botas de vaquero.

Se quedó paralizada, se agarró a las barras y miró la pantalla. La sintonía que salía por los altavoces era sosa aunque algo contagiosa y con un estilo nasal *neo-country*. La habían elegido por su brevedad y simpleza y porque estaba disponible a bajo precio y sin derechos de autor. Y porque encajaba; los simples

tonos de la guitarra se convirtieron en un poderoso mecanismo de potenciación de marca para el programa.

Nancy la estaba llamando, preguntándole algo, pero Annie estaba centrada en la pantalla mientras los créditos de apertura lanzaban imágenes de un chef tremendamente guapo que no dejaba de reír, con sus vaqueros desteñidos, un delantal sobre su amplio torso, y sus musculosos brazos al aire. Saltaban primeros planos de una llama y de las florituras de una comida hermosamente emplataada. Cuando la cancioncilla terminó, la cámara se detuvo en el chef mientras su alegre copresentadora revoloteaba a su lado, un satélite brillante para su resplandeciente sol. Y entonces esa imagen volvió a la vida.

–Soy Martin Harlow –dijo el hombre ofreciéndole a la cámara un aspecto cargado de calidez, como si quisiera alargar los brazos y abrazar al espectador.

–Y yo soy Melissa Judd –dijo la copresentadora rubia con sonrisa de animadora.

–Y esto es –dijeron juntos– *El ingrediente clave*.

–Eh, Annie –dijo Nancy–. ¿Necesitas tomarte un descanso?

Se sentía mareada. Su rostro se había quedado lívido y los labios y las mejillas se le habían quedado como el hielo. Intentó hablar, pero las palabras parecieron salir flotando inaudibles por el agujero de su cuello. Volvió a intentarlo y logró susurrar:

–No necesito un descanso. Tengo que parar y ver este programa.

–¿Ver qué? Ah, ¿ese programa? Creo que es una reposición –sin pensarlo, Nancy la ayudó a sentarse en la silla y la situó frente a la televisión.

Sí, era una reposición. El ingrediente clave de aquel episodio había sido el eperlano. Filmar la secuencia había sido una locura, pero también divertido. Todos se habían ido a un frío río canadiense a pescar eperlanos de noche. Sacar redes llenas del pequeño y plateado pez bajo la luz de los faroles les había proporcionado una gran cantidad de imágenes divertidas. El plato resultante fue un triunfo. Frito en un simple rebozado y cubierto con hierbas aromáticas y mantequilla, el eperlano había resultado suave y dulce, fresco por los sabores elementales de la naturaleza.

–Es mi programa –susurró Annie inundada por unos recuerdos tan intensos y veloces que le aporreaban en la cabeza. Se sintió como si se hubiera tragado un trozo de hielo y se le estuviera congelando el cerebro–. Es mi programa.

–Últimamente es el programa de todos –dijo Nancy–. Todo el mundo que conozco lo ve.

–No, quiero decir que es... –se detuvo. Ya pensaban que estaba un poco chiflada y, además, no quería perderse nada–. Quiero verlo.

–Sí, te vendría bien un descanso –Nancy le agarró la muñeca y le tomó el

pulso—. Es un programa chulo. Siempre lo veo.

Annie no movió ni un músculo mientras el capítulo avanzó. Tal vez ni siquiera parpadeó. Incluso los anuncios la dejaron enganchada. A los patrocinadores de *El ingrediente clave* se los trataba como a reyes. Sus dólares de publicidad hacían que la producción fuera posible. Había asistido a interminables reuniones con productores y planificadores de medios. Su equipo y ella habían trabajado catorce horas al día para crear demos y celebrar eventos para los patrocinadores. Martin era un hacha a la hora de relacionarse y derrochaba encanto para vender espacios publicitarios. Cortejar a los patrocinadores nunca había sido la tarea favorita de Annie, pero reconocía el valor que tenía en su trabajo. Lo era todo en una jornada laboral.

Durante el resto de la tarde, se dio un atracón de programas en el ordenador de la sala de estar. El goteo de recuerdos fue formando una ola que acabó en inundación. Sintió cómo se zambullía en los días perdidos de su vida como una nadadora saltando la primera de la plataforma de salida, atravesando la superficie y cayendo en mitad de la calle. Se sumergió en aquella época perdida en la que había tenido una carrera, un hogar, un marido. Martin.

Martin Harlow. El Demandante. Él la había animado a mantener su apellido de soltera cuando se habían casado. Según él, adoptar el apellido del marido estaba pasado de moda, sobre todo cuando la mujer tenía un talento increíble por derecho propio. Oh, era un tipo encantador, ¿verdad? Ella había diseñado el programa para él. Había trabajado durante años para asegurar su éxito. *El ingrediente clave* había sido idea suya. Su mejor idea, la más brillante. Una pasión que había perseguido desde la universidad.

Encontrar el ingrediente clave, identificar su origen y construir una historia alrededor del plato era un concepto bastante simple, pero la ejecución de la idea era complicada. Su trabajo consistía en hacer que todo marchara a la perfección, y era buena en su trabajo. Incluso había ganado premios. Recordaba la surrealista sensación de sujetar un Emmy con las dos manos mientras sonreía a la cámara y les daba las gracias a su increíble y talentoso marido, a su querida amiga Melissa...

Cuando su madre llegó aquel día, Annie seguía mirando la pantalla del ordenador. Estaba analizando recuerdos y recuperándolos en pedazos, en fragmentos astillados, aún intentando ver la imagen completa.

Su madre estaba con una de las trabajadoras sociales, lo cual probablemente significaba que alguien la había llamado para decirle que se estaba comportando de un modo extraño. Tal vez les preocupaba que no pudiera digerir tanta información de una vez, que le fuera a explotar la cabeza.

Se quitó los auriculares y los dejó sobre la mesa junto al ordenador.



–He visto los papeles del divorcio. He oído la sintonía del programa.  
Su madre se sentó a su lado y le apretó el hombro con cariño.

–¿Estás bien?

–Ni siquiera sé cómo empezar a responder a eso. ¿Por qué no me has contado nada de mi vida? –la voz se le rasgó de dolor.

–Porque hay demasiadas cosas. No sabíamos por dónde empezar –su madre le lanzó una mirada de disgusto a la trabajadora social–. Los médicos nos advirtieron de que no te lo contáramos todo de golpe, y, menos aún, las cosas dolorosas que te pasaron. No queremos traumatizarte más ahora que has hecho tantos progresos.

–Buena decisión –murmuró Annie.

La mujer esbozó una sosegada sonrisa.

–Puedes tomarte todo el tiempo que necesites –le aseguró a Annie–. En mi experiencia, los recuerdos vuelven cuando la persona está preparada.

Annie enfureció ante la condescendencia en la voz de la trabajadora social.

–¿Qué quieres decir con «preparada»? Es mi vida. Es mi pasado –agarró los brazos de la silla de ruedas con frustración. Había querido recordar por sí sola, no que otros le contaran cómo había sido su vida. Pero también necesitaba saber. Ya–. Hay demasiadas lagunas. ¿Por qué no puedo recordar? ¿Por qué no podéis ayudarme a hacerlo?

Su madre alargó el brazo y, con delicadeza, le soltó las manos de los brazos de la silla.

–Claro que podemos. Dinos qué recuerdas y te ayudaremos con el resto.

## Capítulo 14

*Entonces*

Era el otoño de su último curso en la Universidad de Nueva York y Annie paseaba por sus zonas favoritas del Washington Square Park buscando algo que grabar. Había sacado una cámara de última generación del laboratorio de cine de la facultad para filmar un documental. El trabajo pedía incorporar vídeo y fotografía, una narración con voz en *off* y una entrevista. Sería su proyecto más importante hasta la fecha: el trabajo de fin de carrera.

Quería clavarlo. Pero le faltaba un factor clave, crítico: un tema. Se había estado devanando el cerebro durante semanas. Sus compañeros de clase y los miembros de su grupo de estudio parecían estar totalmente inspirados y con las ideas muy claras. Estaban trabajando sobre el calentamiento global, la controversia de las vacunas, los veteranos de guerra y la Zona Cero, situada tan inquietantemente cerca del campus.

–No te fijes en los demás –le dijo el profesor Rosen–. Fíjate en ti. ¿Qué es lo que más quieres?

«Todo». Pero, por supuesto, eso no servía de ayuda. Iba a tener que estrechar sus miras.

El profesor Rosen, que resultaba ser su tutor del trabajo de fin de carrera, era conocido por ser riguroso, exigente, crítico y tremendamente inteligente. Tenía un Pulitzer, un Peabody, un Óscar y mucho carácter. Además era honrado y, a diferencia de muchos de sus colegas, no rechazaba el cine sentimental. Su ensayo argumentando que *Qué bello es vivir* era mejor película que *Ciudadano Kane* era una de las piezas más controvertidas e inspiradoras que había publicado.

–Decidme cuáles son vuestras cinco películas favoritas y os diré quiénes sois – esas fueron las primeras palabras que les dirigió a los alumnos en la primera clase suya a la que había asistido Annie. Casi todos citaron los títulos que creían que él quería oír: *El nacimiento de una nación*, *La regla del juego*, *Cuentos de Tokio*, *El acorazado Potemkin*, *El submarino*. La clase de películas que hacían que a Annie se le pusieran los ojos vidriosos.

Para su sorpresa, Rosen había desafiado esas elecciones.

–No me digáis algo que sea importante o influyente o revolucionario. Quiero saber qué os encanta. Qué os conmueve. Qué hace que hayáis elegido este

camino.

Después de oír eso, Annie no había vacilado. *El Mago de Oz. El último Mohicano. Cadena perpetua. Ratatouille. Chocolat.*

–Aplaudo tu franqueza, por no decir tu gusto –había dicho el hombre mirándola desde el foso de la sala de conferencias–. Eres una romántica empedernida a la que le encanta la comida, que cree en el esfuerzo como vía para conseguir algo y que no escucha lo suficiente a la única voz que importa.

–¿Y qué voz es esa? –había preguntado ella–. ¿La suya?

–Muy graciosa. La tuya.

Ese intercambio de palabras había arrancado risas entre las gradas y la había ruborizado. Desde ese momento, el profesor Rosen había sido su mentor. Sí, sin duda era un gruñón, pero bajo su tutela sacó adelante un trabajo tan bueno que hasta ella misma se sorprendió.

Hoy, sin embargo, la magia no estaba surgiendo. No dejaba de intentar pensar qué quería decir con su proyecto. Normalmente no podía oír su propia voz. Tal vez debería irse a casa y charlar con la abuela. Al igual que el profesor Rosen, la abuela sacaba lo mejor de ella, con la diferencia de que era mucho más amable que él.

Pero volver a casa era un problema porque visitar Switchback suponía ver a Fletcher. Tres años después de la ruptura, aún pensaba en él cuando estaba sola y también cuando estaba con sus amigos, esos que eran siempre tan resueltos. O tan intimidantemente brillantes. O tan pesados con su obsesión por salir de fiesta. Pensaba en Fletcher cuando salía con un chico cuyos besos no lograban encender su pasión o cuando le entraba la nostalgia y echaba de menos las montañas, los bosques, los riachuelos y las carreteras despejadas.

Fletcher y ella habían terminado. Él se había volcado en llevar el taller de su padre y en seguir adelante con la demanda judicial. Las negociaciones se habían alargado durante tres años. Siempre había otra petición que cumplimentar, otra moción, otra reunión con los abogados. Ese proceso parecía no tener fin.

Por otro lado, haber dejado atrás a Fletcher sí que parecía haber tenido un beneficio oculto: se había volcado en su formación como una posesa. Y no solo en la facultad sino también en Glow, el restaurante con estrella Michelin donde trabajaba los fines de semana y absorbía conocimientos como una esponja, practicando sus habilidades con el cuchillo y técnicas de salteado y haciéndole sombra a la fascinante Claire Saint Michael, una figura emergente en el mundo culinario. Si hubiera tenido novio, habría estado demasiado distraída para centrarse en el trabajo y los estudios.

Debía estar buscando inspiración para su proyecto, pero ese día, mientras caminaba por el parque, Annie solo pensaba en el pasado y en Fletcher. ¿Qué

estaría haciendo? ¿Sería feliz? ¿Pensaría en ella o la habría olvidado?

Se sacó de la cabeza esas preguntas y volvió a centrarse en el presente. Sus mejores ideas parecían surgir cuando abría su mente al mundo. Y le encantaba el mundo que había habitado durante sus años de universidad. Le encantaba dejarse llevar por la imaginación y especular sobre las distintas vidas que se cruzaban allí en ese parque, una vibrante zona verde en mitad de la bulliciosa ciudad.

El Washington Square Park tenía un arco de hormigón, unas cuantas estatuas y una fuente central. Los caminos sombreados flanqueados por bancos eran un refugio para los trabajadores durante el almuerzo, para las niñeras que empujaban de los carritos, para los turistas que tomaban fotografías. Había gente tomando comida para llevar en mesas de picnic y estudiantes tumbados al sol cubriéndose la cara con los libros de texto abiertos. Los parques infantiles y las zonas caninas estaban abarrotadas de niños y perros. Unos jubilados pensativos y concentrados echaban partidas de ajedrez y de Scrabble en la zona de juegos.

Pensó en acercarse a los dos hombres que estaban jugando al ajedrez y preguntarles si podía entrevistarlos ante la cámara, pero entonces un aroma pasó flotando ante ella, un olor increíble que la hizo detenerse en seco. Alzó la nariz como un perro de caza y se giró en la dirección del viento. En una esquina del parque había una colección de carritos de comida rodeados de viandantes. La mayoría ofrecía lo de siempre: perritos calientes, *falafel*, *bretzel*, sándwiches de albóndigas.

Pero había un carrito ocupado por un único cocinero, volcado en su trabajo sobre una plancha que emitía el aroma más glorioso que había olido nunca. Era una mezcla perfecta de cebollas caramelizadas y carne crujiente combinada con el dulzor de unas tostadas francesas recién hechas. *Brioche*, tal vez. Había sobresalido en la creación de *brioche* durante el curso interdisciplinar que había hecho mientras estudiaba en la Provenza. Siguiendo a su nariz, fue hacia el carrito.

Estaba señalizado con un letrero escrito a mano situado en el suelo que decía sencillamente: *Martin M. Harlow, Chef propietario* junto con una dirección web y un número de teléfono.

Annie se retorció el cuello para poder ver algo por encima del grupo de gente que hacía cola para probar su mercancía. Y lo que vio allí fue incluso más irresistible que los deliciosos aromas. Martin era una maravilla para los ojos. Llevaba unos vaqueros descoloridos justo en los lugares adecuados. Sus hombros y sus brazos estaban deliciosamente esculpidos y resplandecían bajo el sol de la tarde. Tenía su melena rubia y ondulada recogida en una coleta y un rostro con la textura perfecta de una barba incipiente. Trabajaba con concentración y destreza plenas. A Annie le recordó a Vulcano trabajando sobre

su fragua, con la diferencia de que en lugar de una fragua, él trabajaba sobre una plancha.

Se asomó por un lado de la multitud y lo observó fascinada. El sencillo menú estaba escrito sobre una pizarra enganchada a la parte delantera del carrito. Ofrecía confit de pato con queso, a elegir entre Stilton o cheddar ahumado, y servido en un suave *brioche* sobre una cama de cebollas rojas caramelizadas, queso de cabra a la plancha, violetas, mostaza de Dijon y miel de trufa. Un confit era un método de asado en el que la carne se cocinaba a fuego lento en grasa hasta que quedaba tan tierna que parecía que fuera a deshacerse. Resultaba algo sofisticado para un puesto de comida, pero a juzgar por la multitud que hacía cola, el chico tenía seguidores.

–¿Qué tal es la comida aquí? –le preguntó al chico que tenía al lado–. ¿La has probado ya?

–Sí, sí. Soy cliente habitual.

–¿Y?

–Es pato sobre un bollito –dijo sin más–. ¿Cómo no va a gustar?

Annie sonrió y esperó su turno. El chef le ofreció una luminosa y amplia sonrisa cuando se acercó al carrito para hacer su pedido. Lo vio preparar el plato con una técnica enérgica y precisa, pero no recargada. Era una figura dinámica y sus movimientos veloces y seguros mientras intercambiaba bromas con los hambrientos clientes. Tenía una actitud encantadora y, además, estaba de muy buen ver.

Servía su creación envuelta en papel de pergamino y con una pizca de sal gorda sobre el bollito. Estaba tan delicioso como había imaginado y saboreó cada pedazo lentamente. La bebida que él le sugirió como acompañamiento fue una Orangina muy fría. Su chispeante dulzor encajaba a la perfección con la comida.

¿Quién era ese tipo y cómo se le había ocurrido el mejor sándwich del mundo? Se quedó por allí y lo observó durante la hora del almuerzo. Después, aprovechando una pausa entre tanta acción, le hizo un gesto con la mano para llamar su atención.

–Oye, ¿te importa si te grabo?

No pudo haberle dicho nada mejor. Al instante, a él se le iluminó la cara y esa amplia y contagiosa sonrisa la hizo sonreír también. Tenía los ojos del azul de una flor imposible de olvidar.

–Por ti, lo que sea –le respondió él.

–Soy Annie –dijo mientras encendía la cámara–. Tú haz como si no estuviera aquí.

–Encantado de conocerte, Annie. Lo intentaré, pero no estoy acostumbrado a

ignorar a las chicas bonitas.

Le gustó el brillo de flirteo en su mirada.

–Entonces ignora a la cámara –le sugirió.

Una pareja se acercó de la mano hasta el carrito. Eran la pareja neoyorquina de ensueño que Annie solía ver en los parques y las avenidas de la ciudad: iban sin prisa, bien vestidos sin resultar ostentosos, y resultaban románticos de un modo muy sutil. A menudo imaginaba que Fletcher y ella serían así algún día. Se fijó en sus gestos y expresiones mientras miraban el menú y hacían el pedido.

Martin ajustó el fuego y se puso a ello. Unos cuantos clientes más se acercaron y él no tuvo ningún problema en ocuparse de cada encargo. Parecía un director de orquesta sirviendo los pedidos. Se mantenía en movimiento constante, un solo hombre ofreciendo un espectáculo mientras asaba las cebollas sobre una superficie perfectamente sazónada y montaba los sándwiches. La sencilla presentación, junto con la Orangina en su botella helada con forma de bombilla, hizo que a Annie se le volviera a hacer la boca agua.

Mientras trabajaba, charlaba con los clientes como si les estuviera ofreciendo una demostración de cocina. Annie mantenía la cámara fija. Él señaló los panecillos humeantes protegidos bajo una campana de cristal situada junto a la plancha.

–Le compro los *brioche* al maestro pastelero de Le Rossignol, un tipo que conozco de la escuela de cocina.

–¿Dónde estudiaste cocina? –le preguntó una mujer.

–En Texas. Tiene un nombre elegante: Escuela Le Cordon Bleu de Artes Culinarias –su pronunciación francesa era más que aceptable.

–¿Ahí aprendiste a hacer este plato?

Él sonrió.

–No, señora. Me lo inventé en mi propio apartamento a un par de manzanas de aquí. Confito el pato en mi cocina y luego le doy el toque crujiente aquí.

–¿Y cuál es tu secreto? ¿Hay algún ingrediente especial? –preguntó una chica. Debía de ser una estudiante y parecía estar medio enamorada de él.

–No hay ningún secreto. Simplemente utilizo los mejores ingredientes que puedo conseguir. Mi proveedor favorito es una granja del Valle de Hudson.

Annie se sentía en el paraíso. Había encontrado el tema perfecto: un chico fotogénico, que empleaba ingredientes locales y creatividad, plasmado totalmente en su elemento. No parecía sentirse incómodo en absoluto y el telón de fondo era genial. Capturó la escena haciendo una panorámica del parque infantil, la zona canina y los caminos sombreados para luego enfocar los detalles más pequeños: las manos fuertes del chef, el brillo del sol atravesando un hilo de miel de trufa, los pies de un cliente moviéndose sobre el pavimento. Al final, la

multitud fue disminuyendo y Martin cubrió el letrero con un mensaje que decía:  
*Hasta mañana.*

–El momento de cerrar no es más que el inicio de mi jornada.

Annie seguía grabando.

–¿Cuál es tu parte favorita del día?

–¿Qué te parece si digo cuando una chica se ofrece a sacarme una foto? –  
sonrió–. Vale, ahora en serio. Mi parte favorita del día es cuando el carrito está  
preparado, mis ingredientes están listos, estoy encendiendo la plancha y por el  
parque está pasando gente pensando en comprar algo para comer. Cuando estoy  
arrancando. Es como un subidón para mí. ¿Te resulta raro?

–En absoluto. Y gracias por dejarme grabar. Estudio en la Universidad de  
Nueva York y estoy trabajando en mi proyecto de fin de carrera.

–¿En la Escuela de Cine Tisch?

–Eso es –la impresionó que la conociera.

–¿Y qué tema has elegido?

–Ese es el problema, que aún no tengo ninguno.

Él se quitó el delantal y le dejó atisbar unos abdominales ondulados y un torso  
esculpido. Después se puso una camiseta con el eslogan *Keep Austin Weird*.

–Pero creo que sé cuál me gustaría que fuera el tema.

–¿Sí? –estaba cerrando el puesto, guardando los ingredientes y limpiando el  
equipo–. Pues yo sería un tema alucinante.

Ahí no había falsa modestia. Pero tenía razón. Annie le describió el proyecto y  
lo que supondría.

–Tendrías que acostumbrarte a que me convirtiera en tu sombra.

–Serías una sombra extremadamente atractiva. Me encantaría hacerlo –  
añadió–. Me sentiría honrado de ser tu proyecto de fin de carrera.

–¿En serio?

–¡Claro! Pero con una condición.

Genial. Una condición. Desde que había empezado la universidad se había  
topado con demasiados gilipollas y capullos. «Por favor, no seas uno de ellos»,  
pensó.

–¿Cuál? ¿Qué condición?

–Que me dejes prepararte la cena.

Ella sonrió. Esa condición la podría cumplir sin ningún problema.

–Creo que lo puedo hacer.

–No es una cita –le dijo Annie a Vivian, una de sus compañeras de habitación,  
mientras se preparaba para ir a visitar a Martin Harlow una ventosa noche de

sábado. Les había enseñado a sus amigas algunas secuencias sin editar de la grabación y las tres prácticamente se habían desmayado al ver a Martin.

–¿Te vas a acostar con él esta noche? –le preguntó Shauna.

–Sí, se va a acostar con él –dijo Vivian.

–No –protestó Annie–. Es trabajo. Es...

–Te has puesto ropa interior para una cita –señaló Vivian mirando la braguita de encaje de Annie–. Demasiado bonita para diario.

–No es ropa interior para una cita y no me voy a disculpar por el hecho de que me guste la ropa interior bonita. Van a estar totalmente escondidas.

–¿Y por qué no ibas a querer salir con él? Esas imágenes que nos has enseñado van a aparecer en mis sueños durante mucho tiempo.

–Ni siquiera lo conozco. Simplemente me parece que va a ser un tema genial para mi documental –sacó de su abarrotado armario unos vaqueros oscuros y una colorida falda evasé–. ¿Qué opináis?

–Los vaqueros. Son súper ajustados y te quedan genial.

–Vale, entonces me pongo la falda.

–Esa falda parece algo que te pondrías para ir al mercado de agricultores.

–Tienes buen ojo. De hecho, la compré en el mercado de Fulton Street hace unas semanas. Está hecha de saris reciclados.

–Pues al final parece que no va a ser una cita –dijo Vivian dándose por rendida y con gesto trágico.

–Ya os lo he dicho –junto con la falda se puso una camiseta de tirantes y un suéter corto y resistió las ganas de maquillarse. Tal vez solo un poco de brillo de labios.

Sin embargo, a pesar de sus protestas, sí que se sentía como si fuera a tener una cita. Iba a cenar con un chico que quería cocinar para ella y eso tenía toda la pinta de... ser una cita, si no fuera porque ella tenía otras intenciones y una mochila cargada de equipo fotográfico. Quería que ese chico fuera el tema de su documental, nada más. Llegar a algo más personal podría estropearlo todo y la situación era demasiado buena como para estropearla. La primera vez que lo había grabado, lo había sentido: el zumbido de un diapasón en lo más profundo de su pecho resonándole por todo el cuerpo. Era su propia voz, hablándole con claridad. Sí, el chico era un bomboncito, pero tenía algo más. Sentía pasión por su oficio y poseía una apasionada y sexy energía que se reflejaba maravillosamente en la cámara.

Fue caminando hasta la casa de Martin en Greenwich Village. Vivía en un *loft* sin ascensor con paredes de ladrillo, vigas expuestas y techos altos.

–Mi humilde morada –dijo él haciéndole una reverencia al abrirle la puerta e invitarla a pasar. Llevaba una camiseta blanca y vaqueros, estaba descalzo y



tenía el pelo ligeramente húmedo.

No era humilde. Era increíble. ¿Cómo se podía permitir algo así un vendedor ambulante? ¿Provenía de una familia adinerada?

–Gracias por invitarme. Y por hacer esto. Estás siendo muy amable.

–Soy un actor nato –le quitó la mochila y enarcó las cejas al notar cuánto pesaba–. ¿Quieres empezar a grabar ya?

¡Dios bendito! Ese chico era un sueño hecho realidad.

–Claro. Solo necesito unos minutos para prepararme –mientras trabajaba, examinó la casa. Era una gran sala diáfana con un sofá bajo y una de esas teles caras de pantalla plana anclada a la pared, una zona de estudio, y una gran cama de plataforma perfectamente hecha. Lo que más destacaba era la cocina. Tenía un fuego de gas y una campana extractora de acero inoxidable, ambos de aspecto industrial, y una variedad de cuchillos y utensilios que hicieron que le apeteciera ponerse a cocinar con él. Tal vez ese era su «factor X», esa cualidad que lo hacía especial: te despertaba ganas de querer trabajar con él. Lo había estudiado en clase; era igual que cuando un espectador se implicaba en una historia al identificarse con el protagonista y quería formar parte de ella. Implicación de la audiencia, se llamaba.

Colocó el trípode junto a la encimera y empezó a grabar. Él le sirvió un *old-fashioned* con whisky de centeno acompañado por una hermosa cereza Luxardo. Dio un sorbo a la deliciosa y agridulce bebida sintiéndose ridículamente sofisticada. La cámara capturó la acción mientras él preparaba la cena.

–He corrido el riesgo de suponer que no tienes ni alergias ni aversiones alimentarias.

–Buena suposición. Tengo aversión por la comida que no sabe bien, pero algo me dice que eso no va a pasar en tu cocina.

–He tenido mis fallos –cocinaba con una seguridad absoluta mientras freía unos ligeros champiñones silvestres en aceite de oliva y los servía sobre *hummus* sazonado con cilantro. Después, le ofreció un delicado pastel de tomate con cebollas caramelizadas y virutas de hinojo junto con un rosado seco. El postre fue una compota de pera y manzana salpicada de dulce de leche de coco.

La maravillosa comida la hizo sentirse en la gloria.

–Es posible que no me marche nunca de aquí. ¿Me puedo mudar esta noche?

Él se rio.

–Eso es lo que la buena comida provoca en la gente.

–Y aun así estás soltero. ¿Por qué no tienes a mujeres rondando por tu casa como gatos callejeros?

–Ahora mismo estoy volcado en mi cocina. Quiero decir, me encantaría encontrar a alguien, pero esto acapara toda mi atención.

Ella se recostó en la silla con un suspiro de satisfacción.

–La cena ha sido fantástica.

–Gracias.

–Todos los platos eran veganos, ¿no? –le dijo sonriéndole.

–Sí –él enarcó las cejas con gesto de sorpresa–. Hay gente que no lo nota nada.

–Es la mejor comida que he probado en mucho tiempo.

–Me gusta mostrar mis distintos registros.

Ya que no dejó que lo ayudara a fregar, Annie lo grabó mientras él recogía y le hablaba sobre sí mismo. Había nacido y se había criado en Texas. Los Harlow eran una familia dedicada a la restauración desde hacía mucho tiempo que poseía tres asadores tremendamente populares en Houston. Después de la escuela de cocina, él se había marchado a Nueva York a buscarse la vida haciendo algo completamente distinto con su comida. Y como no tenía el dinero que necesitaba para abrir un restaurante, había optado por el carrito de comida.

Sirvió dos vasitos de aguardiente a modo de digestivo. Ella colocó la cámara sobre el trípode mientras él llevaba las bebidas a la sala de estar.

–¿Cómo diste con la fórmula perfecta para tu puesto de comida?

–Probando y fallando. Mucho –lo dijo con una sonrisa autocrítica–. Empecé con sándwiches cubanos y después probé con queso a la brasa, tapas españolas e incluso con natillas que aprendí a hacer en Macao.

–¿Estudiaste en China?

–Pasé un año en Asia. Me encantó. Pero fue el año en Francia lo que me dio la fórmula ganadora: la técnica del confitado. Al final di con un plato que me distingue de los demás y que hace que la gente se acerque a mi puesto.

–A juzgar por la multitud que vi, es un gran éxito.

–No siempre lo ha sido. Al principio el negocio iba despacio y después tuve un golpe de suerte. Guy Bellwether publicó una reseña en la guía *Time Out New York*. Es un comidista con muchos seguidores y me puso por las nubes. A la semana siguiente mis ingresos se habían cuadruplicado –dio un trago. Le mostró una colección de recortes de varias publicaciones y ella leyó con detenimiento algunos de los titulares. *Un nuevo nivel de comida callejera. El sándwich imprescindible. La salsa secreta de Martin Harlow.*

Ella se rio.

–¿Salsa secreta? ¿En serio?

–Eh, no soy yo el que escribe esas cosas.

–El crítico tiene razón. La salsa es clave.

–Yo también lo creo.

–Tu miel de trufa es deliciosa. El sabor es absolutamente sutil, pero sin ella, el plato no es más que otro sándwich delicioso.

–Exacto. Lo has captado. Me encanta que lo captes. ¿Y cómo es que una estudiante de cine sabe tanto de cocina?

–Fue mi primer amor –respondió Annie–. Mi abuela es la mejor cocinera que conozco y cree que cada receta tiene un ingrediente clave. El que la define. Es más, estaba pensando en llamar a mi proyecto «El ingrediente clave».

–Me gusta. Me gusta cómo funciona tu cabeza.

Pero la cabeza de Annie no estaba funcionando. Estaba jugando. «Vuelve al trabajo, Annie».

–¿Qué más te puedo contar? –preguntó él girándose hacia ella en el sofá.

–Lo que quieras. Quiero saber qué te motiva, qué te entusiasma y qué te inspira.

Él le quitó el pequeño vaso de aguardiente y lo dejó sobre la mesita de café. Se inclinó hacia ella y le sujetó la cara entre las manos.

–Tú –dijo en voz baja y mirándola a la cara–. Tú me entusiasmas. Tú me inspiras.

–Martin –se le cayó el alma a los pies. No quería flirtear con él. Quería grabarlo.

Él se apartó con las manos en alto, con una actitud muy inocente.

–No puedes culpar a un chico por haberlo intentado.

–La verdad es que sí puedo. En serio, si esto va a funcionar, tenemos que actuar como colegas. Como profesionales. Cuando un cineasta se implica demasiado con el tema, la película está condenada.

–¿Te han enseñado eso en la facultad?

–Sí, y lo he aprendido por experiencia. En el primer año de carrera grabé un corto sobre un mensajero en bici que se lesionó mientras grabábamos y me sentí fatal por él. Mi película resultó sensiblera y terrible, así que tengo que mantenerme imparcial y objetiva.

Él agarró su vaso y lo alzó hacia ella.

–Vale. Pues buena suerte.

–Martin.

Él sonrió como avergonzado.

–De acuerdo, vamos a volver al trabajo. Sé qué me estás preguntando. Me siento inspirado cuando alguien me llega como me has llegado tú. Cuando alguien entiende que no estoy haciendo sándwiches en el parque simplemente. Me entusiasma que alguien me haga sentirme bien con lo que hago.

–Ah –su sinceridad la dejó aturdida–. En ese caso, me alegro de serte de ayuda.

Sabía que Martin le estaba mirando los labios. Sabía que quería besarla. Resultaba halagador y en cierto modo quería que lo hiciera. Era raro que

estuviera sintiendo esa clase de atracción.

Sin embargo, se contuvo al recordarse que besar solo complicaría la situación. Martin Harlow era su proyecto de fin de carrera, no su novio.

Y, aun así, por primera vez en muchísimo tiempo, empezó a pensar que podía haber vida después de Fletcher Wyndham.

## Capítulo 15

*Ahora*

–Estoy lista para irme a casa –dijo Annie dirigiéndose al equipo médico congregado alrededor de la mesa de reuniones. Sus padres también estaban presentes, sentados el uno al lado del otro y mirándola nerviosos. Ella deseó que se relajaran y dejaran de mirarla así, como si tuviera una bomba pegada al pecho con cinta adhesiva–. Todos me habéis ayudado tremendamente –dijo sintiendo un nudo en la garganta–. Mucho más de lo que sabré nunca, ya que me he pasado la mayor parte del tiempo dormida.

Todos sonrieron y asintieron.

–Ahora ha llegado el momento de estar sola –hablaba como si fuera un presidiario intentando convencer al Comité de Libertad Condicional de que la soltaran. Su destino dependía de un comité de personas que pretendían saber qué era mejor para ella.

El médico, la trabajadora social, varios terapeutas y enfermeras la miraban con cariño, pero ella sabía que estaban escépticos. Ahora podía interpretar sus gestos sin recurrir a la tabla de emociones con las caritas redondas pegadas en ella. ¿No era eso una señal de progreso?

–Me gusta la seguridad que tienes –dijo el doctor King.

Ese hombre era fantástico. Nadie se había esperado que despertara del coma; la mayoría de los pacientes en su situación subsistían en un aterrador estado de sueño del que nunca regresaban. Pero el doctor King no la había abandonado. Annie había desafiado todo pronóstico y se lo debía a ese equipo.

–Quiero mejorar. Estoy mejor –miró alrededor de la mesa–. «Mejor» no significa volver a ser exactamente la misma persona que era antes, aunque tampoco puedo jurar que fuera tan buena entonces.

–Eras tú. Y ahora ha llegado el momento de alejarte de la persona que eras. Prueba a reconocer a la nueva persona que está surgiendo de todo esto y dale la bienvenida. Es un proceso. Un proceso de duelo. No es una muerte literal, pero es una pérdida.

El comentario impactó a Annie de un modo para el que no estaba preparada. La antigua Annie se había ido. ¿Quién era ahora? ¿Quién quería ser?

Una vida nueva. Qué concepto. Sintió emoción y después miedo. Y después mucho más miedo. Esa sería la nueva Annie normal, le habían dicho. El

problema era que «normal» era un término que le resultaba extraño. Desconocido. Los comienzos eran así, ¿no?

–Es el comienzo de un viaje –dijo el doctor King–. Y está lleno de oportunidades que tal vez no llegaste a imaginar antes.

–No sé qué imaginaba. Aún hay muchas cosas que no recuerdo.

–No tienes que preocuparte por recordarlo todo. Tu antigua tú se ha ido. Has vuelto a nacer, pero con un superpoder: tienes el beneficio del conocimiento previo. No tendrás que reinventar la rueda cada vez que quieras dar un paso.

Soltó un largo y lento suspiro y miró a sus padres.

–Bueno, ¿qué os parece mi nueva yo?

–Siempre nos has parecido increíble. Y tu nueva tú es más increíble todavía –dijo su madre.

La señora Rowe, la trabajadora social, dijo que Annie tenía un entorno seguro y reconfortante al que regresar: su casa de Switchback, donde sus padres y su hermano cuidarían de ella.

–Mi madre –la corrigió Annie lanzándole a su padre una mirada penetrante–. Mi madre es soltera.

–Yo también estoy aquí, Annie –dijo su padre con una tierna mirada mientras parecía asimilar el daño que le habían hecho esas palabras.

–Tu padre también formará parte de esto –dijo la señora Rowe, que se puso unas gafas de leer y consultó un documento–. Ethan Lickenfelt, ¿correcto?

El padre de Annie asintió.

–Sí, señora.

–Aquí su papel se describe como «apoyo emocional y económico, acompañante y apoyo para el fortalecimiento físico».

–Correcto –respondió él. Una ligera capa de sudor se le acumuló en la frente.

–En otras palabras, todo lo que no hizo cuando era pequeña –dijo Annie.

Su padre esbozó una mueca de disgusto.

–Creía que tenías problemas de memoria.

–La familia seguirá con sesiones de asesoramiento psicológico regulares –le dijo la señora Rowe al grupo y mirando en concreto a Annie.

–Me encanta.

–El humor y el sarcasmo son excelentes mecanismos de defensa –le dijo la psicóloga a Annie–. No dejes que enmascaren tus problemas.

–Quiero ayudar –se apresuró a decir su padre–. Siento no haber estado cuando me necesitabas, pero ahora estoy aquí. Me voy a quedar con mis padres en Milton. Se están haciendo mayores, así que me voy a hacer cargo de su negocio.

Annie se detuvo para asimilarlo. La idea de que viviera y trabajara cerca de ellos era sencillamente... desconcertante. Miró a su madre.

–¿Sabías esto?

Su madre agarró con fuerza el bolso que tenía sobre el regazo.

–Me lo ha contado esta mañana.

–¿Y te parece bien?

–Eh... sí. Queremos que tengas todo el apoyo que podamos darte.

Su padre le lanzó a su madre una mirada de agradecimiento.

–Todos estamos volcados en darle a Annie todo lo que necesite.

–Vaya –dijo Annie–. Esto parece una película cursi en la que los padres separados se vuelven a reunir por el bien de su hija moribunda y descubren que vuelven a estar enamorados.

–Eso no ha tenido gracia –dijo su madre aunque, sorprendentemente, se ruborizó.

Al final de la reunión, todos coincidieron en que Annie estaba lista para recibir el alta, siempre que su familia se comprometiera a continuar con su terapia en casa. Sintió un batiburrillo de emociones: gratitud, inquietud y un leve dolor que no comprendió. Les dio las gracias a todos, repartió abrazos, aceptó sus buenos deseos y posó para unas cuantas fotos.

–Vas a tener una vida increíble –le dijo el doctor King–. El próximo paso depende de ti.

–No tengo ni idea de qué paso quiero dar.

–No tienes que reconocer lo que tienes delante, aún no. Con el tiempo lo verás todo claro. El tiempo que se requiere es distinto para cada uno. Sé paciente contigo misma y apóyate en tus seres queridos. Estoy deseando verte construir la vida que quieres.

A Annie se le saltaron las lágrimas.

–Trabajaré en ello –dijo en voz baja. Ahora que recordaba su carrera en California, sabía que tenía que recuperarla, pero en ese momento le parecía imposible. Tenía que recuperar fuerzas. Necesitaba a su familia.

Cuando todos se marcharon, Annie y sus padres volvieron a su habitación. Ella se quedó en mitad del cuarto y dio una vuelta lentamente. Habían arrancado de las paredes los dibujos y las tarjetas, las notas y la agenda diaria. La cama, sin vestir, había quedado reducida a un colchón resistente al agua. Su vida había quedado reducida a ese momento.

El estómago le dio un vuelco de pánico al pensar en todo el tiempo que había pasado ahí, metida en su crisálida; apartada del mundo como Aurora, sumida en un sueño profundo en su torre encantada. La diferencia era que Aurora había despertado y se había encontrado al Príncipe Azul, y ella había despertado y se había encontrado unos papeles de divorcio.

Respiró hondo, cuadró los hombros, alzó la barbilla y siguió a sus padres por

el pasillo hasta el aparcamiento.

–Bueno –dijo su madre con un tono demasiado alegre que no logró enmascarar su preocupación–. Vamos allá.

–¿Quieres ir delante? –le preguntó su padre abriéndole la puerta–. De pequeña siempre querías ir de copiloto.

«Ya no soy pequeña», pensó, aunque dijo:

–Claro, si a ti no te importa, mamá.

–Por supuesto que no.

Su padre puso la radio, probablemente para ahuyentar al incómodo silencio. El trayecto hasta Switchback la bombardeó a recuerdos. Tener a sus padres juntos en el coche despertó un montón de imágenes que había olvidado hacía tiempo. Viajes a la ciudad al final del verano para comprar la ropa del colegio. Excursiones escolares a las granjas de Robert Frost y Calvin Coolidge. Viajes a Burlington o Montpelier en Navidad para ver *El Cascanueces* y *El Mesías de Händel*. Felices trayectos al hospital para ver a los bebés de Kyle y Beth. El pasado pasó volando ante sus ojos como el paisaje por la ventanilla del coche. Su casa. Iba a su casa. No era un lugar cualquiera.

Y el pueblo no era un pueblo cualquiera. El puente cubierto que cruzaba el río, recién pintado en color rojo granero, pareció darles la bienvenida. Ese pueblo, con sus calles flanqueadas por árboles y antiguos edificios de ladrillo y madera, había sido el telón de fondo de su infancia. La nostalgia se apoderó de ella al ver la biblioteca y las escuelas, las tiendas y el parque al borde del río con su pasarela arqueada y el quiosco de música junto al que se había sentado con sus amigas en una manta para escuchar los conciertos de verano; los campos de deporte y el estadio donde, en otoño, había pasado cada noche de viernes animando a los Wildcats.

Se le calmaron los nervios a medida que subían por la montaña. Al instante conectó con la casa donde había crecido. Estaba rodeada por jardines y huertos y por el arcedo. La belleza del lugar hizo que se le encogiera el pecho. ¿Por qué se había marchado de allí?

Porque había seguido un sueño hasta Nueva York. Y después hasta Los Ángeles. Cada parte de su viaje la había ido alejando más hasta otro lugar. Hasta otra vida. Hasta otro hogar.

¿Y ahora cuál era su hogar? ¿La casa de Laurel Canyon? Era luminosa, elegante y moderna, con una sofisticada cocina y una terraza que salía del dormitorio principal con vistas a la ciudad. Cuando llegaron a Los Ángeles, Martin y ella habían estado prácticamente a punto de tener que vender un riñón para poder comprar la casa.

Allí habían sido felices, ¿verdad? Recordaba haber invitado a amigos a tomar



una copa, haber colgado uno de los cuadros de su madre, haber practicado sexo en la ducha, haber elegido el mobiliario. Había formado una vida con un hombre que la había abandonado y la había enviado de vuelta con su madre. ¿Debería ponerse en contacto con él y ver si había cambiado de opinión ahora que había despertado?

Algo dentro de ella retrocedió ante la idea. Aún no.

¿Pero dónde estaba su hogar? ¿En Los Ángeles o ahí en Switchback?

Entró en la cocina de la granja por su propio pie y oyó el familiar crujido de la puerta mosquitera tras ella. Y entonces, al respirar profundamente, supo cuál era su hogar.

Solo ver la enorme mesa de madera le trajo ecos del pasado, momentos de alegría y tragedia y todo lo demás que había sucedido entre medias: «Nos vamos a divorciar». «Tu hermano se va a casar». «Tu abuelo ha muerto». «Has ganado una escarapela azul en la feria estatal». «Te han aceptado en la Universidad de Nueva York».

Ahí residían sus recuerdos más profundos.

Recordó cuánto quería a la abuela y cómo la había perdido. Recordó cómo había perdido a Fletcher, lo había recuperado, y lo había vuelto a perder para siempre. Sin embargo, aunque la abuela se había ido y Fletcher y ella habían roto, había salido adelante.

Y fue entonces cuando encontró a Martin. Había confiado en Martin. Le había entregado su sueño. Pero mientras dormía, también lo había perdido a él.

## Capítulo 16

*Entonces*

Annie estaba exultante al ver que su documental estaba casi terminado. Había grabado horas y horas de metraje de Martin, tenía cientos y cientos de planos fijos de él, de su oficio, de su mundo. Si querías a Martin Harlow hablando de sí mismo y de su trabajo, nunca había escasez de material. Aun así, lograba ser fascinante, ya fuera hablando de ir a recolectar puerros silvestres y colmenillas en primavera o de encontrar la presentación perfecta para un simple plato. Era tan generoso con su tiempo como lo era con su cocina.

Ella se volcó en el proyecto y se quedaba hasta altas horas de la noche editándolo, seleccionando material entre las horas de metraje y empalmando la historia con las palabras de Martin, el ruido ambiental, la música, las escenas de calle y las imágenes de su viaje por el Valle de Hudson recorriendo granjas orgánicas. La creación de esa película resultó ser más que un simple trabajo académico. Mientras trabajaba en el montaje final, se adentró en una zona creativa que nunca antes había descubierto. Trabajó horas y horas sin parar hasta el punto de sumirse en ocasiones en un estado febril. Perdía la noción del tiempo, y cuando una noche a las cinco de la madrugada le sonó el móvil, fue consciente de que llevaba toda la noche despierta. Encontró el teléfono demasiado tarde y ya habían colgado, pero su madre le había dejado un mensaje: «La abuela está enferma. Tienes que venir a casa».

Aquella noche Annie durmió en la cama de su abuela, igual que había dormido en ella de pequeña cuando se sentía sola en la suya. La habitación estaba frente a la suya, al fondo del pasillo. E igual que había hecho de pequeña, se tumbó entre las suaves sábanas y los cojines mientras la abuela y ella hablaban de la vida y la comida, de la familia y los sueños.

En esa ocasión, su conversación tuvo una intensidad especial. A la abuela le había sobrevenido la enfermedad de manera repentina y estaba recibiendo cuidados paliativos ya que se había negado en rotundo a probar tratamientos agresivos y arriesgados. Estaba decidida a abandonar su vida del mismo modo en que la había vivido: bajo sus propias condiciones y a su debido tiempo. Estaba extremadamente frágil, pero la vivaz luz de sus ojos aún resplandecía

cuando miraba a Annie.

–Eres especial para mí –le dijo la abuela–. Sé que lo sabes, pero aun así me quiero asegurar de que oigas estas palabras.

–Ay, abuela –Annie había estado conteniendo las lágrimas desde el momento en que había subido al tren en Nueva York–. Por favor, no me dejes.

–No lo haré –le dijo con una amable sonrisa–. Guárdame en tu corazón y siempre sabrás dónde encontrarme –con una mano temblorosa y frágil, le acarició el pelo–. Y sí, sé que no es igual. Nada permanece igual para siempre.

–Lo odio.

–No. Los cambios grandes son lo que nos hacen avanzar.

–Ay, abuela –repitió–. Ni siquiera tengo palabras para expresar lo triste que me siento.

–Pues entonces piensa en los momentos maravillosos, en la preciosa vida que he tenido y que ha estado tan repleta de todo lo importante. Aún hoy sigue siendo preciosa.

–Me alegro de que puedas decir eso. Me alegro de formar parte de ello.

Otra sonrisa, dulce y cansada.

–Me encanta ver que estás persiguiendo tus sueños.

–¿Es lo que estoy haciendo? ¿Persiguiendo mis sueños? –a Annie le temblaba la voz. Estaba perdiendo a la única persona que de verdad la entendía y la idea la aterrorizaba–. Este es el único lugar del mundo en el que me siento en casa. Pero cuando pienso en lo que quiero, eso me lleva lejos de aquí.

–Aaah –dijo la abuela asintiendo lentamente con sabiduría–. Esas elecciones no siempre son fáciles, pero encontrarás las respuestas. Sé paciente contigo misma. Escúchate.

Annie le ofreció una temblorosa sonrisa. El consejo era extraordinariamente parecido al que le había dado el profesor Rosen.

–Lo haría, pero no deo de contradecirme.

–No estaba nada segura de mí misma cuando me casé con tu abuelo y me trasladé aquí desde Boston. En aquellos tiempos eso era como marcharte a una tierra extranjera. No sabía si encajaría aquí en los bosques del norte. No tenía ni idea de si me encantaría vivir en una granja y producir sirope o de si haría amigos. Y resultó que encontré toda mi vida aquí, todo lo que siempre había querido y muchas cosas que no sabía que quería.

–¿Cómo supiste que el abuelo era el hombre de tu vida? Quiero decir, tenías toda tu vida en Boston. A tu familia y a tus amigos. Y entonces conociste a un granjero de Vermont... Debió de parecerse muy distinto de todo el mundo al que conocías.

–Lo era. Formar una vida con él resultaba algo insólito para una chica de

ciudad. Pero entonces tuve mi momento clave. ¿Sabes lo que es eso?

–Un momento clave. No. Dime.

–Es el momento en el que todo cambia. Hay un antes y hay un después. Y cuando sucede un momento clave, nunca vuelves a lo de antes. Tomas una decisión y es como tocar un timbre. No puedes frenarlo. Un momento clave es una sensación. El corazón te lo dice. Pero tienes que prestar atención.

–¿Y yo no lo hago? –Annie suspiró–. Un momento clave. Tendré que buscar uno.

–Pues entonces no tengo duda de que lo encontrarás.

–Ni siquiera estoy segura de que me vayan a gustar las cosas que quiero – confesó Annie–. Mis clases me han encantado y he aprendido mucho. Ahora tengo grandes ideas y ambiciones –echó la colcha sobre el hombro de la abuela y sintió sus delicados y frágiles huesos bajo ella–. Las cosas así me mantienen ocupada, pero a veces me siento tan sola que me duele. Tengo amigas, sí, es verdad, aunque muchas de ellas tienen pareja ahora que estamos terminando la carrera. Tres de mis compañeras de habitación ya están prometidas.

–¿Tú quieres prometerte con alguien?

–No –respondió Annie rápidamente–. Quiero decir, ahora no. Aunque sería genial volver a estar enamorada.

–Y lo estarás.

–¿Cuándo?

–Ay... Tú y tu ferviente juventud. No se puede elegir cuando. Solo tienes que abrirte a las posibilidades.

Annie pensó en los chicos que había conocido en la facultad. Había salido con algunos, les había dejado acercarse y después les había dejado marchar. Cada vez que conocía a alguien, sus pensamientos siempre giraban en torno a Fletcher Wyndham y a la tormenta de emociones que despertaba en ella. Nadie que hubiera conocido desde entonces había estado a su altura.

Se dio la vuelta y se colocó la mano bajo la mejilla.

–No quiero estar en este mundo sin ti, abuela.

–No tienes elección, amor mío. Sé que vas a estar bien.

–No. Me voy a hundir.

–Si lo haces, entonces las dos habremos perdido porque eso significará que no te he enseñado nada.

–Me lo has enseñado todo.

–No. Solo estás empezando. Todo lo que necesitas saber está justo aquí –la abuela le tocó la frente–. Solo tienes que conocerte a ti misma y saber qué necesitas. Y qué quieres. Y cómo conseguirlo.

–Solo eso –susurró Annie–. ¿Abuela?

–Estoy aquí.

–¿Hay algo de lo que te arrepientas? ¿Algo que te gustaría haber hecho?

–No, que yo sepa. Si hubo algo que quise hacer, lo hice. Con tu abuelo, en la cocina, con la familia. No me arrepiento de nada. Y eso es una bendición, ¿verdad? No arrepentirse de nada.

La abuela sonrió, pero fue una sonrisa cansada. Mamá decía que dormía mucho. La noche anterior, tras la llegada de Annie, la enfermera se había reunido con la familia para ayudarlos a prepararse para el camino que tenían por delante. Saskia Jensen era una mujer sabia e increíblemente buena que escuchaba más que hablaba. Annie recordó uno de los consejos que les había dado.

–Saskia nos ha dicho que no deberíamos callarnos nada –le dijo a su abuela–. ¿Lo hemos dicho todo? ¿Cómo puede ser?

–Somos muy afortunadas tú y yo, Annie. Sé que me quieres –susurró la abuela–. Lo he sentido cada día desde que naciste. Sé que me has dado mucho por lo que sentirme feliz y orgullosa.

Annie cerró los ojos conteniendo las lágrimas. Después los abrió y miró a su abuela. Era el rostro más hermoso del mundo, con los ojos del color del sirope ámbar oscuro y los labios arqueados en una suave sonrisa. Las arrugas de su cara eran el mapa de carretera de una vida bien vivida.

–¿Alguna vez te he dado las gracias? –susurró Annie–. A lo mejor eso es lo que me falta por decir. Gracias, abuela, por todo. Cuando pienso en ti, pienso en todo lo bueno del mundo. Y no me puedo creer que nunca te haya dado las gracias.

–Oh, mi dulce Annie. Lo acabas de hacer.

Annie preparó una comida con todos los platos favoritos de la abuela, aunque la abuela apenas pudo comer. Probó unos bollitos caseros y *crème brûlée* y admiró las creaciones de Annie, aunque se conformó con su Pedialyte y alguna que otra galleta salada. Annie le preparó batidos; uno de chocolate hecho con auténtico polvo de malta que había comprado en una tienda *gourmet* en Nueva York y otro de sirope de arce y nuez moscada.

Trasladaron la cama de la abuela a la planta baja, a una pequeña sala con chimenea contigua a la cocina. Cuando se construyó la casa, según contaba la abuela, ese era el lugar donde se quedaba la gente cuando enfermaba o estaba a punto de dar a luz. O de morir. Tenía una ventana con vistas al jardín trasero.

Un último azote invernal de pronto cubrió el jardín con una inhóspita nieve amenazando los delicados brotes de los manzanos. Unos densos e inoportunos copos de nieve cayeron sin cesar durante la noche borrando todo rastro del día

anterior.

Imperturbables ante la tormenta de primavera, los niños se abrigaron bien y salieron a jugar. La abuela los vio divertirse a través de la ventana. Annie los ayudó a fabricar un muñeco de nieve. Lo vistieron con una vieja gorra de caza de cuadros del abuelo y le colocaron un letrero con la letra de la canción favorita de la abuela. *You Are My Sunshine*.

La abuela no quería ni oír que Annie pospusiera el final de sus estudios. Tenía que terminar lo que había empezado, le dijo, y podía ir a visitarla los fines de semana. Según pasaban las semanas, Annie fue viendo a su abuela apagarse, poco a poco.

Un sábado de mayo, se fue al pueblo en el coche para despejarse y quedar con su amiga Pam Mitchell para charlar un poco. Pam se había convertido, ni más ni menos, en toda una experta destiladora de whisky siguiendo los pasos de su padre. Trabajaba para la empresa familiar, una destilería artesanal que enviaba sus especialidades a bares de lujo del sur del estado y de Boston.

–Enséñamelo todo –insistió Annie–. ¿Y me dejas grabar la fábrica?

–Claro. Te va a encantar.

–Qué bien me conoces.

Pam le mostró el recipiente que contenía la receta familiar secreta: maíz, cebada malteada y copos de centeno tostados.

–Ahora parece alpiste, pero cuando le añadamos el agua del pozo y la levadura de whisky, colaremos los sólidos y canalizaremos el líquido hasta dentro del alambique. Los restos sólidos son para los cerdos del vecino y él dice que nunca los ha visto tan contentos.

El brillante alambique de cobre estaba situado en un viejo establo reformado que ahora olía a malta fermentada. Annie inhaló el embriagador aroma mientras Pam extraía una muestra del líquido transparente y se lo daba a probar.

–Este es el whisky «perro blanco». Es el término para los licores no añejados, que antes se llamaban «brillo de luna».

Annie probó un poco y esbozó una mueca.

–¡Caray! Es como alcohol de quemar.

–Es terrible hasta que lo envejecemos.

Los antiguos establos estaban atestados de barricas de roble blanco, cada una de ellas ahumada por dentro con turba para darle al whisky su sabor. Había bidones de doscientos litros llenos de los granos y el maíz hervidos para producir alcohol.

–Solo estamos produciendo unos setenta y cinco litros a la semana. Después

pasa a las barricas para el envejecimiento en madera –continuó Pam–. Aquí tienes un poco del mismo licor, siete meses después –le dio una copita. El whisky tenía el color del sirope de arce de grado A. Sabía a humo, a vainilla dulce y a nueces tostadas.

–¡Guau! –exclamó Annie–. Es fantástico.

–Gracias. Es un arte, eso sin duda. He estado trabajando en el equilibrio de sabores. Este es el de nuestra receta secreta; sabe a *bourbon*, pero es más suave y más delicado.

–Y tanto que sí –Annie grabó y sacó fotos. Se sentía inspirada por el trabajo de su amiga y la alquimia del agua y el grano transformados en el proceso.

La planta de embotellado ocupaba otra parte del edificio.

–Me gustan los tarros de conservas –dijo Annie.

–Gracias. Me encantaría crear una botella más chula, pero ahora mismo estamos demasiado apretados. Actualmente sacamos cincuenta dólares por botella. Parece mucho, pero los gastos generales son excesivos. Mi padre quiere encontrar un socio capitalista. Solo cada barril cuesta ochenta dólares –dijo señalando una colección de barriles de roble desgastados amontonados junto al muelle de carga–. La mayoría de esos tienen al menos veinte años. Cuando pasa un tiempo, ya no los reutilizamos. Espero darles una segunda vida con alguien que quiera convertirlos en otra cosa, muebles o tallas, o incluso utilizarlos para envejecer otra cosa. Ahora eso está muy de moda.

A Annie se le ocurrió una idea.

–Para envejecer otra cosa... como el sirope de arce.

Pam sonrió.

–Me gusta cómo piensas.

–Mejor no nos vamos a parar a pensarlo. Sé que es una locura, pero vamos a hacerlo. Imagina que te envió un par de bidones de sirope. ¿Me los envejecerías?

–¿De Sugar Rush? Por supuesto. Trato hecho –Pam sirvió una copita para cada una–. Mira qué guays somos. Ya somos unas chicas maduras y estamos haciendo locuras juntas.

–Por la madurez –dijo Annie–, aunque no sea tan buena como parece.

–Bueno, pero podemos beber –respondió Pam guiñándole un ojo–. Y eso ya es algo –brindaron.

Charlaron sobre sus días de instituto y repasaron el viaje por el que las habían llevado sus vidas en los últimos tres años.

–Deberíamos jugar a un juego –dijo Pam–. Cada vez que una diga «¿Te acuerdas de...?», tenemos que beber.

–Entonces no aguantaríamos ni cinco minutos. Además, que nos bebiéramos tu licor de cincuenta pavos la botella seguro que enfadaría a tu padre. Ponme al día

con los cotilleos –le suplicó–. He estado a millones de kilómetros.

–No tengo nada que contar –dijo Pam–. Trabajo todo el tiempo.

–Anda, venga.

–Vale, estoy saliendo con un chico. Bueno, no solo estoy saliendo con él. Me estoy enamorando de él.

–¡Pammy! –Annie se sintió emocionada por su amiga.

Pam se sonrojó.

–Se llama Klaus y es sumiller. Trabaja en Boston. Es complicado estar separados, aunque ya hemos hablado de irnos a vivir juntos.

–Me alegro por ti. Espero que funcione.

–Yo también. El problema es que no puedo irme de la destilería. Somos una empresa muy pequeña y tengo que estar aquí todo el tiempo. Y por mucho que me encante Switchback, no veo que en el pueblo haya muchas oportunidades para un sumiller.

–La abuela te diría que el corazón encontrará la solución.

–Ay, qué bonito. ¿Cómo está? Quiero decir, ¿está tranquila?

–Creo que sí –Annie se bebió el resto del whisky y el licor le cayó por la garganta atravesando la aspereza de las lágrimas que se le estaban acumulando–. Está dormida casi todo el rato. Es terrible perderla, pero parece que está en paz. Hemos tenido muchas conversaciones muy agradables –Annie respiró hondo– y no le gustaría que estuviera hablando así de ella. Así que, más cotilleos, por favor.

–A ver... Sanidad ha cerrado el Sly's Burgers and Fries por violación de normativas.

–¡Ay, no! Me encantan sus hamburguesas y sus patatas.

–Sly promete cumplir con las normativas y reabrir. Su nuevo enfoque consistirá en ingredientes locales, ternera de pasto y productos ecológicos.

–Me alegro. Eso nos beneficiará a todos.

–Ginnie Watson pilló a su marido engañándola con una mujer de su grupo de Los Doce Pasos del centro de desintoxicación. Creo que lo llaman «el paso decimotercero».

–¡Hala! –Annie recordaba a Ginnie del instituto; era una chica discreta, bien educada y entregada a su novio, con el que se había casado la semana siguiente a la graduación–. Cuánto lo siento por ella.

–Se recuperará una vez se haya repuesto del impacto. Debería haber una norma que prohibiera que la gente se casara, al menos, hasta que tuviera edad suficiente para beber.

–Eso, eso.

–Ah, y Celia Swank se comprometió con ese chico rico, el socio del complejo



hotelero de Stowe, y después él la abandonó.

–Seguro que no se lo tomó muy bien –Celia nunca había sido una chica discreta ni bien educada; simplemente era una chica tremendamente guapa y obsesionada con el dinero y las compras. Su momento más sonado en el instituto fue en el último curso, cuando se enrolló con un profesor en prácticas poniendo fin así a la carrera del chico antes siquiera de que comenzara.

–Yo creo que echa más de menos el dinero que al novio –dijo Pam.

Todo el mundo tenía una amiga así, pensó Annie. Incluso hoy en día había mujeres que no confiaban en sí mismas y buscaban a un hombre que se ocupara de ellas. Annie se alegraba de proceder de una larga tradición de mujeres fuertes que sabían cómo navegar por el mundo solas.

–Siempre oímos que el dinero no compra la felicidad, pero no dejamos de pensar que sí que lo hace –apuntó–. El hombre más rico del pueblo, el señor Baron, es una de las personas más infelices que he conocido.

Recordó que todos los niños de Switchback le habían tenido miedo. El millonario dueño de una empresa maderera era un tacaño, siempre estaba enfadado y echaba a la gente de su porche cuando iban recaudando dinero para el Club 4-H o para la banda del colegio. Vivía en una mansión histórica llena de arte y tesoros, pero su esposa lo había abandonado hacía mucho tiempo y sus hijos nunca iban a visitarlo.

Pensando ahora en el flujo constante de familia y amigos que iban a visitar a la abuela, Annie supo una cosa con total seguridad: el dinero nunca era el ingrediente clave.

–Estoy de acuerdo –dijo Pam–. Si me importara el dinero, no estaría haciendo whisky artesanal. Y por cierto, para que lo sepas, el señor Baron no es el hombre más rico del pueblo.

–¿No? ¿Y entonces quién?

–Sanford Wyndham, el padre de tu antiguo amor.

A Annie se le encogió el estómago. Solo el nombre despertó en ella un aluvión de emociones.

–¿Y eso cómo puede ser?

–¿Te acuerdas de la demanda por lo de aquel horrible accidente? Al parecer, al final la ganó y le dieron una fortuna. Aunque aún sigue con el taller.

–¡Vaya! ¿En serio? –pensó en lo obsesionado que había estado Fletcher con el caso. Durante mucho tiempo, ella había dado por hecho que esa era la razón por la que sus caminos se habían separado. Ahora sabía que no era así. Al igual que les había pasado a la pobre Ginnie y a su marido infiel, simplemente habían sido demasiado jóvenes.

–Deberías ir a buscar a Fletcher –dijo Pam.

Annie sonrió.

–Sí, claro. Y le voy a decir que ahora que es de familia rica, quiero que vuelva a ser mi novio.

Cuando Annie llegó a casa, un coche que no reconocía estaba aparcado en la entrada. Fue adentro y encontró a Kyle ayudando a los niños con los deberes.

–Papá está aquí –dijo su hermano levantando la mirada de la mesa de la cocina–. Está dentro con la abuela.

Annie sintió nervios en el estómago. Ya no le quedaban restos del whisky que había tomado con Pam y deseó que no fuera así. Su padre estaba allí. Entró en la habitación. La habitación estaba poco iluminada y muy tranquila, con una suave música sonando por la radio.

–Hola.

–Ey, hola –su padre estaba bronceado y se le veía esbelto con esos pantalones de color caqui y una camisa blanca con las mangas remangadas. Se levantó y extendió los brazos.

Ella se acercó brevemente para darle un abrazo. Por mucho tiempo que hubiera pasado, aún conservaba ese olor a papá, el mismo contra el que se había acurrucado cuando era pequeña y él le leía cuentos antes de irse a dormir.

–No sabía que ibas a venir.

–Quería verla.

Annie se sentó en el lado opuesto de la cama. La abuela parecía estar profundamente dormida.

–Lo siento mucho, cariño. Tu abuela y tú tenéis un vínculo muy especial.

Annie asintió, no le salían las palabras.

–Estoy en casa de mis padres. Os mandan mucho cariño y también esto –dijo mostrándole una cesta de mimbre rebosante de productos *gourmet*.

–Qué bonita –dijo Annie–. Los llamaré mañana.

Se quedaron sentados en silencio, uno a cada lado de la cama con la abuela en medio, apenas respirando y con los ojos cerrados. Annie observó ese rostro tan querido, ahora pálido y demacrado. Se preguntó con qué estaría soñando la abuela. ¿Con el pasado y la gente que había querido? ¿O se habría trasladado a algún otro lugar, a ese lugar que solo llegas a ver cuando llega tu hora?

–Quería mucho a tu abuela –le dijo su padre–. Y me gusta pensar que ella también me quería.

–Nunca dijo nada –respondió Annie sin rodeos.

–Espero que eso signifique que me tenía en estima –estiró la colcha sobre el hombro de la abuela–. No te culpo por ser dura conmigo. Ojalá estuviéramos

más unidos.

Annie le observó la mano; estaba acariciando con mucha delicadeza la suave colcha.

–Ojalá.

Annie no dijo más. Estaba pensando en el hecho de que los hombres se marcharan. Sabía que no era una regla que se aplicara a rajatabla, pero era lo que había pasado en su mundo. Su abuelo se había marchado un día, había tenido un accidente en el bosque y no había vuelto. Su padre se había marchado y había vuelto dos veces al año para ver a sus hijos. La gente le preguntaba a su madre por qué casi nunca salía con hombres, pero Annie sabía el motivo. Su madre no quería entablar una relación con un hombre al que luego tuviera que ver marchar. Y a ella le parecía un buen plan. Tampoco tenía pensado tener una relación seria con nadie, y si la tenía porque fuera inevitable, entonces se marcharía antes de que lo hiciera el chico.

Se levantó; se sentía oprimida por la atmósfera de la habitación y por sus oscuros pensamientos.

–Luego nos vemos, ¿vale? Mándame un mensaje si quieres ir a tomar café o algo mientras estás aquí.

–Claro. Nos vemos.

Se marchó dejando la puerta ligeramente entreabierta y sintiéndose muy extraña.

Giró la cabeza y vio a su padre agachar la cabeza y soltar unos grandes y efusivos sollozos que sacudieron su alto y esbelto cuerpo. Annie se quedó paralizada, intentando decidir si volver a entrar en la habitación y consolarlo o dejarle intimidad. Tal vez si lo hubiera conocido mejor, habría sabido qué hacer.

Pero no. No lo conocía. Y no supo qué hacer.

Al día siguiente, Annie fue a ver a sus abuelos y a su padre a un pueblo situado a treinta kilómetros. Como era de esperar, la visita fue tensa, con largos silencios rotos por conversaciones con las banalidades más banales. Eso era lo que pasaba cuando perdías contacto con alguien.

Después decidió parar en Switchback para comer algo antes de volver a la montaña. Aparcó cerca del Starlight Café y al bajar del coche contuvo el aliento ante la repentina bajada de la temperatura. Era primera hora de la tarde y el frío era como una brutal corriente de aire del norte. El viento que descendía de las alturas le produjo un ligero cosquilleo en la cara. Echó la cabeza atrás y miró al cielo color púrpura.

–No, no –dijo en alto–. Joder, no.

Pero estaba en Vermont y allí al tiempo no le importaba si estaban o no en mayo. El aguanieve pronto se convirtió en copos que cubrieron los azafranes y los tulipanes de los parterres del parque del Juzgado.

Se metió las manos en los bolsillos y echó a caminar pensando en lo que había dicho la abuela. Nada de arrepentimientos.

De pronto olvidó que tenía hambre. El Taller GreenTree estaba a dos manzanas. Mientras pasaba por delante de las tiendas, los negocios familiares y los restaurantes, intentó discernir si era una buena idea o un impulso irreflexivo, de esos que le parecían brillantes hasta que los pensaba detenidamente.

«Nada de arrepentimientos», se recordó. Si no buscaba a Fletcher, nunca lo sabría.

¿Saber qué?

Lo vio en la zona principal del taller, trabajando al lado de su padre con un coche con la capota abierta. Verlos a los dos trabajar juntos le recordó lo unidos que habían estado siempre. «Dos contra el mundo», había dicho una vez Fletcher. Incluso desarrollando labores mundanas, eran un equipo, se pasaban herramientas y charlaban. La estrechez de su vínculo era palpable. Fletcher había visto a su padre pasar por una de las experiencias más terribles que se puede tener en la vida y Annie sospechaba que se habían unido aún más precisamente por eso.

Su ojo de cineasta encuadró el plano de los dos hombres cuya silueta se reflejaba contra la brillante luz del local. Parecían un cuadro de Edward Hopper, un momento corriente paralizado en el tiempo. Fletcher y Sanford habrían sido un tema interesante para su documental. Tal vez debería haber... no. No y punto.

Respiró hondo y rebuscó en el bolso para ver si llevaba un pintalabios, pero lo mejor que pudo encontrar fue un bálsamo labial con sabor a piña colada. ¿A quién le parecía buena idea ese sabor? Lo guardó y, apresuradamente, masticó una pastilla de menta. Después se acercó a la puerta abierta pisando con cuidado sobre el resbaladizo suelo.

Los nervios le revoloteaban por el estómago, pero se obligó a seguir avanzando.

—Hola, chicos —dijo al entrar al taller. Un calefactor instalado en la pared le dio una cálida bienvenida.

—¡Annie! ¡Cuánto tiempo! —dijo Fletcher con una sonrisa de sorpresa y regocijo. Estaba increíble, incluso con el mono y las botas de seguridad. Atrás había quedado su larga melena de rebelde del instituto y, por alguna razón, el corte de pelo le sentaba aún mejor.

Fletcher parecía... el mismo, pero distinto. Estaba más grueso, más robusto que el chico que había conocido en el instituto o que el joven que la había

apartado de su lado porque no había tenido tiempo para ella. Mientras colgaba una herramienta y, sonriendo, le decía algo a su padre, ella sintió un profundo anhelo por dentro. Esa sonrisa. Era la misma que le había encendido el corazón y su recuerdo nunca había llegado a abandonarla del todo.

–Hola, forastera –dijo Sanford acercándose con una leve cojera–. Pasa, que aquí hace calor. A los dos nos gustaría darte un buen abrazo, pero eso te estropearía tu bonito conjunto.

–Entonces de momento paso –entró en la abarrotada zona de oficina a esperar mientras ellos se quitaban los monos y se limpiaban la grasa de las manos en un enorme fregadero. Inhaló el aroma a lubricante y neumáticos nuevos y se fijó en el calendario y los pósteres de chicas en biquini anunciando neumáticos y herramientas.

–Acabo de apagar la cafetera –dijo Sanford–. Aún está caliente. Te puedo preparar una taza.

–¡Ay, gracias! Ya me sirvo yo –vertió la sustancia con color de lodo en una taza. Vivir en la ciudad y trabajar en un restaurante de lujo la habían convertido en una esnob del café, pero, sin pensarlo, dio un trago–. Quería pasar a veros.

–Perfecto –dijo Sanford secándose las manos con una toalla–. Y me encantaría quedarme a charlar contigo, pero he quedado con una amiga.

–¿En serio? Qué bien –lo vio sonrojarse.

Él se puso un anorak y unos guantes y giró el letrero de la puerta. *Cerrado*.

–Sí, muy bien. Fletch, no olvides conectar la alarma cuando cierres.

–Claro.

Vio a Sanford marcharse y no pudo evitar fijarse en cómo caminaba. Su paso era suave y seguro y cuando se subió al coche, se fijó en que no podía apreciar la diferencia entre sus piernas.

–¿Está tan bien como parece? –le preguntó a Fletcher.

–Sí. La prótesis es de última generación y lleva un microprocesador en la rodilla. Está genial. Últimamente pasa más tiempo en casa de su novia que en la nuestra.

–Vaya, pues me alegro mucho. Quiero decir que me alegro por él –se apoyó contra una encimera cargada de papeles. La sensación que la invadía por dentro se intensificó–. ¿Y tú cómo estás?

Él colgó el mono en un gancho detrás de la puerta.

–Bien, ¿y tú?

–Yo... no muy bien –las lágrimas se le acumularon en la garganta–. Mi abuela está enferma.

–¡No! –se giró y le lanzó una tierna mirada–. Cuánto lo siento.

Ella se estremeció. Se rodeó con los brazos.

–Está en casa, pero con cuidados paliativos. Yo... Todos estamos intentando no estar tristes todo el tiempo.

–Ella no querría que estuvierais tristes.

–Lo sé. ¡Es tan duro! Cuando la abuela nos deje, el mundo será totalmente diferente. ¡La quiero tanto, Fletcher!

Él tocó unos interruptores de la pared y activó la alarma.

–Vamos a tomarnos algo de verdad.

Annie tiró el café por el desagüe y aclaró la taza y la jarra. La idea de beber con Fletcher resultaba irresistible.

–Buen plan.

La nieve caía con fuerza mientras recorrían las dos manzanas hasta el centro del pueblo. La Cervecería Switchback era un local cálido y acogedor, con un agradable fuego encendido en una estufa barriguda y unos cuantos hombres jugando al billar. Pidieron dos pintas de grifo y se sentaron en un banco, ambos al mismo lado de la mesa. Él le rozó el muslo con el suyo y ella se movió sintiendo una curiosa calidez. Una calidez familiar. Estar al lado de Fletcher era como ponerse su jersey más suave y cómodo.

Fletcher dio un trago de cerveza y se giró hacia ella.

–¿Qué tal la facultad?

–Casi he terminado. Solo quedan un par de semanas para la graduación.

Él levantó el vaso.

–Es genial, Annie. Lo has logrado. Eres una universitaria graduada.

Se quedaron sentados en silencio unos minutos. Una peculiar melancolía se apoderó de Annie, que empezó a hablar con él como si fueran unos meros conocidos. Antes, Fletcher lo sabía todo sobre ella, y ella se deleitaba con el roce de sus manos y de sus labios sobre su cuerpo y se sorprendía ante la facilidad con la que le entregaba su confianza y su corazón. Pensó en los planes que habían hecho juntos. Pensó en los sueños que habían compartido e imaginó dónde estarían si se hubieran hecho realidad. ¿Habría ido Fletcher a Nueva York y habría formado una vida con ella? ¿O eso solo había sido una fantasía de adolescencia? Lo más probable era que hubieran acabado como Ginnie y ese cómo-se-llame.

–Pam me ha dicho que habéis ganado la demanda.

–Sí, al final sí.

–Ha debido de ser un alivio.

–Sí que lo es.

–No sé por lo que habrás pasado, pero el hecho de que esto haya durado tres años... ¡vaya! Me alegro de que lo hayáis podido dejar atrás. Pam dice que ahora tu padre es multimillonario.

Fletcher se rio.

–Digamos que no va a tener que volver a preocuparse por el dinero nunca más. Preferiría recuperar su pierna, pero ya está en paz con eso. Creo que ganar la demanda le ha dejado con la sensación de que se ha hecho justicia. La causa del accidente estaba muy clara desde el principio.

–Bien. Se ha hecho justicia. ¿Y ahora qué vas a hacer? –había una diminuta llama de esperanza en ella. «¿Podríamos volver a intentarlo? ¿Por favor?».

Él esbozó una brillante sonrisa.

–Pues hablando de justicia... He decidido estudiar Derecho.

–No. ¿En serio?

Él asintió.

–Aprendí mucho con la demanda. Me saqué un título como asistente judicial en unos cursos *online*. La jueza de nuestro caso me animó mucho y me dijo que fuera a por ello. Saqué una nota muy alta en las pruebas de admisión para la facultad de Derecho y empezaré las clases en otoño.

–Fletcher, es genial.

–Ha sido un camino largo y duro. Mi padre lo ha pasado muy mal, pero ahora está bien. Se las apañará sin mí.

–¿Sabe lo afortunado que es de tenerte? En serio, Fletcher, has mantenido una actitud alucinante en todo esto.

Él sacudió la cabeza.

–He hecho lo que tenía que hacer. Y no te voy a mentir, no ha sido nada fácil. Pero he aprendido mucho y he encontrado algo que quiero hacer.

Así que tenía planes. Estaba siguiendo adelante con su vida.

–Por los dos, entonces –dijo ella brindando con el borde de su vaso. El antiguo dolor del anhelo y la añoranza le presionó el corazón.

Fletcher sonrió.

–Por los dos. Una pregunta.

–¿Qué?

–¿Tienes novio?

Annie se sonrojó.

–No. ¿Y tú?

–No, no tengo novio. No es mi rollo.

–Ja, ja, muy gracioso. ¿Estás saliendo con alguien?

Él negó con la cabeza.

–No –juntó su pierna con la de ella–. He estado demasiado ocupado.

–¿Con la demanda, quieres decir? –Annie sintió un agradable escalofrío.

–Echándote de menos.

¡Ay, madre!

Ella lo miró a los ojos. A los labios.  
–Yo también te he echado de menos.

Annie imaginó su amor como las brasas de un fuego casi apagado, hundido en polvorientas cenizas, que después, con un soplo de fresca emoción, volvieron a la vida. El fin de semana se convirtió en un desenfrenado festival sexual. Estaba hambrienta de él, literalmente hambrienta. No sabía si esa sensación tenía su origen en la tristeza por la abuela, en el alivio de él tras la terrible experiencia por la que había pasado su padre o en la chispeante química que los había unido desde el momento en que se habían conocido. Solo sabía que sentir sus brazos rodeándola, la presión de sus labios sobre los suyos y la unión de sus cuerpos resultaba algo completamente perfecto.

Tenían toda la casa para ellos. No preguntó por qué, no preguntó si Fletcher le había dicho a su padre que no se acercara por allí o si Sanford tenía otros planes. Lo único que sabía era que estar en sus brazos fue como volver a casa de nuevo. Todo adoptó un brillo especial.

–¿A qué viene esa sonrisa? –le preguntó él mirándola a la cara mientras estaban tumbados a última hora de la mañana, adormilados por el placer tras haber hecho el amor al despertarse.

Ella agachó la cabeza y la hundió en su musculoso hombro.

–Solo estoy... fantaseando. Imaginando.

–¿Imaginando qué? –Fletcher trazó la curva de su muslo con la mano.

Annie vaciló. Todo era mágico ahora mismo y no quería estropearlo.

–Es una tontería. Estaba imaginando la casa en la que viviríamos algún día.

–¿La casa de Henley Street? –él no parecía nada sorprendido por su comentario.

–No me puedo creer que lo recuerdes. Sí, la casa Webster. Pero va a necesitar un poco de reforma. Tenemos que asegurarnos de que tenga una cocina de alta gama –se estiró y se acurrucó contra él– y librerías en todas las habitaciones. Me encantan los libros.

–Lo sé. Sé lo que te encanta.

–Muchas ventanas y claraboyas porque, bueno, estamos en Vermont. Un jardín lleno de tomates y plantas aromáticas. Y el porche trasero necesita un balancín de madera; uno de esos rústicos con cojines blanditos lo suficientemente largos para echarse una siesta.

–Me gustan los balancines de porche.

–Y a mí me gustas tú –dijo ella dándole una hilera de besos por el pecho. La casa que imaginaba se transformó en otro tipo de fantasía y volvieron a hacer el



amor. Se sentía sumida en la maravillosa sensación de estar de nuevo a su lado, pero ya no era una adolescente y tenía preguntas.

–Ya nos hemos separado antes –dijo. No fue una pregunta.

–Sí.

–¿Y si vuelve a pasar?

–Supongo que eso depende de nosotros.

–Lo único que sé es que quiero estar contigo. Todo el tiempo.

–Va a ser complicado. Tú estás en la ciudad y yo estoy aquí hasta que empiecen las clases.

–Encontraremos un modo de solucionarlo.

–Bien, de acuerdo –dijo llevándola contra sus brazos–. Vamos a hacerlo. Vamos a encontrar un modo.

Los compañeros de Annie del grupo de estudio organizaron una proyección de sus proyectos de fin de carrera. A ella le costó concentrarse porque su mente la ocupaban Fletcher y lo que habían empezado. Con esfuerzo, se recordó que solo faltaba una semana para las evaluaciones y las presentaciones finales.

Todo el mundo estaba tenso. El grupo llevaba junto desde el primer año de carrera, reuniéndose para preparar proyectos y exámenes y animándose entre sí en rupturas sentimentales, exámenes suspendidos y problemas familiares. Durante las últimas semanas, Annie se había estado apoyando mucho en ellos mientras se preparaba para la muerte de la abuela.

Eran cinco y la proyección duraría horas porque, aunque las películas eran cortas, las discusiones y críticas probablemente se prolongarían hasta la noche. Era un trabajo necesario, por supuesto. El proyecto era decisivo para los alumnos de Cine y el comité de evaluación estaría dirigido por el conocido profesor Joel Rosen.

La primera clase de Cine a la que Annie había asistido había sido la de Rosen, así que le parecía de lo más apropiado que él fuera a evaluarle la última. Cuando pensaba en lo lejos que había llegado, rezaba por que fuera lo suficientemente lejos.

La proyección en grupo resultó impresionante e intimidante a la vez. Tras ver el trabajo de su amiga Padma sobre la sala de maternidad de un hospital público de Bengala, no le pudo encontrar ni un solo fallo. El de Shirley mostrando el día a día de una residencia para personas con demencia resultó inesperadamente divertido en su justa medida. El estudio de Moe sobre los tatuajes realizados en prisión era visceral y significativo. Royston, a quien apodaban «Richie Rich», le había dado un buen uso al dinero de su padre. Había volado hasta Groenlandia

para mostrar con desgarrador detalle cómo el calentamiento global estaba destruyendo el estilo de vida de los Inuit.

Había llegado la hora de cenar cuando le llegó el turno a la proyección de Annie. Después de haber visto los demás, su confianza en sí misma se tambaleaba. El grupo había realizado unas películas maravillosas y trascendentales. Ahora solo esperaba que la pasión que sentía por el tema que había elegido sirviera para ensalzar su trabajo y evitara que resultara un documental más sobre comida. ¡Pero bueno! ¿En serio? ¿Pato confitado sobre un bollito? ¿En qué había estado pensando?

–¿Qué tal si no paramos para cenar? –le preguntó al grupo.

El quejido generalizado resonó con fuerza y los improperios aún más.

–Vale, parad –dijo riéndose–. Ya sabéis que jamás permitiría que os murierais de hambre. Sabéis que tengo un plan.

–Es verdad. Los picoteos que preparas para las horas de estudio son geniales, Annie. Por favor, dinos que has traído algo –dijo Moe apretándose la tripa.

–Qué mimados estáis. Os he estado malcriando desde primer curso –y había disfrutado haciéndolo. Había invitado a su grupo de estudio a probar las muestras de sus clases de cocina y las sobras del restaurante Glow, donde trabajaba. A veces preparaba cosas improvisadas usando sencillamente el hornillo y la tostadora de su habitación. Sus barras de sirope heladas eran legendarias–. Pero hoy he hecho algo mejor –dijo–. He traído a alguien.

–Esto pinta bien.

Miró su BlackBerry. Sí, todo estaba marchando según lo previsto.

–Seguidme –dijo y, dirigiéndose al supervisor de la sala, añadió–: Ahora mismo volvemos. Y no te preocupes, te traeremos algo.

Bajaron a la planta baja. Una ráfaga de fragante vapor emanaba del carrito de comida situado en el aparcamiento junto al edificio de Medios Audiovisuales.

–¡Ay, Dios mío! –dijo Shirley–. ¿Pero qué es ese aroma tan maravilloso?

–Os va a encantar. Hacedme caso –Annie los condujo hacia el carrito.

–Debería ponerme de rodillas, como un peregrino yendo a Lourdes –dijo Royston.

–Por favor, no –dijo Padma.

–Estoy babeando. Me muero –apuntó Moe.

Martin estaba elaborando su confit de pato sobre *brioche* para el grupo de estudio y, en el caso de Padma, que era vegetariana, un confit sin pato con setas. Annie había tirado la casa por la ventana comprando dos buenas botellas de Madiran, un vino tinto de Gascuña, en el suroeste de Francia. La refrescante astringencia del vino maridaba a la perfección con el confit caliente y humeante. Al grupo le volvieron loco el sabor sabroso y la ternura del pato.

–Ni siquiera te conozco –le dijo Shirley a Martin–, pero quiero casarme contigo.

Martin le ofreció su torcida y afable sonrisa.

–Demasiado tarde. Me voy a casar con Annie.

Ella le sacó la lengua.

–Muy gracioso.

–Tú espera.

–Es un buen modo de hacernos la pelota antes de que veamos tu proyecto – dijo Padma con una sonrisa burlona–. Después de esto, podría pasarme toda una hora viendo *The Gong Show* y estaría contenta de todos modos.

–¿Es que no te gusta *The Gong Show*? –preguntó Royston–. Es un clásico.

–No empecéis –les advirtió Shirley–. Tenemos que terminar arriba y solo tenemos la sala de proyección hasta las nueve en punto.

Una vez devoraron los succulentos sándwiches y se terminaron el vino, ayudaron a Martin a cerrar el carro y lo invitaron a ver la última proyección.

–Genial –dijo él–, pero no me pidáis ayuda. En lo que respecta a cinematografía, estoy tan verde como una manzana Granny Smith.

A Annie se le encogió el estómago cuando la sala quedó a oscuras y la pantalla se iluminó. Tal vez estuviera cometiendo un terrible error al pensar que su película era buena solo porque a ella le encantaba, pero ¿no era eso lo que siempre le había enseñado la abuela? ¿Que si algo le encantaba, entonces sería buena en ello? Le encantaba hacer películas. Tenía que tener la seguridad de que era buena en ello.

Martin los sorprendió a todos con unas suavísimas trufas de chocolate caseras con las que acompañar lo que les quedaba de vino.

–Bueno –dijo Royston–, pues no te puedes casar con Annie. Te tienes que casar conmigo.

Martin se rió a carcajadas y se tomó las muestras de admiración con su habitual aplomo. Le encantaba la comida y cocinar y sabía que era bueno haciéndolo. Annie se preguntó si se cuestionaría tanto a sí mismo como lo hacía ella.

–Pues vamos a empezar –dijo ella dando un último trago de vino.

El comienzo no tenía música, empezaba con un único sonido: un chisporroteo. A continuación, el golpeteo de unos utensilios de cocina y los ruidos de una multitud; cada elemento que se incorporaba iba aportando más textura. Los sonidos se iban añadiendo como instrumentos sumándose a la obertura de una sinfonía urbana, llegando poco a poco hasta un crescendo: el sonido ambiental de la calle en el Washington Square Park. Perros ladrando, niños riendo, cláxones y sirenas, un músico callejero tocando la marimba. Después, el plano

desvelaba el tema: Martin Harlow y su carrito de comida.

–Ay, Dios mío –dijo Shirley dándole un golpe a Annie en el brazo–. Qué genialidad.

–Shh –exclamó Padma.

El plano se mantuvo fijo sobre Martin mientras trabajaba en la plancha y entonces comenzó la música junto con los créditos. Annie sintió un cosquilleo de orgullo al ver el título: *El Ingrediente Clave. Una película de Annie Rush*.

En lugar de emplear el método de la entrevista, había decidido que la historia se fuera contando a sí misma. Martin era un narrador nato que hablaba mientras trabajaba. Ella había editado cada escena de modo que los movimientos de sus manos y los utensilios se coordinaran a la perfección con sus palabras. Sus bromas con los clientes eran espontáneas, nada forzadas, sobre todo con las clientas guapas. Sus viajes a las granjas al norte del estado sirvieron como telón de fondo para la narración. Habló sobre los asadores de su familia en Texas, sus viajes y sus altibajos mientras intentaba lanzar su propio negocio en Nueva York.

La película concluía con un montaje de rostros acompañados por una canción fantástica que Annie había encontrado, una mezcla de música francesa y guitarra *country*. Los créditos fueron pasando hasta llegar a un lento y reflexivo final. Después, ella contuvo el aliento mientras esperaba a oír las opiniones de los demás.

–Antes de que empecemos, oigamos lo que tiene que decir el protagonista de la película –sugirió Padma.

Martin se inclinó hacia delante, apoyó las muñecas en las rodillas y parpadeó cuando se encendieron las luces.

–¡Vaya! Estoy alucinado.

–¿En el buen sentido? –preguntó Annie.

–Oh, sí, claro. Nunca me he visto trabajar y es un poco surrealista. En el buen sentido –añadió con una sonrisa.

La crítica fue principalmente elogiosa y Annie respiró aliviada. Les había gustado.

–Son las nueve. Tenemos que dejar la sala –anunció Royston–. Buen trabajo, chicos. Aprobaremos sin problemas.

–Que Dios te oiga –dijo Moe.

Martin salió con ella.

–Quiero invitarte a una copa.

–Solo una. Tengo que preparar mis notas para el comité de evaluación.

–No tienes de qué preocuparte. Me ha parecido perfecta.

La llevó a un bar algo cutre no lejos de su residencia y le pidió un *old-fashioned* de whisky de centeno, que se había convertido en su cóctel de

referencia desde que él se lo había descubierto. Cuando llegaron las bebidas, Martin levantó su vaso.

–Lo has clavado, Annie. Sabía que lo harías, pero es aún mejor de lo que me había imaginado.

–Me alegro de que te haya gustado.

Se inclinó hacia ella.

–Podría besarte ahora mismo.

Oh. Le dio un rápido trago a la bebida y el dulce picor del centeno le produjo una cálida sensación en la garganta.

–Preferiría que no lo hicieras.

–Se me da muy bien –le dijo él con una sonrisa encantadora.

«Sí, seguro que sí», pensó ella.

–Estoy... He empezado... Estoy saliendo con alguien. Quiero decir, con un chico...

–¿Alguien nuevo?

Quería proteger lo que había empezado a brotar entre Fletcher y ella. No podía dejar de pensar en él. Tenían una historia juntos, pero era una historia rota.

–Sí y no. Es un chico del pueblo.

Él suspiró.

–¿Y va en serio?

–Lo suficiente como para decirte que no te voy a besar esta noche.

–Mierda. Entonces seguro que va en serio.

–Ya veremos –para cambiar de tema, le entregó un USB con el montaje final–. Todo tuyo.

–Genial. Después de verlo, mi familia por fin dejará de preocuparse porque verá que no estoy mendigando por las calles de Nueva York. Otra pregunta. ¿Se lo puedo enseñar a mi agente?

–Agente. ¿Tienes un agente?

–Claro. Es un cazatalentos. Di algunas clases de interpretación cuando llegué aquí.

–¿Querías actuar?

–Qué va, pero quería aprender algunos trucos del negocio. Firmé con un tipo que representa a varios chefs de la tele. Eran mis ídolos cuando era pequeño. Me gustaría enseñarle la película a Al.

–Claro, por supuesto –Annie se quedó sorprendida y también satisfecha. Un profesional de la industria vería su trabajo–. Puedes usarlo como quieras. Hay un par de tráileres y una presentación con los mejores momentos. También te he metido un montón de fotos. Podrías ponerlas en tu página web.

–Genial. Eres genial, Annie Rush. Sea quien sea ese chico de tu pueblo, espero

que sepa valorarte.

La inevitable llamada llegó. La abuela se había ido. Se había ido tranquila, una noche de primavera, y el mundo de Annie dio un vuelco. El dolor que sintió no se parecía a nada que hubiera sentido antes. No había nada con lo que se pudiera comparar, por mucho que lo intentara, porque había querido convencerse de que sobreviviría. Se había quedado hundida tras la muerte de su abuelo y se había rebelado ante el divorcio de sus padres y había sufrido por ello, pero este dolor era mucho más hondo. Había perdido una parte de sí misma y eso le había dejado un vacío irreparable. Había momentos en los que sentía la tristeza como un auténtico peso en el pecho, tan aplastante que apenas le dejaba respirar.

Los únicos momentos en los que se sentía normal era cuando estaba en los brazos de Fletcher. Él era ese suave apoyo sobre el que se podía dejar caer, el único al que podía recurrir y con el que se podía desahogar.

—Es imposible —le confesó el día del funeral, al que habían asistido al menos un centenar de amigos y vecinos—. No sabía que sería imposible decirle adiós al amor, a la felicidad y a la esperanza que teníamos. No puedo hacerlo. No puedo.

—A lo mejor morir es increíble —le susurró él—. A lo mejor es como el Club Med.

Ella se rio entre lágrimas.

—Para.

—O, más bien, el Club Muerte.

—Eres terrible.

—Lo sé. Lo sé —no le dijo que fuera fuerte, que ella podía con todo y que siguiera adelante, sino que la abrazó con delicadeza, la ayudó a respirar y le mostró que era posible pasar de un momento al siguiente sin derrumbarse. Todos los demás le ofrecieron su compasión, pero Fletcher le ofreció su corazón.

Aunque le parecía imposible encontrar alegría en las profundidades de su dolor, sintió que eso era lo que la abuela había estado intentando decirle todo el tiempo. Ahora por fin lo entendía. El dolor que sentía era el precio de amar con toda el alma, pero haber tenido a la abuela en su vida bien valía cada momento de ese dolor.

Y entonces algo sucedió mientras lloraba en los brazos de Fletcher. Sintió una inesperada y penetrante alegría.

Ese fue el regalo de despedida de la abuela: poder encontrar la felicidad incluso en la pena más profunda. Esa desgarradora tristeza le demostraba lo importante que era Fletcher, lo vital que era para ella.

Con el tiempo, el intenso dolor se transformó en uno más atenuado con algún

que otro estallido de angustia. Fue como si Annie tuviera un moretón que se estaba borrando y que olvidaba que tenía hasta que la golpeaba un recuerdo. Abuela. Eran los pequeños momentos los que más la atravesaban; el recuerdo de una sonrisa, de un gesto, de unas palabras delicadas.

A pesar del dolor, hizo lo que la abuela habría querido. Se recompuso y miró hacia delante. Sabía que el mejor modo de honrar a su abuela era crearse una vida alucinante. Eso era lo que la abuela había querido siempre para ella.

Pero había un problema. ¿Cómo era esa vida?

La semana anterior a la ceremonia de graduación recibió una llamada.

–Soy Joel Rosen.

–Ah, profesor Rosen. Hola.

–Annie, necesito reunirme contigo. Se trata de tu proyecto de fin de carrera.

Sintió un golpeteo en el pecho. ¿Le habrían puesto mala nota? ¿Habría metido la pata? ¿Habría violado algún principio? ¿Había elegido un tema que nadie se tomaría en serio?

–Por supuesto –respondió ella preparándose para lo que pudiera pasar. Rosen nunca era efusivo. Sus elogios tendían a ser comedidos y sus críticas, mordaces y en ocasiones duras. Ella se enorgullecía de saber tolerar bien las críticas, pero ese proyecto podía ser su mayor logro. Había volcado en él todo lo que tenía y las cosas que creía que podrían mostrar el arte que había aprendido durante los últimos cuatro años.

Llegó al despacho de Rosen con cinco minutos de antelación y al entrar se encontró con una sorpresa. El profesor no estaba solo. Los tres hombres se levantaron cuando se detuvo en la puerta.

–Martin –dijo apenas sin aliento–. ¿Qué...? –se detuvo al recordar que debía ser educada. Se secó las palmas de las manos en los vaqueros–. Profesor Rosen –añadió antes de girarse al extraño que había junto a Martin y decir–: Soy Annie Rush.

El hombre sonrió y le estrechó la mano.

–Alvin Danziger. Encantado de conocerte.

–Ya te he hablado de Al –dijo Martin–, mi agente –Martin estaba bien vestido, con unos vaqueros oscuros y una camisa cuidadosamente planchada bajo una americana. Iba muy bien peinado y se parecía a Matthew McConaughey. Su agente, regordete y con expresión perspicaz, vestía unos pantalones algo andrajosos y una camisa de rayas. No se parecía en nada al titán de la industria que había imaginado cuando Martin le había hablado de él.

El señor Danziger puso un portátil sobre una mesita.

–Encantada –dijo ella sonrojada. Después se giró a Joel Rosen–. ¿Qué pasa?

–Vamos a sentarnos –Rosen señaló al sofá y a la butaca que había junto al escritorio–. Esta clase de reunión suele ir acompañada de bebidas agradables, pero queríamos hacerlo cuanto antes.

–¿Sobre qué quieren...?

–Sobre tu película, por supuesto –respondió Alvin–. Me encanta –añadió rápidamente–. Y no estoy exagerando. En todo caso, me quedo corto.

–Bueno –dijo ella sin poder dejar de sonreír–. Me siento halagada.

–Pues ve acostumbrándote.

–No, no lo hagas –apuntó rápidamente el profesor Rosen. Siempre les había dicho a sus alumnos que se preocuparan cuando empezaran a recibir alabanzas.

Ella les sonrió y les dio la misma respuesta.

–De acuerdo.

–Te cuento lo que pasa –le dijo Alvin–. Tu película, junto con los fragmentos y las imágenes que le diste a Marty, llevan en Internet menos de una semana.

–En Internet –repitió ella–. ¿Qué quiere decir?

–Los subimos a la web de Martin con links a Facebook, a esa nueva página llamada «YouTube» y a algunos otros canales de redes.

Ella había dado clases sobre medios de comunicación y sobre las crecientes redes sociales. Era un amplio territorio inexplorado, un nuevo medio, pero nadie tenía muy claro su poder.

–Entiendo. Le dije a Martin que podía usar el material como quisiera.

–Echa un vistazo. Esto es lo que he hecho –dijo Alvin escribiendo sobre el teclado–. O, mejor dicho, contraté a un experto para que lo hiciera. Esta tabla muestra la evolución de las visitas.

Ella se inclinó hacia delante y miró la tabla.

–¡Vaya! Mil visitas. Es genial.

Rosen sacudió la cabeza mientras Martin se recostaba en el sofá y sonreía encantado.

–Vuelve a mirar –dijo Rosen–. No son mil.

Annie se acercó más, miró la tabla y dio un grito ahogado.

–Madre mía. Cada unidad equivale a mil visitas. ¿Entonces me están diciendo que mi película ha recibido un millón de visitas? Es increíble.

–Es alucinante –dijo Martin con rotundidad–. Y ahora puede que la cifra se haya duplicado. Está aumentando exponencialmente.

Ella intentó imaginarse a extraños sentados frente a sus ordenadores viendo su documental y mirando las fotos que había sacado. ¡Un millón de extraños!

–Pues –dijo lentamente–, eso es bueno, ¿no?

–Es genial –dijo Al–. Tu película es un éxito.



–Mi correo va a explotar –añadió Martin–. He recibido de todo, desde ofertas de trabajo a proposiciones de matrimonio. Y algunas otras proposiciones un poco descabelladas, también.

Annie se sentía aturdida. El orgullo no le cabía en el pecho.

–Es fantástico que tanta gente esté viendo mi película. Es increíble –se rio–. Martin, te va a ser imposible responder a tanta demanda de tu confit.

–Ha ido mucho más lejos que eso.

–¿Qué quieres decir?

Por primera vez desde que lo conocía, el profesor Rosen esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

–Prepárese, señorita Rush. El viaje está a punto de empezar.

–¿Qué quiere decir? Lo siento, todo esto es nuevo para mí.

–Lo que quiere decir es que una productora se ha interesado –dijo el señor Danziger–. Se ha interesado mucho. Una productora llamada Atlantis se va a asociar con una cadena nueva especializada en comida y estilo de vida. Están buscando talentos nuevos y programas dirigidos a un grupo demográfico joven. Después de ver tu documental, y sobre todo después de ver la cantidad de visitas que ha recibido, los ejecutivos de la compañía quieren celebrar una reunión. En Los Ángeles. Lo antes posible.

–Una reunión –a Annie se le puso la piel de gallina–. ¿Qué significa eso?

–Pues eso. Que quieren reunirse con Marty y contigo para hablar de la creación de un programa.

–¿Un programa? –Annie se dio cuenta de que no hacía otra cosa que repetir lo que decía el hombre y que probablemente estaba pareciendo la completa novata que era–. ¿Un programa de televisión?

Martin se rio a carcajadas.

–Lo has pillado, cariño.

Annie no se lo podía creer. Sin poder contenerse, le dio un abrazo a Joel Rosen.

–Es un sueño hecho realidad. No puede ser tan sencillo.

Él se rio y le dio una palmadita en la espalda.

–Hazme caso. No lo es.

En cuanto salió del despacho de Rosen, llamó a Fletcher para darle la noticia.

–Estoy alucinado, pero no sorprendido. Y, además, estoy totalmente orgulloso de ti. Así se hace, Annie.

–Gracias. La cabeza me da vueltas. ¡Me da vueltas! El profesor Rosen ha dicho que el viaje no ha hecho más que comenzar, pero no me imaginaba que

más que un viaje fuera a ser como una atracción de tazas voladoras.

Él se rio.

–Siempre te han gustado las atracciones fuertes. ¿Recuerdas el carnaval en Stowe, el verano después del instituto?

–Fui la única que no acabó vomitando en el Looping Madhouse –suspiró–. Ojalá pudieras venir a California con nosotros.

–A mí también me gustaría. Aquí parece como si no hubiera dejado de llover desde 1968.

–Te echo de menos.

–Y yo a ti.

–Iré a casa después de este viaje.

–Estoy deseando verte. Pero esperaré. Los vas a dejar alucinados.

Annie llegó a Switchback a última hora de la noche y entró en casa tirando de su equipaje y absolutamente emocionada. Era demasiado tarde para llamar a Fletcher, pero su madre aún estaba levantada y ansiosa por oír las noticias.

–No sé por dónde empezar –dijo–. Me siento como si me hubiera subido a un tren que marcha a toda velocidad. Todo está pasando muy deprisa.

Su madre le sonrió.

–Estoy muy feliz por ti. Y muy impresionada. Quiero que me lo cuentes todo – se acurrucaron en el sofá con unas tazas de té y frente a un avivado fuego. Le costaba creer que esa mañana hubiera estado bajo la ardiente y deslumbrante luz del sur de California. El largo viaje de vuelta a casa la había llevado desde Los Ángeles hasta Nueva York y de ahí a Burlington, donde la productora había contratado a un chófer para que la llevara hasta Switchback. Una productora. Un chófer. Era un mundo completamente nuevo para ella.

Agotada y eufórica, describió las vertiginosas reuniones que habían tenido en California. La cadena estaba empezando, pero la había fundado una empresa de medios grande. Producciones Atlantis quería trabajar con ella y con Martin para darle un enfoque nuevo y fresco a los siempre populares programas de cocina. Se acabaron los chefs charlatanes mezclando en sus cocinas ingredientes previamente medidos que sacaban de cuencos ya preparados. Querían expandir la idea de sacar la producción a la calle. Querían un piloto con opción para más episodios.

Unos días antes era una recién graduada. Ahora tenía un agente y un abogado especializado en la industria del entretenimiento. Incluso tenía un puesto de trabajo con título: «productora».

–Ni siquiera me puedo creer que te esté contando esto, mamá. Me parece

irreal.

–Créeme, Annie. Has trabajado mucho para conseguir esto y te lo mereces –su madre se acercó y le acarició la frente con delicadeza–. La abuela estaría orgullosa de ti aunque no estaría sorprendida. Siempre creyó en ti, al cien por cien –se le humedecieron los ojos–. Dios, cuánto la echo de menos.

Annie le dio la mano a su madre.

–Yo también. Para ti tiene que ser todavía más duro.

–Soy huérfana. Qué sensación tan extraña y horrible.

–Mami, lo siento mucho –le partía el corazón ver a su madre tan perdida–. ¿Cómo te puedo ayudar?

Su madre le apretó la mano.

–Ya me estás ayudando. No te imaginas cuánto. Estaremos bien. Ella querría que estemos bien.

Tal como le había advertido el profesor Rosen, unirse a una producción televisiva no iba a ser fácil. Para Annie, la parte más complicada fue la conversación con Fletcher.

El Taller GreenTree había experimentado grandes cambios desde la indemnización que había recibido Sanford. Encontró allí a Fletcher, pero no trabajando con su mono, sino en vaqueros y con una camisa blanca impoluta. En la zona de reparación había cuatro jóvenes arreglando unas escúteres mientras un hombre con acento italiano les hablaba. Para sorpresa de Annie, Fletcher estaba hablando con su cuñada Beth, y, al verla, le lanzó una sonrisa que hizo que se le parara el corazón.

–Mi chica ha vuelto –dijo abrazándola y hundiendo la nariz en su pelo–. Joder, cuánto te he echado de menos.

–Y yo a ti –susurró Annie antes de apartarse para saludar a Beth–. Deja que adivine. Tus alumnos están combinando clases de italiano y de mecánica.

–Has acertado –respondió Beth antes de reírse ante el gesto de Annie–. Fletcher y su padre han sido muy amables al patrocinar el programa. La escuela y el taller han creado una iniciativa de formación profesional y hemos empezado un programa de prácticas para chicos que quieren aprender mecánica. Por cierto, será mejor que vaya a echar un vistazo –se disculpó y fue hacia la zona de reparaciones.

–¿Estás patrocinando un programa? –le preguntó Annie a Fletcher.

–Con mi padre. Nos parece un buen modo de ayudar a la comunidad.

–Beth tiene que estar muy agradecida. Siempre está buscando financiación y opciones para sus alumnos.

Fletcher le agarró la mano y la llevó junto a un brillante descapotable azul oscuro.

–Vamos a dar una vuelta. Quiero que me cuentes todo lo del viaje.

Ella no sabía mucho de coches, pero la potencia del motor era palpable mientras salían del pueblo. Dejó escapar un pequeño grito cuando Fletcher bajó la capota en la autopista.

–¿Te gusta? –le preguntó sonriéndole.

–Sí. Estás viviendo a lo grande, Fletcher Wyndham.

–Es de mi padre. La indemnización es para él, no para mí –redujo la marcha y tomó una curva con suavidad y pericia–. Pero sí. Aún se me hace raro a veces.

–Me alegro por tu padre y por ti. Lo que le pasó fue terrible y me siento orgullosa de que lo hayas solucionado todo.

–Espera a ver la casa que ha comprado.

Unos minutos después, llegó a un camino de entrada flanqueado por prados en flor. La casa era ultramoderna, hecha de cristal y piedra y situada en la cima de una colina con vistas a un valle orientado al oeste. Tenía un garaje para varios coches, un arroyo truchero y un estanque, una piscina cubierta y un jacuzzi.

–Es alucinante –dijo Annie mientras bajaba del coche.

–La construyó un turco que hizo una fortuna fabricando yogur –dijo Fletcher.

–Lo había oído, pero nunca había subido aquí arriba.

–Como nunca habíamos tenido muebles en condiciones, mi padre la compró amueblada. Y, en realidad, tampoco habíamos tenido una casa.

Ella lo miró.

–Es genial. Vaya, cuánto le ha cambiado la vida a tu padre. Y espero que, en general, haya sido para mejor.

–Está aprovechando al máximo la indemnización. Puede que termine teniendo una madrastra con acento ruso que es modelo de neumáticos, pero no me puedo quejar.

–¿Modelo de neumáticos?

–Ya sabes, las rubias en biquini que salen anunciando neumáticos en los pósteres que se envían a los talleres.

Ella se rio.

–¿Crees que estoy bromeando? Ya verás cuando conozcas a Olga.

–Seguro que es muy simpática –dijo Annie–. ¿Está aquí tu padre?

Él miró el reloj.

–Espero que no –la rodeó por la cintura con un brazo y la llevó hacia sí–. Te quiero toda para mí.

Ella se quedó sin aliento y un cosquilleo le recorrió la piel.

–¿Sí?

–Sí. Vamos dentro.

El modo en que hicieron el amor fue voraz. Daba un poco de miedo cuánto anhelaba sus caricias. Era como necesitar un aliento de aire; algo elemental, vital, un sostén. Había cosas que él sabía de ella y lugares que descubría en ella a los que nadie se había acercado nunca. Hicieron el amor tres veces; el primer encuentro desenfrenado fue en el vestíbulo, contra la puerta, con tanta urgencia que apenas habían entrado en la casa. Después, la llevó a su dormitorio y le hizo el amor despacio y con dulzura sobre una cama tremendamente grande y cómoda. Un poco después, vieron la película de Annie en la sala de televisión y él volvió a hacerle el amor.

Annie se dejó caer en el sofá, aturdida.

–Ha sido... –se quedó sin palabras.

–Sí –dijo él poniéndose los pantalones con una lenta sonrisa de satisfacción–. Lo sé.

Ella se puso el vestido. Lo había comprado en la boutique del hotel de Los Ángeles, pero lo único en lo que él parecía haber reparado sobre el vestido era lo fácil que se quitaba por la cabeza. Después se acurrucó contra su hombro y miró la enorme pantalla colgada sobre la pared de enfrente. Fletcher volvió a poner los créditos finales, donde sonaba una canción que les encantaba: *Everybody's Got to Learn Sometime*, de Beck.

–Háblame de Los Ángeles.

–Eso iba a hacer, pero me he distraído –intentó atusarse sus rizos salvajes–. Hemos tenido un montón de reuniones y he tenido que conocer a mucha gente. Asusta un poco –le habló del concepto de programa que la productora tenía en mente.

–Es increíble. Vas a trabajar en tu propio programa de televisión.

Ella se rio, pero al mismo tiempo se sentía muy nerviosa.

–Estamos empezando y lo cierto es que aún no es seguro del todo que se vaya a hacer realidad.

–Después de ver tu película, yo diría que es algo completamente seguro. En serio. Tienes mucho talento.

Ella le plantó un fuerte y largo beso en la boca.

–Lo que he aprendido en todas esas reuniones es que para trabajar en televisión necesito mucho más que talento –le habló sobre el agente y el abogado y sobre el torbellino de creatividad que había estallado en su reunión con un grupo de guionistas–. Había una energía increíble en esa habitación. Creo que esperan que esto funcione.

Él le acariciaba el brazo distraídamente.

–Suenan increíble. ¿Y ahora qué?

Annie se detuvo y respiró hondo.

–Quieren que trabaje con su equipo de guionistas y de producción. Después grabaremos un piloto –solo hablar de ello le producía vértigo–. Estoy alucinando, Fletcher. Y estoy intentando ser realista. La mayoría de los proyectos no terminan por desarrollarse y no llegan a ver la luz, así que no quiero hacerme muchas ilusiones.

–¿Estás de broma? Te mereces hacerte todas las ilusiones que quieras.

Ella se colocó sobre su regazo y se sentó encima de él a horcajadas.

–Eres el chico más dulce del mundo. ¿Cómo he podido tener tanta suerte?

Fletcher la besó.

–Porque eres tú. ¿Cuándo te marchas?

Y ahí estaba, la parte más dura de la situación.

–Me marché dentro de dos semanas. Y... –movió las manos sobre sus hombros–. Me van a dar un salario para que me mude allí y un apartamento amueblado. Viviré en Century City.

–¿Durante cuánto tiempo? –preguntó Fletcher y ella notó cómo se le tensaron los músculos. Después, se respondió a sí mismo–. Indefinidamente –dijo con un tono muy bajo.

Annie oyó lo que se calló con más claridad incluso que sus palabras. Se levantó de su regazo y se sentó a su lado.

–Esta oportunidad en Los Ángeles es todo lo que siempre he soñado. Todo por lo que he estado trabajando y estudiando.

–Y lo que quieres está en California.

–Sí –se le encogió el estómago por los nervios–. ¿Y qué pasa con nosotros? ¿Seguirá habiendo un «nosotros»?

Él estaba en silencio, mirando la pantalla congelada al final de la película. Después dijo:

–Has hecho muchos planes antes de formular esas preguntas.

Annie sintió un terrible presentimiento.

–No quiero volver a perderte.

–Pues entonces más nos vale encontrar el modo de seguir juntos.

–Podrías venir a California.

–La facultad de Derecho, ¿lo recuerdas?

–Claro que lo recuerdo. Y me parece maravilloso. Y... cuando estaba en el avión, no he dejado de pensar en cómo podría funcionar esto. California tiene facultades de Derecho. Y buenas. Como la de UCLA o USC. Pepperdine.

–Por supuesto, pero tengo otros planes. Y California no entra en esos planes.

–Al menos ábrete a la posibilidad –dijo esperando no sonar desesperada o quejica–. Sé que está muy lejos de aquí, pero tu padre parece estar muy bien y esas facultades...

–Están muy bien, como ya has dicho.

–¿Entonces cuál es el problema?

–Que no me interesan esas facultades.

–Pero podríamos...

–Me han aceptado en Harvard.

Ella se lo quedó mirando, impactada.

–En la Facultad de Derecho de Harvard –de pronto las facultades de la Costa Oeste perdieron todo su lustre–. Madre mía, no me lo habías contado.

–No me lo has preguntado.

Él tenía razón. No se lo había preguntado. ¿Por qué no se lo había preguntado? ¿Estaba tan centrada en sus planes que no había espacio para los de él? «Por favor, no», pensó Annie. «Por favor, no quiero ser esa clase de persona».

–Escucha –le dijo él tomándole la cara entre las manos con delicadeza–. Hay productoras de televisión en la Costa Este, incluso en Boston.

–Pero no como esta. Nadie en Boston me está ofreciendo una oportunidad así.

–Tu película tiene un millón de visitas. Impresionaría a cualquier productora.

–Pero solo una me ha ofrecido mi propio programa.

–Es verdad. Bueno, pues supongamos que me olvido de Harvard y te sigo a California. Tú misma has dicho que no todos los programas salen adelante. Todo podría haber terminado en un par de meses. ¿Renuncio a Harvard por eso?

–No te estoy pidiendo que renuncies a Harvard.

–Acabas de hacerlo.

Ella había invertido mucho en la Universidad de Nueva York, demasiado como para ignorar esa oportunidad.

–Y tú me has pedido que renuncie a *El ingrediente clave*. Estoy persiguiendo un sueño que he querido durante toda mi vida.

–Y a mí solo me conoces desde hace unos años.

–Eso lo has dicho tú, no yo. Y no me refiero a eso. Para mí es como si nos conociéramos de toda la vida.

–Annie –la miró fijamente a los ojos–. Sabes qué es lo que tienes que hacer. Y yo también.

–Sí –respondió al instante. Aunque también al instante la invadió un aplastante remordimiento–. Fletcher...

–Yo no te pediría que eligieras. Y tú no me lo pedirías a mí –se inclinó hacia delante y le dio el más delicado de los besos.

Ese beso. Fue demasiado delicado. Supo a tristeza y a pesar. Fue la clase de

beso que quería decir «adiós».

–Entonces... ¿qué? ¿Lo dejamos? ¿Así, sin más?

–No te voy a seguir hasta California y no te voy a pedir que renuncies a esta oportunidad –estrechó la mirada.

–Estás siendo muy inflexible –«y yo también», pensó Annie. Porque él tenía razón. Ella no iba a alejarse de una oportunidad como esa.

–Estoy siendo realista.

Annie estaba furiosa, frustrada. Ya no eran unos adolescentes ingenuos. Eran adultos y estaban poniendo sus vidas en orden. Sus planes suponían un obstáculo y ninguno encontraba el modo de esquivarlo. Le dolía el pecho. Le dolía la garganta. Le dolía todo.

Lo miró fijamente a la cara y le resultó demasiado sencillo comprender lo que estaba pasando. Los dos estaban comenzando algo nuevo, algo que reclamaría toda su atención. Se estaban separando... otra vez.

–No me llames –dijo ella–. No me escribas ni me mandes correos ni mensajes. Vamos a... dejarlo así.

–¿Es eso lo que quieres?

Los hombres abandonaban. Eso era lo que hacían. Y el único modo de evitar que eso sucediera era abandonando ella primero antes de que Fletcher la dejara. Antes de que tuviera la oportunidad de volver a partirle el corazón.

–Sí –dijo esperando que él no oyera el temblor en su voz–. Es lo que quiero.



## Capítulo 17

*Ahora*

–Es el ciclo de la vida –dijo la madre de Annie al entrar en el cuarto de la colada con un cesto de ropa sucia mientras Annie metía la ropa de la lavadora en la secadora.

–¿Qué? ¿La colada?

–Con cuatro niños en casa, sí.

–¿Te agobia hacer la colada de toda la familia día sí día no?

–Es una tarea como otra cualquiera. Una obra de amor. Beth trabaja mucho en el colegio y tu hermano está ahí fuera trabajando de sol a sol –su madre suspiró–. Ojalá hubiera ido a la universidad.

–Siempre odió el colegio –le recordó Annie.

Más recuerdos la invadieron desde una nube invisible: Kyle de camino al colegio cada día como un hombre condenado dirigiéndose a la horca. Las charlas de su madre sobre las notas. Discusiones por su conducta mientras Annie leía un libro fingiendo no estar escuchando.

«Si no trabajas más en clase, acabarás como tu padre».

«¿Y qué? Al menos él es feliz».

–La universidad no es para todo el mundo –dijo Annie–. Y menos para Kyle. ¿Recuerdas que nunca podía estar sentado? Sigue así, siempre tiene que estar trabajando, haciendo algo con las manos. Tiene una familia fantástica y los cuida muy bien.

–Supongo que sí.

–¿Qué quiere decir que «supones que sí»? ¿Es que no se ocupa de ellos?

–Los quiere a todos y es un buen hombre. Un buen padre de familia. Un padre de familia que quiere cultivar marihuana.

–A mí me parece muy bien –dijo Annie–. En cuanto la ley cambie, no estará haciendo nada distinto a lo que hacen los Mitchell con su producción de whisky.

–Lo sé, Annie. No me preocupan las plantas.

–¿Entonces qué, mamá? ¿Qué te preocupa?

–El dinero. Cuando se trata de economía... –su madre se calló.

–¿No le va bien? –vio un brillo de pánico en los ojos de su madre–. ¿Qué pasa?

–Ay, Annie. No quiero que te preocupes.

–Demasiado tarde. Ya estoy preocupada. Vamos, mamá. Escupe. ¿Qué pasa?

–Vamos a mi estudio. Lo tengo todo en el ordenador –sonrió ante el gesto de Annie–. No te sorprendas tanto. Hace mucho tiempo que dejé los libros de cuentas. Todos nos hemos pasado a lo digital.

Annie siguió a su madre hasta el *loft* que tenían encima del garaje. El cubículo de la oficina estaba separado del espacio de pintura por un biombo japonés porque a mamá no le gustaban las distracciones cuando pintaba.

Su madre llevaba toda la vida ocupándose de la contabilidad de la granja. Se le daba bien y no cometía errores. Resultó que a Annie también se le daba bien, y lo descubrió cuando su madre le enseñó las hojas de cálculo digitales. Como productora de su programa, podía revisar los datos financieros con ojo experto.

La situación financiera de los Rush era desoladora. La producción de sirope de arce les dejaba pocos beneficios. Por su parte, la explotación forestal y la sidra les proporcionaba buenos ingresos, pero después de pagar todas las facturas, los gastos y los impuestos, no les quedaba mucho.

–Vaya –exclamó.

–La granja siempre ha estado funcionando al límite –dijo su madre–. Nunca habríamos llegado tan lejos si... –se detuvo y miró a Annie.

–¿Si qué? Vamos, mamá.

–Si tu padre no nos hubiera estado manteniendo.

–Te refieres a la pensión de manutención –Annie siempre había tenido una relación de amor-odio con ese concepto. Ella era la beneficiaria de los cheques, pero lo que de verdad había necesitado no había podido proporcionárselo un cheque.

–Enviaba más que eso. Y lo sigue haciendo hoy en día. Eso nos ha mantenido a flote. Los pequeños productores nunca se han hecho ricos con el sirope de arce.

–¿Eso es lo que quieres? ¿Ser rica?

Su madre soltó una efusiva carcajada.

–Más me vale no quererlo porque entonces sería un gran fracaso –sacudió la cabeza–. Lo único que he querido siempre ha sido que nuestra familia tuviera una situación cómoda y segura. Y la ha tenido.

Annie le tocó la mano brevemente.

–Gracias a ti. Probablemente nunca sabré cuánto trabajaste para que todo funcionara después de que papá se marchara y de que muriera el abuelo.

–No quería que os preocuparais. Y no quiero que os preocupéis ahora.

Annie apartó el biombo y entró en la parte principal del estudio. Unas claraboyas inundaban el espacio de luz y todo el lugar estaba lleno de cuadros de su madre, en las paredes, apilados en el suelo o apoyados en caballetes de distintos tamaños. Estaba acostumbrada a los paisajes de su madre y a

bodegones maravillosamente reproducidos retratando el bucólico encanto de la vida de granja. Los cuadros que veía ahora eran totalmente distintos.

–¿Qué es todo esto? –preguntó mirando a su alrededor. Inhaló el oleoso aroma de la pintura mientras observaba la obra. Los grandes lienzos estaban llenos de vida con sus trazos abstractos rebosantes de color y sentimiento. Estaban más llenos de vida de lo que nunca habían estado sus fieles representaciones de la vida de campo. La obra poseía una peculiar energía que la entusiasmó.

–He estado trabajando en algunas piezas diferentes –dijo su madre. Su sonrisa parecía algo nerviosa.

–¿Por qué no los he visto nunca?

–La mayoría los hice mientras estabas dormida y me imaginaba qué se te estaría pasando por la cabeza.

–¿Y crees que era esto? –Annie estaba fascinada.

–Eso es probablemente lo que estaba pasando por la mía.

–Bueno, pues me parece que es fantástico.

–¿Te gusta? –a su madre se le iluminó la cara–. Tengo más. Hice una serie de piezas abstractas cuando murió el abuelo. Fue una época cargada de emociones para mí –los cuadros viejos estaban guardados y los nuevos expresaban emociones exageradas con trazos de intenso color que resultaban tanto cautivadores como difíciles de mirar.

–Siempre he sabido que tienes mucho talento. Son muy especiales.

–Gracias. Me agrada mucho oírlo.

–¿Alguna vez has pensado en montar una exposición o algo así?

–¿Sinceramente? Pienso en ello todo el tiempo.

–¿Y?

–Y... ¿qué? Es solo una fantasía. Soy autodidacta, Annie. Mi única formación en Bellas Artes viene de las clases de arte que dan por televisión y, últimamente, de vídeos de YouTube.

–Con tu talento, no necesitas más formación.

–¿Y si quisiera más formación? –preguntó su madre.

–Deberías ir a Pratt –sugirió Annie–. Te aceptaron allí una vez y no fuiste. A lo mejor ahora es el momento.

Su madre se volvió a reír.

–Acabo de decirte que estamos arruinados y ahora quieres que vaya al Instituto Pratt.

Annie ojeó el resto de los cuadros. Estaban escrupulosamente clasificados en orden cronológico y mostraban cómo había cambiado la obra de su madre a lo largo de los años. Los primeros trabajos estaban hechos maravillosamente y rebosaban encanto representando un mundo idealizado. Se podía vislumbrar su

pasión interior en sus representaciones del cielo, las nubes y el agua, y resultaba fascinante ver la progresión hacia la abstracción. Ahora veía a su madre con nuevos ojos, no solo como su madre, sino como una artista con talento, visión y algo que decir.

–No importa lo que quiera. Lo que importa es lo que quieras tú. Viendo estos... –unas lágrimas inesperadas hicieron que los colores se entremezclaran y temblaran antes sus ojos–. Eres increíble, mamá. Has tenido este don increíble toda tu vida, pero siempre has estado dedicada a nosotros, a Kyle y a mí, a tus padres, a la granja, y ahora a los nietos. Y nunca hemos reparado en ello porque siempre has sido muy discreta.

–¿Sí? Probablemente sea porque no tengo nada de lo que quejarme.

–Eras muy joven cuando papá se marchó.

–Me alegra que te parezca que con treinta y nueve años se es joven.

–No saliste con nadie después. La mayoría de las mujeres se vuelven a casar después de un divorcio.

Su madre se quedó pensativa.

–Algunas encontramos el amor solo una vez.

Annie quería ayudar. Se le daba bien ayudar, ¿no? La granja, la familia... ¿Los había abandonado al marcharse a Los Ángeles? Reflexionó sobre ello de camino al supermercado del pueblo. La lista de la compra era kilométrica. Con ocho personas en casa, siempre necesitaban provisiones.

La tienda local era un negocio familiar y estaba lleno de rostros del pasado. Annie sonrió y les dijo a todos que se encontraba bien y feliz de estar en casa. Se preguntó en qué estarían pensando. ¿Se compadecían de la mujer cuyo esposo se había divorciado de ella mientras estaba en coma y que se había despertado sin nada?

Estuvo a punto de chocar con otro carrito en el pasillo de los cereales, y cuando alzó la mirada vio que se trataba de Celia Swank.

–Anda, hola –dijo–. ¿Qué tal?

–Annie –dijo Celia con una tensa sonrisa. Había sido la chica más guapa del instituto y seguía siendo preciosa, con una melena sedosa con mechas rubias perfectas, sus uñas en tono rosado a juego con el pintalabios y unos dientes increíblemente blancos. Llevaba unos vaqueros ajustados, un top de seda con pinta de ser muy caro y un bolso de diseño–. Me alegro de verte.

–Sí, yo... también me alegro de verte –¿se alegraba? Aún estaba aprendiendo habilidades sociales.

–Me he enterado de que tuviste un accidente. Siento lo de tu programa de

cocina. Ha debido de ser una gran pérdida para ti.

–Sí que lo es –admitió Annie. *El ingrediente clave* era su programa. Su programa. ¿Se iba a rendir sin más? ¿Y si quisiera reclamar su programa? ¿Qué pasaría?

–Deberíamos quedar algún día –dijo Celia– para ponernos al día.

Diez años atrás, Celia Swank no había sido nadie para Annie, solo una chica que conocía del instituto. Celia tuvo la vida que ella habría tenido con Fletcher, pero la había echado a perder. A Annie eso la ponía enferma.

–Para serte sincera –dijo–, no creo que tuviéramos mucho de lo que hablar.

Celia estrechó la mirada.

–Siempre podríamos hablar de Fletcher.

–¿Y por qué íbamos a hacer eso?

–Porque las dos somos sus ex –señaló Celia–. Las dos fracasamos.

## Capítulo 18

*Entonces*

–Para ser un chico que ha entrado en Harvard, eres un idiota –le dijo su padre. Sacó dos cervezas frías de la nevera y le pasó una. Tres años después del accidente, Sanford se había convertido en una persona distinta. Seguía siendo aquel niño grande con grandes ideas, pero el trauma que había sufrido y la posterior recuperación lo habían cambiado. Ahora se comportaba más como un padre que cuando Fletcher era pequeño.

–¿Qué quieres que haga? –preguntó Fletcher–. ¿Seguir a Annie hasta California y... qué? ¿Llevarle el bolso? ¿Ser su chófer? ¿Conseguir un empleo de mecánico?

–Vale –dijo su padre antes de dar un trago de cerveza–. Sigue así. Regodéate en tu desgracia y después, cuando tengas mi edad, echarás la vista atrás y te preguntarás qué ha sido de tu vida.

–¿Eso es lo que haces tú, papá?

Su padre soltó una carcajada.

–¿Yo? Sinceramente, te miro y solo siento gratitud. Mira la vida que tenemos. Nos está yendo bien. No me siento un desgraciado. Soy todo lo opuesto a un ser desgraciado.

–Eso es genial, papá. Yo tampoco me siento un desgraciado.

–Entonces no te importa dejar que esa chica se vaya a California.

–Lo que tengo claro es que no voy a suplicarle que no vaya.

Su padre suspiró.

–Si seguir juntos es importante, haréis que funcione.

Fletcher seguía intentando imaginar cómo sería mudarse a California. Tendría que olvidarse de Harvard y empezar con el proceso de solicitudes otra vez para una universidad de la Costa Oeste, aplazando así sus planes durante otro año más. Y aunque lo hiciera, no habría nada seguro. Si el proyecto de Annie no funcionaba, ¿entonces qué? ¿Ella seguiría con su vida? ¿Volvería a Nueva York? ¿Se marcharía a alguna otra parte?

Fletcher se había pasado toda la vida mudándose de un lado a otro y ya estaba harto. No quería trasladarse más. Quería forjarse una vida que tuviera sentido. Quería tener un lugar al que llamar «hogar».

Ni Annie ni él iban a ceder. Se habían separado... otra vez. Era lo correcto

aunque no lo pareciera. Abordó la situación como lo habría hecho cualquier machote: se emborrachó y se acostó con Celia Swank. Era una tía buena y lo deseaba.

Por otro lado, no podía ignorar la realidad; ahora tenía dinero y no era tan inocente como para pensar que eso no le importaba a Celia. Sin embargo, después de unas cuantas copas, le dio igual cuáles podrían ser las motivaciones de Celia. Era buena en la cama. Casi lo suficiente como para distraerlo y hacerle ignorar los recuerdos de Annie.

Con Annie, el sexo era algo más que sexo. Era una especie de cercanía que solo podía sentir con ella. Intentaba no echarlo demasiado en falta.

Celia era una buena distracción porque no tenía que pensar demasiado cuando estaba con ella. La llevó a navegar al lago Champlain en el nuevo barco de su padre. Pasaron un fin de semana en Château Frontenac, in Quebec, donde hicieron *mountain bike* e incluso paracaidismo. Todo fue una diversión absurda, vacía, el entretenimiento que necesitaba justo en ese momento.

Fue mientras el verano empezaba a desvanecerse y él se estaba preparando para trasladarse a Cambridge e ir la universidad cuando supo qué quería Celia de verdad.

–Estoy embarazada.

«Claro, cómo no. ¿Es mío?». Se tuvo que morder la lengua para no preguntar lo que estaba pensando. Celia era muchas cosas, pero no estúpida. No lo cazaría a menos que estuviera muy segura de a quién pertenecía el ADN que llevaba dentro.

¿Lo había cazado? ¿O en el fondo él también había querido eso?

Era el truco más antiguo del mundo y él se había tragado el anzuelo, el hilo y la caña. Había tenido cuidado. Había sido muy cuidadoso. Y, aun así, Celia se las había apañado para ingeniarse un preservativo fallido.

Un hijo. Esa mujer iba a darle un hijo. Y por ello tomó una decisión, la clase de decisión que no tenía vuelta atrás.

Con los contratos firmados y Martin ocupando el puesto de chef y presentador del programa, estaban listos para empezar con el episodio piloto. Annie y Martin les mostraron su última demo a Leon y su equipo. Era buena, tal vez la mejor hasta la fecha, pero se la rechazaron. Otra vez.

El director de *casting* al final lo dijo, dijo eso que Annie sabía que nadie le quería decir:

–No eres la adecuada para este papel.

–Y tampoco lo es ninguna de las que han hecho la prueba –apuntó Leon.

Martin toqueteaba su teléfono.

–¿Puedo hacer una sugerencia?

–Por favor –dijo Leon–. Se nos acaba el tiempo.

Martin tecleó algo en el portátil conectado a la gran pantalla.

–He conocido a alguien en mi clase de yoga...

No le había dicho nada de eso a Annie. Ella frunció el ceño al ver en la pantalla el vídeo de una audición no muy buena. La chica, Melissa Judd, era preciosa, pero su forma de hablar era tosca e inexpresiva, y su personalidad excesivamente ordinaria.

–Eso es lo que buscamos –dijo el director de *casting*.

–¿Ah, sí? –preguntó Annie, aunque nadie le prestó atención.

–Es ella –dijo Leon–. Quiero decir, va a necesitar mucha formación, pero Annie la puede ayudar.

–¿Puedo? –Annie miró la imagen detenida en la pantalla de la sala–. ¿Es broma, verdad?

Martin sonrió y le dio una palmadita en el hombro.

–Annie Rush, te presento a tu nueva mejor amiga.

Annie condujo hasta su apartamento, abatida. Su programa se había convertido en un tren descarrado y ella ni siquiera iba agarrada. Las interminables reuniones y sesiones de planificación, que al principio le habían resultado tan emocionantes, ahora la dejaban exhausta.

–Anímate –se dijo mientras metía la llave en la cerradura de la puerta del apartamento. «Eficiencia ejecutiva», decían; un eufemismo para un piso de alquiler triste y opresivo. Soltó sus cosas, se sirvió una copa de vino y se preparó para pasar una noche más trabajando. Su ordenador era como un apéndice. Pasaba más tiempo con él que con gente de verdad.

«Esto es lo que conlleva lanzar un programa», se recordó. Si fuera fácil, todo el mundo tendría un programa. Pero no era fácil. La clase de programa con el que había soñado, uno de cocina que conmemoraba las ideas que llevaba en el corazón, iba a suponer mucho trabajo.

Se recordó que tenía el apoyo de la productora. Ellos también querían un programa juvenil y moderno sobre buena comida, bien hecha, con proveedores locales y platos accesibles para cualquier espectador. Incluso habían utilizado su título, *El ingrediente clave*, y la habían nombrado productora.

Tenía que ser un momento triunfal, la culminación de un sueño que había albergado durante mucho tiempo. Y aun así, cuando miró la hora en la pantalla del ordenador y vio que era casi medianoche, la invadieron el agotamiento y la



frustración. Se le saltaron las lágrimas y al instante empezaron a brotar con fuerza hasta que finalmente estalló en sollozos; sollozos enormes, descontrolados, que le hicieron preguntarse: «¿Pero qué estoy haciendo?».

La vida estaba pasando a toda velocidad a su alrededor, como las páginas de un folioscopio con sus pequeñas figuras animadas. Pero cuando terminaba el día, se encontraba sola en ese apartamento cutre, trabajando encorvada sobre su mesa y sin nadie con quien hablar a menos que quisiera hablar de la producción del programa. Tenía la playa a pocos kilómetros y había estado allí una única vez para filmar un mercado de pescado en Venice. La gente jugando al voleibol, montando en bici y patinando por el parque eran unos extraños para ella.

Echaba de menos a la abuela. Echaba de menos a Fletcher. Lo necesitaba con un ansia tan poderosa que le producía temblores. Los dos habían estado tan unidos, tan íntimamente unidos, habían sido tan felices juntos. ¿Cómo habían podido renunciar a su amor y separarse?

En su momento le había parecido una decisión madura y racional. Fletcher y ella habían admitido que tenían demasiadas complicaciones para poder mantener a flote una relación. ¿Qué vida tendrían viviendo cada uno en un extremo del país? Había creído que tendría una vida tan plena que no notaría el enorme vacío que antes había ocupado su corazón.

Él estaba cumpliendo con su parte al no llamar ni enviarle mensajes. Habían cortado por lo sano.

Se terminó la botella de vino y miró el anodino apartamento. Escuchó el machacante estruendo del tráfico que nunca cesaba. Oyó el silencio de su propia soledad. Estar lejos de Fletcher le producía un dolor tan visceral que no podía ni comer ni dormir. A veces incluso le parecía que no podía ni respirar.

–Esto es una locura –murmuró diciendo la verdad por primera vez desde que se había mudado–. La forma en la que estoy viviendo es una locura.

Y con eso, pegó un saltó y se puso en acción. Veinte minutos después estaba en un taxi de camino al aeropuerto contándole su vida al taxista, que apenas hablaba inglés.

–Tengo que hacer algo. Hay otro vuelo nocturno a Boston que sale en una hora. Tengo que hacerlo. No quiero ni dudar, ni perder los nervios ni dejar que nadie me disuada.

Viajaba muy ligera de equipaje: el documento de identidad, el teléfono y el monedero. Hubo un instante de duda.

–A lo mejor debería llamar a Fletcher –murmuró mientras observaba por la ventana las luces de color ámbar de las farolas de la autopista–. No. Empezaría con las objeciones de siempre y no quiero oírlas.

El taxi tomó el desvío hacia el aeropuerto y la dejó en la terminal de salidas.

–Merece la pena salvar lo que teníamos, lo que tenemos. Si tengo que hacer malabares con mi vida para que esto funcione, lo haré –le entregó el precio de la tarifa junto con una buena propina.

–Buena suerte –le dijo el conductor con un marcado acento.

El clima húmedo y tempestuoso la envolvió al bajar del taxi frente a Hastings Hall, a un par de manzanas de la Facultad de Derecho de Harvard. Solo había podido echar una cabezada en el avión, así que no le vino mal el golpe de aire frío.

Cambridge estaba muy tranquilo a primera hora de la mañana: unos cuantos corredores muy entusiastas con auriculares y mallas, y un grupo de estudiantes sujetando sus cafés y sus bollos de camino a la residencia. Se coló por la entrada tras ellos y encontró el número del apartamento de Fletcher en un buzón.

Se le paró el corazón al verse frente a su puerta. Un halo de encrespamiento le rodeaba el pelo debido a la humedad y seguramente tenía ojeras, pero esperaba que él no se diera cuenta. Esperaba que la entendiera cuando le explicara que no solo lo quería a él sino que quería una vida con él. Que quería estar para siempre con él.

«Allá vamos», pensó mientras llamaba a la puerta con decisión.

Fletcher abrió y ella pasó. Era un apartamento austero, no muy distinto al suyo de Los Ángeles, y olía ligeramente a vapor mezclado con jabón de ducha.

Su expresión de sorpresa contenía algo más que sorpresa. ¿Impacto? ¿Preocupación?

–Annie. Hola, no sabía que ibas a venir. ¿Pasa algo?

–Sí, pero no del modo que crees –dijo sin preámbulos, no quería acobardarse–. No. Esa es mi respuesta.

–Tu respuesta –él se pasó la mano por el pelo y miró a su alrededor como si estuviera buscando una salida de emergencia–. Eh... ¿tu respuesta a qué?

–Cuando me preguntaste si el programa en California era mi sueño, te dije que sí. Pero resulta que me equivoqué. La respuesta correcta es «no».

–Ah. ¿Entonces no ha salido adelante? –se frotó la nuca.

–Al contrario, el programa parece estar marchando bien. Pero la cuestión es que es un trabajo, no es mi sueño. He descubierto que hay una diferencia –le agarró las manos y agradeció la familiar calidez de sus dedos. Qué agradable era tocarlo. Uno de los problemas de vivir sola era que, exceptuando algún que otro apretón de manos, nadie te tocaba nunca.

–Annie...

–Odio el modo en que lo dejamos –dijo suspirando aliviada al confesarse por

fin—. Odio no estar contigo. Te echo de menos cada minuto del día. Nada va bien sin ti.

—Annie, espera un segundo.

—No, déjame terminar —dio un paso hacia él y puso dos dedos sobre sus labios, esos suaves labios en los que no podía dejar de pensar—. Lo que he venido a decirte es que cometí un error al dejarte. Estoy enamorada de ti, Fletcher. Lo llevo estando mucho tiempo. Desde siempre. Y eso no va a cambiar y no puedo vivir sin ti. Así que he volado toda la noche para decírtelo y para preguntarte si podemos encontrar un modo de unir nuestras vidas. Por favor —las palabras le brotaron en un raudal de emociones. Se sentía vulnerable y esperanzada, un poco asustada, pero también llena de seguridad.

Tal vez él no sentía lo mismo, pero tenía que ser valiente. No iba a dejar que el miedo o un falso orgullo le impidiera decir lo que llevaba en el corazón.

—Así que eso es lo que tenía que decirte —dijo mirándolo fijamente—. Te quiero, Fletcher. No quiero que esto termine. No quiero que terminemos.

—Annie. Para de hablar. Para —se apartó de ella y volvió a frotarse la nuca—. Joder. Es demasiado... Tengo que contarte una cosa.

El gesto tenso de su boca hizo que la recorriera un cosquilleo de miedo. Había estado segura de que la amaba. Había estado segura de que querría que hicieran planes juntos.

—¿Qué pasa?

—No puedo... Aún siento... —parecía estar buscando las palabras adecuadas. Y entonces su mirada se endureció y añadió—: No podemos estar juntos.

—No, no digas eso. No he dejado de pensar en esto y sé que va a ser complicado, pero siempre hemos sido complicados, ¿no? Aun así, ¿no crees que merece la pena salvar lo que tenemos? Podríamos...

—Me voy a casar con Celia Swank —pronunció el nombre como si le supiera amargo.

Durante unos segundos, ella fue incapaz de procesar la información. Se quedó impactada, en silencio. Y entonces se dio cuenta de que la ducha había estado sonando desde que había llegado. Se detuvo de pronto. Se oyó el crujido de una puerta y Celia entró en la sala envuelta en una toalla.

—Oye, Fletch, ¿crees que podríamos...? —Celia se quedó de piedra al ver a Annie—. Ah. No sabía que teníamos compañía.

Annie dio un paso atrás mientras sentía que se le helaba la sangre. Retrocedió otro paso más. Una sensación de humillación se extendió por ella como un reguero de pólvora.

—Vaya —susurró rodeándose la cintura con los brazos, como abrazándose a sí misma—. Es... Vaya.

Celia estrechó la mirada.

–Me voy a vestir. Tardaré unos minutos. Debería ser suficiente para que le digas lo que sea que has venido a decir –se giró y salió con un portazo.

Celia Swank. ¿En serio? Annie sintió rencor hacia esa mujer. Y al momento entendió que era rencor hacia Fletcher.

–¿Cuánto esperaste después de que me marchara? ¿Empezaste a tirártela en cuanto me fui al aeropuerto o al menos esperaste hasta que mi avión despegó?

–Annie, lo siento. Yo...

–¿Lo sientes? ¿Lo sientes? ¿Qué sientes? ¡Pero si tienes que estar encantado! Has encontrado a alguien que quiere seguirte hasta Harvard. Me alegro por ti, Fletcher –mientras hablaba iba retrocediendo hacia la puerta. De pronto sentía la necesidad de huir. Echó la mano atrás y buscó a tientas el pomo de la puerta; al encontrarlo, salió al pasillo y a punto estuvo de chocar con un chico que llevaba una bandeja de cafés calientes.

–Mira por dónde vas –le dijo el chico.

Parecía que Fletcher quería decir algo más, pero Annie sabía que no importaba qué más le dijera, qué explicaciones le diera. Iba a casarse con Celia Swank. Fin de la historia. Era el fin de su historia.

–Vale, pues muy bien –ahora el mundo le parecía distinto, extraño, inhóspito, frío. Igual que cuando su padre se había marchado. ¡A la mierda el romántico viaje transcontinental para desnudar su corazón!–. No hay nada más que decir, excepto que tengas buena suerte, supongo.

–Espera, Annie, escucha...

–¿Para qué? –le preguntó totalmente humillada–. Me has dicho todo lo que necesito saber. Adiós, Fletcher.

## Capítulo 19

*Ahora*

Annie se despertó con la extraña sensación de que la estaban observando. Abrió un ojo y después el otro. La imagen borrosa que veía junto a la cama fue aclarándose hasta convertirse en una mofletuda carita de ilusión.

–Knox –dijo mirando a su sobrino pequeño. Su cabeza quedaba a la altura de la cama–. No te he oído entrar.

–Mamá me ha dicho que no podía hacer ruido.

–Pues no has hecho nada de ruido –dijo incorporándose y apoyándose en un codo. Dio una palmadita sobre la cama, junto a ella–. Sube.

El niño esbozó una sonrisa y se subió a la cama.

–¿Puede venir Dug?

–De acuerdo.

Knox se asomó por la cama y dijo:

–¡Dug, arriba!

En un santiamén, el dachshund de brillante pelo marrón saltó a la cama y los saludó moviendo alegremente su cola con forma de látigo. Annie sonrió y acarició las sedosas orejas del perro.

–Me gusta Dug. Es muy mono y muy dulce.

–Sí –Knox la miraba fijamente a la cara. Tenía un gesto serio, la piel increíblemente suave y la mirada descarada.

–¿Te acuerdas de mí? Eras muy pequeño la última vez que vine de visita. Aún llevabas pañales.

–Ahora soy un chico grande –dijo el niño enseñándole sus calzoncillos con dibujos de un superhéroe que ella no reconocía.

–Sí que lo eres. Y eres muy amable al venir a visitarme por la mañana –se sentó en la cama y se rodeó las rodillas con los brazos. La habitación seguía teniendo las mismas cortinas de encaje que habían tenido siempre las dos ventanas de la buhardilla. Las librerías y el rincón de estudio le traían recuerdos de las novelas que había leído, de los deberes que se le habían atascado, de las amigas que habían ido a dormir.

–Cuando era pequeña, esta era mi habitación –le dijo a su sobrino.

–Ahora es la habitación de invitados.

–¿Y yo soy una invitada o vivo aquí? –se preguntó en voz alta.

El niño la miró como si no la comprendiera mientras acariciaba distraídamente la cabeza del perro con su manita regordeta.

–Esta habitación tiene un escondite secreto. ¿Quieres que te lo enseñe?

Knox asintió entusiasmado. Ella bajó las piernas de la cama y plantó los pies en el suelo. Era un alivio no tener que pensar ya en cada movimiento. Por fin sentía las piernas fuertes, pensó al dirigirse hacia la estantería empotrada.

–Aquí –dijo soltando los pestillos ocultos. La librería se abrió hacia fuera y dejó al descubierto un espacio que ahora estaba lleno de telarañas y pelusas.

Dug se metió y comenzó a olfatearlo todo como loco. Una araña corrió a esconderse.

–Las arañas me dan asco –dijo Knox dándole la mano a Annie.

A ella se le derritió el corazón al sentir la húmeda suavidad de sus dedos.

–A mí también, pero no quieren hacernos daño –encontró una linterna en el cajón de la mesilla–. Sujétala, ¿vale?

Knox asintió encantado y se puso de cuclillas junto a Annie. Ella le mostró un pequeño recoveco donde había escondido una vieja caja de zapatos Hush Puppies. Le quitó el polvo de un soplido y abrió la tapa.

–¿Lo ves? Tesoros.

Entusiasmado, Knox inspeccionó todos los cachivaches, una colección de menudencias que había conservado de su infancia. Viendo ahora los dispares objetos, la invadieron los recuerdos. Cada uno estaba vinculado a un momento específico que podía recordar con perfecta claridad. Su colección de cuentas de honor del Campamento de Chicas estaba metida en una vieja botella de whisky Crown Royal y era un recuerdo de las reuniones secretas a las que había asistido con sus amigas después de clase. Las chapas de metal grabadas de su mascota de la infancia, un fiel labrador llamado Bunky, le provocaron una sensación agrídulce. Su sobrino y ella examinaron cuidadosamente la caja, con sus premios del carnaval, llaveros, un anillo de esos que cambiaban de color en función de tu estado de ánimo, un CD de Mariah Carey, una nota de amor de un chico de su clase de sexto. Había también una caja de cerillas y un paquete de papel de fumar por la mitad. Invadida por la nostalgia, ojeó un sobre de fotos.

–Así era yo cuando tenía más o menos tu edad –dijo mostrándole a Knox una foto sacada la mañana de Navidad cuando tenía tres o cuatro años y en la que salía abrazando a su nueva muñeca y a su viejo perro. Había también una en la que estaba conduciendo el tractor y era tan pequeña que tenía que ir de pie para llegar a los pedales. En otra estaban la abuela y ella con delantales a juego preparando alguna delicia en la cocina. En la más reciente, una que tomaron probablemente justo antes de comprarse la cámara digital, estaba con Fletcher Wyndham la noche del baile de promoción. Eso ya era historia.

–Míranos –le dijo a Knox al recordar lo guapo y maduro que había visto a Fletcher aquella noche. El esmoquin alquilado no le quedaba muy bien y tenía un ligero olor a gasolina y naftalina, pero había ido a buscarla con un ramillete y una mirada llena de amor y habían bailado toda la noche. La joven sonriente de la foto no tenía ni la más mínima idea del futuro que la aguardaba–. Qué felices éramos. Qué ingenuos.

Su sobrino asintió con solemnidad, aunque le llamaron más la atención unos collares de cuentas del Mardi Gras. Un año el flujo de savia comenzó antes de lo esperado y su padre lo había festejado celebrando un Mardi Gras para todos los empleados y amigos.

–Tengo hambre –dijo Knox poniéndose los collares.

–Yo también. Vamos a preparar el desayuno.

El niño le dio la mano y bajaron juntos a la cocina seguidos por Dug. Aferrada a los diminutos dedos de su sobrino, pensó que la caricia de un niño tenía un mayor poder curativo que todas las horas de rehabilitación que había hecho. Knox poseía una mente abierta y un corazón abierto. Él no juzgaba, simplemente observaba, y decía exactamente lo que pensaba en el momento en el que lo pensaba.

Fueron los primeros en levantarse. El sol inundaba la habitación y teñía de dorado las encimeras y los utensilios. A Annie siempre le había encantado el aspecto que tenía la cocina por la mañana, antes de que nadie la tocara. Los utensilios de cobre resplandecían sobre las encimeras de acero inoxidable; la cristalería y los recipientes para hornear estaban perfectamente colocados en los armarios; la mesa vacía parecía estar esperándola solo a ella. Se detuvo y lo contempló todo mientras sus sentidos se llenaban no solo de recuerdos sino de una sensación de esperanza. Las náuseas de miedo diarias desaparecieron, así, sin más.

Le tocó el hombro a su sobrino.

–¿Qué es lo mejor que hay para desayunar?

–Magdalenas de arándanos –respondió el niño sin vacilar.

–Creo que podemos hacerlo.

Encendió el horno de gas.

La mayoría de los ingredientes y utensilios estaban donde habían estado siempre. La gran despensa aún tenía el seco aroma de la harina y las especias. El molde de magdalenas de hierro de la marca Griswold, el favorito de la abuela, estaba en el cajón del horno. La abuela siempre se había negado a usar utensilios de hierro colado que no fueran de Griswold, lo cual había supuesto un gran desafío ya que la marca había dejado de fabricar hacía décadas.

Annie sentó a su sobrino en un taburete junto a la encimera y se pusieron

manos a la obra. Iba contándole la receta al pequeño mientras reunía los ingredientes: huevos y suero de leche, una pizca de mantequilla derretida y los ingredientes secos, los arándanos congelados—. Me parezco a la abuela —dijo en voz baja—, hablando conmigo misma —sonrió a Knox—. Además de mi abuela era mi mejor amiga. Lo fue toda mi vida. ¿Quién es tu mejor amigo?

El niño señaló a Dug, que estaba sentado cerca de ellos esperando que le cayera un bocado.

—Qué bien. Dug tiene que ser un amigo genial. A ver si le gustan los arándanos —le lanzó uno al perro, que lo olfateó con desconfianza antes de darle un lengüetazo y comérselo.

Annie retomó la tarea y se concentró en ella. Resultó un trabajo reconfortante, como si se estuviera reencontrando a sí misma. Knox la ayudó encantado a remover y rellenar los moldes y ella le dejó comerse unos cuantos arándanos más. Mientras las magdalenas se horneaban, preparó una cafetera y sacó la nata, el azúcar, la mantequilla y la mermelada. Cuando el aroma de las magdalenas comenzó a llenar la cocina, Knox le puso sus pegajosas manos en las mejillas.

—¿Por qué estás llorando? —le preguntó el niño con los ojos abiertos de par en par y gesto de miedo—. ¿Te vuelve a doler la cabeza?

Ella le agarró las manos, le dio un beso en cada una y esbozó una sonrisa.

—No me duele nada. Todo lo contrario. Esta mañana me has hecho muy feliz. Estar en esta cocina me hace feliz. Hemos juntado lo que teníamos y hemos preparado algo que va a ser delicioso.

—¿Cuándo?

Annie señaló el temporizador.

—En cuanto oigas la campanita.

El aroma del café y del desayuno atrajo al resto de la familia a la mesa. Annie se secó las lágrimas, pero estuvieron a punto de brotarle otra vez cuando vio a su familia reunirse alrededor de la encimera. Ver a su madre sirviendo el café, a Beth preparándose la bolsa para el trabajo, a los otros tres niños metiéndole mano a la comida, y a Kyle leyendo una revista sobre granjas, la llenó el corazón. Estaba en casa con su familia y una encantadora sensación de bienestar la envolvió.

Los sobrinos mayores repartieron abrazos y subieron por el inclinado camino hasta la parada del autobús del colegio y Beth se marchó al trabajo. Knox le dijo que iba a hacer un fuerte para sus trols y se puso a trabajar debajo de la mesa del comedor con una caja de cartón y un cubo de piezas de construcción Lincoln Logs. Mientras, Annie, Kyle y su madre disfrutaron de una segunda taza de café en la mesa de la cocina.

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó a su hermano.



Él levantó la revista.

–¿«La guía de selección de cánnabis»? Así que sí que te estás planteando cultivar hierba.

–Así es. Voy a plantar un acre donde dé bien el sol en la ladera sur.

–¿En serio? ¿Lo han legalizado en este estado mientras he estado dormida?

Su madre sacudió la cabeza.

–No, y no dejes de intentar decirle que es una pérdida de tiempo. Si pensaras tanto en el arcedo e invirtieras tanta energía en él, probablemente podríamos cambiar las cosas.

–Estoy preparando el terreno –dijo Kyle–. La asamblea legislativa va a aprobar la legalización para uso recreativo, hay un proyecto de ley, y cuando lo aprueben estaré preparado. Puedo hacer una fortuna y tengo cuatro niños que alimentar y educar.

–Qué guay –dijo Annie. Recordaba haber fumado marihuana. Se había colocado las veces suficientes para decidir que no era para ella. La dejaba atontada y sin ganas de hacer nada–. ¿A Beth le parece bien?

–Estamos... negociándolo.

–Ah –dijo su madre mirándolo seriamente–. Imagino que podría suponer un problema que la directora de una escuela para adolescentes rebeldes cultivara marihuana.

–No, una vez se legalice –dijo Kyle–. Cederá.

–¿Y si no? –preguntó su madre antes de dar un sorbo de café.

Kyle siguió leyendo.

Annie recordaba que, antes de que sus padres se hubieran divorciado, habían tenido tensas conversaciones creyendo que ella no podía oírlos. Sus diferencias por el hecho de que su padre quería irse de aventura al trópico y su madre quería quedarse en la granja nunca habían quedado resueltas. Los deseos de su padre de encontrar algo distinto habían sido como agua filtrándose por grietas en el suelo que se habían helado y al final habían acabado rompiéndolo y separándolo todo.

–La mitad de los matrimonios terminan en divorcio –dijo Annie mirando a su hermano por encima de la revista–. Así que, estadísticamente, mi divorcio os favorece a Beth y a ti, ¿no?

–Beth y yo estamos bien –respondió él levantándose de la mesa. Recogió los platos del desayuno y se fue a trabajar. Hoy iba a llevar algunos de los arces que ya no les eran útiles a un aserradero de Greensboro para que los pelaran y secaran para usarlos como leña. La corteza la emplearían como mantillo para el jardín y el huerto.

De pronto sintió un intenso amor por su hermano mayor. Era un hombre entregado a su familia que parecía satisfecho con su vida y no aspiraba a tener

un campamento de surf en el trópico... o una carrera televisiva en Los Ángeles. Envidiaba de Kyle su claridad a la hora de saber lo que quería.

Aun así, y basándose en los datos económicos que le había mostrado su madre, le preocupaba la granja. ¿Y si tenían que venderla? ¿Y si la compraba un promotor inmobiliario o un fabricante de sirope más grande?

Cuando Kyle se marchó, su madre se puso a revisar el correo y, con una mueca de disgusto, le mostró uno de una residencia de ancianos ofreciéndole una cómoda vida de jubilada.

–¿Cómo he acabado metida en esta lista? Ah, claro. Porque soy vieja. ¿Cuándo ha sucedido? ¿Cuándo me he hecho vieja y cómo se me ha olvidado tener una vida?

–No digas que eres vieja, mamá. No lo eres. Estás fantástica. Y mira a tu alrededor. Sí que tienes una vida.

La cocina y la zona de desayuno estaban llenas de fotografías de la familia, de recuerdos y de objetos de ocho generaciones de Rush. Las paredes estaban pintadas de azul hielo y adornadas con cuadros de su madre con marcos que coordinaban con el vidrio plomado de la ventana salediza.

–Sí. Es verdad. Claro que sí. ¿Pero es la vida que quiero? Pues no tengo ni idea.

–No te quejes tanto y ve a pintar algo. Siempre eres feliz cuando pintas. Yo cuidaré de Knox.

–A lo mejor después. Primero quiero enseñarte una cosa. Bueno, dos, en realidad, y sé que vas a tener muchas preguntas.

–De acuerdo.

La invadió la curiosidad mientras seguía a su madre hasta el estudio. Pusieron *Barrio Sésamo* para Knox y se sentaron en el sofá. Su madre le dio un voluminoso álbum de fotos de marfil con las palabras: «Nuestra Boda» grabadas en letras doradas.

–Solo si te apetece –dijo su madre con delicadeza.

–Esta mañana he hecho magdalenas de arándanos, así que estoy preparada para lo que sea –sin embargo, tenía las manos heladas cuando se puso el álbum sobre el regazo. El nombre del fotógrafo estaba escrito por dentro debajo de «Annie+Martin».

Giró las páginas lentamente y se tensó al ver las resplandecientes expresiones de la gente reunida en la playa una dorada tarde de septiembre.

–Qué felices nos sentimos por vosotros aquel día –dijo su madre.

–Todo parecía perfecto, ¿verdad?

Annie y Martin habían planeado juntos la ceremonia en la playa basándose en buena comida, música en directo y baile ininterrumpido. De la barbacoa de la

cena se había encargado la familia de Martin. Aunque los habitantes de Vermont y los texanos tenían poco en común, encontraron un vínculo en los sándwiches de tiras de cerdo, en la tarta texana y en el vino del valle de Santa Ynez. Annie observó detenidamente unas imágenes de los Rush y los Harlow juntos.

–Incluso nuestras familias se llevaban bien, o eso creo.

–Sí. Los Harlow parecían unas personas encantadoras y estoy segura de que te adoraban. La madre de Martin me dijo lo emocionada que estaba con el programa y lo agradecida que se sentía, porque todo había empezado gracias a ti.

Annie miró una foto de grupo en la que salía con Martin, sus padres y sus hermanos. Fue como mirar la foto de una extraña. Una extraña con un vestido precioso y una sonrisa preciosa.

No sabía qué se le pasaba por la cabeza en aquel momento. Podía ver la alianza que llevaba en el dedo: un solitario con corte princesa de oro rosa y diamantes extraídos por vías éticas. Él había vendido su moto para poder comprarlo.

¿Le había amado? Sí. ¿Como había amado a Fletcher? Ni por asomo. Era como la diferencia entre una luciérnaga y un relámpago.

Pero eso Annie no lo había sabido en aquel momento. Martin y ella habían tenido una relación dinámica y excitante. Eran absolutamente compatibles. Trabajaban como equipo, se retaban mutuamente, hablaban sobre sus planes de futuro, se hacían reír y se daban unos maravillosos orgasmos con regularidad. Era amor. Una forma de amor. Ahora se daba cuenta de que no había sido suficiente. No lo había amado lo suficiente.

¿Dónde estaba ahora ese anillo?, se preguntó. Lo había encontrado en su bolsa de «Pertencencias del Paciente». ¿Qué debería hacer con él? ¿Empeñarlo?

Se quedó mirando una foto de Melissa en la que salía con un vestido tubo de Céline y su esbelto brazo alzando una copa de agua con gas mientras ofrecía un brindis. Annie aún podía recordar las risas y la música de aquel día. Recordaba que Melissa le había preguntado si era el día más feliz de su vida. Habían sido amigas. Ella le había dado un puesto en el programa. Ahora no podía recordar cómo había respondido a su pregunta.

–Bueno –dijo cerrando el álbum de golpe–. No sé qué hacer con esto. Quiero decir, ¿qué se hace con las fotos de la gente con la que has terminado?

Su madre vaciló.

–No tienes que decidirlo ahora. Aquí hay algo más –le dio otro libro grueso encuadernado en piel–. Siempre había querido organizar todo esto y hacer un álbum de recortes. Quería sorprenderte con ello algún día, pero... –vaciló de nuevo–. No llega a estar acabado nunca.

Annie miró la portada.

–*Mi deslumbrante carrera.* Supongo que ahora sí que está acabado, ¿eh?  
Su madre le dio un empujoncito cariñoso.

–No digas eso. Este es un nuevo capítulo y va a ser aún más deslumbrante. Es más, así llamaré a la segunda parte: «Mi aún más deslumbrante carrera».

–Vale.

–Siempre me he sentido muy orgullosa de tus logros, Annie. Y tú sí que eres deslumbrante y has hecho mucho en muy poco tiempo.

Annie se sintió conmovida.

–Bueno, pues yo pienso lo mismo sobre tu carrera. Y creo que nunca te lo he dicho, pero debería haberlo hecho.

–¿Qué? ¿Mi carrera? Yo no tengo una carrera.

–Tienes algo mejor. Tu familia y tu arte. Cuando me enseñaste tus pinturas abstractas, por poco me desmayo. Adoro el talento que tienes y no voy a dejar de darte la lata hasta que hagas algo además de acumular cuadros en tu estudio.

–Hacer algo. ¿Cómo qué?

–Dímelo tú. Hacer una exposición. Los estudios que siempre has querido. Hacer algo más con tu arte.

–Todo eso es demasiado descabellado.

–¿Tan descabellado como que yo acabara produciendo un programa de televisión recién salida de la universidad?

Su madre abrió la boca, la cerró y soltó una carcajada.

–¿Cuándo te has vuelto tan sabia? ¿Ha sido por el golpe en la cabeza?

–A lo mejor –abrió el álbum, que parecía estar lleno de fotos y recortes que se remontaban a su infancia–. ¡Hala! No me puedo creer que hayas hecho esto.

–Es un trabajo aún en curso. Quería adornar las páginas, pero al final no lo he hecho. Dios mío, mira qué monada eras.

Había fotos de Annie en la cocina, a veces con la abuela, a veces sola. Siempre parecía estar muy seria cuando cocinaba. Las fotos demostraban que la cocina nunca había sido un juego. Había sido más una vocación. Una pasión.

Y a juzgar por cuánto había disfrutado esa mañana haciendo repostería, lo seguía siendo.

Había recortes destacando su participación en las competiciones de natación del instituto, sus apariciones en las listas honoríficas de la universidad y en reseñas de Glow, el restaurante donde había trabajado. Después de la universidad, la colección pasaba a incluir artículos de famosas revistas nacionales: *Variety*, *Entertainment Weekly*, *Food & Wine*, *Good Housekeeping*, *People*.

Los titulares destacaban la creciente popularidad de su programa: *La cadena Up-start presenta la programación de otoño. Producciones Atlantis lanza*

*innovador programa de cocina. La estrella en alza Martin Harlow saca la cocina a las calles. El ingrediente clave, la clave del éxito para un programa de cocina. El ingrediente clave gana su tercer Emmy consecutivo.*

–¡Gané un Emmy al mejor montaje en programa de televisión! –dijo Annie–. Dios mío, es alucinante.

–Lo sé. Todos nos arreglamos como si fuéramos a la alfombra roja y vimos la retransmisión por Internet –le dijo su madre.

Annie miró la foto en la que salía sosteniendo el premio y pensó en que debió de ser un gran momento para ella. Lucía una sonrisa victoriosa y un vestido que le había costado más de lo que se había gastado en su primera película. Ya que se trataba de un premio técnico, fue retransmitido solo por web. Las grandes publicaciones gastronómicas habían cubierto el evento.

–Me puse a llorar cuando anunciaron tu nombre. ¡Qué momento! Y todo empezó con tu proyecto de fin de carrera.

–Jamás podría haber imaginado el impacto que iba a tener aquel vídeo.

–Nadie podía haberlo hecho. Pero yo siempre supe que lo lograrías, Annie, gracias a todo el talento que tienes.

Annie encontró un artículo de un día que recordaba bien.

–Esta fue mi primera entrevista con Martin. *TV Guide*, 2007.

En la fotografía salían sonriéndose y brindando con copas de champán. Las copas eran de Lalique, el principal patrocinador de la web del programa.

–Mira qué felices estábamos –murmuró Annie. Martin y ella se acababan de prometer y estaban eufóricos por el estreno del programa. El episodio sobre el sirope de arce, que ella había creído con total seguridad que sería un desastre y terminaría por cancelarse, había resultado un éxito de audiencia, y conseguir esa entrevista no había hecho más que aumentar la sensación de que estaban por el buen camino.

La entrevista empezaba con la historia tantas veces contada de su primer encuentro: una entusiasta estudiante de cine y un chef arruinado, pero prodigioso, combinando su talento para crear un nuevo estilo de programa. Las preguntas del periodista no fueron especialmente incisivas, pero ahora Annie recordó un momento que la había sorprendido. El periodista le preguntó a Martin cómo se le había ocurrido el título del programa, *El ingrediente clave*.

–Surgió del contenido de manera natural –respondió él sin vacilar y eso había quedado grabado allí mismo, en blanco y negro–. Cada plato tiene ese ingrediente clave que lo define o lo eleva. La historia del programa se centra en eso.

Annie recordaba que se había quedado completamente desconcertada con la respuesta, aunque no lo había contradicho durante la entrevista. Después, se

había sentido más perpleja que dolida. No sabía por qué no había dicho la verdad y, una vez estuvieran solos, le había preguntado:

–¿Por qué no has dicho que se me ocurrió a mí el título?

–Se nos ocurrió juntos –le había respondido Martin agitando la mano como quitándole importancia–. Así es como lo recuerdo.

Ella lo había dejado pasar; con el éxito del programa, le parecía algo sin importancia. Tal vez debería haberle llamado la atención por ello. A medida que pasaba el tiempo, se habían ido acumulando más cosas sin importancia: Martin se apropiaba de una idea, de un giro en el guion, y cada una de esas veces, ella lo dejaba pasar para no discutir. Después de todo, eran un equipo y debían trabajar juntos.

En vista de lo que había descubierto más adelante, ahora no podía más que preguntarse si las manipulaciones de Martin habían sido deliberadas. ¿Había pretendido eclipsarla, posicionarse como la fuerza impulsora del programa?

–Me arrebató cosas –le dijo a su madre ahora–. Cositas, de aquí y de allí. Ideas. Inspiración. Méritos. Nada grave, nada sobre lo que pudiera llamarle la atención seriamente. Simplemente hacía lo que quería y yo le dejaba.

–Erais una pareja –dijo su madre–. Parecías feliz.

–Lo era, pero... –sintió un incisivo malestar y pasó la página: *Duo culinario causa sensación*. El artículo se centraba en la relación entre Martin y su copresentadora, Melissa–. Quería presentar el programa con él –dijo Annie en voz baja–, pero me rechazaron por mayoría de votos.

–Siempre me pareció una decisión terrible.

–Y a mí siempre me pareció que era la decisión de Leon y que debía ceñirme a ella porque era el productor ejecutivo. Ahora me pregunto si Martin pudo haber plantado la semilla –pensó en la cantidad de pruebas de cámara que habían hecho juntos. Martin y ella tenían ritmo, una relación lo bastante fuerte para que el episodio piloto fuera aceptado. Los dos eran personas entendidas y agudas. ¿Acaso le había preocupado competir con ella?

–¿Qué decían que eras? –preguntó su madre–. ¿Demasiado exótica? ¿Demasiado alternativa?

–Algo así.

–Deberían haberte dejado delante de la cámara, pero en lugar de eso, eligieron a esa chica sosa que nadie recuerda. No era mala, pero tampoco era genial.

–Martin fue quien encontró a Melissa. ¿Te lo había contado?

–¿Qué quieres decir con «encontró»?

–Se conocieron en clase de yoga. En realidad, el director de *casting* no quería tenerla en cuenta y mucho menos hacerle una prueba de cámara. No era más que una cabeza parlante con voz chillona de un programa nocturno de teletienda.

Pero Martin la defendió –de pronto se le heló la sangre y la asaltó una fugaz e indeleble imagen de Martin y Melissa, desnudos en la caravana de él. No era un recuerdo imaginado. Era tan real como los voluminosos álbumes de fotos que tenía delante.

–¿Qué? –le preguntó su madre mirándola con preocupación.

–Martin y Melissa. Estaban teniendo una aventura.

–¡Oh, Annie, no!

Annie se estremeció cuando una oscura niebla le llenó la cabeza. La atravesó un dolor y sintió una desagradable sensación de rabia y conmoción.

–Fue... Dios mío, mamá. ¡Los vi juntos!

–No lo sabía –dijo su madre mirándola con preocupación–. Cielo, cuánto lo siento. Debió de ser horrible.

–Me los encontré en la caravana de Martin –añadió Annie. El recuerdo se desplegó en su mente como un rollo de papel de oropel–. Y después me marché. Y ahí fue cuando el cielo se me vino encima.

–Te refieres al accidente.

–Es mi último recuerdo antes de mi gran siesta.

Su madre le quitó la colección de artículos.

–Vamos a guardar esto por ahora.

Annie notó algo sospechoso en la actitud de su madre.

–¿Qué? Creo que puedo soportarlo después de lo que acabo de recordar.

Su madre suspiró y sacó un artículo de la revista *People*.

–Esto se publicó después del accidente. Lo guardé porque estás preciosa en las fotos y está claro que la periodista se quedó impresionada contigo. Después ocurrió el accidente y le hizo una entrevista a Martin, o, mejor dicho, a ese ladino cabrón.

–¿De qué trata?

–Justifica sus razones para divorciarse de ti.

–Porque Martin sin duda tendría unas razones más que justificadas para enviar a su esposa en coma hasta Vermont y divorciarse de ella –dijo Annie más incrédula que ofendida–. Déjame verlo.

Martin siempre había sido un maestro a la hora de darle la vuelta a las situaciones y cuando trabajaba con un instructor de medios, un genio llamado, y no es broma, Jim Dandy, sus palabras se convertían en una obra de arte. El artículo de CJ se titulaba *Tras la tragedia, una desgarradora despedida* y en él Martin era retratado como un joven esposo en la flor de la vida a quien le habían arrebatado cruelmente a su esposa y que también perdería su futuro a menos que pudiera salir a flote y seguir adelante con su vida. Declaró que pedirle al juez que nombrara un tutor *ad litem* para Annie y solicitar el divorcio posteriormente

era lo más duro que había hecho en su vida, pero que no era capaz de vivir en esa oscura y extraña circunstancia de ser un hombre cuya esposa se había ido «en todos los aspectos importantes». «Sigue siendo preciosa, pero no es mi Annie. Tengo que dejarla marchar y en paz», había dicho.

–Oh, pobrecito. Pobrecito –murmuró Annie.

–Es una rata –dijo su madre–, pero no lamento que te trajera a casa. La idea de que te quedaras atrapada en Los Ángeles me estaba torturando. Si no se hubiera ofrecido a hacerlo, yo habría insistido. Por suerte para él, se ofreció voluntario para traerte a casa.

–¿Traerme? ¿Quieres decir que vino aquí? ¿A Vermont?

Su madre asintió.

–Lo abracé y lloramos juntos. De verdad creí que estaba tan hundido como yo.

Annie asintió y se levantó agarrándose al respaldo del sofá. La mañana que había pasado con CJ volvió a su mente en forma de imágenes afiladas como dagas. Sintió un dolor físico en el pecho, tan poderoso que se tocó el esternón y se preguntó si eso era lo que se sentía cuando se tenía un infarto.

–Vamos a ver a Knox –dijo. Necesitaba distraerse.

El pequeño estaba profundamente dormido delante de la televisión. Había un programa de arte en la PBS, una reposición de aquel tipo con el pelo afro que pintaba arbolitos felices. Lo apagó y le echó una manta por encima al niño. Su suave y dulce carita estaba relajada y sus húmedos labios fruncidos. Se estiró y se puso el puño debajo de la mejilla. Al mirarlo, Annie sintió una intensa emoción. Qué bonito era. Qué inocente.

–Adoro a este pequeñajo –dijo su madre acariciándole la frente–. Los adoro a todos, pero él es especial, supongo que porque pasamos mucho tiempo juntos solos los dos. Tu hermano puede tener ideas muy estúpidas, pero hace unos niños preciosos, ¿verdad?

Annie asintió. Se agachó para recoger los trols y los cachivaches desparramados alrededor del volquete de Knox. Entre ellos encontró una vieja llave enganchada a un llavero de Sugar Rush, el que tenía forma de hoja de arce. Lo agarró con fuerza y los bordes de la hoja de arce se le clavaron en la piel.

Un gélido escalofrío la recorrió y se quedó ahí de pie, mirando el llavero. La inundaron confusas imágenes y sonidos. Un aroma a lirios. «Entrega para Annie Rush».

–Dios mío –susurró soltando el llavero y llevándose las manos al estómago–. Dios mío.

–¿Qué pasa?

–Estaba embarazada.

–¿Qué? ¡No! –exclamó su madre mirándola atónita.



Aquella mañana al completo volvió a ella: la discusión por la búfala. La entrega de unas flores. La revista *People*. Dos rayas rosas. «Estoy embarazada».

Despacio y sin hacer ruido, se apartó de Knox y se sentó en un sillón al otro lado de la habitación. Su madre se sentó a su lado y la abrazó. Annie le relató la historia con frases entrecortadas.

–¿Lo sabías? –le preguntó a su madre.

–No. ¡Dios mío, no! –a su madre le temblaba la voz.

Por fin tenía todas las piezas del puzle en su sitio y pudo ver los sucesos de aquel día como los fotogramas de una película. Revivió la euforia que sintió cuando la prueba de embarazo dio positiva y, como si hubiera sido ayer, experimentó de nuevo las inmensas esperanzas que la invadían mientras conducía hacia el estudio para darle la noticia a Martin, fantaseando ya sobre el bebé con tanta felicidad que pensó que iba a estallar.

Qué rápido se había roto aquella alegría. La caravana a oscuras, las caras de conmoción de dos personas en las que había confiado. Su salida de allí apresurada y a trompicones. Martin, ridículo con las botas de vaquero hasta la pantorrilla y en calzoncillos, había corrido tras ella, la había llamado. Era la última imagen que tenía antes de oír un fuerte sonido metálico y sentir un silbido en el aire. No recordaba haber tenido miedo, solo recordaba sentirse conmocionada y horrorizada por lo que había visto en la caravana.

Y después, nada. Una absoluta oscuridad. Un año entero perdido en la nada hasta aquel «Abre los ojos».

Su madre y ella revisaron los informes e impresos de demanda que se habían cumplimentado sobre el accidente. Después de que se desplomara, todo el mundo había acudido corriendo. Cuando llegó la ambulancia, una multitud de trabajadores, junto con Martin, la habían sacado de debajo de la plataforma elevadora. A toda prisa, la habían llevado a un centro de urgencias de nivel 1.

–Aquí –dijo Annie mirando un informe del hospital–. Hay un código numérico, pero si miras la letra pequeña de abajo... –le mostró el informe a su madre. «Pérdida de productos de la concepción del útero antes de que el feto sea viable».

Annie se preguntó qué se le habría pasado a Martin por la cabeza cuando se enteró de que había estado embarazada. ¿Culpabilidad? ¿Pesar? ¿Alivio?

–Es horrible –dijo su madre abrazándola–. Siento no haberlo visto. ¡Había tanto que asimilar! Cuando Martin nos llamó y nos dijo que fuéramos, los médicos dijeron que era para despedirnos de ti.

Annie se estremeció al imaginarse lo que habría sufrido su familia mientras los del equipo de donación de órganos los rodeaban como buitres sobre un cadáver fresco. Después, sus escáneres cerebrales les dieron un atisbo de esperanza.

Desafió los pronósticos y no murió. Aunque tampoco despertó.

–Se me hace muy extraño imaginarme ahí tumbada con la vida siguiendo a mi alrededor mientras se tomaban decisiones y se planeaba mi futuro sin que yo me diera cuenta de nada.

–Ahora te das cuenta.

–Ahora tengo hambre –dijo Knox frotándose los ojos y bostezando antes de subirse al regazo de Annie y acurrucarse a ella–. ¿Me puedes preparar algo?

–¡Ay, pequeñín! –le susurró contra su cabello con aroma dulce–. Te puedo preparar lo que quieras.

## Capítulo 20

Annie se sumió en un frenesí de cocina y repostería. Hizo pasta con huevos frescos del gallinero y preparó una espectacular lasaña con una cremosa salsa bechamel. Horneó pan con romero y sal gruesa por encima. Una *tarte tatin* con una capa de color ámbar perfectamente quemada salió de su horno. Hizo ensaladas salpicadas de flores de aspérula y berros y preparó bebidas endulzadas con siropes caseros aromatizados con frutos rojos. También le preparó a su madre un licor de fresa y ruibarbo.

Rozando casi la obsesión, se afanó en la búsqueda del bollo perfecto, de la salsa holandesa más aterciopelada, de la tarta Chiffon más ligera. Si se centraba en el arte de la cocina, se sentía segura y bajo control. La cocina era el único lugar donde se sentía ella misma.

Con cada plato que creaba iba recuperando pedacitos de su identidad, de sus recuerdos y de sus sueños. Había momentos en los que casi podía sentir a la abuela agarrándole la mano y hundiéndosela en la masa mientras la enseñaba a estirarla con delicadeza hasta convertirla en una suave barra de color claro.

—No dejes que las cosas que tienes que hacer anulen las cosas que te encanta hacer —solía decirle la abuela.

Annie no tenía nada que hacer. Estaba en el limbo. Pero le encantaba la cocina. Le parecía el único lugar del mundo que la mantenía aislada de sus pesadillas. Ahora le quedaba amasar pan y remover un *risotto* mientras hacía recuento de lo que había perdido: su matrimonio y la confianza en un hombre a quien había querido. Su carrera y el programa que había creado, *El ingrediente clave*. Y lo peor de todo, la soñada y largamente anhelada posibilidad de tener un hijo.

«Nunca tuve la oportunidad de amarte», le dijo en silencio al bebé que había perdido.

Para evitar sumirse en la rabia y el dolor, llenaba cada día cocinando, y, con mucho gusto, su familia consumía todas sus creaciones, aunque sabía que estaban preocupados. Y no los culpaba. Pero trabajar en la cocina era el único modo de poder recordar quién era. Un día, en mitad de la elaboración de una coliflor al azafrán, finalmente comprendió la elección a la que se enfrentaba. Podía dejar que toda esa situación la destruyera o podía reencontrarse a sí misma. No había término medio.

Acabó el plato dándole un toque de perejil picado y después envió un mensaje: *¿Podemos hablar?*

–Es precioso.

Fletcher se giró hacia la persona que le habló por detrás. Había estado esperando a Annie desde que le había enviado un mensaje, *¿Podemos hablar?*, pero no había estado preparado para el golpe de felicidad que sintió al verla.

Ella esbozó una amplia sonrisa mientras observaba a Teddy. El niño estaba colgado de las barras de un columpio del parque que había junto al Juzgado. Se impulsó y subió al fuerte de madera, saludó a un par de niños y bajó con ellos.

–Tu hijo es precioso –dijo Annie–. Seguro que te lo dicen mucho.

–Un poco.

El niño tenía el pelo rubio y los ojos azules como su madre y la gente decía que también se parecía a su padre, pero Fletcher no le sacaba parecido. Teddy era ágil y atlético y le encantaba todo lo que implicara correr y trepar.

Annie tenía buen aspecto. Muy buen aspecto. Su melena corta y rizada brillaba tanto como su sonrisa. Llevaba unos pantalones cortos y una blusa de algodón sin mangas. Las bambas de lona algo desgastadas la hacían parecer increíblemente joven, apenas distinta de la chica que había conocido en el instituto. Había engordado un poco y ya no parecía la pálida mujer enfermiza que había visitado en el centro de rehabilitación. Esa era la Annie que recordaba, cuyas curvas había rastreado con las manos, los labios y el cuerpo.

–Gracias por reunirte conmigo –dijo Annie–. Sé que debes de estar muy ocupado.

–Nunca estoy demasiado ocupado para ti. Normalmente intento aprovechar un receso del tribunal para poder estar unos minutos con mi hijo.

–También debes de ser un abogado impresionante para que te hayan nombrado juez siendo tan joven.

–Así soy yo –dijo Fletcher con un toque de ironía–, impresionante. ¿Cómo estás?

–Cocinando. Cocinando y horneando, así es como estoy.

–Ah. ¿Y eso es bueno?

–Es algo. Mi madre cree que me estoy escondiendo en la cocina para no enfrentarme a mis problemas.

–¿Y tú qué crees?

–Hmm. ¿Que qué creo? –se tocó la barbilla con el dedo índice–. Creo que la mayoría de la gente no encuentra la diferencia entre un ketchup bueno y uno corriente. Creo que la línea de tres puntos de la NBA es obra de un genio. Creo que dos horas en una peluquería hacen más por una mujer que dos horas de psicoterapia –se atusó su melena resplandeciente–. Acabo de salir de Sunny’s.

–Tienes el pelo muy bonito.

–Gracias –dejó una caja de repostería sobre el banco, junto a él–. Bollitos de arándanos y almendras. Pensé que a Teddy y a ti os apetecería un tentempié.

Fletcher levantó la tapa de la caja y lo invadió el dulce y mantecoso aroma de los bollitos caseros. No se pudo resistir a probar uno.

–Puede que a Teddy y a mí nos apetezca que te vengas a vivir con nosotros.

–Estoy divorciada. Imagino que lo sabías.

–Yo también lo estoy.

–Yo no tuve elección. Me pegué un porrazo en la cabeza y me desperté divorciada –suspiró y se acercó a un banco a la sombra, indicándole que la siguiera.

–Mi divorcio no fue así –dijo él sentándose–. Aunque a veces parecía como si me hubiera pegado un porrazo en la cabeza –o tal vez no, pensó. Había habido momentos en los que el divorcio había sido más bien como arrancarse las venas de los brazos estando consciente. Celia había sido una pesadilla durante todo el proceso. Le había rebatido cada cuestión, desde el horario de visitas de Teddy hasta su herencia del patrimonio de su padre. Había intentado convertir la división de bienes en la tercera guerra mundial, pero había sobreestimado el vínculo de Fletcher con sus pertenencias. A él no le importaba si se llevaba los muebles, las cristalerías del regalo de bodas y las obras de arte. Le parecía perfecto que se llevara las lámparas Waterford y las alfombras persas, los muebles de diseño y dos coches caros, las joyas y todo lo que había comprado compulsivamente poco después de la boda.

Lo único que él había querido de verdad era pasar tiempo con Teddy y, por el bien del niño, se centró en evitar el drama constante en el que estaba sumida su conflictiva y furiosa esposa. No dejaba de recordarse que era la madre de su hijo y que eso lo uniría a ella para siempre. Al final, le habían concedido la custodia compartida. Se había ido a vivir a una casa en Henley Street, cerca del colegio y del juzgado, y había terminado llevando una vida que no se parecía en nada a la vida que se había imaginado tener.

–Vaya, siento que te haya pasado –dijo Annie–. Seguro que fue doloroso. Y difícil.

–El dolor ya no está. Es más como una leve decepción por no haberlo logrado –pensó que esa era una de las conversaciones más sinceras que había tenido desde el divorcio. Era extraño estar hablando con Annie sobre temas personales, tal como lo habían hecho hacía mucho tiempo–. Y ahora ha terminado. Pero es mejor para todos, incluido Teddy.

Ella lo miró.

–¿Qué dice Teddy?

–Que está mejor así. Aunque a veces me pregunto si lo dice porque está intentando no hacerme daño. Me siento mal por tenerlo de un lado para otro, entre su madre y yo, una semana sí y otra no.

–Tenía más o menos la edad de Teddy cuando mis padres se separaron y no pensé que estuviéramos mejor así, todo lo contrario. Lo siento, pero no pensé eso. Aunque solo te hablo desde la perspectiva del niño.

–¿Significa eso que esto le va a afectar y se va a convertir en un niño raro?

–¿Como yo?

–No quería decir eso. Joder...

–Ya, era broma. Y ahora que echo la vista atrás, recuerdo discusiones tremendas. Me escondía en mi habitación y me entraban ganas de vomitar. Pero era mi familia y quería que se mantuviera intacta –le tocó el brazo brevemente–. Esto no te ayuda, ¿verdad? Ojalá pudiera decirte que todos salimos indemnes, pero yo me sentía... «demne». ¿Existe esa palabra? Bueno, el caso es que al final lo superamos.

Teddy y sus dos amigos estaban correteando y persiguiéndose blandiendo palos como si fueran sables. Jugaban a luchar y fingían que el rocódromo del parque era territorio enemigo. Celia solía quejarse y advertía a Fletcher de que esos juegos convertirían a su hijo en un niño agresivo. Fletcher no estaba de acuerdo. Teddy conocía, y siempre había conocido, la diferencia entre jugar haciendo el bruto y ser un matón de colegio.

Annie observaba a Teddy y a sus amigos con ternura y gesto pensativo.

–¿A qué viene esa sonrisa? –preguntó ella.

–Estoy esperando a que me digas que los niños se están poniendo demasiado brutos.

–Ya te avisarán, y lo harán a gritos, cuando el juego deje de ser divertido –dijo riéndose al ver el torpe combate que se traían entre manos.

Fletcher no dejaba de sonreír. Era genial hablar con una persona que no estuviera histérica todo el día, dispuesta a saltar por cualquier cosa y a manipular a Teddy. Le impresionaba lo cómodo que se sentía con Annie. Lo atraído que se sentía por ella. Unas intensas ganas de tocarla se apoderaron de él. Tal vez podía agarrarle la mano, solamente. Pero no lo hizo. Esto era algo nuevo, y lo cierto era que no sabía qué era «esto». Un sentimiento. Un recuerdo. Lo único que sabía era que era frágil y endeble.

–¡Vamos a ir a tirar unas canastas! –gritó Teddy. Sin esperar una respuesta, sus amigos y él corrieron hacia la cancha de baloncesto.

–¿En qué estás pensando? –le preguntó Fletcher porque de pronto su mirada se había alejado hasta un punto que él no podía ver.

–Estaba embarazada –dijo Annie en voz muy baja y mirando al frente.

Joder. Al hacerle esa pregunta, se había esperado que Annie le respondiera con alguna curiosidad del tipo «¿cómo es posible que las gambas tengan el corazón en la cabeza?».

–Vaya –dijo. ¿Qué otra cosa podía decir un tío ante algo así?

–Lo perdí por el accidente –añadió Annie aún más bajo y todavía con la mirada distante y firme.

–Annie, cuánto lo siento.

–Me acababa de enterar. Fui a darle la noticia a mi marido y así fue cómo descubrí que me estaba engañando.

¡Ay!

–Vaya día, ¿eh? –dijo–. Una mujer se entera de que está embarazada, descubre que el marido se está tirando a su copresentadora, le cae encima media tonelada de metal y pierde al bebé.

–No sé qué decir. Joder, Annie.

Ella se giró lentamente hacia Fletcher con tanta tristeza que él también la sintió.

–Lo pasé todo durmiendo. No sentí al bebé irse. Estaba allí y después ya no estaba y ni siquiera sentí la pérdida.

Joder. El corazón se le hizo pedazos. Y después Fletcher hizo lo único a lo que le vio sentido: la rodeó con sus brazos y le dio un delicado abrazo.

–Eso lo puedes hacer ahora. Ahora puedes llorar.

¡Y vaya si lo hizo! Aquello parecía un diluvio de lágrimas, y, mientras, Fletcher se sintió completamente inútil. Ni siquiera tenía un Kleenex que darle, así que Annie rebuscó en su bolso, encontró uno, y siguió llorando más. Fletcher miró a su alrededor, se sentía incómodo. Teddy estaba ensimismado en su partido de baloncesto y no les estaba prestando atención, lo cual era bueno, porque si veía a su padre abrazando a una desconocida llorando, probablemente le parecería muy raro.

Aun así, Fletcher no quiso mover ni un músculo. Ella encajaba en él como la pieza perdida de un puzle que llevaba años intentando completar. Olía a peluquería y a la Annie que había conocido mucho tiempo atrás, la de la piel suave con su sutil y especial esencia. Habían creído que estaba en muerte cerebral y había pasado todo un año dormida. Al despertar, se había encontrado divorciada. Había perdido un bebé en el accidente. Y ahora tenía que encontrar el modo de volver a poner su vida en orden y seguir adelante.

Había inquietantes similitudes entre su accidente y el de su padre. Aun así, el de ella parecía mucho peor porque al menos su padre había mantenido el control de su vida. Que te lo arrebataran todo mientras estabas dormido tenía que ser sobrecogedor.

Al cabo de unos minutos, ella se calmó. Muy lentamente, se apartó de él en el banco y se secó las mejillas con el Kleenex.

–Y pensar que te ibas a pasar el descanso relajado y pasando un rato con tu hijo en el parque.

–Sí, ¿cómo he podido tener tanta suerte?

Ella guardó el pañuelo de papel.

–Ya se me ha pasado el berrinche. De momento.

Fletcher intentó no mostrarse demasiado aliviado. ¿Por eso habría querido reunirse con él? ¿Necesitaba un amigo? ¿Qué necesitaba de él?

–Cuando he recibido tu mensaje...

–Necesito un abogado. Hubo una indemnización de la empresa de la plataforma elevadora. Sé que estás familiarizado con estas cosas –abrió un documento en su teléfono y se lo mostró–. Valgo mucho más dormida que despierta.

Se quedó impresionado con la cifra, aunque no impresionado del todo. Sus facturas médicas, las pérdidas personales, el dolor y el sufrimiento sin duda eran elevadísimos.

–La cuestión es que Martin controla los fondos de la indemnización y ahora que estoy despierta, no me parece bien. El accidente me ocurrió a mí, no a él.

–Tienes razón –dijo Fletcher–. Necesitas un abogado. Gordy Jessop te puede ayudar.

–Eso era lo que pensé que dirías. ¿Entonces es el mejor?

–Absolutamente. Me he enfrentado a él en los tribunales y he presidido sus casos. Es la persona que necesitas.

–De acuerdo. Lo llamaré –desvió la mirada hacia la cancha donde Teddy intentaba hacer una entrada a canasta–. Me gustaría conocer a tu hijo.

–¿A Teddy? Claro.

–No le voy a decir a la cara que es precioso.

–Mejor. Está en esa edad, ya sabes.

–Diez años y dos meses –lo miró–. Sí. Eché la cuenta hace mucho tiempo.

–¿Sí?

–Estaba obsesionada contigo, Fletcher. Escandalosamente obsesionada. Claro que eché la cuenta. Celia estaba embarazada cuando me presenté en tu apartamento y te pedí que volvieras conmigo.

Él asintió; recordaba aquel día con todo detalle. Le había destrozado el corazón oír por fin esas palabras saliendo de ella: «Te quiero». «Quiero estar contigo». Sin embargo, ya era demasiado tarde para darle la respuesta que ella había querido oír.

A menudo se preguntaba cómo se habrían desarrollado sus vidas si aquel día él



hubiera sido libre, si hubiera esperado un poco más antes de acostarse con Celia por despecho... Pero no podía mirar atrás. Había ignorado a Annie sin más. ¿Y qué otra cosa podía haber hecho? Celia acababa de darle la noticia sobre su embarazo; si quería formar parte de la vida del niño, tenía que dar la cara.

La oferta inicial que le había hecho a Celia había sido darle una pensión y compartir la custodia. Ella había rechazado la idea en rotundo. Quería casarse. Decía que lo amaba, pero él no era estúpido. Sabía qué era eso que ella amaba, y no era precisamente él. También sabía que Celia tenía las de ganar porque sabía perfectamente que Fletcher haría lo que hiciera falta por ser padre. De ningún modo un hijo suyo llegaría al mundo y viviría sin su padre.

–Hice lo que hice –le dijo a Annie–. Ahora tengo a Teddy, así que no puedo decir que me arrepienta ni un solo segundo. Siento haberte hecho daño.

–Y yo siento... –se detuvo–. Deberíamos dejar de disculparnos. Las cosas pasaron así y aquí estamos.

–La sincronización nunca fue nuestro punto fuerte –dijo Fletcher.

Ella asintió.

–El accidente de tu padre. Después yo me mudé a California. Y después Teddy. Es posible que el universo estuviera intentando decirnos algo.

–¿Como qué?

–Que no estábamos hechos... el uno para el otro.

Él observó su perfil; delicado, pensativo, evocador.

–Tú no crees eso.

–No.

–Tengo una idea. ¿Y si dejamos de preocuparnos por no habernos sincronizado en el pasado y hacemos que este sea nuestro momento?

Ella se giró y lo miró con sentimiento.

–¿Y si no nos preocupamos por lo que pase cuando este momento acabe?

–¿Y si decidimos que no tiene por qué acabar?

Ella sonrió; fue una sonrisa suave y triste.

–Ese es un «y si» demasiado grande.

«No», pensó él. «No es demasiado grande».

–¿Te gustaría salir conmigo?

–¿Salir? ¿Adónde?

–No sé. A algún sitio bonito. A cenar y al cine. Una cita.

–Una cita. Dios, qué divertido suena.

–Estás siendo sarcástica.

–Mira, no puedo... No debería. No, Fletcher. No se trata de estar o no sincronizados. No puedo salir contigo. No puedo tener una relación con nadie mientras no ordene mis ideas.

«Mierda».

–¿Entonces... qué? ¿Te vas a esconder en la cocina?

–Sí. Puede que lo haga –se levantó, avanzó despacio y se volvió a secar la cara con el pañuelo–. Me resulta terrible decir esto, pero me queda un largo camino hasta que esté recuperada lo suficiente como para volver a ser quien era. Es más, el doctor King dice que seré una persona nueva. Puede que resulte ser alguien que ni siquiera te guste.

Él sonrió.

–Ya, claro.

–¿No tendrías que estar en otra parte? ¿Juzgando algo o lo que sea que haces?

Él asintió.

–Vamos. Te voy a presentar a mi hijo –los demás niños se habían marchado y Teddy estaba jugando solo con el balón. Fletcher le indicó que se acercara–. Te presento a Annie. Es amiga mía.

Teddy le sonrió.

–Hola, soy Teddy –alargó la mano hacia ella con un torpe gesto, pero la miró a los ojos y le estrechó la mano con firmeza, tal como Fletcher le había estado enseñando desde que era un pequeñajo.

Annie parecía encantada.

–Te he estado viendo jugar al baloncesto. Eres muy bueno.

El niño sonrió.

–Gracias.

–¿La señorita Malco sigue siendo la profesora de Educación Física?

–Sí, señora.

–No soy una señora. Las señoras son mujeres mayores. Solo soy Annie. Malco era mi profesora cuando tenía tu edad. Crecí aquí. ¿Os ha enseñado el juego del caballo?

–Eh, creo que no.

–Es un juego de baloncesto para dos. ¿Quieres que te lo enseñe?

A Teddy se le iluminaron los ojos.

–¡Claro!

Fletcher miró el reloj de la torre.

–Me tengo que ir. Saldré a la hora de siempre, Ted.

–Vale, papá. Hasta luego.

Los dejó jugando y se sintió casi ridículo por lo feliz que le hacía verlos llevándose tan bien.

–Tengo que advertirte –le dijo Annie a Teddy mientras Fletcher se alejaba–. Estoy un poco descoordinada.

–Te lo pondré fácil.

–No, de eso nada. La primera regla de cualquier juego es que siempre hay que jugar para ganar.

## Capítulo 21

Annie pensó largo y tendido sobre su conversación con Fletcher en el parque. «¿Y si dejamos de preocuparnos por no habernos sincronizado en el pasado y hacemos que este sea nuestro momento».

No. No podía empezar una relación con él. Pero quería. ¿Ahora? No. Su vida era un desastre. Tenía demasiadas cosas que solucionar. Vivía en la granja con su familia, pero ¿era ese su hogar? No lo sabía. No estaba segura de querer que lo fuera. Lo único que sabía era que se sentía a salvo y feliz en la cocina.

–Hola, preciosa –la puerta de la cocina se cerró.

–Hola, papá –sonrió, aunque un recuerdo la angustió. ¿Cuántas veces había entrado su padre por la puerta trasera con una sonrisa y un «hola, preciosa»? Había sido su saludo típico al final de cada jornada. Después, cuando se marchó, ella solía hacerse ilusiones cada vez que oía la puerta trasera y se quedaba decepcionada cuando se daba cuenta de que su padre se había ido para siempre.

–Acabo de hacer una hornada de pastelitos de mermelada. Sírvete.

Él se sirvió uno de la bandeja, dio un mordisco y puso los ojos en blanco.

–Fantástico. Sabe igual que los que hacía tu abuela.

–Es su receta, por supuesto. La perfección no se puede mejorar.

Su padre miró a su alrededor.

–¿Dónde está todo el mundo?

–A ver... Kyle ha ido a llevar troncos al aserradero Darrington. Beth está en el trabajo y los niños mayores en el colegio. Knox hoy tiene guardería y mamá está pintando –sonrió–. Hace solo un mes no podía decir ni mi propio nombre y ahora os tengo a todos fichados.

–Siempre has sido muy aguda. Me alegra ver que vuelves a ser la misma.

–¿Y cómo lo sabes? –no pudo evitar hacerle la pregunta. Habló con un tono apagado pero seco. Ya no quedaba rastro del carraspeo. La cicatriz de la traqueotomía prácticamente había desaparecido–. Han sido veinte años.

Él se estremeció.

–La fastidié y te hice daño y no puedo cambiar eso, pero ahora estoy aquí, Annie. Y te conozco mejor de lo que crees. Sé que tu sonrisa ilumina el mundo. Sé que eres más dulce que este pastelito de mermelada y más inteligente que nadie que se precie. Sin embargo, ese carácter severo es nuevo.

Ella asintió.

–No me gusta ser severa. Pero ser dulce ya ha dejado de funcionar. Era tan

dulce que mi marido me engañó y me robó la vida.

–Es un gilipollas. Ojalá me hubiera dado cuenta antes. ¿Cómo te puedo ayudar?

Annie soltó una carcajada.

–¿Partiéndole las piernas?

–Me gustaría, pero no serviría de nada.

Ella se puso seria.

–Lo sé, papá. Te agradezco que quieras ayudar.

–¿Has hablado con él? ¿Sabe que has vuelto?

–No lo sé. Gordy, el abogado que me está ayudando, se va a ocupar de tratar con Martin –se encogió de hombros–. ¡Qué extraño es todo! Estuve casada con ese tipo y estuve en coma y ni siquiera puedo llamarlo ahora que he despertado.

–¿Quieres hacerlo?

–No –respondió de inmediato–. Y no hablemos de Martin, ¿de acuerdo?

Él se terminó el pastelito y se lavó las manos en el fregadero.

–¿Y de qué te gustaría que hablásemos?

–¿Cómo están los abuelos?

–Están bien. Les encantaría verte.

–A mí también –no estaba muy unida a los padres de su padre. Después de que él se marchara a Costa Rica, no los había visto mucho.

–Ahora necesitan mucha ayuda.

–¿Por eso has vuelto?

–En parte.

–¿Y la otra parte?

–Annie, no me digas que estás cocinando otra vez... ¡Ah! –su madre entró. Su mono de pintar estaba tan lleno de salpicaduras que parecía un original de Jackson Pollock. Se detuvo en seco al ver al padre de Annie–. Ethan. Hola. No sabía que ibas a venir hoy.

Se quedaron mirándose durante un tenso momento. A Annie se le hacía raro verlos juntos, tan raro como se le había hecho verlos separados. Su madre parecía nerviosa; se tocó el pañuelo que se ponía en la cabeza cuando pintaba.

–Quería ver a nuestra niña.

–Ah, de acuerdo –su madre fue a ver la bandeja que estaba en el horno–. Si sigues alimentándome así, me voy a poner muy gorda.

Su madre no estaba gorda. Seguía siendo joven y bonita. Y ahora mismo estaba tan colorada como la cara ruborizada de su tabla de emociones.

Sintió un inesperado zumbido en el aire. Durante su proceso de rehabilitación sus padres habían pasado más tiempo juntos que en todo el tiempo que había transcurrido desde el divorcio. Al principio, pensó que se toleraban por el bien

de ella. A veces, sin embargo, percibía cierta melancolía en ellos. Nostalgia, tal vez.

–¿Sabéis qué? –dijo tomando la decisión en ese mismo instante–. Me voy a llevar de aquí la tentación –mientras hablaba, guardó algunos de los pastelitos en una caja–. Se los prometí a Pam. ¿Puedo usar el coche?

–¿Va a conducir? –preguntó su padre algo tenso.

–El médico dijo que no pasa nada –respondió su madre.

–El médico dijo que podía –dijo Annie al mismo tiempo.

–Genial, Annie.

¿Sí? ¿Cómo podía ser genial que a una mujer de treinta y tres años se le estuviera concediendo permiso para conducir? En Los Ángeles había conducido como una profesional, moviéndose entre el tráfico con seguridad, sin que nadie hubiera cuestionado ni su capacidad ni su sensatez. Como parte de la rehabilitación, había tenido que someterse a pruebas de tiempo de reacción, de percepción, de habilidades de secuenciación y de juicio. Había repetido cada prueba varias veces antes de que le dieran el visto bueno.

Agarró las llaves y el bolso y salió por la puerta preguntándose de qué hablarían sus padres en su ausencia. ¿Hablaban sobre lo preocupados que estaban por ella? ¿Recordaban el pasado? ¿Discutían a gritos como lo habían hecho antes del divorcio?

En una de las muchas sesiones de terapia familiar, les habían dicho que evitaran asumir problemas que no les pertenecieran. Buen consejo, aunque a veces costaba distinguir de quién era el problema en cuestión.

Con la caja de pastelitos en la mano, entró en el coche. A continuación, se fue diciendo los pasos a seguir; una técnica más que le habían enseñado en rehabilitación. «Dilo mientras lo haces». Sí, tenía sentido, pero resultaba una tarea tediosa. A veces, para entretenerse, se hablaba poniendo un acento británico o con voz de Minnie Mouse, aunque nada cambiaba el hecho de que lo que antes hacía sin pensar ahora tenía que volver a aprenderlo, paso a paso.

«Céntrate», se dijo. «Ahora tienes que conducir. No lo estropees».

Se mantuvo concentrada durante el trayecto al pueblo y después por la carretera que conducía a la destilería. Hacía años que no iba a ese lugar y estaba ansiosa por ver cómo marchaba la fábrica de whisky local.

Recordó aquella vez en la que estando en la sala de guionistas en Century City propuso la idea de hacer un programa sobre el whisky de los Mitchell, pero se la rechazaron. La gente aún recordaba la anterior grabación que habían hecho en Switchback, que había estado a punto de terminar en desastre, y a nadie le apetecía volver. Al final habían decidido hacer un especial sobre el tequila Casa Dragones. A Annie nunca le convenció aquel episodio. San Miguel de Allende

era un pueblo precioso situado en las montañas de México, pero el producto era tan caro que la mayoría de los telespectadores solo podrían haber soñado con probarlo.

Melissa se había puesto enferma durante el viaje y Martin había ido a su suite por la noche para llevarle galletitas saladas y *ginger ale*.

–¡Vaya, pero si es mi chiflada favorita! –dijo Pam al salir al aparcamiento a recibirla–. Estás fantástica. Me gusta el pelo corto.

–Gracias –Annie le entregó la caja–. Pastelitos de mermelada de fresa.

–Qué cruel eres. Estoy intentando controlarme el peso. Aún no he perdido lo que gané con el embarazo.

Pam tenía un bebé, un niño. Klaus, el sumiller de Boston, y ella se habían casado. Él se había trasladado a Switchback y habían formado una familia. De pronto, Annie sintió un atisbo de envidia. Un bebé.

Entraron y Pam le mostró las últimas mejoras que habían hecho: otra resplandeciente caldera de destilación, hileras e hileras de barriles y cubas con el logotipo de la destilería y la ampliación de la planta de embotellado. El lugar olía a «la porción de los ángeles», los vapores invisibles que emanaban con el añejamiento del licor. Su nombre comercial era Switchback Sugarbush y, a juzgar por la expansión, estaban teniendo éxito.

–Este sitio ha crecido mucho desde mi última visita –dijo Annie.

–Hemos evolucionado mucho desde el establo.

–¿Entonces os va bien el negocio?

–Es difícil, aunque hemos podido expandirnos gracias a unos socios capitalistas –se quitó las botas y se puso unos zuecos–. Sanford y Fletcher Wyndham.

Annie enarcó las cejas.

–¡Hala!

–Nos rescataron de la ruina. Doy gracias por la inyección de fondos, pero ahora el reto está en responder a la demanda. El whisky de mi padre ganó un premio importante y la última remesa se vendió en un día –sirvió una copita de una botella numerada y marcada y se la pasó a Annie.

El líquido ámbar brillaba bajo la luz. Annie lo probó.

–Delicioso. Pam, es genial. Y esta botella parece una pieza de coleccionista –estaba en el mismo tarro de conservas que siempre habían usado en la destilería, pero ahora tenía una preciosa etiqueta con el dibujo de un estilizado árbol con las hojas doradas. Todas las palabras clave estaban presentes: «artesanal», «selecto», «elaborado a mano».

–La presentación lo es todo. A la gente le gusta ese toque casero –dijo Pam.

–Y en vuestro caso, todas esas palabras son ciertas. Todo se destila y embotella

aquí mismo, ¿no?

–Sí. Nos hemos comprometido a eso. No queremos ser una fábrica de whisky «artesanal» que en realidad fabrica en serie en Indiana y envía el producto a embotelladoras. Esperamos que los consumidores lean la letra pequeña. Ah, y también hacemos visitas guiadas –en un extremo de las hileras de barricas, le mostró a Annie un barril marcado–. Mira, esto es por lo que quería que vinieras. He estado guardando algo para ti. ¿Te acuerdas de esto?

Annie se agachó y leyó la etiqueta escrita a mano. «Sugar Rush». Con agridulce claridad recordó el día en el que habían llenado el barril con sirope de arce.

–¡Hala, había olvidado lo de nuestro experimento!

–Ha estado aquí desde entonces.

–Sugar Rush añejado en un barril de whisky –observó el viejo barril de roble–. El envejecimiento en barrica ahora está muy de moda.

–Lo sé. Recibo toda clase de peticiones para comprar mis barriles usados para hacer vinagre, salsa picante, salsa de pescado, licores y cualquier otro tipo de alcohol, para todo lo que se te ocurra –Pam puso la mano sobre la rústica cuba–. ¿Crees que se habrá estropeado?

–Hay un modo de averiguarlo.

–Eso mismo he pensado yo. Espero que este haya envejecido con dignidad. ¿No sería genial que haya funcionado? –Pam fue a la sala de catas y volvió con una espita y dos copas pequeñas–. Vamos allá. El momento de la verdad –introdujo la espita en el barril y un chorro fino de sirope de color ámbar oscuro cayó en las copas.

Annie alzó la copa a la luz.

–Me gusta el color. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué olor! –era una deliciosa mezcla de sirope y *bourbon*. Brindó con la copa de Pam–. Por envejecer con dignidad.

Probaron un poco, lo justo para mojarse los labios con el suave y viscoso líquido. Se miraron y volvieron a probar.

–¿Y? –preguntó Pam enarcando las cejas.

Annie estuvo a punto de desmayarse por el sabor del sirope, cuya ahumada y alicorada esencia le daban una compleja profundidad.

–Increíble.

Pam esbozó una deslumbrante sonrisa.

–Sin duda, es alucinante.

Annie lo probó dos veces más. Era un sabor multidimensional e intenso con el toque rústico del arce. Dejó la copita.

–Creo que tenemos algo.

–Eso mismo he pensado yo –dijo Pam sonriéndole–. ¿Envejecemos un poco



más?

–Claro. En la granja tenemos un montón que aún no hemos embotellado. Es bueno tener un proyecto.

–Absolutamente. Oye, también podríamos probar a ahumarlo en frío. ¿O qué te parecería esto? Podríamos crear un cóctel artesano con este sirope que te dejaría pasmada. ¿Qué tal un *old-fashioned* hecho con Sugar Rush en lugar de con azúcar común?

–Buena idea.

Pam probó otro poco.

–Es increíble. Me gusta tanto que me casaría con él.

–Por cierto, ¿qué tal te va la vida de casada?

–Tiene sus momentos buenos y malos, pero sobre todo buenos. Hudson y Klaus son todo mi mundo ahora. Tener un bebé me ha cambiado de una forma que jamás habría imaginado, y no me refiero solo a mi talla de ropa. Es como si mi niño me hubiera reorganizado el corazón.

Ese viejo anhelo impactó con fuerza en Annie y el abismo de tristeza se hizo aún mayor. Había días en los que no podía dejar de pensar en el bebé que había perdido.

–Ay, Pam, ¡qué maravilla! Cuánto me alegro por ti.

–Gracias. ¿Pero sabes qué me alegra a mí ahora mismo? Este increíble sirope. Vamos a embotellarlo y a venderlo.

–Así, sin más.

–Sabes que podemos hacerlo. Hemos aumentado la planta de embotellado. Vamos a decirle a Olga que suba para que nos prepare diseños para la etiqueta. Hace maravillas. Es quien nos rediseñó nuestra etiqueta para el whisky.

–¿Olga, la modelo con acento ruso?

–¡Ah! ¿La conoces?

–No. Fletcher me contó que su padre estaba saliendo con una chica que se llamaba Olga.

–Se casó con ella hace unos años. Es genial. Su especialidad son los grabados en madera y también es diseñadora gráfica. Ven, te la voy a presentar.

La zona de la oficina ocupaba un nuevo edificio construido con troncos de madera y ventanales de cristal que tenía una terraza con vistas a las colinas cercanas. Olga estaba sentada frente a un ordenador y un tablón lleno de recortes. Debía de pasar de los cuarenta, aunque aún tenía el voluptuoso cuerpo de una modelo y un sensual acento ruso.

–Buenísimo –dijo cuando le dieron a probar el sirope–. Tenemos que hacerle una etiqueta especial –se giró a Annie y añadió–: Así que tú eres Annie Rush de Rush Mountain. Sanford y Fletcher siempre han dicho cosas bonitas de ti.

–¿En serio? –Annie no estaba muy segura de cómo interpretarlo—. ¿Qué clase de cosas?

–Que fuiste muy amable después del accidente de Sanford y que te hiciste famosa con tu programa de televisión.

–*El ingrediente clave* –dijo Pam—. Todo el pueblo lo ve. Annie dio un discurso en el instituto después de ganar un Emmy y mi madre dice que después de oírla la mitad de los niños querían trabajar en televisión.

–¿Has venido de visita? –preguntó Olga—. ¿Podemos conocer a Martin Harlow? Estás casada con él, ¿sí?

–Estoy casada con él, no. Quiero decir, estamos divorciados.

–¿Sí? –Pam la miró asombrada—. No me lo habías contado.

–A mí tampoco me lo había contado nadie. Me enteré hace poco, en el centro de rehabilitación. Descubrí lo del divorcio antes incluso de recordar que estuve casada.

–Espera un minuto –dijo Pam—. ¿Se divorció de ti mientras estabas en coma?

Olga dijo algo en ruso que no necesitó traducción.

–Eso mismo he pensado yo –dijo Pam—. Vaya, qué golpe más bajo –preparó tres vasitos de whisky y cada una se tomó uno.

Annie les hizo un breve resumen de lo ocurrido. Era agradable charlar con esas mujeres sabiendo que la apoyaban totalmente.

–*Podonok* –espetó Olga–, *gavnoyed*.

–Cuando está muy enfadada, solo habla en ruso –dijo Pam.

–Bueno, pues le agradezco que se ponga así por mí –dijo Annie—. Lo he dejado todo en manos de Gordy, mi abogado.

–Ah, es muy bueno –dijo Olga—. Preparó mi *prenubzhy*.

–Acuerdo prenupcial –le tradujo Pam mientras rellenaba los vasitos—. Annie, no soporto que, además de lo que has sufrido, tengas que pasar también por esto. Dinos, ¿en qué te podemos ayudar?

–Ya me estáis ayudando –respondió Annie señalando al whisky—. Y lo que sea que ha dicho Olga... también me ha ayudado.

–No me puedo creer que Martin hiciera eso. ¿Cómo se ha podido librar del azote de la prensa? ¿Es que las revistas no lo criticaron? –preguntó Pam.

–No, todo lo contrario. Martin y sus representantes son expertos manipulando información –respondió Annie—. Los artículos que se publicaron exageraron la tragedia de su pérdida y recalcaron lo terrible que era para él estar casado con un vegetal cuando él estaba en la flor de la vida. Decían que merecía seguir adelante con su vida, *bla, bla, bla*. Lo que se les olvidó decir fue que había seguido adelante con su vida antes de que yo me convirtiera en un vegetal.

–Qué tramposo –dijo Pam—. Menudo cerdo.

Olga se ofreció voluntaria para llevar a Annie a casa desde la destilería. Solo estaba un poco mareada por los tragos de whisky, pero no quería arriesgarse a conducir. La mujer conducía un lujoso todoterreno mientras éxitos de los ochenta sonaban a todo trapo. Al cabo de un momento, bajó el volumen.

–Eras la novia de Fletcher.

Annie miraba por la ventana; estaban pasando por delante de colinas de granito y del valle del río.

–Pasó hace mucho tiempo. Éramos unos críos.

–Fletcher es un buen hombre. Él jamás engañaría a una mujer. A lo mejor aún queda algo entre vosotros.

–No estoy preparada para averiguarlo.

–Lo estarás. Tu corazón sanará y se volverá a abrir.

–Espero que tengas razón –Annie se preguntaba si Fletcher seguiría interesado cuando ella llegara a ese punto, porque no creía que la fuera a esperar. Tal como habían admitido ambos, no se les daba nada bien sincronizarse.

Olga aparcó en el camino de entrada a la granja.

–Tienes una casa preciosa. Fletcher me había hablado de este lugar.

«¿Ah, sí?». No pudo contener la sonrisa.

–¿Te gustaría pasar?

–No, gracias –Olga observó la casa y los jardines–. Me gustaría empezar a trabajar en vuestra etiqueta.

Cuando Annie entró en la cocina, su madre y su hermano estaban preparando la cena. La cocina olía a salsa de tomate en ebullición y a panecillos, dos de las especialidades de mamá. Vio a su padre en el jardín trasero con Knox y Hazel; estaba empujando el columpio de Knox. ¿Había pasado allí todo el día? Eso era nuevo.

–Vosotros dos, dejad lo que estáis haciendo y venid aquí –dijo dejando unos paquetes sobre la mesa.

Algo en su tono de voz les llamó la atención.

–Estás achispada –dijo su madre.

–Pero en el buen sentido. Tengo que enseñaros algo –se detuvo y miró a su madre–. ¿Te importa si también lo ve papá? –entendía que si querían seguir con la idea, necesitarían su ayuda.

–No, claro que no –su madre se atusó el pelo, se quitó el delantal y fue a la puerta trasera–. Ethan, ¿puedes pasar un minuto? Annie quiere enseñarnos algo.

Su padre fue corriendo. Su expresión fue sombría al mirar a Annie.

–¿Va todo bien?

–Perfectamente –dijo Annie sacando las botellas de whisky de trigo y *bourbon* que Pam le había dado.

–No me extraña que estés achispada –dijo su madre.

–¿Ha estado bebiendo? –preguntó su padre.

–¡Oh, por favor, que ya no estoy en el instituto! Vosotros, solo escuchad, ¿vale? –vaciló; intentaba recordar la última vez que habían estado los cuatro juntos como una familia. Suponía que fue en su boda con Martin. Su padre no la había entregado al novio en el sentido tradicional. Dadas las circunstancias, habría resultado un gesto algo falso. Así que ella había mantenido la cabeza bien alta y había caminado sola hasta los brazos de su futuro marido.

Se liberó de ese recuerdo mientras sacaba el pequeño tarro de sirope que Pam le había preparado.

–¿Qué es eso? –preguntó Kyle.

–Nuestro nuevo proyecto. Creo que hemos encontrado un nuevo producto que lanzar. Una mina de oro.

Él miró el tarro de líquido ámbar.

–¿Sí?

–Seis palabras –dijo Annie abriendo la tapa–. Escuchad con atención.

–Estamos escuchando.

Su madre se sentó y se cruzó de brazos sobre la mesa, y su padre se sentó al lado. Verlos a los dos juntos devolvió a Annie a su infancia, cuando entusiasmada les había enseñado una cartilla con buenas notas, un pajarillo al que había rescatado o un plato de galletas que había hecho sola. Ahora sus expresiones eran muy parecidas a las de entonces; eran expresiones de tierno orgullo.

–Sirope de arce envejecido en barrica –se sirvió un panecillo recién salido del horno. Lo mojó en el sirope, les dio a probar a cada uno y observó cómo lo saboreaban.

–¡Vaya! –exclamó Kyle–. Joder, qué bueno.

–Echaba de menos tus panecillos, Caroline –le dijo su padre a su madre.

–Deberías estar probando el sirope –respondió Caroline–. Delicioso. ¿Lleva alcohol?

–No, solo el sabor. Es increíble, ¿verdad? Es Sugar Rush pero con un toque extra. Lo hemos envejecido en un barril de whisky –les habló sobre el bidón de sirope que le había dado a Pam años atrás–. Lo había olvidado. Ahora tenemos doscientos litros de esto –les explicó el plan que tenían para embotellarlo y etiquetarlo como producto *gourmet* de alta calidad.

Su padre se recostó en la silla y cruzó las piernas.

–¿Cuándo me lo puedes facilitar? Quiero decir, doy por hecho que estoy aquí

porque puedo encargarme de los permisos y la distribución. Así fue como conocí a vuestra madre. ¿Os lo habíamos contado?

–Ethan –dijo su madre–. Eso es agua pasada...

–Nunca me habéis contado cómo os conocisteis –dijo Annie. Se tocó la frente y añadió–: O a lo mejor sí y se me ha borrado del disco duro.

–Yo conducía el camión de mercancías de mis padres. Subí a la montaña a por una carga de manzanas y bajé con diez fanegas de McIntosh, unas cuantas latas de sirope y el número de teléfono de la chica más guapa que había visto en mi vida.

–Y ahora es cuando todos tenemos que decir: «Ooooooh» –dijo Kyle.

–Bueno, el caso es que nos enamoramos, formamos una familia y luego las cosas cambiaron –estaba mirando fijamente a su madre cuando dijo esas palabras. Mientras, ella lo miraba con una expresión de inmensa tristeza.

Así funcionaba el amor a veces, pensó Annie. Llenaba cada recoveco y grieta de tu corazón y después, un día, te dabas cuenta de que ya no estaba. Se preguntó adónde iban esos sentimientos. A lo mejor pasaban a la atmósfera, donde eran inhalados por otra persona, un desconocido que de pronto veía a alguien en frente y se enamoraba al instante. Eso sí que sería chulo, ¿no?

Se preguntó si había perdido el amor de Martin en un momento concreto o si había sido un goteo lento, invisible, hasta que había llegado el final. Estaba intentando recordar cómo era amar a Martin, pero, curiosamente, no pudo.

–... ayudar en todo lo que pueda –estaba diciéndole su padre.

Annie parpadeó e ignoró los pensamientos que le revoloteaban por la cabeza.

–¿Con el sirope?

–Claro. Si estás dispuesta. Si todos estamos dispuestos –miró a su alrededor–. ¿Queréis que nos asociemos?

En ese momento, Annie recordó lo que era ser una familia. No había un dibujo representándolo en su tabla de emociones, pero era algo tangible, cálido y suave, tan fresco como los panecillos del horno, una crisálida de protección que los envolvía.

Ahora entendía que ese era el sentimiento que había estado buscando cuando le dijo a Martin que quería un bebé. Sin embargo, no lo había encontrado con él. Había tenido que volver a casa para recuperar esa sensación.

Y entonces ese momento pasó y Kyle dijo:

–Este producto es increíble. Es lo típico que quieres que pruebe el mundo entero. Yo digo que lo hagamos.

–Yo también –dijo Annie–. ¿Mamá?

Su madre posó las manos sobre la mesa, como haciendo fuerza. Al instante fue consciente de lo que estaba haciendo y se relajó.

–La cena está lista. Ethan, ¿puedes meter a los niños en casa y lavarles las manos? ¿Y puedes abrir una botella de vino?

–¿Me estás pidiendo que me quede? –la sonrisa de Ethan no logró enmascarar el brillo de nervios de sus ojos.

–A cenar –contestó ella atándose el delantal.

## Capítulo 22

Caroline Rush por fin pudo hacerse una idea de lo que debió de haber sentido Annie al despertar y encontrarse un mundo patas arriba. Ahora se sentía así, mientras la noche caía sobre Rush Mountain y llevaba a su nieto pequeño a darse un baño. Los niños mayores estaban recogiendo la cocina y Annie, Beth, Kyle y Ethan seguían sentados a la mesa, terminándose el vino y charlando sobre la idea para el sirope. Caroline oía la profunda voz de Ethan, extraña y familiar al mismo tiempo, fundiéndose con alguna que otra carcajada mientras charlaba con sus hijos.

Al sujetar la diminuta mano de Knox para ayudarlo a entrar en la bañera, se vio en el espejo del baño. Parecía... aturdida. Sí, esa era la palabra. Su exmarido acababa de cenar con la familia y su presencia allí, en la casa que habían compartido, le resultaba desestabilizadora.

–Me lo ha regalado el abuelo –dijo Knox al sentarse en el agua y sacar del cubo de los juguetes una pequeña figura de acción sobre una tabla de surf.

–Sí. Te lo envió las Navidades pasadas.

–¿Qué pone? –preguntó Knox señalando las palabras escritas en la tabla.

–Campamento de Surf Pacific Rush. Es el nombre del negocio del abuelo en Costa Rica.

Knox deslizó al muñeco surfista sobre el agua mientras imitaba el sonido de las olas. Caroline le echó champú en el pelo con delicadeza y le enjabonó sus pequeños y huesudos hombros.

Ethan y ella habían elegido juntos el nombre del campamento por aquella época en la que pensaban que estarían juntos para siempre. Por aquella época en la que Caroline de verdad había creído que comprar un complejo playero en Costa Rica no era más que una fantasía, algo de lo que hablar en la cama cuando los niños estaban durmiendo y ellos dos demasiado cansados para hacer el amor.

–Voy a ir a la playa del abuelo –dijo Knox–. Voy a ver el océano.

Ella le echó agua por encima para aclararle el jabón y le limpió restos de galleta de la cara.

–Qué divertido.

Caroline no había estado preparada para el duro golpe que supuso oír que había conocido a alguien en Costa Rica. La había dejado por un sueño, no por una mujer. Sin embargo, debería haber estado preparada para eso. Ethan era increíblemente guapo, con un encanto afable que atraía a todo el mundo.

Caroline se había regodeado con la descripción de Imelda que le había hecho Annie: voz irritante, sudor cayéndole entre los pechos, aliento a cebolla. Pero después se había sentido fatal por haber disfrutado con ello. Había querido superar el dolor, la rabia, la decepción.

Sacó a Knox de la bañera y lo envolvió en una toalla; qué dulce resultaba la piel suave e hidratada de un niño recién bañado.

–Hueles a menta fresca –le dijo dándole un beso en la cabeza mojada.

–Y tú –respondió el pequeño con actitud educada.

Supervisó cómo se lavaba los dientes y después, solo, el niño se puso la ropa interior y el pijama, como un chico mayor. Ya no era un bebé. La transición siempre sucedía muy deprisa. Le produjo melancolía. Los nietos eran la recompensa más dulce de la vida y los había anhelado con todo su corazón. Al enterarse de que Annie había perdido un bebé, había llorado sin parar.

Knox debió de haberse dado cuenta porque la había abrazado y le había dado un beso. Y, solo con eso, se había sentido animada.

–Esta noche no necesito postre. Eres más dulce que el sirope de arce. Vamos a darles las buenas noches a todos.

–Vale.

Volvió a mirar a la mujer del espejo. Seguía aturdida. Necesitaba un toque de pintalabios. O mejor, solo brillo. No quería que resultara demasiado obvio. No quería que él pensara que se había estado acicalando.

Llevó a Knox abajo y el niño hizo la ronda de besos y abrazos, incluyendo a los dos perros, Hootie y Dug. Cuando Caroline vio a Ethan levantarlo por los aires y después bajarlo para darle un beso, la asaltó la imagen de un joven Ethan con Kyle, ambos riendo de alegría. Habían sido una familia feliz, ¿verdad? ¿Qué les había pasado?

Tres palabras, pensó. Fallo de comunicación. Nunca le había hablado sobre sus ambiciosos sueños de ir a la escuela de arte y dedicarse profesionalmente a la pintura. Había querido hacerlo, pero al llegar Kyle, no le había visto sentido. ¿Por qué molestarse en hacerse ilusiones con algo que nunca iba a suceder?

Por su parte, Ethan nunca le había contado que odiaba trabajar para el Servicio Forestal y el negocio familiar. Por lealtad hacia Caroline y a los padres de ella, que les habían dado una casa en la grande y laberíntica granja, había intentado disfrutar con la explotación forestal y la fabricación de sirope y viéndose ligado a acres de tierra que habían sido el sustento de la familia Rush durante doscientos años. En aquel momento ella no se había percatado de su descontento, al igual que él no se había percatado de cuánto ansiaba ir a la escuela de arte.

¿Habrían sido las cosas distintas si hubieran sido sinceros el uno con el otro?



No lo sabía. Lo que sí sabía era que era imposible escapar de un sueño. Los anhelos frustrados encontraban el modo de perdurar y causar grietas invisibles en los cimientos.

Knox le concedió a Annie el privilegio de acostarlo.

–Quiero leer dos libros.

–Creo que me veo capaz. ¿Qué tal si tú eliges uno y yo otro?

–*Ve, perro. ¡Ve!* –dijo al instante gritando el título del libro y dirigiéndose a las escaleras.

Ethan agarró las bolsas de basura.

–¿Siguen los cubos de basura en el mismo sitio?

–No –respondió Caroline–. Ven –abrió la puerta trasera–. Por aquí. Ahora están en otro sitio porque tuvimos algunos problemas con los osos.

La oscuridad había caído y algunas estrellas salpicaban el cielo. Caroline usó el teléfono para iluminar el camino mientras bordeaban un lateral de la casa hacia los cubos. Una vez a la semana, Kyle llevaba el material reciclable y la basura al depósito de residuos.

–Muy hábil –dijo Ethan comprobando el mecanismo a prueba de osos–. Me vendría bien algo así en Dominical. Aunque no por los osos, sino por los monos.

Caroline no supo qué decir. Solo el nombre de ese lugar le recordaba a las fulminantes discusiones que habían tenido. Cuando Kyle estaba en el último curso de instituto, había estado entusiasmado con la idea de ocuparse del negocio del sirope; casi tanto como lo había estado Ethan de cedérselo.

Ethan le había mostrado unas imágenes de un campamento de surf en Costa Rica y le había recordado las conversaciones que habían tenido antes de que nacieran los niños. Había encontrado una propiedad y quería comprarla y explotarla.

Caroline había dado por hecho que era una broma; le había resultado tan descabellado que le había seguido la fantasía durante un tiempo e incluso le había descrito la terraza que le gustaría diseñar y que llenaría de coloridas hamacas de hilo. Habría un rincón especial para su caballete y sus pinturas desde el que podría ver el océano y escuchar las olas mientras trabajaba.

Cuando quedó claro que Ethan hablaba en serio sobre el hecho de abrir un negocio allí, las objeciones de ella no lograron disuadirlo.

–Llevo diecinueve años viviendo esta vida contigo–había dicho él con voz cansada y apesadumbrada–. He intentado que me guste, pero la verdad, Caroline, es que ya no puedo seguir con esto. Ven conmigo. Vámonos todos juntos.

Ella se había negado a siquiera planteárselo. Tenía que pensar en la granja y en sus padres. No podían dejar que Kyle cargara con todo solo por cumplir el sueño de Ethan.

Y entonces él le había dicho que tenía que abandonarla, abandonar a la familia, para salvarlos de sí mismo, de la persona rabiosa y frustrada en la que se convertiría. Anhelaba una vida más emocionante y dinámica, y si ella no quería unirse a la aventura, se iría solo.

A Caroline no le había sorprendido su descontento. Lo había visto venir. Una parte de ella se había sentido aliviada de poder decir adiós a la tensión y a la oscuridad de vivir con alguien que anhelaba otra vida. Aun así, el absoluto terror que había sentido ante la idea de criar a sus hijos sin él y la preocupación por compartir la custodia con alguien que vivía a medio mundo de distancia la habían sobrepasado. Lo que jamás había podido admitir, ni siquiera para sí, era que la granja de arces de la familia Rush tampoco había sido nunca su sueño. Adoraba ese lugar, pero no era la vida que se había imaginado tener. Aun así, era un hogar seguro y familiar, y ya que Kyle había llegado tan pronto después de la boda, había tenido sentido quedarse.

Ethan nunca había encontrado un momento de satisfacción plena en su vida allí. La idea de que hubiera estado aguantando hasta que Kyle fuera lo suficientemente mayor para ocuparse del negocio había hecho que Caroline se preguntara si la había llegado a amar alguna vez.

Ahora, años después, una espina de rabia asomó.

—A lo mejor Imelda podría ahuyentar a los monos —le dijo a Ethan.

Él se rio y ni se inmutó por el comentario.

—Ya no estoy con Imelda desde hace tiempo —después se puso serio—. Mi corazón siempre ha sido tuyo, Caroline.

Esas palabras la desarmaron, pero se aferró a la rabia.

—Pues tienes un modo muy curioso de demostrarlo. No pudiste esperar a salir de aquí.

—Sí que esperé. Y lo intenté. Joder, esperé diecinueve años e intenté con todas mis fuerzas hacer que funcionara. Y después, cuando quise ir a Costa Rica, tú te negaste.

—¿Sí? ¿Acaso me preguntaste? A lo mejor yo también quería cosas.

—¿Qué cosas? ¿Y cómo iba a saberlo yo?

—Quería estudiar arte —admitió—. Quería ir al Instituto Pratt.

—¿En Nueva York? Creía que amabas la granja.

—¡Te amaba a ti! —contestó Caroline con rotundidad y al momento abrió la boca asombrada, deseando poder borrar las palabras que acababa de decir—. Pero te marchaste.

—¿Y entonces por qué te quedaste cuando me marché? Podrías haber ido a cualquier parte.

—Necesitaba un lugar donde criar a nuestros hijos. Necesitaba la ayuda de mis

padres y, cuando se hicieron mayores, ellos necesitaban la mía. Tú nunca te paraste a pensar en eso.

–Eso no es justo.

–¿Ah, no? ¿Y qué es justo, Ethan? Responde a eso. ¿Fue justo que te marcharas?

–Me marché para no acabar autodestruyéndome. Pero nunca dejé de quererte. Nunca dejé de echarte de menos –se pasó una mano por el pelo, ese abundante cabello rubio ceniza, tan sexy ahora como lo había sido en su juventud.

–¿Por qué iba a creerte? Son palabras vacías.

–Tienes razón. Están vacías si no hago nada al respecto.

–Así que vas a volver a Costa Rica para... ¿qué? ¿Para quererme un poco más?

Él se quedó callado y en la oscuridad ella no pudo ver su expresión.

–No voy a volver.

–No sabía nada.

–Si hablaras conmigo sobre algo que no sea Annie, sabrías que he vendido el campamento de surf.

–Es mentira.

–El papeleo se está tramitando ahora mientras hablamos.

Se quedó impactada, aturdida.

–Abandonaste a tu familia para construir ese lugar. ¿Fue todo para nada?

–No... Dios, no.

–¿Entonces por qué has hecho algo así? ¿Por qué has vendido tu sueño?

–Porque últimamente estaba vacío, tan vacío como algunas de mis palabras. Ese lugar es el paraíso, ojalá lo hubieras visto, pero incluso después de todo este tiempo, no significa nada sin ti.

–¿Y eso me lo dices ahora? –lo miró, incrédula.

Él dio un paso hacia ella.

–Estoy listo para pasar a la siguiente gran aventura.

–¿Ah, en serio? ¿Y qué aventura es esa?

–¿Y si te dijera que mi siguiente gran aventura eres tú?

## Capítulo 23

–Nadadores, a sus puestos.

Annie estaba sentada en la grada superior del centro acuático. Llevaba su vieja cazadora deportiva sobre un bañador nuevo. A los pies tenía la bolsa de lona del equipo con una toalla y una muda de ropa.

La señal de salida sonó y Annie se tensó por un instante, condicionada por años de entrenamiento ahí mismo, en esa piscina. Tenía veinticinco metros de largo y forma de L, con la zona de salto en el extremo más alejado. Las calles estaban delimitadas por cuerdas flotantes.

Los jóvenes nadadores saltaron de las plataformas de salida y se impulsaron por el agua con todas sus fuerzas. La entrenadora Malco caminaba alrededor de la piscina con su cronómetro y su carpeta, exactamente como hacía cuando fue la entrenadora de Annie. La carrera, un sprint de 50 de estilo libre, terminó en unos treinta segundos.

Annie se giró hacia Pam y Olga, que la habían acompañado.

–Hace unos años competí en un triatlón y lo terminé.

–No me sorprende –dijo Pam y, dirigiéndose a Olga, añadió–: Siempre fue la mejor atleta del equipo.

Annie suspiró.

–Y ahora me supone todo un reto ir desde el vestuario hasta la piscina.

–No tienes por qué hacer esto hoy –le dijo Pam.

–Sí, tiene que hacerlo –era la entrenadora Malco, que, al parecer, no había cambiado nada con los años. Tenía el mismo pelo gris, la misma expresión dura y ese brillo penetrante de ojos que le asomaba por encima de las gafas de leer–. Ve a la piscina de recreo y empieza con tu entrenamiento, Rush.

–No tiene piedad –dijo Annie levantándose.

La entrenadora le agarró la mano, la ayudó a bajar las gradas y le señaló la piscina de recreo.

–Bienvenida, Rush –dijo lanzándole una breve sonrisa.

–Gracias. Ya estoy cansada de sentirme cansada.

Logró hacer un largo. Fue un comienzo. Era agradable estar en el agua, aunque se sentía increíblemente débil. Pam y Olga nadaron con ella y la animaron. Se esforzó al máximo y acabó agotada pero triunfante. Después vio a Fletcher, Sanford y Teddy yendo hacia ella.

–Ahí van tres generaciones de guapos –murmuró Pam.

–¡Olga, mira! –Teddy corrió hacia ella con una insignia de tela–. Soy un pez volador –se giró hacia Annie para mostrársela–. He conseguido entrar en el grupo.

–¡Genial! –dijo Annie–. Felicidades –intentó no mirar a Fletcher en bañador, pero no lo logró.

Era imposible no mirar a Fletcher en bañador. Ardiendo de lujuria, de pronto cayó en la cuenta. Se había pasado más de un año sin sexo. Las mejillas le quemaban cuando lo miró–. Hola –le dijo.

–Hola, Annie. ¿Has vuelto a entrenar?

Ella sintió cómo las mejillas se le enrojecían aún más. Hubo un tiempo en el que se había movido por el agua sin esfuerzo.

–Solo estoy empezando.

–¿Me ayudas con la pierna, colega? –le pidió Sanford a Teddy mientras se dirigía a un banco.

–No me has llamado –le dijo Fletcher.

Le había dejado un mensaje de voz y uno de texto.

–No te he llamado –respondió–. Ha sido muy grosero por mi parte. Lo siento.

–No lo sientas. Solo di que sí. Di «sí, me encantaría salir a cenar contigo».

–Fletcher...

–¡Papá! –gritó Teddy–. ¡Papá, vamos!

Fletcher la miró fijamente.

–Llámame.

Annie alcanzó a Olga, que se dirigía hacia el vestuario.

–¿Les has dicho que íbamos a estar aquí?

Olga se encogió de hombros exageradamente.

–Pam y yo pensamos que necesitas un hombre.

–Primero necesito una vida –dijo Annie. En el vestuario se vio reflejada en el espejo–. ¡Puaj! Qué pálida. Y qué peluda.

–Sí –dijo Olga con rotundidad–. Necesitas mucha ayuda.

–Y no la ayuda que te dieron en rehabilitación –apuntó Pam.

Y sin más discusión, se la llevaron al Spa Maple Grove para una limpieza facial, depilación, manicura y pedicura, y desde allí se fueron al Peek-a-Boutique para comprar ropa nueva y maquillaje.

Annie se observó en el espejo de la tienda. El vestido tubo de color coral le sentaba a la perfección y las sandalias de cuña y tiras le resaltaban la pedicura. Aún no se había acostumbrado al pelo corto. Intentaba decirse que era positivo, que estaba empezando su nueva vida con un pelo nuevo, pero últimamente no se

le daba muy bien mentirse a sí misma.

–Estos rizos son horrorosos.

–¡Anda, venga! –dijo Pam–. Son adorables.

–Parezco Betty Boop.

–Betty Boop es adorable.

–Es un dibujo animado.

Olga le pasó los dedos por el pelo y, con mucho estilo, se lo arregló con unas pocas horquillas.

–Mejor. Necesitas más pintalabios y más colorete.

Annie sabía que no servía de nada discutir con Olga, de modo que se rindió a los toques finales y después volvió a mirarse al espejo.

–¡Mirad! –dijo incapaz de contener la sonrisa–. Me he reunido con los vivos.

–Buenas noticias –dijo Lorna Lasher, la consultora de marca que había contratado el padre de Annie. Habían concertado una reunión un viernes por la mañana en su oficina de Burlington para repasar el plan de lanzamiento del Sugar Rush envejecido en barrica. Todos alrededor de la mesa, Annie, su hermano y sus padres, se inclinaron hacia delante, tensos.

–Nos gustan las buenas noticias –dijo Annie. Desde los entrenamientos en la piscina, estaba y se sentía fuerte.

–¿No nos gustan a todos? Tenéis permiso para la distribución, lo cual ha sido pan comido gracias al buen historial que tenéis. El etiquetado está terminado, así que podéis empezar.

–Qué bien –dijo Kyle–. Todo está embotellado y listo para enviar.

El padre de Annie seguía mirando a Lorna.

–Esas no son las buenas noticias.

Ella sonrió.

–Tienes razón. Son las noticias esperadas. Las buenas son que vais a salir en los medios –les pasó una lista de programas de televisión, páginas web y revistas que iban a presentar su nuevo producto.

Su madre dio un grito ahogado.

–¡La revista *Oprah*! ¡Ay, Dios mío!

Annie se fijó en que estaba especialmente guapa ese día. Se había arreglado el pelo y llevaba un vestido que destacaba su figura. Se preguntó si sería por la reunión... o por su padre.

–Y el programa *Today* –dijo Annie–. Aún mejor.

Repasaron la estrategia para el lanzamiento del producto. A Annie todo lo referente a la reunión le resultaba familiar: la jerga, la discusión trepidante, las

tablas y las hojas de cálculo. Todo, excepto su padre. Le resultaba raro verlo en ese contexto.

Había cosas que veía ahora de las que no se había dado cuenta de pequeña. Era un buen empresario. Mantuvo el control de la reunión y elaboró un plan con Lorna que tenía mucho sentido.

Además, les dio alguna otra noticia. Había cerrado un pedido de cien cajas de sirope con unos establecimientos *gourmet* de lujo de Nueva Inglaterra y el norte de Nueva York para los que la empresa de su padre ejercería como distribuidor exclusivo.

Después, se fueron a almorzar a un viejo restaurante a las orillas del lago Champlain. El edificio era una antigua nave frigorífica, pero, desde que Annie tenía memoria, había albergado un restaurante famoso por los eventos familiares que allí se celebraban: graduaciones, *bar mitzvahs*, bodas y aniversarios.

Cruzar sus puertas fue como retroceder en el tiempo hasta el día en el que Kyle se había graduado del instituto. Ella tenía diez años y llevaba su vestido favorito, uno de tirantes con jaretas, y unas sandalias. Habían sido un grupo de seis, con el abuelo sentado a la cabeza de la mesa y la abuela a su lado. Recordó que se asomó a la terraza para ver el ferry del lago Champlain. Se había pedido un Shirley Temple y pinzas de langosta con pasta *pappardelle* y se había sentido de lo más elegante cuando le sirvieron el plato. En aquel momento no conocía otra cosa que no fuera sentirse feliz y segura y jamás habría imaginado que aquella sería la última vez que la familia celebraría algo junta.

Unos días más tarde, su padre anunció que los dejaba. Y así, sin más, se le cayó el mundo encima.

Ahora, más de veinte años después, entendía que la marcha de su padre fue un factor clave que condicionó su forma de relacionarse con los hombres.

–¿Va todo bien? –le preguntó su padre inclinándose hacia ella sobre la mesa.

–Sí, muy bien –respondió para que no se preocupara–. Solo estaba... pensando.

–¿En qué? –él esbozó esa sonrisa, «la sonrisa de papá», la que en el pasado la había hecho enorgullecerse de tener el padre más guapo de Switchback. Lo había idealizado, había volcado toda su admiración y su confianza en él. Y después se había marchado.

–En la última vez que estuvimos todos juntos en este restaurante –respondió ocultándoles a él y a todos lo que de verdad se le estaba pasando por la cabeza–. La abuela y el abuelo estaban con nosotros.

–La graduación de Kyle –dijo su madre mirando a su padre.

Annie los observó y notó... algo. Miró a Kyle e intentó decirle con la mirada: «¿Qué está pasando?». Pero era Kyle, era un chico, y no se enteraba de nada.

Al momento el sumiller llegó con una botella de Billecart-Salmon y entonces supo con total seguridad que algo pasaba.

–Champán rosado –murmuró–. Y aún es muy temprano. ¿Qué celebramos?

–Vamos a brindar –dijo su padre una vez que todos tuvieron las copas llenas.

–Por el Sugar Rush envejecido en barrica –dijo Kyle–. Y por nuestro nuevo producto, Head Rush.

–Espera –dijo Annie–. ¿Head Rush?

Sus padres se miraron. Estaban tan perplejos como ella.

–He conseguido un permiso de cultivo para abastecer a un dispensario autorizado.

–¡Dios mío! Vas a cultivar hierba –dijo su madre.

–Increíble –dijo su padre en voz muy baja.

–Solo para uso médico –le dijo Kyle– hasta que esté legalizada, lo cual probablemente sucederá en uno o dos años.

–¿Y Beth está de acuerdo?

–Mamá. Deja de preocuparte. A Beth le parece bien.

Su padre dio un trago de champán.

–Tendrás que ocuparte solo. Del sirope, de la granja, de la hierba... de todo.

–Esa ha sido la idea todo este tiempo –dijo Kyle. Que Annie supiera, su hermano nunca se había enfrentado a su padre directamente por el asunto del abandono, pero ese comentario tuvo un cierto matiz de crispación.

–Lo que tu padre intenta decir es que... él... yo... de ahora en adelante no nos implicaremos directamente –dijo su madre–. Tenemos planes.

A Annie se le erizó el vello. ¿Tenemos? ¿Planes?

–¿Qué clase de planes? –preguntó Kyle.

Sus padres volvieron a mirarse. Parecían unos adolescentes nerviosos buscando el modo de admitir que habían tenido un golpecito con el coche. Sí, había algo en ellos, algo nuevo y raro, que les hacía parecer adolescentes.

–Vuestro padre y yo... Nos vamos a vivir juntos –terminó su madre a toda prisa.

–¿Qué? –estalló Annie.

–¡Joder! –exclamó Kyle al mismo tiempo.

Su padre le agarró la mano a su madre.

–Desde que he vuelto, hemos estado... hablando.

Annie tuvo la sospecha de que «hablar» era una forma de decir... No. No iba a permitir que su mente fuera por ese camino.

–Nos vamos a comprar una casa en Nueva York –dijo su padre–. Hemos encontrado un piso en Chelsea.

–¿Y qué puñetas vais a hacer vosotros en la ciudad? –preguntó Annie.



–Voy a estudiar en Pratt y vuestro padre va a expandir la división *gourmet* de su distribuidora a Manhattan.

–Habláis en serio –dijo Kyle.

–Sí –respondió su madre–. Puede que parezca precipitado o repentino, pero hablamos en serio. Y estamos felices. Y queremos que os alegréis por nosotros. Que seáis felices con nosotros.

Estaba radiante. Radiante. No había visto a su madre brillar desde que era una mamá jovencita y su marido bailaba con ella en la cocina cuando volvía de trabajar.

Era su oportunidad, pensó Annie. La oportunidad de su madre de ir a la escuela de arte, la que había desaprovechado tantos años atrás. No podía más que sentirse encantada por ello. Pero ¿que volviera con papá? ¿Con un hombre que la había abandonado hacía más de veinte años?

–Quiero que seáis felices –dijo Annie.

–¿Pero? –preguntó su madre.

–Estoy escéptica. ¿Cómo sé que esto va a funcionar mejor que la última vez?

–No lo sabes –admitió su padre–. Tienes que tener confianza. Te prometo que estamos decididos a hacer que funcione. Y lo lograremos.

–¿Estás oyendo eso? –le preguntó a su hermano–. ¿Le encuentras sentido a algo de esto?

Su hermano se estaba comiendo un panecillo.

–No. La única que tiene que encontrarle sentido es mamá.

–Y se lo encuentro –les aseguró su madre–. Ya lo veréis.

Annie dio un trago de champán. Dios, qué delicia. Dio un trago más y miró a sus padres. Había reaccionado con un revoltijo de sentimientos que tardaría mucho tiempo en entender. Se había dejado arrastrar por la dulce fantasía de ver a una familia feliz, por la imagen de sus padres, que parecían más jóvenes y lozanos gracias a ese cambio. Al mismo tiempo, la invadía un oscuro rencor. ¿Por qué no lo habían solucionado años atrás, cuando era una niña que necesitaba a sus dos padres?

«El amor llega a su debido tiempo», solía decir la abuela. «Tú no puedes decir cuándo o cómo».

«Nunca es demasiado tarde para tener la vida que quieres».

–¿Cuándo? –preguntó Annie.

–Cuando tú estés mejor –respondió su madre.

–¡Oh, vamos! ¿Estás diciendo que estáis esperando a que os dé vía libre? Ni se os ocurra echarme encima esa responsabilidad.

–Bueno, parece que todos tenemos muchos planes nuevos –dijo su padre cambiando de tema con mucha astucia–. ¿Qué hay de ti, Annie? ¿Qué papel

quieres desempeñar en esto además de el de diosa del envejecimiento en barrica?

–Estás empezando de cero –añadió su madre–. Es una nueva vida, como te dijo el doctor King. Puedes ir adonde quieras y hacer lo que quieras.

Su hermano se terminó el champán.

–Si ahora mismo pudieras hacer algo que quisieras, ¿qué sería?

Al mirarlo, se sintió desbordada por un profundo amor. Su familia. Ellos la habían sacado de la oscuridad, la habían rescatado de una lóbrega existencia. Les debía todo y, aun así, lo único que ellos parecían pedirle a cambio era que comenzara de nuevo.

Fletcher estaba saliendo de la ducha cuando sonaron el móvil y el timbre de la puerta, casi al mismo tiempo. En el porche trasero, Titus soltó un ladrido de advertencia. Qué oportuno. Se echó una toalla alrededor de la cintura y salió del baño dejando un rastro de agua tras él. Encontró el teléfono sobre la cómoda del dormitorio. Tenía una llamada perdida de Annie Rush.

Annie lo estaba llamando. Por fin se había decidido a contestar.

Cuando el timbre volvió a sonar, se puso unos vaqueros y corrió hacia la puerta.

Annie.

–Hola –dijo al abrir la puerta–. Pasa.

Ella entró y se quedó en el vestíbulo. Sujetaba una bolsa de la compra y parecía exageradamente tensa. Su mirada se movía por su torso desnudo como una mariposa revoloteando y dudando sobre dónde posarse.

A él no le molestó lo más mínimo que lo estuviera mirando. Estaba preciosa esa noche. Distinta...

–Estaba en la ducha –dijo tomándose su tiempo para abrocharse el botón de los vaqueros–. Acabo de llegar de montar en bici.

–Te he llamado primero, pero no contestabas –sonrió con timidez–. Bueno, vale, la verdad es que te he llamado desde la entrada.

–Perfecto. No me importa que hayas pasado a verme. No me importa en absoluto.

–¿Seguro? Quiero decir, es viernes por la noche...

–No estás interrumpiendo una cita ardiente.

–A lo mejor yo soy esa cita ardiente.

A él le tuvo que cambiar la cara, porque ella se apresuró a añadir:

–No te asustes. Es una broma.

«Ojalá no lo fuera», pensó Fletcher.

–Pasa –la llevó hasta el enorme salón, que se conectaba con la cocina.

–Te has comprado la vieja casa Webster –dijo Annie mirando a su alrededor y fijándose en la chimenea y las librerías, en las ventanas de cristal emplomado, la claraboya de la cocina y las puertas dobles que daban a la terraza trasera–. Es absolutamente preciosa, Fletcher.

–La elegimos juntos, ¿te acuerdas?

–Claro que me acuerdo, aunque fue hace una eternidad.

–Olga se ocupó de la decoración –entró en el cuarto de la colada y sacó una camiseta de la secadora. No quería que se pensara que era un chulo que iba por la casa sin camiseta.

–Olga es genial.

–Dice lo mismo de ti. Desde que se enteró de que eres la creadora de su programa favorito, no ha dejado de hablar de ti. Está obsesionada con *El ingrediente clave*.

–Ya no es mi programa.

–Dice que últimamente está de capa caída.

Annie esbozó una mueca de pesar y él lamentó haber hecho el comentario.

–Es viernes por la noche. Deja que te invite a tomar algo.

–Gracias. Ya he traído algo.

–¿Sí? Vaya, eso sí que es ofrecer un buen servicio.

–No, la verdad es que lo he hecho porque no quería beber sola. ¿Está Teddy? Fletcher negó con la cabeza.

–Con su madre.

–De acuerdo –se detuvo y se mordió el labio de un modo que hizo que él quisiera abrazarla y besarla. Después, sacó una botella de licor y una naranja–. Necesito hielo y una coctelera. Y un mortero para cócteles, si tienes.

–Seguro que no tengo.

–Entonces, una cuchara de madera.

Al instante, pareció sentirse cómoda en la cocina y le recordó a la Annie que había conocido: inteligente y un poco mandona, segura de sí misma. Encontró una tabla de cortar y sacó dos vasos, esos bajos y elegantes que le había regalado un cliente cuando tenía el bufete.

–Nos vamos a tomar unos *old-fashioned*. Pam y yo hemos creado una receta especial para resaltar nuestro sirope de arce envejecido en barrica –sacó una botella de la bolsa–. Toma, ábrela. Y, ya de paso, prueba. Acabamos de cerrar un trato para distribuirlo.

Impulsivamente, él le hundió la punta de un dedo en el sirope y se lo lamió.

Annie emitió un grito ahogado y apartó el dedo.

–¡Oye!

–¡Vaya! –dijo Fletcher sonriendo sin ningún tipo de remordimiento–. No pensé

que pudieras mejorar tu sirope, pero esto es alucinante.

–Sugar Rush se ha pasado al *gourmet*. Ya tenemos pedidos para la nueva remesa.

«Tenemos». ¿Significaba eso que había vuelto al negocio familiar?

Completamente concentrada, mezcló las bebidas y las remató con una cereza al brandi y una viruta de piel de naranja. La mezcla estaba increíble. Él era más de tomar cerveza, pero ese trago lo sedujo por completo: el sabor del whisky de Pam, el sirope cubriendo el fondo del vaso y, sobre todo, el modo en que se miraron cuando Annie brindó con él.

–Por... los nuevos comienzos.

–¿Te está ayudando Gordy?

–Creo que sí. Aunque debe de estar pasándolo mal por tener que tratar con un mal bicho como Martin Harlow.

–Siento que estés pasando por esto. No sé qué más decirte.

–No pasa nada. Me ha resultado extrañamente sencillo olvidarme de él.

–¿A lo mejor es porque te engañó? –con mucho gusto habría aplastado al ex de Annie si el muy cobarde se hubiera atrevido a dar la cara.

–Sí. Y también porque... –soltó el vaso y se cruzó de brazos–. Porque no lo quería lo suficiente. Y esto te va a parecer una locura, pero me siento culpable. Formábamos un buen equipo en el trabajo, pero nuestro matrimonio... se estancó un poco. Fue algo gradual y no me di cuenta de que había problemas, aunque a lo mejor no quería verlos.

Sí. Fletcher sabía lo que era eso. Había querido que su matrimonio con Celia funcionara. Los dos habían querido lo mejor para Teddy. Había cultivado su familia como un maestro jardinero, echando raíces en ese pueblo y animando a Celia a rodearse de las cosas que la hacían feliz. Pero al final había llegado a la misma conclusión que Annie: hubo amor, pero no el suficiente.

–No te fustigues por ello.

Ella esbozó una fugaz sonrisa.

–¿Tengo pinta de estar fustigándome?

–Tienes pinta de estar disfrutando de un cóctel delicioso –le agarró la mano–. Vamos a salir fuera a disfrutar del buen tiempo. Además, hay alguien ahí que deberías conocer. Se llama Titus.

Titus, el Bernese que Fletcher había adoptado poco después del divorcio, los recibió con resoplidos y estornudos de alegría.

–Es precioso –Annie le pasó su vaso a Fletcher, se agachó sobre una rodilla y achuchó la cabeza del perro.

Celia decía que los perros lo revolvían todo y olían mal, lo cual era cierto, y por eso se había negado a que tuvieran uno. Pero en cuanto él estuvo solo, había

buscado al perro más revoltoso y maloliente que pudo encontrar. Titus tenía el rabo roto y una sonrisa chueca y lo habían abandonado a las afueras del pueblo. Fletcher y Teddy lo querían con locura.

Annie se levantó y se sacudió los pelos del vestido. De pronto, se paró en seco y soltó un grito ahogado.

–¡Tienes un balancín de madera!

–Tengo un balancín de madera.

–Es exactamente... –se detuvo. Se quitó las sandalias y se sentó en él. La cadena chirrió suavemente.

–No es casualidad –Fletcher se sentó a su lado, aunque no lo suficiente como para llegar a rozarse.

Ella se sentó sobre una pierna y la otra la dejó colgando sobre el suelo del porche.

–Te acordaste.

–Sí.

–Y también de las demás cosas –añadió Annie con voz suave–. Librerías en todas las habitaciones. Ventanales, claraboyas y una chimenea. Un jardín lleno de tomates y plantas aromáticas. Te acordaste de todo.

–Sí.

Ella removi6 la bebida dentro del vaso y después, con gesto nervioso, lo dejó sobre una mesita.

–Mi hermano va a empezar a cultivar marihuana en nuestras tierras.

–Es genial.

–¿Cómo puedes decir eso? Eres juez. Deberías desaprobador ese tipo de cosas.

–No, si actúa conforme a la ley. Y Kyle está actuando conforme a la ley.

–¿Y eso cómo lo sabes?

–Porque conozco a Beth Rush y su cruzada para transformar las vidas de cada chico que traspasa las puertas de su escuela. Ella jamás pondría en peligro su misión.

–Es verdad –Annie miró el jardín. Estaba rodeado por una valla alta y un seto todavía más alto que impedía que Teddy y Titus pudieran salir.

Annie se acomodó en los cojines del balancín.

–Mis padres están juntos de nuevo.

–Oye, es genial. ¿No?

–No sé. Se van a mudar a Nueva York. Hoy después de almorzar han tomado el tren en Burlington para ir a ver almacenes, o eso han dicho. Algo me dice que solo querían escaparse juntos. Así que... supongo que me quiero alegrar por ellos. Pero aún lo estoy asimilando.

Él tenía muchas preguntas. Por ejemplo, quería saber por qué había ido a su

casa, aunque no lo preguntó porque no quería ahuyentarla. Así que esperó. Escuchó. Era algo que había aprendido siendo juez. «Calla y escucha y la historia saldrá por sí sola».

–Van a hacer lo que van a hacer y me parece bien. Pero entonces les he preguntado que cuándo van a llevar a cabo este gran plan y me han dicho que cuando yo esté mejor. Eso es pasivo-agresivo, ¿no? Ya estoy mejor. Puedo conducir. Y beber... aunque con precaución. Puedo pensar. ¿A qué están esperando?

Puso el balancín en movimiento con el pie.

–¡Mi mundo ha cambiado tantas veces desde el accidente! Por fin estoy empezando a ubicarme y a adaptarme y no necesito tener a nadie encima de mí preocupándose por que mi cabeza vaya a explotar. Mi cabeza está muy bien. Muy bien.

–Me alegra oírlo. Me alegra que estés mejor –Fletcher se levantó y encendió unas velas de citronela para espantar a los bichos ahora que había oscurecido.

–Tengo que trazar un plan, y esa es la parte que me asusta. Cada vez que planeo algo, sucede algo que lo estropea todo.

–Venga. Fíjate en todo lo que has conseguido. La universidad, tu propio programa recién salida de la facultad, ahora este nuevo sirope...

–Es una forma de verlo. Pero recuerda, planeé estar contigo el verano después del instituto y sucedió algo y tu padre te necesitó más que yo. Y después lo volvimos a intentar y parecía que iba a funcionar, pero me fui a California y cuando entré en razón tú ibas a tener un bebé con Celia. Así que no le veo sentido a planear nada.

–Pues entonces no planees nada –le sugirió.

–Eso demuestra que no me conoces lo más mínimo.

–Te conozco demasiado bien.

–Sí, claro.

Despacio, él soltó su bebida, se giró hacia Annie y le tomó la cara entre las manos.

–Te conozco –le dijo mirándola a los ojos–. Sé que te gustan los balancines en los porches, las librerías y las chimeneas. Sé que puedes hacer galletas sin mirar una receta. Sé que tenías un escondite secreto en tu habitación donde guardabas tus recuerdos y que algunos de esos recuerdos tienen historias alucinantes. Sé lo que ves cuando enfocas algo con tu cámara. Sé que cuando sonríes, tus labios parecen incluso más suaves. Y, por cierto, sé perfectamente cómo son esos labios. Y cómo saben, y cómo me siento cuando me besan cualquier parte del cuerpo...

–Fletcher, ¿me estás tirando los tejos?

–Totalmente. Pensé en ti cuando colgué este balancín.

–Pensaste en mí. ¿Cómo?

–Bueno –le dijo con voz baja–, más o menos así.

–¡Fletcher!

–Shh. Tengo vecinos.

Ella se rio suavemente.

–Y una reputación que mantener. A lo mejor deberíamos ir dentro.

–O no –la giró hacia él y el balancín se convirtió en una lenta atracción de feria.

Annie dejó escapar un grito ahogado que probablemente se oyó en la casa de al lado. Pero a él no le importó.

## Capítulo 24

Pasar el fin de semana con Fletcher no era lo que Annie había tenido planeado al llamar a su puerta. Sin embargo, estaba empezando a pensar que las mejores cosas que sucedían no se ceñían a ningún plan. Simplemente sucedían. Se zambulló en la experiencia como si se hubiera lanzado a un río y siguiera la corriente adonde la llevara.

Él estaba distinto ahora, tantos años después. Ella estaba distinta. Pero la profunda y poderosa conexión que siempre había existido entre ellos aún seguía ahí.

Ahora que su matrimonio había terminado, las relaciones íntimas adquirirían un significado especial. Después de haber estado tanto tiempo con una sola persona, no pudo evitar preguntarse: ¿Sigo siendo buena? ¿Sigo siendo atractiva? ¿Puedo complacer a alguien nuevo?

Pero Fletcher no era nuevo, ¿no? Había cosas de él que no había olvidado nunca. Había cosas que él sabía de ella que nadie había sabido nunca, desde sus más pequeños secretos hasta sus mayores verdades.

Después de los cócteles y del balancín del porche, Annie había arrasado con lo poco que había encontrado en la cocina y había preparado una cena partiendo de esos humildes ingredientes: macarrones con queso envasados, vino blanco y unos cuantos tomates cherry y albahaca del jardín. Después, se habían acurrucado en la cama con cuencos de helado de sirope de arce y nueces y habían escuchado canciones de Serge Gainsbourg a través de un altavoz oculto. Más tarde, habían hecho el amor otra vez y luego una vez más en mitad de la noche, estando medio despiertos. También, por la mañana, habían saludado al alba con pasión renovada. Fue un maratón de sexo, incesante y voraz, como si hubieran vuelto a la adolescencia y se acabaran de descubrir el uno al otro.

El sábado fueron al mercado de agricultores, se cargaron de comida fresca y volvieron a casa de Fletcher. Annie preparó unos martinis con menta fresca, una tarta de tomate con queso Cabot, habitas con cebollas asadas y, de postre, arándanos bañados en *crème fraîche* y aromatizados con el toque a avellana del licor Frangelico.

—No pienso dejar que te marches nunca de aquí —dijo Fletcher después de la cena al entrar en el dormitorio con una segunda ración de postre.

Los frutos rojos y la nata los endulzaron mientras hacían el amor y después se quedaron tumbados, juntos, en la noche, escuchando a las ranas cantoras del



jardín. Incapaz de dormirse, Annie se levantó y preparó una buena tanda de palomitas con sal y sirope. Después, volvió a meterse en la cama con él. Tenía el portátil encima.

–Quiero enseñarte una cosa. Estas son las primeras grabaciones que hice con Martin cuando *El ingrediente clave* estaba en su fase de creación. Los segmentos nunca se emitieron porque le dieron el papel a otra persona.

Se sintió como si estuviera mirando a otra persona. Y, aun así, a pesar de la mala calidad de la cinta, la Annie de esos fragmentos estaba ilusionada y deslumbrante, llena de pasión por el tema que trataban. Se le hacía raro ver a Martin a su lado, aunque pudo mirarlo con total imparcialidad. No tenía sensación de pérdida, solo la sensación de que era una persona a la que había conocido. Se preguntó por qué haberlo perdido no le había dolido más.

Porque nunca lo había amado como había amado a Fletcher.

–¿Me lo parece a mí o le estás eclipsando? –preguntó Fletcher dándole al botón de Pausa.

–Le estoy eclipsando –dijo ella en voz baja–. No me di cuenta en su momento. Por eso no querían que saliera en cámara con Martin. O tal vez por eso Martin no me quería con él. Soy una ladrona de escenas.

–Esa eres tú –dijo él con una carcajada–. La cámara te adora y eres una ladrona. Robas cosas. Programas de televisión. Corazones...

–Anda, para –le dijo, aunque en el fondo se sentía encantada–. Te he enseñado esto por una razón. Quiero que veas lo que estaba haciendo cuando empecé.

–Echas de menos el programa en Los Ángeles.

–Sí –no le podía mentir–. Intento no mirar las audiencias demasiado, pero me cuesta resistirme. Así era mi vida no hace mucho tiempo.

Pasaron el domingo por la mañana sin hacer nada más que comer cereales de unos cuencos enormes y hojear el *New York Times*. Quería tumbarse en el sofá Chesterfield, ver películas antiguas y olvidarse de todo el mundo, pero probablemente no era buena idea. Él tenía trabajo que hacer y ella tenía... ¿qué?

–Conozco esa cara –dijo Fletcher antes de darle un beso en la sien–. ¿Qué te preocupa?

Annie se mordió el labio e intentó obligarse a pensar bien las cosas. Quería explorar qué estaba reanudándose entre ellos, pero había mucho en juego. Sabía lo que pasaría si cruzaba esa puerta y no estaba segura de querer ir por ahí. Había dejado a Fletcher no solo una vez, sino dos. ¿Por qué? ¿Porque su padre los había abandonado? ¿Porque no quería volver a experimentar nunca la desolación y la soledad que había sentido después de que su padre se marchara?

–Ven a cenar a la granja –dijo rindiéndose ante un impulso–. Te prepararé una cena de domingo fantástica.

–No digas más. Allí estaré. ¿Qué puedo llevar?

–Solo a ti mismo –se levantó de un brinco y comenzó a recoger su ropa riéndose a carcajadas mientras él la devoraba con la mirada–. O tal vez un chaleco antibalas. Al fin y al cabo, se trata de mi familia.

Los padres de Annie acababan de volver de la ciudad cuando ella entró por la puerta trasera cargada con bolsas del supermercado.

–Voy a preparar una cena de domingo –les dijo.

–Genial –dijo su madre–. ¿En qué puedo ayudar?

Su madre parecía increíblemente joven. Llevaba unos vaqueros oscuros ajustados y una camisa blanca, sandalias con suela de corcho, un pañuelo colorido que parecía una acuarela de Kandinsky y unos pendientes de aro grandes. Además, tenía la piel jugosa y sonrojada. Intentó no dejar volar su imaginación, pero no pudo evitar observar que su madre tenía el aspecto de una mujer que acababa de hacer el amor. Después le preocupó que ella tuviera ese mismo aspecto.

–Podrías poner la mesa –le sugirió Annie–. Voy a poner el asado en marcha y después me daré una ducha.

–Voy a sacar el tablero adicional de la mesa ahora que somos nueve para cenar...

–Que sean diez –dijo Annie sacando la compra de las bolsas apresuradamente.

–¿Quién es el décimo?

–He invitado a Fletcher.

Su madre se giró bruscamente para mirarla.

–¿Sí?

–Sé simpática, ¿vale?

–Por supuesto que... –su madre se detuvo–. Llevabas eso mismo el viernes.

Annie bajó la mirada hacia el vestido coral que había llevado a la reunión. Estaba ligeramente arrugado por haber estado tirado en una silla en casa de Fletcher todo el fin de semana.

–Me cambiaré después de ducharme –fue lo único que dijo.

Mientras Annie se iba sumiendo en la aventura aún sin definir que estaba viviendo con Fletcher, recordó algo que en el pasado había creído con toda el alma: la vida tenía notas de gracia. Eran momentos tan dulces que se podían

guardar como pequeños objetos de recuerdo a los que nunca olvidar. Descubrió muchos de esos momentos con Fletcher. Sentía un destello de calidez solo con mirarlo. Estaba loca por él. Casi no se podía fiar de lo feliz que se sentía.

Cada día se sentía más fuerte y como si estuviera flotando en los frescos días de verano que contenían dulces ecos de su niñez, aquellos días en los que su familia seguía completa y el mundo parecía un lugar totalmente seguro. Hicieron picnics con Teddy y se empaparon las barbillas bebiendo zumo de melocotón. En una ocasión, incluso lo llevaron a la cantera Moonlight y lo animaron a saltar a la charca desde un vertiginoso saliente de tres metros de altura.

Fueron de excursión al riachuelo y se tumbaron en la hierba a mirar las nubes. Habían comprado productos en el mercado de agricultores y se habían llevado elaborados platos para tomar al aire libre mientras escuchaban las campanitas del camión de helados dando vueltas por el pueblo. Se quedaron hasta tarde y al oscurecer corrieron descalzos sobre la hierba mojada para cazar luciérnagas.

Fletcher y ella visitaron todos sus antiguos lugares favoritos, pero ahora ya no les preocuparon ni los toques de queda, ni los planes de futuro ni nada; solo se preocuparon de estar juntos.

De vez en cuando Annie sentía una punzada de dolor ante la cara de regocijo de Teddy por haberse encontrado un nido de pájaro o al ver su gesto de orgullo al pescar una trucha, su delicado y afectuoso trato con los perros cuando iba a la granja y su pura alegría al tirarse por los toboganes de agua de la cantera. En esos momentos no podía evitar pensar en el bebé que había perdido en el accidente y sentir dolor por todas las posibilidades que no se llegarían a dar, por el dulce y pequeño cuerpo que nunca abrazaría, por los ojos que no habían llegado a vislumbrar las maravillas del mundo.

Después ese dolor disminuía y se sentía afortunada por estar viva, por estar con Fletcher de un modo tan inesperado, por tenerlo todo, a su familia y a la granja, exactamente como debía ser.

Había momentos en los que sentía una felicidad tan completa que ni siquiera le parecía real.

Al mismo tiempo, el idílico júbilo de verano parecía frágil, como si el más mínimo movimiento pudiera desintegrarlo.

Para protegerse de las preocupaciones, alimentó una fantasía en la que estaba allí, refugiada en Switchback, enamorándose de nuevo de Fletcher, conociendo a su hijo y llegando a tener un bebé con él algún día. Sí, se atrevía a pensarlo. A imaginarlo. A desearlo.

Sus padres se trasladaron a la ciudad. Kyle y ella trabajaron día y noche y lanzaron el sirope envejecido en barrica con más éxito del que habrían imaginado nunca.

–Los consumidores son un misterio para mí –dijo Kyle en más de una ocasión–. Se horrorizan por tener que pagar diez pavos por un litro de sirope normal, pero pagan quince encantados a cambio de una elegante botella de medio litro de sirope envejecido en barrica.

Tuvieron que aumentar la producción a tanta velocidad que el nombre de Sugar Rush se convirtió en sinónimo de torrente de actividad.

–Esto es fantástico –dijo Beth al reunirse con Annie y Fletcher en la recién instalada cocina de prácticas de la escuela–. Los alumnos se van a volver locos cuando vean este lugar.

–Espero que locos en el buen sentido –dijo Annie. Se sintió especialmente realizada al mirar a su alrededor y ver el espacio terminado. Financiada por la fundación de Sanford, la cocina estaba diseñada para proporcionarles a los alumnos habilidades tanto laborales como para la vida en general. Annie lo había preparado todo para que las lecciones se pudieran grabar sin problema, con un gran panel en el centro de la sala y espejos inclinados para mostrar la acción.

–En serio –dijo Beth–, es precioso. Fletcher, avísame cuando tu padre y tú podáis venir para la inauguración una vez empiecen las clases.

–Claro. Me alegro de que te guste. ¿Quién nos iba a decir que mi padre, que dejó el instituto, acabaría financiando programas educativos?

–Tengo la sensación de que el juez le dio un empujoncito –dijo Beth. Así es como se refería al trabajo de Fletcher en el tribunal de menores. Cuando trataba con chicos en situación de riesgo, él solía empujarlos hacia alternativas mejores en lugar de hacer que los enviaran al reformatorio de Woodside.

–Por cierto, el juez mañana tiene una reunión muy temprano. Tengo que ir a prepararla –besó a Annie en la frente–. ¿Nos vemos esta noche?

Ella sonrió y asintió. Después, se giró y lo vio marchar.

Beth le dio un golpecito en el hombro.

–Entonces... ¿Fletcher y tú...?

Annie asintió.

–Fletcher y yo.

–Me alegro, Annie. Es genial, como seguro que ya sabrás.

Sí que lo sabía. Fletcher era increíble. Podía ir a cualquier parte, hacer lo que quisiera, pero seguía allí en ese pueblo, donde había echado raíces después de una infancia inestable de la que apenas hablaba. Había llegado allí con su padre y ahora se quedaba allí por Teddy. Y probablemente también porque nunca había tenido algo así en su vida, un hogar permanente, una comunidad. Su hijo era feliz allí. Se sentía seguro.

–La fundación ha sido muy generosa con la escuela –añadió Beth–. Es un gran tipo.

–Se lo oigo decir a todo el mundo constantemente.

–La cuestión es si tú también lo crees.

–Con todo mi ser.

–¿Pero...? Puedo oír el «pero» en tu voz.

–Entonces tienes un oído muy fino –Annie se giró y contempló lo que habían creado para la escuela. Sin tener que esforzarse mucho, imaginó una producción audiovisual allí y la idea de volver a trabajar la entusiasmó. Por otro lado, una parte de ella quería dedicarle toda su energía a Fletcher–. Me estoy enamorando de él. Otra vez. Y mucho.

–¿Y eso es un problema?

–Es una pasada. Ni siquiera me puedo creer que esté pasando.

–Deja que pase, Annie. Permítete ser feliz.

–Quiero hacerlo, de verdad que sí, pero mi vida se desmoronó y ni siquiera sé si me puedo fiar de mí misma. El programa... Tenía toda una vida en California. Me la arrebataron.

–¿La quieres recuperar?

–No sé qué quiero.

–¿Estás intentado disuadirte? ¿O estás intentando que yo te disuada? Porque si es así, estás hablando con la persona equivocada.

–No es eso. Quiero que esto suceda. Pero tal vez... no tan deprisa. Tengo que ordenar mis ideas antes de empezar una relación con alguien. Quiero volver a ser independiente. Tengo que empezar de cero. ¿Es posible hacerlo mientras estoy en caída libre?

El verano terminó en Switchback tal como llevaba haciéndolo generaciones. Todo el pueblo se reunió en el lago para celebrar el picnic del Día del Trabajo. Era la última oportunidad para que los niños nadaran en el agua fría y transparente, la última oportunidad para sentarse al aire libre a tomar una cerveza, a relajarse y a tomar el sol antes de que el otoño cayera; la última oportunidad para comer sandía, mazorcas de maíz y gruesas rodajas de tomates Brandywine recién recolectados del huerto.

–Dicen que si los tomates no han madurado para el Día del Trabajo, más te vale ir sacando la receta del *chutney* –le dijo Annie a su sobrina mayor, Dana, que la estaba ayudando a hacer un pastel crujiente de arándanos para el picnic. O, mejor dicho, Dana estaba mirando el portátil de Annie apoyada en la encimera mientras Annie preparaba el postre. Dana, de diecisiete años, era algo

patosa y adorable y le interesaban bastante más los chicos y el maquillaje que la cocina. Pero, además, era una chica lista y le interesaba incluso más viajar por el mundo que los chicos y el maquillaje.

–¿Qué es un *chutney*? –preguntó.

–Una especie de salsa –le explicó Annie–. Es originario de la India y de Nepal.

–¿Has estado en la India y en Nepal?

–En los dos sitios –respondió Annie sin dejar de cortar–. Grabamos allí para el programa, en la India, Nepal y Bután. Si entras en mis archivos del servidor, puedes ver las fotos.

Beth siempre decía que Dana era un espíritu viajero.

–¿Adónde irías si pudieras ir a cualquier parte del mundo? –le preguntó Annie.

–A todas partes –respondió Dana inclinada hacia la pantalla del ordenador–. Empezando por Bután. Parece alucinante.

–Hablas como yo cuando tenía tu edad. Espero que consigas ir a todas partes. En Bután hicimos *Ema Datshi*, pimientos picantes y queso de leche de yak sobre arroz rojo.

La grabación había ido bien a pesar de que Melissa se había quejado sin parar por las embarradas carreteras de montaña, los lentos viajes en autobús y los baños. Annie, por el contrario, recordaba haber quedado hechizada por las cumbres nevadas y los oscuros barrancos y por los exuberantes bosques, envueltos en toda la gama de verdes y vibrantes por los increíbles colores de las aves exóticas. El aire tenía una claridad que no había visto nunca y las aldeas olían a humo de leña y a guindillas fritas.

–¿Cuál es el mejor lugar en el que has estado? –le preguntó Dana.

–Este –Annie se rio al ver la expresión de la chica–. Sé que a ti te parecerá patético, pero es agradable darte cuenta de que tu lugar favorito es el lugar en el que estás. Aunque, para descubrirlo, tienes que ir a muchos otros lugares primero.

–¿Qué es esta carpeta, la que se llama «Annie en la cocina»? –preguntó Dana clicando en el archivo.

–Vaya, hacía años que no la veía. Son versiones digitalizadas de algunas cintas VHS viejas que grabé cuando era pequeña. ¿Sabes lo que son las cintas VHS?

–Claro, son cintas de vídeo viejas.

Annie asintió.

–Usaba una cámara de vídeo para grabar programas de cocina hechos por la abuela y por mí en la cocina.

–Qué guay. ¿Puedo ver uno?

–Claro. Debería abrirse solo con pinchar encima.

–Vale... Aquí hay uno que se llama «El secreto de la pasta perfecta».

Annie sonrió mientras ponía a enfriar en una rendija la primera tanda de pasteles crujientes.

–Ni siquiera me acuerdo de ese, pero a juzgar por el título, tenía mucha seguridad en mí misma.

Knox, Lucas y Hazel entraron en la cocina, probablemente atraídos por el aroma de los pasteles de arándanos horneándose. La receta de Annie contenía almendras molidas en una cobertura de *streusel* y un toque de extracto de almendra y limón junto con los frutos rojos para crear un equilibrio perfecto de sabores. Contando con sus voraces sobrinos, había hecho unos pequeños para casa y unos cuantos más grandes para el picnic.

–Vosotros debéis de ser el equipo de cata. Justo a tiempo.

Les sirvió a cada uno una pequeña ración acompañada por helado de vainilla y los niños contemplaron el postre como si hubieran descubierto El Dorado. El vínculo especial de Annie con la familia de su hermano le pareció especialmente fuerte en ese momento. Los niños le recordaron lo plena y feliz que había sido su propia infancia.

–Eres la mejor –dijo Knox.

–Eso no lo sé, pero estoy segura de que mi pastel crujiente de arándanos sí es el mejor.

Hazel asintió.

–No me extraña que Teddy Wyndham haya dicho que su padre se va a casar contigo.

Annie la miró.

–¿Teddy ha dicho qué?

–Que su padre se va a casar contigo. Y debería si por casarse va a comer así.

–¿Cuándo ha dicho eso Teddy? –tenía mariposas en el estómago.

Hazel se encogió de hombros.

–Creo que en el recreo.

–Bueno, vamos a ver esto –dijo Dana girando el portátil para que todos lo pudieran ver–. Es la tía Annie haciendo un programa de cocina cuando era pequeña.

En la primera escena salía la abuela.

–Miradla –dijo Annie. El corazón se le desbordó de amor al verla en la pantalla–. Es la abuela. Mi abuela –quería meterse en la imagen, quería sentir la mano de la abuela y respirar el aroma a harina de su delantal.

El abuelo entró en escena en ese momento y le dio un beso, le robó una galleta y se marchó con una sonrisa.

–Le gustan mis galletas –dijo la abuela con un brillo en la mirada–. Nunca he visto a un hombre que pueda ser más feliz comiendo una barrita de pasas helada.

Annie sintió un cálido e imaginario abrazo. «No se han ido», pensó. «Siguen aquí. Siguen conmigo».

–Me acuerdo de ella –murmuró Dana.

–Yo también –dijo Lucas.

–Ojalá el mundo entero la hubiera conocido –añadió Annie.

–Ahora la conocemos –apuntó Dana–. No como la conociste tú, pero parece muy viva aquí.

Y ahí residía el valor de lo que hacía. Su arte mantenía las cosas con vida.

En el siguiente vídeo salía Annie. Se sentó en un taburete de la cocina y subió a Knox sobre su regazo. El niño estaba completamente callado, con la boca llena de arándanos templados y helado derretido. La escena inicial mostraba a una niña pequeña de unos nueve años con el pelo recogido en dos coletas adornadas con lazos de lunares y un delantal de chef que le había hecho su madre con su nombre bordado en el centro.

–Soy Annie Rush –dijo directamente a la cámara–. Bienvenidos a mi cocina.

Annie estaba asombrada. Su voz se parecía a la de Minnie Mouse. No recordaba haber grabado ese episodio en concreto, pero sí que recordaba querer tener el mismo aspecto que veía en sus programas de cocina favoritos. Había creado unos letreros escritos a mano con los títulos de crédito: *Protagonizado por Annie Rush. Escrito por Annie Rush. Grabado por Annie Rush. Mi agradecimiento a Anastasia Carnaby (también conocida como «la abuela»)*. Se había esmerado enormemente en la rotulación de los carteles.

Los sobrinos parecían hipnotizados mientras Annie demostraba la lección sobre pasta.

–Todo consiste en la masa. Partir de cero es el único modo de hacerlo bien. La mejor harina que se puede usar es la de sémola –se detuvo y alzó la bolsa–. Después, solo necesitas un huevo, sal y dos cucharadas de agua. Lo más importante es trabajar la masa hasta que esté blanda y suave, que no se quiebre. Y hagas lo que hagas, no dejes que la masa se seque. Sabrás cuándo está lista... –ahí se le rompió un poco la voz, aunque en ningún momento dejó de amasar con la base de la mano–. Se sabe. Tus manos... lo saben.

Annie observaba a la niña de la pantalla. La alegría que reflejaba su cara era contagiosa. De pequeña siempre había creído que podía hacer cualquier cosa si le gustaba lo suficiente, y cocinar le gustaba lo suficiente. Su pasión infantil se había traducido en seguridad en sí misma y conocimiento.

Y además tenía carisma. Llevaba suficiente tiempo trabajando en el negocio como para reconocerlo. Su modo de conectar con el público y con el tema que trataba llamaba la atención de la gente. Se reflejaba en los rostros de los hijos de su hermano. Sí, tenía carisma.



Ahora volvió a meterse en la piel de su yo de nueve años y comenzó a recordar qué era eso que le encantaba. Hubo una época en la que había creído fervientemente que podía hacer cualquier cosa simplemente porque le encantara. Ahí estaba. Así era como debía empezar de nuevo. Tenía que partir de cero.

## Capítulo 25

Por fin encontró el modo de reconectar con su pasado y con sus antiguos sueños. Después de todo, la clave era simple. Vuelve al sueño original.

Hojeando el libro de cocina de su abuela, la sintió volver a la vida en los rincones más profundos de su corazón, donde se ocultaban las pequeñas bendiciones de la vida.

Sacó su cámara vieja, alquiló un equipo mejor en un local de Burlington y empezó a grabar de nuevo. Se rio y jugó en la cocina, grabándose a ella, grabando a sus sobrinos y a sus amigos cuando iban de visita y se apoyaban contra la encimera ansiosos de comida y de cotilleos.

Se grabó haciendo galletas con Knox, cuya dulzura casi rompió la cámara. Creó un segmento de cócteles con Pam y Klaus en el que presentaron el *old-fashioned* hecho con Sugar Rush y un cóctel de trébol.

–Agita esa coctelera como si estuvieras cabreada con ella.

Hizo una demostración de queso *ricotta* casero para un club de lectura del pueblo cuyos miembros eran mujeres divorciadas.

–Estrujad esa estopilla como si fuera la cartera de vuestro exmarido.

Para los empleados de la biblioteca creó aperitivos y bebidas inspirados en la literatura, como «pan del guardián entre el centeno», «huevos verdes con jamón» o «*madeleines* de tiempos perdidos».

Se volcó en el trabajo y capturó las risas, los fallos, los golpes de los cacharros, los ingredientes derramados. Se quedaba hasta altas horas de la noche buscando la música de fondo perfecta mientras producía, grababa y editaba sus propias piezas. Recuperó su antiguo flujo de trabajo. Pasó horas creando demos y perfeccionándolos, a veces, fotograma a fotograma.

Eso era lo que le encantaba: la reproducción, la prueba de recetas, la grabación, la edición, correr de un lado para otro delante y detrás de la cámara durante el rodaje. Como la Annie de nueve años, se convirtió en su propia guionista, productora y estrella y disfrutó de una libertad creativa sin filtros.

Las nuevas grabaciones eran una celebración de los más profundos placeres de cocinar comida casera para los amigos y la familia, aunque no estaban centradas en la cocina únicamente. En ellas reflexionaba en voz alta sobre la naturaleza de la familia, los vínculos que unían a las personas, el significado de un hogar. Ese era su ingrediente clave y no tenía nada que ver ni con hígados de pato, ni con leche de búfala ni con pescados venenosos. El ingrediente clave en la vida iba

más allá de la cocina.

Ahora que había recuperado la confianza en sí misma junto con su voz más profunda y auténtica, Annie estaba preparada para dar el siguiente paso.

Fue a ver a Fletcher porque las noches en las que no tenía a Teddy, ella no era capaz de estar lejos de él. Pero, sobre todo, fue a verlo porque Fletcher se estaba convirtiendo de nuevo en su mejor amigo.

–Quiero que veas lo que estoy haciendo.

Conectó el portátil a la pantalla de la tele y le mostró una pequeña pieza en la que había trabajado durante horas. Los sencillos créditos apenas duraban segundos: doce compases de una canción fantástica y el título, *Partiendo de cero*.

Fletcher no movió ni un solo músculo mientras lo veía y cuando terminó, se giró hacia ella.

–¿Esto es en lo que has estado trabajando?

–Sí. Me encanta hacer esto. Lo echo de menos y me saca de quicio ver que no soy más que un dato insignificante enterrado en detalles de producción.

Él señaló la pantalla.

–Esta no es la obra de alguien insignificante.

Ahora se sentía muy nerviosa.

–Tengo unos doce segmentos listos.

–¿Listos para qué?

Ella respiró hondo.

–Para emitir. En la página web.

–¿Otro programa de cocina?

–Sí y no. No haré nada parecido al material que ya está en emisión. No soy la presentadora perfecta, ni mucho menos, pero sé en lo que soy buena. Creo que la gente conectará conmigo e incluso puede que encuentren inspiración en mí. Se acabó la cocina excéntrica. Se acabaron los episodios disparatados cazando ranas en una ciénaga o insectos en Asia. Solo quiero compartir mi experiencia con la gente que adora la comida y que quiere aprender –le mostró una grabación que había hecho en el centro de rehabilitación, preparando pizza con Pikey y un paciente que había perdido un brazo, y otra que había hecho con los chicos del parque de bomberos.

Contemplaba el pueblo de Switchback con la mirada de un cineasta. Las tiendas y los restaurantes, los chapiteles de la iglesia, la biblioteca, el juzgado y las calles adoquinadas flanqueadas por casas con fachadas de tablillas y vallas de madera serían el telón de fondo de futuras producciones. A medida que su canal

de Internet se iba expandiendo, día a día, disfrutaba leyendo las opiniones, e incluso las críticas, de sus espectadores porque le hacía recuperar esa sensación de conexión que le había faltado a la producción de la cadena. Podía retransmitir desde los viejos graneros y los arroyos trucheros, desde granjas escondidas entre las montañas. Quería resaltar la auténtica conexión entre la granja y la mesa y compartir las cosas que la habían inspirado pero que su agitado estilo de vida no le había permitido mostrar.

–¿Qué te parece?

–Me parece que eres mágica –respondió él girándose hacia ella y abrazándola–. Siempre me lo has parecido.

A la mañana siguiente cuando despertó, seguía adormilada tras haber pasado la noche haciendo el amor. Fletcher ya estaba levantado y recién duchado, llevaba una camisa perfectamente planchada y una corbata azul colgándole alrededor del cuello, aún sin anudar. Le llevó una bandeja con una cafetera de émbolo y dos tazas.

–Mira el ordenador.

–¿Y los buenos días?

–Ah, sí. Buenos días. Mira el ordenador.

Ella se incorporó lentamente y agarró la taza de café. La noche anterior su canal había emitido por primera vez. Abrió la página y miró los datos.

–Tengo visitas. Tengo seguidores.

–Quería ser el primero, pero ya había cuatro mil suscriptores cuando me he despertado.

Ella apartó la taza de café y se puso de rodillas para ayudarlo a ponerse la corbata.

–Hace diez años empecé con un vídeo *online*. ¿No es patético que vuelva a estar en el mismo lugar?

–Es genial. El mundo ha cambiado. Tú has cambiado. Ahora tienes más talento y eres más tú misma. Tu canal va a ser un éxito.

–Que Dios... –dijo besando sus labios con cálido sabor a café– te oiga – terminó diciendo antes de besarle la oreja.

Él deslizó las manos sobre su torso.

–¿Sabes lo fácil que sería olvidarme del mundo y quedarme aquí contigo todo el día?

–A lo mejor deberíamos hacerlo.

–Tengo que ir a cumplir con mis deberes cívicos.

–Muy bien –le colocó el nudo de la corbata y se apartó–. He estado pensando

en un episodio sobre sopa de calabaza con picatostes fritos en mantequilla de salvia –iba a agarrar el ordenador justo cuando le llegó un correo. Debió de dejar escapar un sonido audible, porque Fletcher se acercó, le besó el hombro y le preguntó:

–¿Va todo bien?

Ella asintió, aunque se había quedado helada.

–Es un mensaje de mi ex.

Lo borró sin leerlo e intentó ignorarlo. No le costó mucho trabajo porque de pronto tenía mucho trabajo que hacer. Con el fin de mantener la actividad de su canal, tenía que producir material regularmente y con una calidad impecable.

Durante las siguientes semanas recibió un aluvión de suscriptores. Las principales publicaciones escribieron sobre ella y facilitaron enlaces de referencia. Con la clase de exageración que solo se podía encontrar en Internet, la apodaron como la estrella más fulgurante del futuro de la cocina. Según decían los artículos, sus vídeos tan bien montados atraían a todo el mundo, no solo a comedistas y profesionales del sector. Sus segmentos, auténticos e inteligentes, eran bien recibidos por cualquiera que necesitara un enfoque más fresco sobre la vida.

No debería haberle sorprendido que Alvin Danziger la llamara, pero la sorprendió. Su agente formaba parte de un pasado al que aún no se había enfrentado y, mientras lo escuchaba, se sentía fría.

–Empire quiere una reunión –dijo Alvin.

Ella no se movió, más que para agarrar el teléfono con fuerza. La productora era una de las más importantes del sector y trabajaba con las grandes cadenas, no solo con nichos de mercado, al contrario que Atlantis, que era una empresa pequeña. Por fin se vio capaz de hablar y dijo:

–Te escucho.

La primera persona con la que quería compartir la noticia era la última persona que quería oírla: Fletcher. Porque, una vez más, Annie se veía arrastrada en otra dirección.

Quedaron una tarde de domingo en uno de sus lugares favoritos, la Cantera Moonlight, para ir a pasear con Titus.

Se encontraban a medio camino entre el otoño y el invierno. Las últimas hojas multicolor colgaban de las ramas de los árboles, el cielo tenía un intenso tono azul claro y el aire era frío. A Annie siempre le había gustado esa época del año.

Para ella significaba sacar sus jerséis, sus botas y sus vaqueros favoritos, sentir el crujido de las hojas bajo los pies, ver partidos de fútbol americano y tomar donuts de canela y sidra de manzana.

Cuando Fletcher la vio, la levantó en brazos y le dio vueltas; parecía tan feliz que verlo así casi le partió el corazón. No mucho tiempo atrás, solo había querido esconderse con él y olvidarse del resto del mundo.

Pero no. No podía pertenecerle. ¿Cómo podía pertenecer a alguien hasta que no se perteneciera a sí misma?

Pasearon alrededor de la cantera. Titus estaba como loco, correteando de un lado para otro y olfateando la naturaleza. Ahuyentó a una perdiz, que salió disparada aleteando con fuerza y emitiendo un potente picheo.

Annie lo agarró del brazo.

–Ha surgido algo.

–No me va a gustar –dijo Fletcher interpretando bien su tono de voz.

Se sentaron en un saliente de una roca orientado a la charca. Annie se rodeó las rodillas con los brazos y contempló la mansa agua azul.

–Me voy a Los Ángeles.

Nada. Ni un solo movimiento. Ni un solo sonido.

No quería ofenderlo buscando excusas o una razón que justificara la decisión que había tomado.

–Me van a proponer una oferta para llevar *Partiendo de cero* a una cadena importante. No estoy diciendo que vaya a aceptarla, pero quiero oír lo que tienen que decir. Si no lo hago, siempre me quedará la duda.

Se quedaron sentados en silencio un momento.

–Siempre te quedará la duda sobre nosotros –dijo Fletcher.

Ella se giró hacia él.

–No me quedará ninguna duda. Ya lo sé.

–Te marchas.

–Tengo que hacerle frente a lo que me pasó. Tengo que reclamar lo que es mío.

Él le acarició la mejilla, se inclinó hacia delante y la besó suavemente en los labios.

–Esta es la tercera vez que nos decimos adiós. No pienso volver a hacerlo, Annie. No lo haré.

–Yo tampoco. Fletcher...

–Entonces los dos estamos de acuerdo. Porque la última vez cambiaste de opinión y volviste corriendo...

–Te tiraste a Celia antes de que mi avión hubiera aterrizado en Los Ángeles. Eso no nos ayudó mucho, ¿no?

–De acuerdo, me lo merecía, pero ahora somos personas distintas. Y está

Teddy. No me pienso desplazar lo más mínimo.

–No te pediría que lo hicieras.

–Entonces...

–Entonces tendrás que confiar en mí.

–Confío en ti. ¿Pero en qué sentido?

–Tienes que confiar en que voy a hacer que esto funcione. No importa dónde estemos. Lo que de verdad importa es lo que dos personas quieren juntos.

–Lo sé. Annie...

–Tengo ambiciones. Tú tienes tu magistratura y tu inquebrantable sentido de la obligación hacia Teddy. Eso no nos convierte en malas personas.

–Nos convierte en personas que no son capaces de coexistir en el mismo lugar durante más de unos meses.

## Capítulo 26

Fue sorprendente la velocidad a la que Alvin Danziger, el agente, le retiró su lealtad a Martin y se la cedió a Annie. Como igual de sorprendente fue el modo en que ella se reincorporó a ese mundo, sin ningún problema. La cultura del lugar ya le era familiar: un tráfico incesante, conversaciones triviales, eventos con servicio de *catering* y gente parloteando. Cafeterías de estilo *new age* llenas de veganos hablando entre susurros y música de sitar, la agitada vida nocturna frecuentada por paparazzis y arrogantes aspirantes a estrellas que se te acercaban en exceso al hablar contigo. Al final del torbellino de reuniones, le presentaron la oferta en un sobre entregado a mano, como si fuera la invitación a un baile de gala.

Se vio en una encrucijada. Por fin tendría su propio programa, uno que reflejaría su propia visión. Todo sería exactamente como quisiera, hasta el último detalle.

Les prometió que les daría una respuesta y a continuación llamó al chófer que Empire había puesto a su disposición. Antes de poder plantearse el siguiente paso, tenía que ocuparse de algo. Era imposible seguir avanzando sin visitar primero el pasado.

Encontró a Martin y a Melissa en Pasadena, rodando uno de esos episodios tan saturados de patrocinadores y publicidad encubierta que más que un programa parecía un infocomercial. A Annie nunca le habían gustado, aunque eran necesarios para ajustarse al presupuesto.

La grabación se estaba haciendo en una encantadora vieja mansión californiana, probablemente para promocionarla como lugar de celebración de bodas.

Melissa estaba sola sacándose de la blusa un cable de micro. Estaba embarazada y radiante. Annie estuvo a punto de vomitar al ver la característica barriga.

Con actitud decidida, fue hacia ella.

—Estoy buscando a Martin.

Melissa miró de un lado a otro como buscando una salida. Después soltó el cable y la petaca.

—Annie, cuánto me alegro de que estés mejor.

—Gracias. ¿Dónde está Martin?

—Creo que está en la terraza de atrás haciendo una sesión de fotos.



Conteniendo las náuseas, Annie se dirigió hacia una ancha escalera exterior.

–¡Oye, espera! Por favor –Melissa fue tras ella–. Quiero hablar contigo de una cosa.

Annie le miró la barriga.

–Creo que se explica por sí solo.

–Me siento fatal por todo lo que pasó –le dijo con tono de desesperación y agitado–. Sé que no hay excusa y no espero que me perdones, pero tengo que decirte que cometí un error terrible, no solo al acostarme con Martin, sino al elegir a Martin. No está enamorado de mí. Está enamorado de sí mismo. Me temo... Ay, Dios. Lo nuestro no va a funcionar. Sé que acabaré sola.

–¿Qué pretendes con esto?

–Cuando recibí la nota que decía que querías reunirme con nosotros hoy, no pude evitar preguntarme algunas cosas. Esta mañana me he despertado pensando. ¿Y si ninguna de las dos nos asociáramos con Martin? ¿Y si el equipo lo formáramos solo yo y tú?

–Tú y yo –dijo Annie automáticamente.

–¿Qué?

–Se dice «tú y yo», no «yo y tú». Por una cuestión de cortesía, lo correcto es colocar el pronombre «yo» al final de las enumeraciones.

Vio que Melissa no estaba entendiendo nada.

–Bueno, lo que intento decir es que me gustaría asociarme contigo para hacer algo completamente nuevo. Las dos solas. Solo chicas.

«Madre mía».

–Claro, Melissa. Dile a tu gente que llame a mi gente.

–Hablo en serio. Podríamos crear algo fantástico, lo sé. No necesitamos a Martin. Las dos tenemos una historia juntas. Un vínculo de confianza.

Annie no se sentía furiosa. Simplemente se sentía... agotada.

–Melissa, a ver si lo puedes entender. La persona en la que menos puedo confiar es esa que intenta robarme a espaldas de todo el mundo.

–No me refiero a eso.

–¿Le has comentado tu idea a Leon? ¿Y a Martin? ¿A alguien?

El silencio de Melissa le sirvió de respuesta. No le sorprendió lo más mínimo.

–Y hablando de Martin... –se dio media vuelta y se marchó apresuradamente.

Annie fue hacia el jardín. Era un reflejo del esplendor otoñal californiano: margaritas y crisantemos, farolillos chinos y un colorido césped susurrando contra una pared de terracota.

Su exmarido estaba haciendo el tonto con un par de chicas increíblemente atractivas ataviadas con unos vestidos tubo de neopreno y zapatos caros. Era la viva imagen de la elegancia estudiada, con unos vaqueros ajustados y una

chaqueta azul sobre una camiseta negra. Lo habían maquillado y su piel tenía una tersura que resultaba incluso extraña.

Al verla, Martin no perdió ni un segundo.

–Vais a tener que disculparme –les dijo a las dos bellezas, que se marcharon.

–Vamos a dejar clara una cosa –le dijo Annie–. No he venido porque me llamaras.

–Supongo que Alvin ya te ha llamado.

Annie no estaba dispuesta a decirle nada al respecto.

–Tenía que verte. Annie, tengo que ser sincero contigo.

–Vaya, qué emocionante.

–No te culpo por nada de lo que estés pensando ahora mismo. Nada ha sido igual desde el accidente. Aquel día perdí algo muy especial.

Todo giraba en torno a él. Como siempre.

–Haría lo que fuera por volver atrás y empezar de nuevo.

–¿Lo que fuera?

–Quiero que volvamos a estar juntos. Que volvamos a ser el equipo que hemos sido siempre –le dirigió su mirada más dulce.

La antigua Annie se habría visto tentada; esa Annie que había trabajado el autoengaño hasta convertirlo en un arte y que podía toparse con el problema que fuera y convencerse de que no importaba. La nueva Annie había perdido esa técnica. Simplemente ya no se podía seguir mintiendo. No podía mentir y fingir que podría ser feliz con su vida en Los Ángeles, con Martin y con el programa.

–¿Y basándote en qué concepto de «equipo» te hiciste con la parte que me correspondía de la producción y con la indemnización de mi accidente como si fueran bienes comunes? –la cara que puso Martin le dijo que Gordy no se había equivocado–. Ah, eso no te lo esperabas, ¿verdad? Era mucho más sencillo tratar conmigo cuando estaba en coma, ¿a que sí?

–Eso no es justo. Estaba destrozado, Annie. Todos los expertos a los que consulté me dijeron que jamás te recuperarías.

–Y qué mal te ha venido que me haya recuperado.

–Por favor. ¿Podemos volver a empezar? Sé que ya no quieres que sea tu marido, pero vamos a volver a ser socios para el programa. Juntos no solo lo cambiaremos, sino que lo reinventaremos y lo haremos más grande y mejor que nunca.

–¿Hablas en serio?

–Completamente. Te necesito otra vez, Annie. Sin ti, el programa ha descarrilado. El presupuesto de producción nos está sangrando y los patrocinadores se están retirando. Alguien ha mencionado la palabra maldita.

–Cancelación.

–No dejes que te hundan, Annie. Tú construiste este programa. Juntos podemos impedir que se derrumbe. Te necesito. Cometí un error estúpido y haré lo que quieras para compensártelo.

Martin suplicando. ¡Qué maravilla! Annie sabía que tenía la oportunidad de regodearse e incluso de castigarlo, pero sorprendió a Martin, y se sorprendió a sí misma, diciendo simplemente:

–Pues buena suerte –y se dio la vuelta.

Él corrió tras ella y se interpuso en su camino.

–No quería tener que mencionar esto, pero firmamos un contrato multianual y lo estás infringiendo –dijo entregándole una copia–. Pero bueno, no nos metamos en batallas legales.

–Buena idea. No lo hagamos.

–Trabaja conmigo, Annie. Somos un dúo dinámico, ¿lo recuerdas? Podemos hacerlo –le ofreció una sonrisa que conocía demasiado bien: la persuasiva y encantadora sonrisa de Martin. Le resultaba alucinante que él aún se pensara que podía engatusarla.

–Martin, el día que te conocí en el Washington Square Park me mostraste exactamente quién eres. Un manipulador, un oportunista y un narcisista. Pero no lo vi. Me robaste, no solo en el sentido material, sino que también te apropiaste de mis ideas, de todo lo que pudiera proyectar tu carrera.

–¡Vaya! Ese golpe que te diste en la cabeza te ha afectado al cerebro. No sé de qué me hablas.

–No podrías saberlo. Ni siquiera eres capaz de ver lo que haces, lo que has hecho siempre.

Él cerró los puños con fuerza.

–Después del accidente, estaba destrozado. Lo sentí mucho por ti. Te lloré mucho. Ahora te has despertado y resulta que eres más perra que nunca.

–Más perra que nunca. ¿Es que alguna vez fui una perra? No lo recuerdo.

–¿Por qué crees que nos distanciamos?

–Ah, muy bien. Así que me estás culpando.

–Vamos, Annie. Trabaja conmigo.

–He terminado esta conversación.

–Así que es un «no».

–Es un «no» rotundo. No haré ningún trato contigo.

–Quería hacer esto por las buenas, pero veo que no hace falta. ¿Cuándo fue la última vez que revisaste tu contrato? Hay una cláusula de no competencia, ¿lo recuerdas? La única solución es que yo te libere de ella. No puedes hacer tu programa sin mí.

Ah. Así que sabía lo de la oferta de Empire. En ese negocio no había secretos.

–Puedo y lo haré –intentó no mostrar miedo. Martín tramaba algo. Lo sabía.  
–Pues lo lamentarás.  
–Con que lo lamentaré... Creo que lo entiendo. ¿Es la forma que tienes de decir «Te veo en los tribunales»?

El enfrentamiento la dejó afectada. ¿Por qué le permitía ejercer ese poder sobre ella, todavía ahora?

Porque Martín tenía ese poder. Todo lo que le había arrebatado la había dejado vacía y crear una nueva producción no iba a llenarla.

Le pidió al chófer que se desviara de la carretera en el mirador del puente de Colorado Boulevard en Pasadena. Aún nerviosa por la reunión, bajó del coche y consultó el contrato desde el móvil. Lo que Martín había dicho parecía verdad. Qué ironía que, después de todo lo que había pasado, él siguiera teniendo tanto poder sobre ella.

Y qué ironía verse allí, en ese puente. La estructura centenaria tenía un macabro apodo: El Puente de los Suicidios. Generaciones de personas atribuladas se habían arrojado a la muerte desde los elegantes arcos de acero y hormigón haciendo un último salto hacia la cañada que se extendía por debajo.

«¿Por qué aquí?», se preguntó Annie. Había muchos puntos altos en la zona, como rascacielos y andamios, pero los suicidas se veían atraídos por el puente. Tenía algo cautivador, comprobó mientras caminaba junto a la baranda de piedra labrada. Se habían colocado unas barreras, pero si saltabas dejando suficiente distancia, podías esquivarlas.

«Nadadoras, a sus puestos».

Sería muy fácil.

Pero eso era para cobardes. Annie sabía qué tenía que hacer. Estaba decidida a encontrar el modo de que esto funcionara.

## Capítulo 27

El sedal azotó el claro aire de la noche con su familiar sonido. Al instante, la mosca verde de alas azules cayó en la superficie del agua, justo donde la astuta trucha había salido a comer.

–Nada –murmuró Fletcher–. Era un lanzamiento perfecto y no he conseguido nada.

–Intenta no ser perfecto por una vez en tu vida –le dijo Gordy, que estaba pescando a unos metros de él. Su mosca se enrolló en unas hierbas, pero al momento se soltó. Se vio un reflejo en el agua cuando una trucha grande picó. Gordy intentó sacarla, pero el hilo se tensó y al instante se aflojó al soltarse el pez.

–¿A qué ha venido eso? –Fletcher sabía que podría haber pescado esa pieza sin problema.

–Solo estoy psicoanalizándote –dijo Gordy con tono animado–. Y recordándote que la vida es mucho más que ser el padre de Teddy y ser bueno en tu trabajo.

–Gracias, Gord. No tenía ni idea.

–¿Por qué la has dejado marchar?

–Porque no necesita mi permiso –lanzó de nuevo apuntando a un tranquilo meandro del arroyo. Por tercera vez, Annie se había marchado, se había ido a Los Ángeles en busca de un sueño. Él por fin lo había entendido. Ahora solo tenía que asumirlo.

–No me refiero a eso y lo sabes –dijo Gordy.

–Lo único que sé es que me ha dejado tres veces.

–Ahí es donde te equivocas. Se ha marchado, pero eso no significa que te haya abandonado.

–¿Qué diferencia hay?

–Joder, si no lo sabes tú, yo no te puedo ayudar.

–¿Quién dice que necesite ayuda?

–A lo mejor es Annie la que necesita ayuda. Y ya que hablo como su abogado, es todo lo que puedo decir en este momento, aunque... ¡joder!

El sedal de Gordy se tensó. La trucha saltó y su cuerpo brilló bajo el crepúsculo. Era grande, una luchadora, pero Gordy estaba decidido a hacerse con ella. Durante el forcejeo, resbaló en una roca y soltó un grito cuando el agua helada se le metió dentro del vadeador. Pero siguió luchando, negándose a soltar

la caña.

Fletcher soltó sus aparejos y corrió hacia él.

–Oye, termina lo que estabas diciendo, no me dejes colgado.

–La tengo... ¡Joder, qué fría!

Fletcher le lanzó la red. Gordy se estremeció de frío y después logró meter el pez en la red y volvió a la orilla. Tenía los labios azules aunque también una sonrisa de oreja a oreja mientras analizaba su oronda y brillante captura.

–Menuda pieza –dijo temblando mientras Fletcher le sacaba una foto con el móvil.

Fletcher vio que tenía un mensaje del hermano de Annie.

–La has pescado justo a tiempo. Nos tenemos que ir ya.

Annie aterrizó con los dos pies en la tierra. Había salido de Los Ángeles con su dignidad intacta y una idea clara de lo que tenía por delante. Quería volver a un lugar donde la comida fuera de verdad y donde el amor fuera de verdad. Aun así, cuando Fletcher apareció en la fría tarde, el estómago le dio un vuelco. Sintió cierto temor.

–Mi hermano no debería haberte llamado –dijo reuniéndose con él en el porche y conteniendo las ganas de abrazarlo.

–Deberías haberlo hecho tú.

–Iba a hacerlo. Estás congelado.

–Gordy y yo estábamos pescando –dejó las botas y colgó el abrigo junto a la puerta.

–Pasa. He hecho café –Annie entró en la cocina y llenó dos tazas.

–Bueno, entonces tu reunión en Los Ángeles... –su gesto se endureció como si se estuviera preparando para oír algo que no le iba a gustar.

Annie le había pedido que confiara en ella, pero Fletcher no lo había hecho.

–Tendría carta blanca para escribir, producir y presentar mi propio programa.

–¡Vaya! –esbozó una sonrisa forzada–. Felicidades, Annie. Me alegro por ti.

–No te alegras. Me quieres ver en Switchback, descalza y embarazada.

–Mentiría si te digo que no he fantaseado con eso –rodeó la taza de café con sus manos. A Annie le encantaban sus manos; su forma y lo fuertes que eran, el modo en que la tocaban.

«Céntrate», se dijo.

–Me voy a quedar aquí.

–Es genial.

–No tengo elección. Hay un vínculo legal con mi ex que me obligaría a compartir la producción con él. Es complicado.

- Soy abogado. Puedo ocuparme de cosas complicadas.
- Tendría que llevarlo a los tribunales y no me apetece. Solo la idea de tener que tratar con él a cualquier nivel me da náuseas.
- Déjalo todo en manos de los abogados. Uno bueno te protegerá.
- Ojalá. Si fuera cualquier otra persona, pelearía. Pero Martin... No puedo. Me resulta tóxico. Se aprovechó todo lo que quiso del trabajo de mi vida y después me engañó. Ah, ¿y te he dicho que Melissa y él van a tener un bebé? ¡Dios, Fletcher! Espero que nunca tengas que vivir una traición así.
- Lo siento, Annie –se la quedó mirando fijamente un momento–. Imagina que no se estuviera interponiendo en tu camino. ¿Significaría eso que podrías seguir adelante con tu programa?
- Imagino que sí.
- ¿Y qué te parecería hacer tu propio programa?
- Por fin podría crear el programa que siempre he querido.
- En Los Ángeles.
- Bueno, sí.
- Entonces lo echas de menos. Echas de menos Los Ángeles.
- Echo de menos la energía. La creatividad. La emoción que genera hacer un programa. Pero...
- Deberías tener lo que quieres, Annie. Deberías tener todo lo que quieres.

Después de haber pasado solo unos días entre las congestionadas autopistas de Los Ángeles, Annie, de camino a recoger el champán para la celebración de esa noche, se sintió relajada rodeada por el ritmo pausado de Switchback. Tal vez habían encargado demasiado, pero el champán no se estropeaba y siempre era mejor tener demasiado que quedarte corto.

Aunque se alegraba de haber vuelto, le preocupaba la pregunta que le había planteado Fletcher. ¿Cómo sería allí su vida? ¿Languidecería, frustrada, como le había sucedido a su madre durante tanto tiempo? ¿O florecería como los arces del arcedo y se sentiría realizada como le había pasado a la abuela de joven? Si era sincera consigo misma y repasaba las razones por las que se había marchado de Vermont en un primer lugar, ¿tenían que ver con cumplir sus sueños o los de otra persona?

–¡Annie! ¡Ey, Annie! –Teddy Wyndham la saludó y corrió hacia ella cuando salía de la licorería con el carro de champán en dirección a la camioneta.

–¡Hola! –ver a Teddy siempre la hacía sonreír. Era tan brillante y alegre como una canción. Durante el verano también había acabado enamorándose de él y preocupándose por él de un modo que no había esperado.

–Deja que te echemos una mano –dijo Fletcher levantando una caja. Inmediatamente, Teddy agarró el otro lado. Annie sabía que Fletcher podría haber cargado con la caja solo, pero era la clase de padre que le daba a su hijo cualquier oportunidad, ya fuera grande o pequeña, de hacer algo que le hiciera sentirse realizado.

–Hazme un favor y lleva el carro a la tienda.

–Claro –dijo Teddy.

–Es genial –le dijo Annie–. Parece un niño que se siente absolutamente feliz y protegido.

–Gracias.

–Entiendo por qué quieres que viva aquí, Fletcher.

–A veces me pregunto cuánto tiene que ver este lugar con esa decisión.

–Es un factor. Pero hay más cosas. Quiero decir, Degan Kerry creció aquí...

–Si es por eso, también vivió aquí el inventor de la mantequilla en *roll-on* y del beicon en espray.

Él cerró la plataforma de la camioneta.

–Me alegra cruzarme contigo un sábado por la mañana. Me alegra que hayas vuelto.

Nerviosa, ella buscó las llaves.

–Listo, papá –dijo Teddy al unirse otra vez a ellos. Miró a Annie–. Vamos a ir a patinar a la pista de hielo y después hay un partido. ¿Quieres venir?

Las ganas de llorar seguían ahí, pero Annie forzó una sonrisa.

–Gracias, pero tengo que irme. Tengo que ir de boda.

–¿Sí? –Fletcher miró las cajas de champán–. ¿Quién se casa?

–Mis padres.

La nieve danzaba por el aire mientras Annie cargaba las botellas vacías junto con cajas de cartón plegadas y envoltorios para llevarlos al depósito de residuos. El sol estaba saliendo, así que la llegada de Fletcher la sorprendió.

–Estoy ocupada –le dijo sin dejar de trabajar.

–Ya lo veo –él metió el segundo cubo azul en la camioneta y después se subió en el asiento del copiloto y se abrochó el cinturón–. Es mucho champán para una boda pequeña.

–Sí. Lo hemos celebrado por todo lo alto.

Estaba claro que Fletcher tenía algo en mente, así que arrancó la camioneta y comenzó a bajar por la montaña.

–Me alegro. Tus padres se merecen ser felices –dejó un sobre grueso sobre la zona de la consola que había entre los dos.



Ella lo miró.

–¿Qué es eso?

–Un borrador del nuevo acuerdo con tu ex. Solo tienes que firmarlo y después podrás seguir adelante con tu producción. No se interpondrá en tu camino.

Annie casi se atragantó de la sorpresa. Acababa de asumir y aceptar la oportunidad que había perdido.

–¿Hablas en serio?

–Soy juez. Siempre hablo en serio. ¿No has oído la expresión «Más sobrio que un juez»?

Ella conectó los limpiaparabrisas.

–¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

–No ha cambiado de opinión. Te habría tenido enganchada en todos los sentidos si hubiera podido, pero no ha podido porque hizo una estupidez después del accidente.

–No lo entiendo. Quiero decir, Martin ha hecho muchas estupideces. ¿A cuál te refieres?

–Se divorció de ti en el estado de Vermont.

A Annie no le parecía una estupidez.

–Ganó una resolución más favorable de la que habría obtenido en California –dijo. Eso no era nada nuevo.

–Sí, pero eso quiere decir que el estatuto de Vermont se aplica a la resolución y nunca ganaría en Vermont. Aunque, claro, tendrás que revisarlo con Gordy. Tienes que autorizarlo todo, pero es una mera formalidad. Una vez firmes esto, Martin Harlow saldrá de tu vida y podrás hacer lo que quieras con tu programa.

Las botellas tintinearón cuando pasaron por una carretera de grava de camino al depósito. Annie se quedó callada durante un largo rato. Estaba intentando asimilarlo todo. Después de haber asumido que el nuevo acuerdo no era una opción, se había sentido preparada para quedarse en Switchback. Ahora que eso estaba solucionado, volvía a tener que enfrentarse a la decisión.

Fueron los primeros del día en llegar al vertedero. El encargado era Degan Kerry y estaba sentado en la garita con su café y un cigarro. Desde el instituto se había vuelto fofo y hosco. Escudriñó la carga, enarcó las cejas al ver a su copiloto y, con la mano, les indicó que pasaran.

Annie llevó la camioneta hasta un profundo contenedor de acero y los dos bajaron. Tiró una botella de vidrio verde. Rebotó, pero no se rompió.

–No lo entiendo –le dijo a Fletcher–. Querías que me quedara aquí, pero ahora lo estás arreglando todo para que pueda volver a Los Ángeles.

–Quiero que tengas elección. No deberías estar aquí porque no tienes otra opción, sino porque has elegido estar aquí –él agarró otra botella y la lanzó al

contenedor, donde se rompió.

Annie tiró la siguiente con más fuerza y se sintió satisfecha al ver la lluvia de cristales.

–Buen tiro –dijo él–. La has hecho añicos.

–Añicos. ¿De dónde vendrá esa palabra? –lanzó tres más seguidas–. Te dije que confiaras en mí y no lo hiciste.

–Te dije que te quiero y no me escuchaste.

–¿Cuándo? –qué pregunta tan estúpida. De un modo u otro, Fletcher Wyndham le había estado diciendo que la quería desde el instituto. Sí, cierto, habían pasado cosas.

–Te lo estoy diciendo ahora y lo que tienes que saber es que nunca he dejado de hacerlo. Sé lo que quiero de la vida y de ti. De nosotros. Y tú deberías tener lo que quieras, pero entiendo que seas cauta.

–¿Crees que estoy siendo cauta?

–Sé que son muchas cosas. Teddy y yo... somos mucho –rompió otra botella. Los copos de nieve caían a su alrededor.

–Sí. Lo sois.

Tiraron el resto de botellas, una a una, hasta que la plataforma de la camioneta se quedó vacía. La nieve se volvió más espesa. Annie le agarró las manos. Las tenía heladas.

–Escucha. Todo lo que me ha pasado me ha traído de vuelta a casa. De vuelta a ti. De vuelta al gran sueño que tuve hace mucho tiempo, el que se perdió por el camino.

–*El ingrediente clave.*

–El ingrediente clave antes de que fuera un programa de televisión. El ingrediente clave cuando supe exactamente lo que era –se acercó a él y los cálidos labios de Fletcher le rozaron la frente, como la más dulce de las bendiciones–. Estoy partiendo de cero, Fletcher. Quiero partir de cero contigo. Con nosotros. Y con Teddy. Olvida lo que hemos hecho en el pasado. Olvida que me marché y que no me escuché a mí misma y que tuve miedo. Parte de cero conmigo.

## Epílogo

*Después*

–No me puedo creer que estemos discutiendo por esto –dijo Annie atándose el delantal.

La cocina de la escuela de Beth ahora era también su estudio para las grabaciones de *Partiendo de cero*. El canal de Internet se había vuelto tan popular que emitir desde casa ya no era factible.

–Porque importa –dijo Fletcher sin más.

Su marido, al que le daba vergüenza salir en cámara, solo hacía escasas apariciones en su programa. Cuando salía alguna imagen de Fletcher, las fans de Annie se volvían locas en las redes sociales. Hoy había accedido a hacer un pequeño papel, pero ella estaba empezando a arrepentirse de haberlo invitado. La cámara 1 ya estaba en marcha porque nunca se sabía cuándo podía surgir algún momento digno de grabar entre tanta charla.

–La abuela me decía que todas las discusiones son por una cuestión de poder.

–Seguro que la abuela tenía razón –Fletcher agarró un profiterol de la bandeja.

Ella le golpeó la mano con una cuchara de madera.

–¡Pero bueno! –exclamó Fletcher.

–La abuela también decía que la cuchara habla cuando las palabras no son suficientes.

–Pero no creo que lo dijera con ese sentido –dijo Fletcher saboreando el bocado que había robado.

Annie alejó de él la bandeja de *pâte à choux* rellenos de crema.

–Ya que soy yo la que tiene el tamaño de una búfala, soy yo la que tiene la última palabra sobre el nombre.

–¡Por favor! –dijo Fletcher–. ¿«Panisse»? ¿Qué nombre es ese para un pobre bebé inocente?

–Un nombre encantador, eso es lo que es. Adorable y único, tal como será nuestra niña –se pasó la mano con delicadeza por su barriga de treinta y seis semanas.

–Lo he buscado y «*panisse*» significa «buñuelo de garbanzo».

–Pero eso no lo sabe nadie.

–Lo sé yo. Lo sabe cualquiera que tenga Internet. Vamos a pensar en otros, Annie. ¿Qué te parece «Julia», como la gran...?

–Ya me he aburrido –dijo Annie con un exagerado bostezo. Sus seguidores la habían estado animando durante el embarazo y enviándole sugerencias para el nombre desde todas partes del mundo–. Prueba –dijo hundiendo una cuchara en la salsa de caramelo que se estaba haciendo al fuego.

La mezcla derretida a fuego lento de nata, azúcar, mantequilla y un toque de sirope de arce le arrancó una sonrisa a Fletcher.

–Esto hace que quiera casarme contigo otra vez –la rodeó por la cintura y le susurró–: Llévate un poco de esto a casa esta noche y...

Teddy llegó del colegio justo en ese momento y soltó la mochila en una silla.

–¡Hola! Algo huele genial –tenía trece años, era alto, desgarbado y estaba hambriento todo el tiempo.

–Ted, colega, ayúdame –dijo Fletcher–. Quiere llamar «Panisse» a mi hija.

–¡Qué guay!

–¿Lo ves? –Annie le dio un profiterol mojado en salsa de caramelo y a Teddy se le iluminó la cara–. Tu hijo tiene un gusto excelente para los nombres.

–¡Venga! –dijo Fletcher–. Dame algo que pueda tolerar.

–Me gustan los nombres originales –dijo ella disponiendo los profiteroles sobre la bandeja de porcelana Salem favorita de la abuela–. «Aquaria», que es el nombre de este diseño de porcelana. Y ya que nacerá a finales de enero...

–No –dijo Fletcher–. Eso sí que no.

–La madre de Keegan le ha puesto «Arce» a su bebé –dijo Teddy.

–No me estás ayudando –contestó Fletcher.

–Nombres de árboles. Podría valer –dijo Annie–. ¿Qué os parece «Liquidambar»?

–También es guay –añadió Teddy ganándose otro profiterol.

Fletcher le dio una simpática palmadita en la cabeza.

–Solo lo dices para poder seguir comiendo.

–Vosotros dos, lavaos las manos para ayudarme a hacer el *croquembouche*.

–¿*Croque* qué?

Teddy y Fletcher se acercaron a la pila.

–Es una pasta francesa –dijo Annie–. Significa «algo que cruje en la boca». Se hace una torre con estos profiteroles rellenos de crema y se cubre con el caramelo.

–Y entonces después te mueres de felicidad –dijo Fletcher.

–Esto es algo mucho más refinado de lo que solemos hacer, pero ya que es la última grabación antes de que la pequeña Ganache haga su aparición, quería darlo todo –estaba grabando muchos episodios y acumulándolos para poder disfrutar de la dulce llegada de la niña.

–Ganache –Fletcher miró directamente a la cámara–. ¿Veis lo que tengo que

sufrir?

Generaba una sensación muy especial saber que tus programas llegaban a cada rincón del planeta. Y, al parecer, la gente de todo el mundo tenía las mismas alegrías y dificultades, la misma devoción por la vida y el amor, por la comida y la familia. Y también tenían segundas oportunidades. Y nuevos comienzos. Tenía mucho valor comenzar de cero, crear algo partiendo de ingredientes cuidadosamente elegidos y haciéndolos tuyos.

En ningún momento lamentó haber rechazado la oferta de la cadena. Ni todo el control creativo y el plató mejor iluminado del mundo podían reproducir lo que ella era capaz de hacer en esa unida comunidad, rodeada de familia y amigos.

En los últimos dos años había completado el viaje que la había llevado de vuelta a casa. Había revisado y reeditado el libro de cocina de su abuela y estaba trabajando en el suyo propio. Había lanzado el sirope Sugar Rush envejecido en barrica.

Y en el arcedo de Rush Mountain, rodeada de hojas otoñales, se había casado con el amor de su vida. Ahora estaba esperando un bebé y Fletcher era el hogar de su corazón. A veces, cuando pensaba en cuánto lo amaba, se le olvidaba respirar. Pero después lo recordaba, igual que había tenido que volver a aprenderlo tras el accidente. Huele las rosas, sopla la vela.

## Agradecimientos

Este libro comenzó con una tormenta... y con una celebración. Escribí las primeras palabras de la novela durante una tormenta de nieve que paralizó a toda la ciudad de Nueva York una semana de enero. Quedar aislada por la nieve en un hotel del centro de la ciudad resulta ser un modo genial de comenzar una obra de ficción, en especial esta.

Aquella semana también hubo una celebración. William Morrow/Harper Collins me recibió con un festín de dulces caseros inspirados en mis anteriores novelas y preparados por Jennifer Hart, Jennifer Brehl, Helen Moore y Tavia Kowalchuk, cuyos panecillos de lavanda, magdalenas *morning glory*, *strudel* de manzana y galletas *pignoli* contribuyeron a una deliciosa reunión.

Todas las novelas deberían tener un comienzo así de feliz. Debo dar las gracias a mis agentes literarios, Meg Ruley y Annelise Robey de la agencia Jane Rotrosen, y a mi equipo editorial: Dan Mallory, Liate Stehlik, Lynn Grady, Brian Murray, Tavia Kowalchuk, Pamela Jaffe, Carrie Bloxson y sus colegas de HarperCollins. Después viene el equipo local, Willa Cline y Cindy Peters, que me mantienen viva *online*. Y como siempre, el grupo de expertos: mis compañeras escritoras Elsa Watson, Sheila Roberts, Lois Faye Dyer, Kate Breslin y Anjali Banerjee, cuya generosidad no conoce límites. Quiero dar también las gracias en especial a Marilyn Rowe por su aguda destreza en la corrección de textos.

Y por último, termino por donde empecé; con un dulce y preciado recuerdo de mi padre rodeándome con su agradable aroma a lana y humo de pipa mientras me acurrucaba en su regazo y leíamos *Ve, perro. ¡Ve!*